

A woman with blue eyes and a gold tiara, with a castle in the background.

EL RESCATE  
DE UN REY

EDITH STEWART



El rescate de un rey  
Enrique García Díaz



Primera edición en ebook: junio 2019  
Título Original: El rescate de un rey  
©Enrique García Díaz, 2019  
©Editorial Romantic Ediciones, 2019  
[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)  
Diseño de portada: ©Olalla Pons  
ISBN: 978-84-17474-46-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



# CAPÍTULO 1

*Bolougne sur le mer, Francia*

Lady Aelis seguía nerviosa e indignada por la noticia recibida por parte de su padre hacía una semana. Su vida iba a experimentar un repentino cambio tan inesperado como cruel, a sus ojos. Su padre la enviaba a Inglaterra para contraer matrimonio con un noble y poderoso señor normando de la corte del príncipe Juan. El caballero había solicitado su mano a su regreso de Tierra Santa, donde había obtenido grandes riquezas y alabanzas. A esto debía añadirse que, Sir Brian de Monfort era uno de los paladines de Juan en Inglaterra. Pero a Aelis todo ello le parecía carente de importancia. Un acto tan precipitado como incongruente ya que ni si quiera se habían visto. Luego que decir de haberse conocido y conversado para conocerse. Pero su padre había aceptado tal proposición a cambio de una buena posición en la corte para su hija. De igual modo este matrimonio paliaría la situación económica de la familia.

Estar casado con él suponía estar cerca del trono, lo cual enorgullecía al padre de Aelis; no así tanto a su madre, pero esta a penas si tenía poder de decisión. Ella, al igual que ahora su hija, fue entregada por su propio padre para contraer matrimonio y engendrar hijos. Llegaba el turno de su propia hija. Ella sería la encargada de perpetuar el linaje de la casa de Monfort.

Aelis sabía que como hija mayor, su padre debía buscarle un esposo que la mantuviera, pero ¿era lógico que ni si quiera este la hubiera cortejado? ¿Que ni si quiera la hubiera ido a visitar, o a charlar con ella? Y por encima de todo estaba el hecho de tenerse que trasladar a vivir a Inglaterra. ¿No había ningún caballero en toda Normandía dispuesto a pedir su mano? se preguntó en el preciso instante que conoció la noticia.

Aelis paseaba inquieta por su estancia. Se frotaba y retorció las manos fruto de los nervios que le provocaba su inminente partida, cuando la puerta de su alcoba se abrió captando toda su atención. Su padre penetró en esta sin que ella se moviera de su sitio junto a la ventana. Por un instante las miradas de padre e hija se cruzaron expresando diferentes emociones. Mientras la mirada de lady Aelis era de indignación contra su progenitor; la de este reflejaba la autoridad que se le suponía como cabeza de familia. Sabía que su hija tenía carácter; que había salido a él y que era obstinada y rebelde. Lástima que no fuera un varón, se repetía en esas ocasiones en las que su genio y su fuerza

afloraban. Pero en esta situación, el carácter de su hija no le valdría de nada. Tenía que acatar su voluntad. Y esta era casarse con Brian de Monfort.

—Venía a comunicarte que dentro de unas horas partirás hacia el puerto de Le Havre para embarcar rumbo a Inglaterra. Confío en que tengas todo dispuesto.

—¿Por qué? —Lady Aelis no pudo evitar hacerle la pregunta mientras sostenía la mirada de su padre, y cerraba sus manos en puños apretándolos contra sus costados.

—No entiendo a qué te refieres. ¿Tal vez a qué es pronto para marcharte?

—¿Por qué he de casarme con un hombre que no conozco?

—Ah, es eso otra vez —murmuró el caballero con resignación—. Ya hemos hablado de ello. Brian de Monfort ha solicitado tu mano. Y yo he visto con buenos ojos dicho enlace. Como primogénita de esta casa, debes ser la primera en contraer matrimonio. Y esta proposición llega en un inmejorable momento ahora que la situación en Inglaterra está más calmada con los sajones.

—¿Pero, por qué he de marchar a Inglaterra? Una tierra extranjera, lejos de casa y... llena de sajones —le rebatió mostrando cierto recelo e incluso desprecio a estos.

—Brian de Monfort es un allegado al rey Juan y para esta humilde casa es todo un honor que se haya fijado en ti. Un guerrero de renombre tras su regreso de Jerusalén. Y en cuanto a tu recelo por los sajones, ya te he dicho que las luchas entre ambos pueblos han cesado. Hay un clima de tranquilidad en toda Inglaterra. Y por otra parte no has de preocuparte por estos ya que tú no vas a relacionarte con ellos en ningún momento porque pasarás tu tiempo en la corte de Juan. Solo hallarás a los normandos.

—Seguro —asintió lady Aelis con un toque irónico en su voz y poniendo los ojos blanco—. El honor es para ti, padre pero no para mí porque no siento necesidad de contraer matrimonio con alguien que...

—Ha sido un referente en el sitio de San Juan de Acre. Uno de los caballeros normandos más distinguidos en la cruzada, hija —su padre se esforzaba por hacerle comprender el significado de aquel enlace. La prosperidad y el renombre que traería a su casa ahora que estaban atravesando momentos difíciles. Pero esto se lo ocultaría a su hija para no alarmarla. Su unión con el noble normando daría estabilidad.

—Por mí podía haberse quedado en Tierra Santa combatiendo a los sarracenos —murmuró indignada con todo aquello.

—He dado mi palabra a Brian de Monfort de que en una semana, más o menos, estarías en sus dominios en Inglaterra. No hay más que hablar —terció su padre con voz potente y gesto sombrío—. A lo mejor, deberías haber sido más receptiva a las atenciones que algunos nobles locales interesados en ti.

—¿Receptiva? ¿Qué queríais que hiciera? ¿Pedirle yo su mano?

—La verdad, no entiendo por qué ningún noble local lo ha hecho. Tal vez se deba a tu carácter. De haberlo controlado un poco no tendrías que haber llegado a esta situación. Partirás en cuanto todo tu equipaje esté dispuesto.

—¡No seré dichosa con ese hombre, padre!

—¿Qué importancia tiene tu felicidad mientras engendres un heredero y traigas el bienestar a esta casa? —le preguntó su padre volviéndose hacia su hija sujetando el pomo de la puerta y mirándola desconcertado por aquellas palabras.

Lady Aelis apretó sus puños y maldijo en voz baja su destino. ¿Qué hubiera elegido un pretendiente entre los jóvenes nobles normandos que restaban en la ciudad, como le había dicho su padre? ¿Desde cuándo su carácter era un obstáculo? Lo cierto era que ni quiera podría crearse un pretendiente decente con la poca validez de cada uno de ellos, se dijo en un intento por calmarse.

Enfurecida con su inminente destino, se volvió hacia la ventana de su habitación por la que contempló a varios sirvientes preparando su partida. Sintió un escalofrío al comprender que no había otra solución y que en breve se alejaría de su casa.

La puerta de su habitación volvió a abrirse haciendo que Aelis se pusiera en guardia ante su padre. Se disponía a enfrentarse a este de nuevo, cuando contempló el níveo rostro de su madre, enmarcado en su cascada de rizos color del cobre, como los suyos. Su mirada reflejaba el mismo sentimiento que tenía ella en su interior; una mezcla de desilusión y tristeza. Su madre caminó hacia ella con paso dubitativo, al tiempo que apretaba los labios y fruncía el ceño fruto de la tensión del momento. Entornó la mirada hacia su hija e intentó sonreír.

Aelis transformó su gesto poco a poco pasando de la tensión y el enojo, a una expresión más dulce y relajada. Su madre no tenía la culpa de su situación. No era lógico ni acertado que pagara su frustración con ella, puesto que en su día vivió esa misma situación.

—Tu padre ha pasado por delante mía sin decir una sola palabra. Deberías haber visto su gesto sombrío. ¿Qué ha sucedido? —La voz dulce de

su madre provocó un leve suspiro en Aelis mientras contemplaba los ojos azul cielo de su madre.

—No me hace ninguna gracia marcharme a Inglaterra para contraer matrimonio con un hombre a quien no he visto en mi vida. Eso le he dicho.

—Te entiendo pero...

—Sí, sí. Sé lo que vas a decirme, madre. Y por eso prefiero que no lo hagas, porque sin duda que me pondrá peor.

—Tu padre no ha podido rechazar la oferta de matrimonio por ti. Considera que ya tienes edad para casarte y que es la mejor opción que se te ha presentado en los últimos meses.

—Da la impresión de que me está ofreciendo al mejor postor como si de una yegua se tratara —Aelis sonrió irónica, pero enrabiada y dolida por este hecho—. Y encima he de ir a Inglaterra. Una tierra llena de rudos y salvajes sajones —protestó con un deje de desconfianza hacia estos.

—Por eso no tienes que preocuparte. Han pasado muchos años desde que los normandos llegaron a Inglaterra. La convivencia pacífica entre ambas comunidades se ha logrado. Hay lugares en los que sajones y normandos viven en paz. Además, tú estarás en la corte del príncipe Juan, junto a tu esposo y tus sirvientes. No tienes que relacionarte con ellos, si no quieres.

—Eso mismo acababa de decirme mi padre. Pero...

Aelis no parecía muy convencida con las explicaciones. O al menos eso le hizo ver. Ella haría y diría cualquier cosa con tal de no marchar a Inglaterra. Y pondría como impedimento la cuestión más absurda que se le ocurriera, como la de los sajones. Ya sabía que desde hacía años las dos comunidades convivían en relativa calma salvo por algunas diferencias.

—Ahora lo ves como algo inapropiado para ti, pero en cuanto te establezcas en Inglaterra, lo verás con otros ojos.

Aelis permaneció pensativa con la mirada fija en el vacío mientras su mente trabajaba a contrarreloj para idear un plan de fuga.

—¿Cuándo se supone que será la boda?

—Dentro de un mes. Es el tiempo necesario para que llegues a Inglaterra, conozcas a tu futuro esposo y te adaptes a tu nuevo hogar. No antes, según convino tu padre con Brian de Monfort.

—Un mes —repitió Aelis en un susurro volviéndose hacia la ventana de la habitación.

En un mes podrían ocurrir infinidad de cosas. Podrían darse inverosímiles situaciones, incluso que el tal Brian de Monfort cambiara de

opinión al respecto de sus esponsales. O que cayera herido en un lance. Aelis ni siquiera escuchó las últimas palabras de su madre cuando esta se despidió y cerró la puerta de la alcoba dejándola sola. Ella seguía pensando en que un mes era un plazo de tiempo para evitar la boda. Su propia boda con aquel normando. Y para ello, estaba dispuesta incluso a aliarse con los sajones.

### *Inglaterra.*

El caballo galopaba como si el mismísimo diablo lo persiguiera. Sus cascos levantaban la tierra del camino dejando una densa polvareda tras él. Sus crines ondeaban al viento como si fueran látigos y la espuma se acumulaba en las comisuras de su boca. El esfuerzo al que la bestia se veía sometida era considerable, pero el jinete no parecía importarle. Era el portador de inquietantes noticias, que debían ser conocidas cuanto antes en el seno de la nobleza sajona.

El camino hacia la fortaleza de Torquilstone, uno de los últimos castillos que los sajones retenían en su poder, se estaba haciendo largo y dificultoso. Pero por fin, sus almenas y sus elevadas torres de vigilancia se divisaban no tan lejos. Sobre una de ellas ondeaba el pendón con el escudo de armas de la casa de Eadric. Uno de los miembros de la nobleza sajona que todavía conservaba su casa y sus privilegios. Y también era uno de los más fieles instigadores a la lucha contra los normandos en aquellas tierras. Que las disputas entre ambos pueblos se hubieran visto reducidas con la llegada al trono de Ricardo de Anjou o Plantagenet, no significó que el odio y el recelo hubieran desaparecido. Y de hecho, cuando el rey se marchó a la Tercera Cruzada a Tierra Santa dejando a su hermano Juan como regente, las hostilidades y las rivalidades habían vuelto a aflorar. No de una manera persistente pero sí bastante marcada dada la inclinación de Juan a favorecer a los señores normandos.

El caballo emitió un relincho de protesta cuando su dueño tiró de las riendas de una manera brusca para refrenar su carrera frente a la entrada a la fortaleza.

—¡Alto! ¡Deteneos! ¿Quién va?

El jinete se vio apuntado desde las almenas por diversas saetas, que podrían ser disparadas en cualquier momento a una orden del oficial de guardia.

—Traigo noticias del rey Ricardo para vuestro señor Eadric. Necesito verlo con urgencia.

El jinete agitó su mano en alto en la que llevaba un documento enrollado.

—Está bien. Pero sabed que si se tratara de una trampa mis hombres no vacilarían en acabar con vos.

—No es ninguna treta. Soy sajón y vengo buscando a Eadric —reiteró el jinete nervioso por poder llegar hasta este y entregar el mensaje que portaba.

—Abrid la puerta.

El crujido de los goznes y el rastrillo al elevarse impacientaron al caballo, que se mostró inquieto en todo momento. Un grupo de hombres armados con picas salieron a recibir al jinete al que acompañaron hasta el interior mientras las puertas de Torquilstone volvían a cerrarse.

El emisario desmontó de un salto dejando su montura al cuidado de otro de los hombres de la guardia. El oficial que se había dirigido a él desde la almena contempló al jinete no sin cierto recelo pese a que hasta ahora no había sucedido nada anormal.

—Está bien. Seguidme.

El recién llegado fue conducido hasta un amplio patio de armas donde diversos hombres se entrenaban; otros comerciaban y los más aburridos se dedicaban a contemplar a los demás.

Eadric permanecía reunido en su amplio salón departiendo con varios miembros de la poca nobleza sajona que los normandos no había arrancado como la mala hierba. La poca que todavía podría florecer y conocer mejores tiempos.

—El príncipe Juan se obstina en subir los impuestos —decía uno de ellos apretando los dientes y golpeando sobre la mesa.

—Sí, pero ¿qué podemos hacer? Apenas si queda dinero entre los sajones para pagarlos —protestó un segundo cuando la puerta se abrió de repente dejando paso al guardia y al misterioso jinete.

—¿Qué sucede? —bramó Eadric con una mirada furibunda a ambos visitantes. Eadric cuyo pelo y barba habían encanecido por el paso del tiempo y los severos rigores de aquella época que le había tocado vivir. Pero todavía conservaba el genio y la raza de la estirpe sajona y no vacilaba en ser el primero en coger una espada para acaudillar a los sajones contra los normandos.

—Este hombre dice poseer noticias del rey Ricardo.

Pronunciar aquel nombre en Inglaterra podía suponer dos cosas: ser

acusado de traidor por los normandos, apoyados por el hermano de este, Juan. O bien una tibia esperanza en estos, que no veían el momento de que el legítimo rey regresara a su tierra y todos sus males cesaran de una vez.

—Está bien. Que se acerque.

Eadric se incorporó de su escaño mirando al mensajero con los ojos entrecerrados temiendo lo peor. No terminaba de creerse las historias que circulaban de boca en boca de los comerciantes que llegaban hasta aquellos lugares. Aseguraban que Ricardo estaba en camino y que pronto aparecería para recuperar el trono de Inglaterra. Otros decían que había perecido en el asedio a San Juan de Acre.

—¿Qué noticias hay de Ricardo?

—Nada halagüeñas mi señor Eadric. El rey se encuentra preso del emperador alemán Enrique IV —profirió con serenidad mirando de manera fija a Eadric, quien emitió una sonrisa ahogada que dejó paso a un gruñido de desaprobación. Volvió a sentarse sacudiendo la cabeza sin decir ni una sola palabra.

—¿Estáis seguro de vuestras palabras?

Un hombre joven de pelo oscuro, ojos claros con un fino bigote y perilla se adelantó. Vestía un jubón de color rojo, unas calzas grises y botas de piel. En un acto instintivo cerró su mano en torno a la empuñadura de un espadín que pendía de su cinturón.

—Tan cierto cómo os estoy viendo, mi señor Hereward —le aseguró el hombre asintiendo sin remisión.

—Pero, ¿cómo habéis llegado a obtener dicha información?

—Por un viajero que ha llegado a Sheffield desde la propia región alemana. Asegura que allí no se habla de otra cosa que del ilustre prisionero que el emperador tiene encerrado en la prisión de Durstein. Leopoldo de Austria se lo entregó a cambio de una considerable suma.

—No me extraña nada —intervino Eadric llamando la atención de los presentes—. Leopoldo se la tenía jurada a Ricardo desde que este lo humilló en Acre delante de todos, cuando mandó colocar su estandarte por delante del de los demás monarcas europeos. Leopoldo fue uno de los agraviados, junto con Felipe de Francia.

—El emperador exige ciento cincuenta mil marcos de plata a cambio de su libertad.

—¡Ciento cincuenta mil marcos de plata! —exclamó Eadric—. ¡No hay ese dinero en toda Inglaterra!

—Tiene que haberlo, padre —profirió Hereward apoyando las manos en la mesa y mirando a su progenitor como si lo desafiara.

—Ni si quiera lo hay para pagar los desmanes de Juan y sus caballeros normandos. ¿Cómo va a haberlo para rescatar a un rey?

Eadric se reclinó en su asiento con las manos cruzadas sobre su estómago y miró a su hijo esperando su reacción.

—¿Habláis del príncipe Juan como si fuera un traidor a su hermano?

Eadric sonrió.

—¿Crees que Juan va a mover un solo dedo por liberarlo cuando desde siempre ha ansiado el trono de su hermano? ¿Quién se beneficia de su situación? Piénsalo por un momento, hijo. Enrique, el padre de ambos le dejó todo a Ricardo. Y como contrapartida nombró a Juan señor de Irlanda —le resumió con una sonrisa sarcástica moviendo su cabeza en clara negación—. Juan ha aprovechado la ausencia de su hermano en la Cruzada para regresar a Inglaterra y sentarse en el trono con la ayuda de la nobleza normanda. De ese modo esta recupera ciertos privilegios abolidos por el propio Ricardo.

—De ser cierto lo que decís —comentó fijando la mirada en el mensajero—. Tendríamos que conseguir el dinero entre la propia nobleza sajona. Padre, tú los conoces. Podrías hablar con ellos para comenzar a reunir el rescate.

—Ya te he dicho que no queda un solo marco de plata entre los sajones. ¿Ya has olvidado que fue Ricardo quien saqueó a su propio pueblo para costearse su Cruzada? Vendió a Escocia los castillos que todavía estaban bajo poder inglés. Saqueó los monasterios aludiendo que era en beneficio de la Iglesia; que era una contribución para liberar los santos lugares de Jerusalén. No, hijo, no pienses que los sajones tienen esa cantidad. Y aunque la tuvieran, dudo que la entregaran para libertar a un rey que les dio la espalda.

—No podéis estar hablando en serio —le aseguró Hereward mirando a su padre con cierta decepción—. El rey debe regresar al lugar que le corresponde, esto es, el trono de Inglaterra.

—Tú y tu romántica idea de la lealtad hacia Ricardo. Te fuiste a Tierra Santa siguiéndolo sabiendo que era una empresa inútil. Y ahora después de haber terminado la Cruzada y haber regresado, sigues defendiéndolo. Ricardo es un normando, ¿lo has olvidado acaso? —le recordó Eadric arqueando su ceja con suspicacia.

—No, no lo he olvidado. Y en cuanto a la Cruzada, no creo que liberar los lugares santos de los hombres de Saladino haya sido un fracaso. Por lo que

concierna a la persona de Ricardo, no creo que sea peor que Juan.

—Ya te he contado lo que hizo a su pueblo. Y ahora mira la manera que tienen el resto de monarcas de devolverle su despotismo.

—Ninguno de los otros monarcas tuvo la determinación que Ricardo en Tierra Santa.

—Tal vez, pero eso ahora no nos incumbe. Si piensas seguir adelante con esta romántica idea tuya, será mejor que vayas pensando de dónde piensas sacar el dinero.

Hereward frunció el ceño y convirtió sus labios en una delgada línea que denotaba su preocupación. Miró de soslayo a los otros dos nobles sajones, pero ambos sacudieron la cabeza.

—Tal vez la comunidad judía pueda prestarnos dicha cantidad.

—Ja, los judíos. Olvidas que Ricardo casi los deja sin patrimonio. No hijo mío. El rescate de Ricardo tendrás que buscarlo en otro lugar, aunque no te discuto que intentes hacerlo entre los nobles sajones cercanos a Ricardo. Pero ten en cuenta a Juan y sus normandos. Si Juan llega a enterarse de que estás reuniendo el rescate de su hermano, no vacilará en acusarte de traidor y ponerte bajo el hacha del verdugo.

—Entonces el príncipe Juan es más traidor que yo —bramó Hereward mirando a todos los allí presentes.

—¿Y piensas decírselo? Se prudente hijo mío. No te dejes llevar por el celo hacia Ricardo. Solo te advierto de cómo está la situación en este país para que no te lleves una decepción.

—¿Y qué sugieres que hagamos? ¿Cruzarnos de brazos y dejar que Ricardo se pudra en una prisión extranjera mientras el usurpador de su hermano se sienta en el trono de Inglaterra? ¿Que los sajones sigamos pagando los desmanes de Juan y de sus fieles caballeros normandos?

—Tal vez lo tenga merecido por haberse marchado —apuntó Eadric con total normalidad, sin inmutarse lo más mínimo en la reacción de su propio hijo—. Escúchame antes de que digas algo. Si vas a buscar el dinero para el rescate, deberás ser juicioso. Hay muchos espías normandos entre los sajones, a eso me refiero. Yo por mi parte hablaré con algunos miembros de la nobleza sajona para que puedan aportar algo. No será gran cosa, ya te aviso dada la situación que estamos atravesando. ¿Qué harás tú? —preguntó Eadric deseoso de saber qué tramaba su propio hijo.

—Partir hacia York para hablar con la comunidad judía. Saber hasta dónde están dispuestos a llegar en el rescate. Pediré a Godwin y Athelstane

que me acompañen.

—Tened cuidado de no toparos con normandos. Hay patrullas por los alrededores de York porque son conscientes de que si alguien puede aportar dinero son ellos: los judíos. Y ten también en cuenta que a estas alturas, el príncipe Juan intuirá que los sajones trataremos de reunir el dinero del rescate de Ricardo. No es tonto.

—Lo sé. Partiré cuanto antes. El rescate del Ricardo debe comenzar a reunirse desde hoy mismo.

Hereward abandonó la estancia de su padre en busca de los dos hombres aludidos a quienes encontró a ambos ejercitándose con las armas en el patio. Se detuvieron en cuanto vieron a Hereward acercarse a ellos.

—Hereward, ¿a qué tanta prisa? —preguntó Godwin, el más alto de los dos.

—Partimos a York.

—¿A York? —preguntó Athelstane arrojando la espada sobre la tierra y entornando su mirada hacia Hereward con gesto de preocupación.

—Hemos sabido que Ricardo está preso en Alemania.

—¿El rey?! ¿Preso en Alemania?! —exclamó Godwin fuera de sí.

—¿De qué estás hablando? Ricardo viene camino de Tierra Santa. Es cuestión de días o tal vez semanas que se presente aquí en Inglaterra —le recordó Athelstane repitiendo las noticias que circulaban entre los sajones.

—No. Juan está al tanto del destino que corre su hermano. Y no solo eso si que es posible que haya ofrecido dinero al emperador alemán para que lo retenga.

—Pero entonces... Las noticias de su vuelta... ¿son falsas?

—Tanto como que Juan quiere a su hermano Ricardo —le respondió Hereward seguro de lo que decía—. El emperador alemán exige el pago de ciento cincuenta mil marcos de plata a cambio de su liberación.

—¡Es mucho dinero! ¡No lo encontrarás en toda Inglaterra! —le aseguró Godwin.

—Ya sé que es una cantidad difícil de conseguir. Enrique de Alemania y el príncipe Juan se han cuidado mucho de establecer un precio exorbitado. Pero no podemos dejar al rey en una celda en Alemania.

—¿Qué piensas hacer en York?

—Hablar con la comunidad judía para que aporten una cantidad de dinero a la causa del rey.

—No lo harán —le aseguró Godwin sacudiendo la cabeza convencido de

ello.

—¿Tú también piensas como mi padre? ¿Crees que no darán ni un marco de plata para pagar el rescate de su rey?

Hereward estaba ofuscado por escuchar una vez más aquella respuesta. ¿Es que estaba rodeado de traidores a la corona? se preguntó enrabiado con todo lo que estaba sucediendo.

—Ricardo les extrajo hasta la última moneda para sufragar el viaje a Tierra Santa. No creo que tengan ganas de aportar algo después de eso, si les queda dinero. Tenlo presente. No obstante, te acompañaremos hasta York —asintió lanzando una mirada a Athelstane en busca de su confirmación.

—En ese caso preparad los caballos para partir de inmediato. La vida del rey es una cuestión de tiempo —le apremió con el semblante serio.

Los dos sajones asintieron dejando a Hereward solo. Era una locura lo que pretendía hacer pero no se perdía nada con intentarlo. Ciento cincuenta mil marcos de plata era una cantidad difícil de conseguir en Inglaterra en aquellos tiempos.

Los tres sajones partieron hacia York con el único fin de reunirse con el patriarca de la comunidad judía allí: Jacob. Los judíos habían sido los grandes prestamistas de la monarquía y a los que el propio Ricardo había acudido para sufragar los gastos de su Cruzada, como le había recordado su padre. El rey los protegía y al mismo tiempo los controlaba porque habían llegado a ser poderosos. Sin embargo, también sufrían los abusos y el desprecio por parte de los normandos. Por estos motivos, Hereward meditaba sobre qué reacción se encontraría entre estos.

Cuando entraron en York y preguntaron por el barrio judío muchos de los habitantes los miraron con curiosidad, otros con recelo y el resto con cierto desprecio. Sajones que buscaban a los judíos, pensaron muchos normandos que los vieron. Nada bueno podía salir de aquella relación.

—No parece que seamos bien recibidos —comentó Athelstane ante las muestras de hospitalidad de los habitantes de la ciudad.

—Por mucho que algunos digan que la paz ha llegado a la convivencia entre sajones y normandos, no lo percibo de esa manera —aclaró Godwin mirando a Hereward.

—Y más si es Juan el que se sienta en el trono —apuntó Athelstane.

—¿Por qué lo permitieron? Juan estaba en Irlanda, su propio padre

Enrique así lo decidió cuando se dio cuenta de que no le legaba nada. Todo era para Ricardo. De manera que Juan tuvo que contentarse con ser lord de Irlanda —explicó Hereward.

—Sí, pero tú mismo puedes comprobar de qué ha servido. Juan es ambicioso. No vaciló en granjearse la amistad de los principales nobles normandos para ocupar el trono con el pretexto de que su hermano no estaba en Inglaterra, y era a él a quien correspondía ser regente hasta su regreso. Y ahora es capaz de vender a su propio hermano al emperador alemán con tal de que no regrese a Inglaterra.

—Según parece participa junto a otros monarcas rivales de Ricardo para no dejarlo libre. A Juan lo mueve la ambición y la codicia. Ansia lo que su propio padre no le concedió, esto es, el trono de Inglaterra —resumió Godwin.

—Hemos llegado —dijo Hereward deteniendo su montura delante de una suntuosa casa en cuya puerta aparecían reunidos varios hombres, que miraron a los recién llegados con curiosidad e incertidumbre. El grupo pareció dudar sobre si acercarse a los recién llegados, hasta que estos los saludaron.

—¿Qué buscáis aquí? —preguntó uno de ellos devolviendo el saludo.

—Buscamos a Jacob, patriarca de los judíos de York —respondió con firmeza Hereward

Hubo un momento de silencio durante el que todos se miraron entre sí. Luego el que se había dirigido a ellos se volvió hacia el grupo e intercambiaron algunas palabras en su lengua nativa.

Hereward esperó a que el judío les dijera dónde podían dar con él. De pronto, un judío algo mayor con el cabello y la barba largos de color blanco y vestido con una túnica oscura se abrió paso entre el resto y fijó su atención en Hereward.

—Yo soy Jacob, ¿por qué me buscan tres sajones? —preguntó con la mirada entornada hacia estos con cierta desconfianza.

—Venimos a solicitar vuestra ayuda.

Jacob frunció los labios y pareció meditarlo.

—¿En qué puede ser útil un humilde judío a los sajones?

—Se trata del rey.

—¿Juan? —Jacob arqueó una ceja con suspicacia.

—No. Ricardo —aclaró Hereward con decisión esperando a que el tal Jacob reaccionara de manera favorable a sus intereses.

Hubo un momento de indecisión por parte de Jacob. Intercambió su

mirada con el resto de hombres allí reunidos y se volvió hacia los sajones.

—Por favor, entrad en mi casa. Lo hablaremos con mayor calma.

Los tres hombres siguieron las indicaciones de Jacob y se adentraron en su casa. Bastante fastuosa y rica en adornos y que podía compararse con la de cualquier noble, ya fuese sajón o normando. Sin duda que la usura que practicaban les había enriquecido hasta límites insospechados. Y eso que los judíos habían aportado a Ricardo una gran parte de dinero para la cruzada.

Hereward pareció sentirse algo más tranquilo pensando en que todavía debían poseer cantidades de dinero suficientes para pagar su rescate.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

Hereward no vaciló ni un solo segundo en poner al tanto de la situación a Jacob.

—El rey Ricardo se halla preso en Alemania. Su hermano Juan se ha aliado con el emperador alemán y con otros monarcas europeos para retenerlo contra su voluntad. Exigen un pago de ciento cincuenta mil marcos de plata. Necesitamos saber si el pueblo judío estará de nuestra parte para libertarlo.

Jacob permaneció en silencio durante un momento, meditando aquellas palabras. Y de forma rápida llegó a la conclusión de que la manera en la que podían ayudarlos era con dinero.

—Ya dimos cuanto teníamos al rey para su Cruzada en Tierra Santa. Ahora nos pedís otra vez dinero para él —le dijo con un tono de sorpresa.

—Entiendo que en su día Ricardo os solicitara una cantidad para organizar su expedición a Jerusalén. Ahora es por su seguridad, Jacob. Su hermano Juan ha usurpado el trono. Y somete al pueblo a exhaustivos impuestos con el fin de que no pueda reunir el dinero del rescate.

—Ricardo y Juan son hermanos; y normandos ambos. Los dos nos han sangrado en impuestos. Y nos han humillado tanto en público como en privado. Somos un pueblo sin hogar y sin un rey. No hay pues diferencia alguna entre ellos para nosotros.

—Pero Ricardo os ayudará, Jacob.

—¿Ayudar? —El judío arqueó una ceja con escepticismo. Sin terminar de creer que lo que el sajón le decía fuera cierto—. ¿Cómo? ¿Devolviendo todo lo que nos pidió? ¿También lo que paguemos ahora? No, no lo hará. Se olvidará de nosotros como lo han hecho el resto de monarcas en Europa. Volverá a tratarnos como lo que somos para sajones y normandos. Usureros, nigromantes, pero es algo a lo que ya nos hemos acostumbrado —el gesto de preocupación en el rostro del sajón alertó a Jacob—. Sin duda que sois su más

firme defensor.

—Estuve con Ricardo en Jerusalén. Hasta que Saladino y él firmaron la tregua. Yo regresé a Inglaterra. Soy un firme defensor de la justicia, Jacob y esta no se está cumpliendo con el rey.

Jacob se limitó a sonreír de mala gana.

—Ricardo nos dejó casi en la miseria —le dijo paseando su mirada por la casa, algo que llamó la atención de los tres sajones—. No te prometo nada pero hablaré con el resto de la comunidad judía y os haré saber la respuesta. No soy solo yo quien decide sobre estos asuntos, joven sajón.

—Os estoy agradecido, Jacob. En nombre de Ricardo os aseguró que vuestro pueblo no padecerá más represalias, ni se verá sometido a vejaciones.

—Eso espero. Me gustaría invitaros a que os quedéis y os repongáis del camino.

—Y nosotros os lo agradecemos pero no tenemos tiempo que perder. Debemos seguir hablando con gente para recaudar el rescate de Ricardo.

—En ese caso, qué Dios os guíe.

Los tres sajones abandonaron la casa de Jacob y reemprendieron el camino de regreso a Torquilstone algo más esperanzados que cuando llegaron. Hereward confiaba en que su padre hablara con los nobles sajones que no habían sido despojados de sus pertenencias, y que pudieran contribuir a pagar el rescate de Ricardo. De lo contrario no sabía como reunirían semejante cantidad ya que los judíos no parecían estar muy dispuestos.

## CAPÍTULO 2

El príncipe Juan observaba con semblante pensativo a Brian de Monfort y a Philip de Malvoisin. Estos intercambiaban su parecer al respecto de las distintas noticias que habían llegado a Inglaterra durante las dos últimas semanas. Mientras, en la mente de Juan retumbaba una y otra vez la misma idea y esta no era sino que temía que los sajones intentaran reunir el dinero para liberar a su hermano Ricardo. No podía confiar en su propio pueblo. ¡Malditos perros sajones! exclamó en su mente mientras cerraba sus manos en puños de rabia e impotencia.

—Sir Brian, ¿cuándo llega vuestra prometida?

Juan cambió de pensamiento tratando de no darle demasiadas vueltas al tema de su hermano y a la traición que se fraguaba a su espalda. Hablar de cosas banales como de la prometida de uno de sus más allegados caballeros le distraería por el momento.

—Dentro de dos días, señor —El gesto de falta de emoción por este hecho llamó la atención del príncipe.

—No parecéis muy feliz.

—No es más que un matrimonio para aumentar mis posesiones en Normandía y aquí en Inglaterra.

—Y que la dama en cuestión haga perdurar vuestro linaje con un heredero —apuntó Juan con una sonrisa cínica observando que podía sacar provecho del estado de ánimo de su noble—. Bueno, hasta que ese momento llegue, tendré que echar mano de vos para una nueva incursión entre la nobleza sajona.

—Lo que ordenéis, majestad —asintió el normando con una leve inclinación de cabeza.

—No podemos permitir que esos malditos sajones continúen reuniendo más plata para el rescate de mi hermano.

—¿Estáis seguro de ello, señor? —Malvoisin miró al príncipe con el ceño fruncido sin terminar de creer en esta posibilidad—. Habéis sobornado al emperador alemán para que este hecho no se produzca. ¿Pensáis que los sajones acaso puedan reunir esa cantidad?

El príncipe sonrió de manera cínica.

—Si los sajones se presentan con ciento cincuenta mil marcos de plata ante él, nada ni nadie podrá evitar que mi hermano retorne a Inglaterra.

—Y eso sería un serio contratiempo para todos nosotros, caballeros —La

voz de Fitzurse, consejero del príncipe Juan heló la sangre de todos los allí presentes—. Si el rey regresa a Inglaterra, no le temblará la mano para castigar a aquellos que lo han abandonado —dijo entornando la mirada hacia Juan.

—Debemos evitar que los sajones reúnan esa cantidad a toda costa —resumió el príncipe—. Por ese motivo iniciaremos una nueva recolección de impuestos, alegando que son para salvar a Ricardo —dijo sonriendo con malicia.

—¿Pretendéis hacer creer al pueblo que su dinero será para salvar a vuestro hermano? —Fitzurse se alarmó ante tan maquinación—. Si logran descubrir que no es así... Los sajones podrían levantarse en armas.

—¿Contra mis caballeros normandos? —preguntó Juan con gesto burlón señalando a estos confiado de que no sucedería nada malo—. Qué lo hagan si lo consideran como tal. Pero mientras se deciden a hacerlo, esos mismos caballeros recolectarán el dinero. Y tú mi buen Fitzurse te encargarás de redactar la proclama. Poneos en marcha de Monfort, de ese modo podréis llegar a tiempo para recibir a vuestra prometida. Aunque viendo vuestro interés en ella, pareciera que os esperara una maldita sajona. —Juan se reclinó contra el respaldo de su trono cruzando las manos satisfecho por lo que acababa de ocurrírsele.

Brian de Monfort asintió con los dientes apretados ante aquel último comentario. Lo cierto era que aquel matrimonio con lady Aelis solo tenía dos finalidades que había dejado claro ante el príncipe Juan. No habría cariño, ni amor, por supuesto. Era algo con lo que la propia lady Aelis contaría. Pero tampoco era cuestión de humillarla al compararla con una mujer sajona, por mucho príncipe de Inglaterra que Juan se hiciera llamar, pensó el caballero normando.

Lady Aelis y su ama de compañía desembarcaron en las costas inglesas bajo un cielo algo gris para gusto de la primera. Después de varios días de navegación desde las costas francesas, por fin llegaban a su destino. Y la primera impresión que se llevaba no era nada halagüeña.

—No es un buen presagio.

—Oh, no seáis tan negativa mi señora. Que el día esté nublado no significa nada. ¿Cuántos amaneceres como este hemos contemplado en Normandía, en los que después han terminado saliendo el sol? E incluso

hemos disfrutado de un clima agradable.

—Te repito que esto es un mal presagio por haber aceptado venir a Inglaterra a un matrimonio que no deseo bajo ningún concepto —le recordó con ironía y descaro lady Aelis.

—Será mejor que dejemos esos presagios para después. Nos esperan, mi señora.

Pero Lady Aelis solo pensaba en la manera de escapar de allí cuanto antes. Durante el viaje había estado concibiendo infinidad de situaciones que podían darse y que debería aprovechar sin dudar. Pero cuantas más vueltas le daba, más se desanimaba porque al final siempre se encontraba en un punto muerto. Lo sencillo podría ser despistar a los guardias que la esperaban, pero entonces ante ella se habría una gran dilema, ¿qué hacer en una tierra desconocida y llena de sajones? Antes de intentar si quiera escapar y pese a que las oportunidades se le presentarían, debería tener muy claro qué haría después. Debería madurar sus propuestas de fuga antes de que expirara el plazo para contraer matrimonio con Brian de Monfort.

Un grupo de hombres armados la aguardaban junto. Al frente de estos un hombre de aspecto poco fiable, con una mirada heladora que le provocó un escalofrío a la propia Aelis. ¿Un normando al servicio de su futuro esposo? se preguntó mientras escrutaba su rostro.

—Mi señora, mi señor Sir Brian de Monfort me envía a recogeros para conducirnos a su castillo. Soy Maurice y desde este momento quedo a vuestro servicio.

El hombre se inclinó ante ella con una reverencia formal.

—¿Y él? ¿Dónde se encuentra para no venir a recibirme? —preguntó con curiosidad y cierta altivez lady Aelis paseando la mirada por los allí congregados.

—En misión para su majestad. Me ha dicho que se reunirá con vos más tarde. Me ha pedido que os conduzca hasta vuestra futura residencia.

Lady Aelis inspiró hondo.

—Esperaba que hubiera venido a recibirme en persona, ya que ha sido él mismo quien ha solicitado mi mano —comentó de pasada al sirviente de su futuro esposo, si ella o el destino no lo evitaban. Luego sonrió con ironía mientras lanzaba una fugaz mirada a su dama de compañía.

El gesto de esta le mostró a su señora, que no era de buen recibo decir esas cosas ante el hombre confianza de Brian de Monfort. Pero a la joven normanda no pareció molestarle. Ni tampoco al hombre que permanecía

delante de ella a la espera de iniciar el viaje.

—Si sois tan amables de subir a los caballos. Nos pondremos en marcha cuanto antes. El cielo amenaza con echarse a llover de un momento a otro y no me gustaría que tuviéramos que pernoctar en algún albergue o posada sajona.

Lady Aelis inspiró cogiendo el vestido entre sus dedos y se dirigió hacia la yegua de color blanco que había sido destinada para ella. Sin duda que se reafirmaba en el comentario que le había hecho hacía un momento a su dama de compañía. No empezaba nada bien su vida en Inglaterra. Lanzó una mirada muy significativa a lady Loana por este hecho. Pero una vez más, esta le restó importancia sacudiendo la cabeza. Lo bueno de todo aquello era que contaba con un caballo, lo cual podría hacer su huída algo más cómoda en principio. Pero sus temores se acrecentaban si pensaba en las palabras del tal Maurice acerca de la lluvia y de los albergues y posadas del camino. No era partidaria de dormir en un lecho sajón.

Una vez que las dos damas estuvieron sobre sus respectivas monturas y sus pertenencias acomodadas en un carro junto con los pocos sirvientes que la habían acompañado desde Normandía, Maurice dio orden de emprender la marcha.

Lady Aelis no se consideraba demasiado supersticiosa pero debía reconocer que su nueva vida en Inglaterra no parecía iniciarse con buen pie. ¿Qué más le deparaba el destino? ¿Era todo aquello algún tipo de aviso para que no siguiera adelante con su matrimonio? Desde que salió de Normandía todo habían sido disgustos. Una tormenta en alta mar, los contratiempos causados por esta en forma de rotura de la vela; el cielo gris de Inglaterra, su prometido que no había acudido a recibirla y por último la posibilidad de pasar la noche en un albergue o posada sajona.

Lady Aelis resopló mientras sacudía la cabeza y procuraba dejar la mente en blanco.

Hereward y un nutrido grupo de sus hombres regresaban al castillo de Torquilstone en mitad de un aguacero. Había acudido a la llamada de un noble que había sido asaltado de manera literal por los normandos de Brian de Monfort. Este mismo aseguraba hacerlo en nombre del príncipe Juan, y que su contribución ayudaría a traer de regreso a Inglaterra a su hermano Ricardo. Ante esa opción, muchos sajones comenzaban a cuestionarse si el príncipe estaba en verdad interesado en liberar a su hermano.

El grupo marchaba al galope como si tuviera prisa por llegar cuanto antes a Torquilstone.

—Hereward, mira —le señaló Athelstane llamando su atención hacia un grupo de jinetes que en ese momento galopaban para escapar de la lluvia.

—Parecen normandos —dijo con inusitado interés.

—Llevan pendones de la casa de Brian de Monfort.

—Uno de los nobles más influyentes y cercanos al príncipe Juan. Encargado de recaudar el dinero para el rescate del rey, según nos han contado —apuntó Hereward obligando a su mente a trabajar a toda prisa para que una descabellada idea se le cruzara por su mente. Pero que sin duda podría contribuir a su propósito. Y de paso, dar un buen golpe al príncipe Juan—. Coge a la mitad de los hombres y córtales el paso a la salida del bosque. Yo lo seguiré por detrás obligándolos a adentrarse en este.

—¿Qué diablos pretendes? —preguntó Godwin temeroso de que su amigo y señor cometiera una estupidez.

—Si son hombres de Brian de Monfort, tal vez puedan llevar el dinero recaudado por este —le resumió con una sonrisa irónica.

—¿No se te ocurrirá atacarlos? Son normandos —le advirtió haciendo un gesto hacia el grupo de jinetes. Pero lo máximo que llegó a percibir Godwin de su amigo, fue una sonrisa concluyente de lo que pretendía hacer.

—La mitad de los hombres. Seguidme —dijo en voz alta para que se le escuchara por encima del sonido provocado por la lluvia al caer sobre las copas de los árboles; y el propio viento que azotaba sin piedad sus ramas—. El resto partid con Godwin.

—¿Qué diablos pretende? —preguntó Athelstane mirando a este sin comprender nada.

—Una completa locura. Vamos, es mejor que nos demos prisa.

—¿Para qué?

—Tiene la intención de cortar el paso a aquel grupo de normandos para ver si llevan dinero sajón con ellos. Algo que no me agrada nada. Y menos en estos días que corren.

El grupo de jinetes normandos seguían su marcha, ajenos a sus perseguidores. Lady Aelis cabalgaba lo más rápido que podía y se aferraba a las bridas de su yegua. A su lado lo hacía lady Loana.

—¿Decíais algo antes acerca de los malos augurios? ¿Qué tenéis que decir ahora del aguacero que llevamos encima de nuestras cabezas?

Lady Loana no respondió. Estaba más preocupada de no caerse de su montura que de los comentarios negativos de su señora. Pero si se dio cuenta de su tono mordaz. ¿Acaso pensaba que el destino se había confabulado contra

ella? ¿Por su matrimonio con un noble normando al cual no conocía?

Uno de los soldados llamó la atención sobre Maurice cuando se dio cuenta de que los seguían un grupo de jinetes.

—Sajones —le dijo haciendo un gesto hacia el grupo.

—Escapan de la lluvia de igual manera que lo hacemos nosotros. No hay por qué preocuparse. Las relaciones con ellos son buenas pero tomaremos precauciones por las damas. Que algunos hombres se retrasen y se pongan en los flancos —aclaró Maurice temiendo la represalia de su señor su a su prometida le sucedía algo a manos de una partida de sajones.

Cuando Lady Aelis escuchó la palabra <<sajones>> sintió un frío todavía mayor al que le provocaba la lluvia que comenzaba a calarle las ropas. Sintió su miedo acrecentarse cuando se percató de los movimientos que hacía algunos de los hombres de la escolta. Y no pudo evitar volver el rostro hacia atrás para comprobar que en efecto, un grupo de ocho jinetes cabalgaban detrás de ellos.

—¿Qué miráis con tanta curiosidad? —la pregunta de lady Loana no logró que lady Aelis apartara la atención del grupo, que parecían ir ganando terreno con respecto a ellos.

—Nos sigue un grupo de sajones. Lo escuché cuando el capitán se lo comentaba a Maurice —le relató intentando imprimir algo más de velocidad a su yegua.

Lady Loana abrió la boca para decir algo, pero en el último momento pareció pensárselo; o bien el temor a caer en manos sajones atenazó su garganta. Abrió los ojos como platos sorprendida por este hecho y mudó el color de su rostro. Aquello no podía estar sucediendo, se dijo. Lluvia, frío, el prometido de su señora que no se había presentado a recibirla y por último un grupo de jinetes sajones cabalgando tras ellas. Después de todo, su señora iba a tener razón con lo de los malos augurios desde que salieron de Normandía.

—Seguramente no nos sigan, sino que más bien huyen de la lluvia como nosotros —comentó lady Loana en su intento por quitar hierro al asunto y apartar cualquier atisbo de temor de la mente de su señora, y de la suya propia.

Maurice dio las órdenes para proteger a las damas. Lady Aelis se aferró con determinación a las riendas de su yegua. Experimentó un ligero temblor cuando varios soldados se rezagaron hasta situarse junto a ella y a lady Loana. ¿Acaso temían por sus vidas? ¿Representaban un peligro real aquellos sajones? Pero si había escuchado decir a sus padres y a mucha gente, que la

rivalidad entre ambos pueblos había cesado. Pero... sus fantasmas se materializaron a la salida del bosque. Otro grupo más numeroso que el que los perseguía, los aguardaba cortándoles el paso. Aquello no tenía nada de casualidad ni de amistoso, pensó lady Aelis deslizando el nudo en su garganta.

Maurice refrenó su caballo al ver que estaban completamente rodeados de sajones.

—¡Capitán! Proteged a las damas con vuestra propia vida. En especial a la prometida de nuestro señor —le ordenó con el semblante serio mientras buscaba la empuñadura de su espada como si temiera que no estuviera en su sitio.

—¿Teméis un combate? —El capitán se sorprendió al recibir aquellas órdenes.

—No me fio de estos mal nacidos de sajones. Muchos todavía no han aceptado su situación social. Debe tratarse de una partida de rebeldes. Por eso os digo que no me extrañaría que pretendieran atacarnos. Y más si saben que escoltamos a la prometida de un señor normando.

El capitán volvió grupas seguido de cuatros soldados, hacia la posición que ocupaban las dos damas y no se separó de estas mientras proseguían la marcha.

—¿Sucede algo, capitán? —Aelis pretendía parecer serena y entera pero un ligero temblor en su voz le hacía parecer lo contrario.

—Tomamos precauciones, mi señora. Nada más.

Ella no pareció complacida del todo con aquella vaga explicación. Temía que hubiera algo más, que no querían decirle para no alarmarla. Intercambió una rápida mirada con lady Loana cuyo gesto la delató. Permanecía con sus ojos abiertos como platos y retorció las riendas en sus manos con nerviosismo indicando a lady Aelis una idea fehaciente de lo que pensaba. No hacía falta más. Lady Aelis trató de serenarse y pensar en que nada malo iba a sucederles después de todo. Que en realidad aquellos sajones no tenían nada que ver con ellas. Pero entonces, escuchó las voces de estos galopando a sus espaldas y acercándose hasta rodearlas. Se vieron en inferioridad en aquel claro mientras el agua parecía concederles una tregua en su manera de caer sobre sus cabezas.

Lady Aelis pensó que incluso la meteorología se había puesto de parte de aquel grupo de sajones, de entre los que destacaba uno, que parecía ser el jefe de ellos. Alto, de pelo negro y enmarañado por el agua, ojos oscuros que brillaban escrutando al grupo, un fino bigote y perilla. Llevaba un jubón de

color rojo bajo una capa oscura. Su apariencia era la de un noble al que todos miraban esperando sus órdenes.

—¿Qué sucede? —le preguntó Maurice dirigiéndose a Hereward—. ¿Por qué nos habéis venido persiguiendo y ahora nos rodeáis? ¿Acaso tenéis idea de quienes somos?

—No hace falta que me deis más explicaciones. He visto vuestras enseñas —le dijo haciendo un gesto hacia estas—. ¿Dónde se encuentra vuestro señor?

—No tengo por qué responderos a esa pregunta —rebató Maurice irguiéndose sobre la silla de montar de manera desafiante.

—En ese caso yo os lo diré puesto que hemos sido informados de primera mano. Recaudando dinero entre los sajones para el príncipe Juan con el pretexto de incluirlo en el rescate del rey Ricardo.

—En ese caso ya tenéis la respuesta...—Maurice entornó la mirada hacia el sajón esperando conocer su nombre.

—Hereward de Torquilstone.

—Vaya, mirad a quién tenemos aquí —exclamó Maurice con cierta sorna y sorpresa—. Desconocía que el vástago de un alto cargo de la nobleza sajona como es Eadric, se dedicara ahora a perseguir a nobles damas normandas por el bosque en mitad de la noche.

—Solo queríamos saber si vuestro señor se encontraba entre vosotros. No me interesan vuestras damas.

—Pues ya habéis visto que no lo está. Cualquier cosa que necesitéis tratar con él...

—El dinero recaudado para libertar al rey Ricardo —le informó con un tono directo y autoritario.

—No sé de qué dinero me habláis. Yo solo me encargó de conducir a su prometida y a su dama de compañía a su castillo.

Lady Aelis permanecía expectante antes aquella más que interesante conversación entre el hombre de confianza de su futuro esposo y aquel sajón. Sabía que Ricardo estaba preso en una cárcel de Alemania. Según había sabido ella por boca de su propio padre y de los nobles de Normandía. Y que al parecer todo se debía a cierta rencilla que Ricardo y Leopoldo de Austria tuvieron en el sitio de San Juan de Acre en Tierra Santa. También se rumoreaba que el príncipe Juan se había confabulado con el emperador alemán para mantener preso a Ricardo. Y mientras, en su ausencia era Juan quien regía el futuro de Inglaterra y de sus habitantes. Pero lo que más intrigaba a Aelis

era lo que había escuchado decir al sajón. ¿Qué significaba que estaban reuniendo el rescate de Ricardo? ¿Y qué había querido decir el con que buscaba a su prometido para recoger el dinero recaudado? Aelis se irguió en su montura deseosa por escuchar un poco más de aquella conversación.

—Mi señor lo hará en persona al rey Juan.

—¿Rey Juan, decís? —se burló Hereward mostrándose orgulloso sobre su montura y paseando su mirada por sus hombres primero y por la comitiva normanda después. Un par de ojos claros llamaron su atención de manera poderosa por su brillo y su manera de contemplarlo. Su dueña parecía expresar una mezcla de temor y de expectación. ¿La prometida de Brian de Monfort?—. Juan no es más rey que vos o que yo mismo —le corrigió Hereward volviendo su atención a Maurice.

—Es el regente ante la ausencia de su hermano. Y por lo tanto...

—¿Regente? Walter de Longchamp fue nombrado regente por el propio Ricardo antes de partir hacia Tierra Santa. Juan no ostenta más que el título de señor de Irlanda concedido por su padre, Enrique II de Inglaterra. Le obsequió con este título toda vez que Ricardo sería su sucesor. Pero Juan supo esperar su oportunidad y cruzar desde Irlanda para granjearse la amistad de los normandos y de Waldemar de Fitzurse. De todos es sabido que Ricardo no quería que su hermano reinara en Inglaterra dada su extrema ambición. Por ese motivo nombró a Walter de Longchamp como regente.

—Todo eso no son más que palabrería que podéis discutir en la corte. Pero ahora si nos disculpáis y viendo que ha escampado, nos gustaría llegar al castillo de mi señor de Monfort cuanto antes. Estamos cansados del viaje y deseosos de quitarnos la carga de agua que llevamos encima. Necesitamos calentarnos con un buen fuego y comer algo.

Hereward sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—Podéis proseguir vuestro camino, a condición de que las damas se queden a nuestro cargo como garantía de que vuestro señor se presentará en Torquilstone para entregar la cantidad recaudada —le propuso esgrimiendo una sonrisa socarrona y buscando con su mirada a las dos damas que había en el grupo.

—No os atreveréis a ponerle un dedo encima a la prometida de mi señor —Maurice se irguió en la silla de manera desafiante lo cual captó toda la atención de Hereward.

—Bien, en ese caso, vuestro señor acudirá sin mayor dilación a entregar el dinero. De esa manera su prometida quedará en libertad.

Hereward volvió la mirada hacia las dos damas para ver cuál de las dos podía ser la prometida de Brian de Monfort. La dama que en ese momento permanecía con la boca abierta y una expresión de desconcierto en su rostro. Demasiado bonita para acabar en las manos de alguien como de Monfort, se dijo Hereward refrenando a su caballo.

Lady Aelis sintió un repentino escalofrío abriéndose paso por su espalda hasta morir en su nuca. Apretó con fuerza las riendas que crujieron bajo la piel de sus guantes. Lady Loana se mostró igual de aturdida ante aquella petición del sajón. Miró a su señora con temor a que pudiera raptarla y ultrajarla.

—No estáis en vuestros cabales si pretendéis cometer semejante disparate —Maurice mudó el color de su rostro al escuchar semejante proposición.

—¿Acaso os parece que estoy bromeando? Nosotros también estamos cansados y empapados por el agua. Necesitamos de un buen fuego que nos haga entrar en calor y comida para reponer las fuerzas. De manera que no demoremos más la situación.

—¡Será por encima de mi cadáver! —protestó echando mano a la empuñadura de su espada. Pero en el momento en el que el filo de esta estuvo fuera de su vaina, la rápida intervención de Hereward extrayendo la suya, hizo que Maurice se viera desarmado al instante. En un rápido movimiento Hereward había golpeado al normando haciendo que su arma cayera sobre la tierra mojada.

—No me obliguéis a decirle a mis hombres que intervengan. Ambos sabemos que no tenéis nada que hacer puesto que estáis en inferioridad. De modo que las damas vendrán a Torquilstone —dijo con convicción de que así sería haciendo un gesto a Athelstane para que fuera a por ellas.

Cuando ambas mujeres vieron acercarse al sajón hacia ellas, las dos intentaron oponerse azuzando sus caballos para escapar al galope. Para sorpresa de los allí reunidos, lady Aelis fue más astuta o tal vez su yegua más veloz, ya que consiguió abrirse paso entre el grupo y emprender el galope sin sentido y sin rumbo fijo. Justo lo que había estado tramando durante los días de viaje que llevaba. Ante ella se presentaba la oportunidad.

—¡Godwin desarma a todos! No hagáis daño a la otra dama —gritó Hereward poniendo su caballo al galope tras lady Aelis.

Esta lanzó una rápida mirada por encima de su hombro para ver qué sucedía. Lamentaba no gozar de la compañía de su dama, pero no había tenido tiempo para explicarle su plan. Y al ver a todos confiados en que ella acataría

las órdenes del sajón, había optado por jugársela. Lo veía galopar tras ella como si fuera el diablo en busca de un alma que escapaba para llevarla al infierno. Sabía que el caballo de él era más veloz ya que poco a poco le recortaba terreno, pero esto no impidió a lady Aelis seguir con su plan de fuga.

Hereward azuzó a su montura para lograr situarse al mismo nivel que la dama normanda. Esquivó varias ramas bajas y saltó un conjunto de piedras que parecían un obstáculo en el camino. Por un instante sonrió divertido ante aquella ocurrencia de la dama. Tenía valor, determinación y orgullo. Pero también era una inconsciente por someter a su yegua a semejante carrera sin que el animal estuviera acostumbrado a ello. Y cuando esta dio muestras de fatiga, Hereward se aproximó cuanto pudo para rodearla por la cintura y con un movimiento rápido sentarla delante él en su propio caballo ante las protestas de ella. Al verse sin la carga de su jinete, la yegua comenzó a aminorar su galope hasta trotar y por último detenerse.

Hereward comenzó a refrenar a su caballo hasta conseguir ponerlo al paso mientras con un brazo sujetaba a lady Aelis contra su pecho. La mujer se retorció contra él intentando escapar.

—¡Soltadme! ¡Maldito sajón! —volvió el rostro para mirarlo y encontrarse con una sonrisa de satisfacción y diversión.

—Calmaos u os haréis daño.

—¡Prefiero hacérmelo antes que compartir el caballo con alguien tan rudo! —Lady Aelis entrecerró sus ojos lanzando una mirada fría a Hereward.

—Yo no soy tan escogido a la hora de tener compañía. Además, os quiero intacta para que vuestro prometido pague por vos —le aseguró bajando su mirada hacia ella y encontrarse con sus ojos que le devolvían una mirada fría llena de odio. Ella tenía el cabello despeinado, el rostro enrojecido y los labios entreabiertos por los que parecía respirar con dificultad. Hereward aflojó su abrazo para que ella estuviera más cómoda—. Si os sirve de algo os diré que no tengo ningún interés oculto en vos, excepto el rescate que pueda pagar vuestro futuro esposo.

Lady Aelis pareció calmarse por un momento cuando escuchó aquellas palabras por segunda ocasión.

—¿Para contribuir al del rey Ricardo? —ella acompañó su pregunta con un tono sutil y su ceja arqueada con suspicacia.

—Sí. Para el rescate del rey —asintió Hereward con suspicacia. ¿Estaba ella al tanto de lo que sucedía entre los sajones? ¿Conocía que estaban

intentando reunir la cantidad fijada para liberarlo?

Sin darse cuenta habían llegado junto a la comitiva de Brian de Monfort. Todos los presentes los vieron llegar y como al parecer la dama normanda no ponía mucha resistencia. Venía subida sobre el propio caballo de Hereward y rodeaba por la cintura por el brazo de este para evitar que se cayera. Hereward había recibido las suaves caricias del pelo de ella, pese a estar algo húmedo por la lluvia; su aroma a jabón perfumado, o la firmeza de su cuerpo. ¡Una dama normanda! Por todos los demonios, pensó Hereward centrado en aquellos detalles, que no había pasado por alto.

Lady Aelis trataba de contener la respiración en el trayecto de regreso a donde estaban ambas comitivas. El brazo del sajón la rodeaba para evitar que se cayera del caballo produciéndole la sensación de tener los nervios metidos en el estómago. Ella se limitó a achacarlo al cansancio y al hambre que sentía. Y cuando en alguna de las pocas ocasiones en la que las manos de él rozaron las suyas, ella se obligó a apartarla de las riendas para evitarlo. La proximidad del cuerpo de él la había obligado a mantenerse erguida sobre la silla en un intento por no rozarse, si quiera. Él controlaba al caballo con sus piernas sin que apenas tuviera que indicarle el camino. ¡Un sajón! ¡Montaba el caballo de un maldito sajón! ¡Alguien que iba a cambiarla por dinero como si ella fuera una simple mercancía o una baratija! No podía creer en que lo se estaba convirtiendo su viaje a Inglaterra. Primero, su padre la entregaba a un completo desconocido como si se tratara de una yegua para que este la desposara. ¡Para que engendrara un heredero! le había dicho. Y ahora un sajón, la secuestraba y pretendía cambiársela a su prometido por una cantidad de monedas. Pensarlo hizo que se enfureciera todavía más. Pero, ¿qué podía esperar de aquellos salvajes, que eran los sajones?

—¿Qué pensáis hacer? —Maurice se dirigió a Hereward con desdén a pesar de estar en derrotado y en inferioridad.

—Ya os lo he dicho. Llevarme a las dos mujeres hasta Torquillstone.

—¡Maldito perro sajón! —exclamó incorporándose en su caballo dispuesto a golpearlo. Pero el filo de la espada de Athelstane lo retuvo.

—Cuidad vuestro lenguaje. Hay damas delante —ironizó Hereward apretando un poco más su brazo en torno a la cintura de Aelis como si ella fuera de su propiedad.

Esta acusó aquel gesto. El estómago se le encogió y su pecho se alzó generoso. Aelis se enfureció todavía más, aunque consciente de que no conseguiría nada.

—No os saldréis con la vuestra. Mi señor...

—Eso esperamos todos. Que vuestro señor eche de menos tanto a su prometida que esté gustoso de pagar su rescate. De ese modo todo volverá a la normalidad. Estoy seguro que la dama en cuestión lo estará deseando tanto o más que yo. Creedme —profirió Hereward con cierta burla mirando a Aelis a los ojos.

—Lo hará. Os aseguro que lo hará antes de veros colgado de una soga.

—Para tales menesteres, lo esperamos en Torquilstone. Decidle que acuda a negociar los términos del rescate. Ah, y recordadle también que no intente tomar la fortaleza por la fuerza. Saldría mal parado. Y por último no hace falta que os advierta del riesgo que corréis si se os pasa por la cabeza seguidnos.

Hereward espoleó su caballo y tirando de sus riendas emprendió el camino hacia Torquilstone con lady Aelis sentada en su regazo. Le gustaba sentirla tan cerca de él. Ese ligero temblor que la sobrecogía en ocasiones, o esas miradas cargadas de reproche, de ira y frialdad con las que lo miraba. Una mujer valiente y decidida que no había vacilado ni un solo instante en tratar de ponerse a salvo.

—Mi prometido pagará la cantidad que le pidáis por mí —le espetó entrecerrando los ojos y apretando los dientes con ira. Pero lo que consiguió de Hereward fue una sonrisa cínica que la encendió todavía más—. Sois un salvaje incivilizado.

—Gracias por vuestros cumplidos mi señora. Los tendré en cuenta. Y yo de vos, no estaría tan seguro de que vuestro prometido satisfaga mis demandas.

Lady Aelis alzó el mentó con orgullo mirando a Hereward con cierta superioridad.

—Deliráis, sajón. Mi prometido lo hará y después os veré colgado de una soga como ha señalado Maurice.

—No lo veréis. Porque o bien paga y vos os marcháis con él. O bien no lo hace y vos seguís conmigo. En cualquiera de los dos supuestos no me veréis colgado de una soga. Y ahora os aconsejo que os agarréis con fuerza a las riendas si no queréis acabar en el suelo —le dijo azuzando a su caballo para que galopara más deprisa y lady Aelis acusara el brusco cambio de velocidad.

Ella se agitó bajo el brazo de él sintiendo como si el corazón se le subiera a la garganta. Le lanzó una última mirada de desdén y prefirió centrarse en el camino que restaba hasta llegar a su castillo.

Por detrás, Godwin cabalgaba al lado de lady Loana. Había cogido las riendas de la montura de ella para que no intentara escapar. Pero además, iba rodeada de caballeros sajones lo cual hacía harto complicado si quiera intentarlo.

—¿Por qué hace esto vuestro jefe? —se atrevió a preguntarle a Godwin, quien mantenía su vista la frente. Pero la volvió al escuchar la voz de la dama.

—¿Os referís a llevaros a Torquilstone?

—A secuestrarnos, me refería —Lady Loana se mostró indignada. Frunció el ceño y contempló al sajón enfurecida. Su tono dejó entrever que no estaba muy por la labor de mostrarse dócil, pensó Godwin—. Porque es lo que está haciendo. Cuando el prometido de mi señora lo sepa, no vacilará en acudir en nuestro rescate —le dijo frunciendo sus labios en un mohín de disgusto al tiempo que entrecerraba sus ojos mirando a Godwin con frialdad.

—Eso esperamos, mi señora —asintió Godwin de manera gentil inclinando su cabeza hacia lady Loana con respeto—. Pero decidme, ¿pagará vuestro rescate también, o solo el de vuestra señora? ¿O tal vez tengáis un prometido que pueda hacerlo? —Godwin se quedó mirando a lady Loana con una mezcla de diversión y extrañeza por pensar en ella como en una mujer atractiva o con dote para tener un prometido. Algo extraño por otra parte si acompañaba a su señora desde Normandía.

Lady Loana tenía el cabello oscuro, aunque Godwin no sabría precisar si se debía a que era noche cerrada. Sus ojos se asemejaban a un pozo sin fondo. Era de estatura media y sus curvas resaltaban bajo el vestido que lucía. Ahora, que ella le devolvía la mirada, Godwin pudo observar cierta sorpresa por lo que acababa de decirle. Esperó a que ella le rebatiera aquel comentario, pero en ese preciso instante las murallas y las altas torres de Torquilstone aparecieron frente a ellos. Godwin se quedó con las ganas de conocer la respuesta de Loana.

—Bienvenida a vuestro nuevo hogar, que espero que lo sea por un breve espacio de tiempo, mi señora —susurró Hereward en el oído de lady Aelis cuando esta menos lo esperaba.

Ella se agitó de nuevo entre los brazos de él cuando sintió la tibia caricia de su aliento sobre su rostro. No comprendía el motivo por el que reaccionaba así. ¿Tal vez se debiera a que estaba algo nerviosa y ofuscada con él?

—Yo también lo espero. ¿Qué haréis ahora? ¿Encerradme en una sucia, oscura y lóbrega mazmorra? —le preguntó con un aire de desdén. Era en un modo de defenderse de su estado de inferioridad ante él.

Hereward sonrió burlón sin decir nada más. Dirigió su caballo hacia la puerta del castillo, que se abría al mismo tiempo que se alzaba el rastrillo.

Aelis levantó la mirada hacia la fortaleza que se alzaba ante ella, con sus torres de vigilancia en una de las cuales ondeaba una bandera con un dragón rojo sobre fondo negro. Varios hombres acudieron a ellos cuando se detuvieron en el patio de armas.

—Llamad a Rowena para que las atienda —indicó Hereward dando órdenes antes de descender del caballo y tender los brazos hacia lady Aelis para que lo hiciera.

Ella se mostró reticente en un principio. No quería que las manos de él se posaran una vez más en su cuerpo, pero cuando quiso rechazarlo fue demasiado tarde. Él se había adelantado y en ese preciso instante volvía a rodearla por la cintura para bajarla del caballo como si de una pluma se tratara. Sin ningún esfuerzo, despacio, con parsimonia dejando que sus miradas no se apartaban la una de la otra en ese breve espacio de tiempo que duró ese gesto por parte de Hereward. Ambos permanecieron frente a frente, escrutando el rostro del otro como si buscaran algo. El corazón de lady Aelis brincó en su pecho acelerando sus latidos más y más deprisa hasta creer que le estallaría bajo la fija mirada del sajón. Pero lo que más le desconcertó fue su cínica sonrisa, que conseguía enervarle la sangre una vez más.

—Rowena —dijo Hereward cuando la joven muchacha de cabellos rubios y tez blanca se acercó hasta ellos—. Esta es mi hermana. Os ayudará a instalaros junto con vuestra dama de compañía.

Lady Aelis observó con detenimiento a la joven muchacha, quien le obsequió con una dulce sonrisa.

—Por cierto, creo que todavía no sé vuestro nombre.

—¿Qué importancia tiene para vos? A vos solo os interesa el dinero que podáis sacar de mi rescate —le dijo encarándose con él de una manera peligrosa. Lady Aelis sintió como su pulso se le aceleraba así como ese extraño ahogo en el pecho cada vez que se acercaba en demasía a él. Debía procurar no dejarse llevar por su rabia e ímpetu cuando él estaba cerca.

—Cierto, pero al menos sabré a quién dirigirme —Hereward se inclinó un poco sobre el rostro de ella, acrecentando el nerviosismo en lady Aelis.

Esta deslizó el nudo que acababa de formarse en su garganta y decidió que sería mejor responderle. De ese modo se apartaría y la dejaría en paz.

—Lady Aelis.

Hereward no se apartó un solo centímetro del rostro de ella.

—Lady Aelis, dejad que Rowena os conduzca a vuestros aposentos.

Iba a alejarse de él y a seguir a la muchacha sajona cuando una voz semejante a un trueno la retuvo. Se volvió sobre sus pasos para contemplar avanzar hacia ellos a un hombre de elevada estatura y gran envergadura.

—¿Qué significa todo esto?! —Eadric caminaba a grandes zancadas seguido por varios hombres hasta el lugar donde se encontraban.

Lady Aelis sintió miedo por primera vez desde que llegara allí. Lady Loana se acercó hasta ella cuando Godwin la dejó ir.

—¿Quiénes son? —preguntó mirando a las dos damas con gesto autoritario.

—Te lo explicaré después, padre —El pronunciar aquella palabra hizo que lady Aelis se sobresaltara y paseara su mirada por los rostros de ambos hombres buscando cierto parecido—. Tienen hambre, están cansadas y ha de cambiarse de ropas. Deja que Rowena las atienda. Que les proporcione alojamiento y aquello que precisen. Yo estaré encantado de contarte lo sucedido. Lady Aelis —dijo inclinándose ante ella con respeto.

¿Quién era aquella mujer? pensó Rowena al contemplar a su hermano mirarla con algo más que admiración. Su manera de inclinar la cabeza ante ella y esbozar una sonrisa. Y la mirada última que ella le dirigió a este, era una mezcla de rabia contenida pero también de sorpresa. ¿Qué estaba sucediendo? Lo único que Rowena podía vislumbrar por sus ropajes era que las dos mujeres no eran sajonas, sino normandas.

Lady Aelis no se movió del sitio mientras contemplaba como Hereward se alejaba en compañía de su padre. De igual manera, Lady Loana se había alejado y se dio cuenta de que caminaba sola en compañía de la muchacha sajona, Rowena, había creído escuchar que así se llamaba. De manera que Lady Loana se volvió hacia su señora con el ceño fruncido y la mirada reflejando su contrariedad porque se hubiera quedado allí.

—Señora, la muchacha os está esperando —le advirtió situándose al su lado.

Lady Aelis pareció estar perdida en sus pensamientos porque después de un momento, reaccionó y volvió su mirada hacia su dama de compañía.

—Sí, es mejor que marchemos. Quiero descansar, comer algo y... — Aelis cogió aire relajando sus hombros y sintiéndose abatida por un momento —. Olvidarme de todo lo que ha sucedido por esta noche. Aunque dudo que lo consiga.

—Veréis que todo esto queda en algo pasajero. En cuanto vuestro

prometido descubra lo sucedido, vendrá a por vos sin ningún reparo.

Lady Aelis sonrió de manera tímida. Algo en su interior le decía que no sería tan rápido, ni tan sencillo que ella quedara en libertad. Tal vez recordar las palabras del sajón sobre que tal vez ello no sucediera. No, cuando había reyes de por medio. En estos casos el resto de vasallos, incluidos los miembros de la nobleza, pasaban a un segundo plano. Aelis decidió que sería mejor aceptar el alojamiento y la comida de aquel majestuoso castillo donde por lo poco que había visto no se privaban de nada, pese a ser sajones. Ella pensaba que estos eran más rudimentarios y más salvajes, pero a cada paso que daba en aquel lugar su concepción de estos parecía ir cambiando. Incluso la del tal Hereward, se dijo entrecerrando los ojos y pensando en este.

## CAPÍTULO 3

Eadric permaneció de pie esperando que su hijo le explicara qué demonios había sucedido para que dos damas, de aspecto normando, hubieran llegado a Torquilstone.

—¿Vas a decirme de una vez qué está sucediendo? ¿Quiénes eran las dos mujeres? Porque sajonas no son. De eso estoy más que seguro cuando he visto sus caros y finos vestidos —declaró con extrema autoridad sirviéndose una copa de hidromiel y vaciando su contenido de un solo trago.

—No, no son sajonas, sino normandas como bien señalas —confirmó Hereward—. ¿Importa mucho su origen?

—Sí, si ponen Torquilstone en peligro.

Hereward cruzó los brazos sobre su pecho e inclinó la cabeza con gesto reflexivo.

—Confío en que esta situación se resuelva con la mayor rapidez posible para todos. Y sin que haya que recurrir a las armas —Hereward arqueó las cejas en señal de expectativa por lo que su padre pudiera decir.

—¿Qué has querido decir? ¿Quiénes son?

El viejo sajón apoyó las manos abiertas sobre la mesa contemplando a su hijo sin miramientos. Él era la máxima autoridad en aquella fortaleza y deseaba seguirlo siendo hasta el último día de su existencia. No quería ver Torquilstone bajo el mando de un normando.

—Esas mujeres son la prometida de Brian de Monfort y su dama de compañía, por lo que he podido deducir.

—¿Y qué pretendes conseguir trayéndolas aquí? Espero que por la mañana se hayan marchado. No quiero tratos con los normandos; y menos con De Monfort.

—Dinero para el rescate de Ricardo —le aseguró Hereward mirando a su padre con determinación.

El viejo sajón palideció al escucharlo. No podía creer que su hijo estuviera actuando de aquella manera tan irracional.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¿Has osado secuestrar a la prometida de uno de los hombres más cercanos al príncipe Juan? —preguntó sin creer que así fuera. Pero ver a su hijo asentir sin vacilar provocó en el viejo sajón un ataque de ira que no vaciló en dejar salir—. ¿Eres consciente de lo que acabas de hacer? De Monfort se presentará a las puertas de Torquilstone, con cientos de caballeros, dispuesto a tomarlo si no se la entregas.

—No lo hará estando su prometida tras sus muros —le aseguró Hereward caminando hacia el generoso fuego que ardía en la chimenea del salón. Por un momento se había olvidado de que él también estaba calado hasta los huesos y que necesitaba entrar en calor.

—Te crees muy listo pero no lo eres. Con este acto provocarás la ira de Juan y la de los normandos.

—De Monfort está recaudando dinero y objetos de valor por orden de Juan. O más bien, robando.

—Sí, lo sé. Aseguran que es para reunir el rescate de su hermano Ricardo —le confesó el viejo sajón sacudiendo la mano en el aire restando importancia a este hecho.

—¿Y tú lo crees, padre? —Hereward siguió de pie frente al fuego con las manos extendidas pero giró el rostro hacia su progenitor para que este le asegurara que creía al príncipe Juan.

Eadric sacudió la cabeza.

—Claro que no. Pero eso no me da derecho a cometer la estupidez de raptar a su prometida.

—No he ido a raptarla sino que nos encontramos con la comitiva cuando regresábamos a Torquilstone, después de saber que De Monfort estaba saqueando las aldeas sajonas de los alrededores en busca de dinero u objetos valiosos para evitar que puedan contribuir al rescate del rey. ¿No lo ves padre?

Hereward se apartó del fuego y se acercó a su padre con el ceño fruncido y sus manos cerradas en puños por la rabia que sentía.

—Ya lo veo y sé que Juan no es tonto aunque lo parezca. Una vez más saquea al pueblo para evitar que este pueda contribuir al rescate de su hermano.

—Y para justificar estos actos los disfrazas de contribución a una buena causa.

Eadric se sentó en silencio sin mirar a su hijo. Todo aquello era una completa locura. Tras unos segundos volvió a fijar su atención en él.

—¿Pretendes que De Monfort pague el rescate de su prometida? —Había un toque de burla en la pregunta de Eadric.

Hereward inspiró hondo antes de responder.

—No estoy seguro de que vaya a hacerlo.

—¿Cómo dices? —el viejo sajón apoyó sus manos sobre los reposabrazos y se inclinó hacia delante mirando a su vástago como si

estuviera loco.

—Sabe que estaría contribuyendo con su dinero al del propio Ricardo.

—¿Entonces, por qué diablos lo has hecho si concebías esa posibilidad?

Eadric se levantó de su asiento como un resorte para encararse con su hijo, a quien ahora señalaba con el brazo extendido acusándolo de semejante disparate. Su voz había sonado como un trueno. Miraba a Hereward sin terminar de creer que hubiera sido tan inconsciente.

—La opción se presentó en el camino. Sin más. No pensé en las posibles consecuencias sino en pagarle a De Monfort con la misma moneda, con la que paga él a los sajones.

—Entonces, ¿se trata de una venganza? —Eadric arqueó una ceja con suspicacia.

—No es tal, sino más bien demostrarle que los sajones también sabemos defendernos sin emplear la espada. Está recaudando dinero con el pretexto de pagar el rescate de Ricardo, ya te lo he dicho —Hereward parecía alterado en su intento por hacerle ver a su padre cuál era la situación.

—Juan se lo impedirá; lo del rescate. Le dirá que la repudie en cuanto sepa que está aquí. Que no será una dama de fiar y que es mejor dejarla a un lado. Si esa situación llega a producirse, ¿qué vas a hacer con las dos normandas? —Eadric arqueó una ceja con suspicacia ante el panorama que podía presentársela a su hijo—. Porque si tengo algo claro es que De Monfort no pagará. Obedecerá a Juan para no perder su posición en la corte. Tal vez venga con sus caballeros e intente llevársela por la fuerza. En ese caso, deberemos estar preparados.

Hereward apretó los labios con gesto de preocupación. Pero no porque Torquilstone pudiera sufrir un asedio, si no por la suerte que pudiera correr lady Aelis y su dama de compañía. ¿Qué haría si De Monfort no pagaba el rescate, como le había sugerido su padre? ¿Lo había llegado a considerar?

—Sí, en ese caso deberemos estar preparados.

—¿Dónde se encuentran las dos normandas en este momento?

—Las dejé al cargo de Rowena para que las instalara, ya lo has visto antes en el patio. No quiero que se lleven una mal imagen de los sajones ni de su hospitalidad —le informó mientras el viejo sajón asentía convencido de que había hecho bien—. Iré a hablar con ella a ver qué tal ha ido.

Eadric inclinó la cabeza con gesto pensativo. La situación a la que se veía abocado no le hacía ninguna gracia. Alojar en su castillo a dos damas normandas no era de su agrado, y menos si estaban allí contra su voluntad.

Esto podría implicar una situación nada deseosa. Pero ya nada podía hacerse. Devolvérselas a De Monfort no tendría tampoco mucho sentido, una vez que Hereward se las había llevado. Harían bien en prepararse para las represalias normandas, las cuales estaba convencido de que no tardarían en producirse.

—¿Sabemos algo de Jacob y de la comunidad judía?

Eadric sacudió la cabeza lo cual preocupó a Hereward. Necesitaba recaudar el dinero lo antes posible. Y la comunidad judía era un puntal básico, y más si el rescate de la dama normanda no se producía.

—Y entre la nobleza sajona apenas si hemos podido reunir unos miles de marcos —le confesó Eadric sin ánimos—. Creo que es una completa locura lo que propones, y además, ahora te complicas la vida con esas mujeres normandas —le dijo sacudiendo la mano en el aire haciendo referencia a estas.

—No hay vuelta atrás, padre. Conseguiremos que Ricardo vuelva a sentarse en trono de Inglaterra.

Eadric sonrió con un deje burlón.

—¿A qué precio? Dime —le exigió Eadric con una sonrisa cargada de ironía—. Tú y tus románticas ideas. Todavía no te has dado cuenta de cómo funciona todo esto. Pero lo harás, no te preocupes.

Hereward contempló a su padre con semblante serio mientras este se reclinaba en su asiento y volvía a adoptar una pose de preocupación, ajeno a la presencia de su propio hijo. Este se volvió y abandonó el salón sin decir ni una palabra más. Iría en busca de su hermana para saber qué había sido de las dos damas normandas. Las palabras de su padre lo invadieron sin remisión arrojando más intranquilidad a su ánimo. De Monfort no pagaría el rescate de su prometida y ello significaba que la presencia de ella allí en Torquilstone carecería de valor.

Lady Aelis y lady Loana habían sido conducidas a una amplia e iluminada alcoba con vistas al patio del castillo. En este, la gente se recogía debido a la lluvia que volvía a arreciar con violencia. Aelis permanecía asomada a la ventana. Había dejado su mente en blanco por esos instantes con el firme propósito de que su dolor de cabeza fuera remitiendo. Los últimos acontecimientos vividos habían sido demasiado para ella. Ni por un instante pensó que su llegada a Inglaterra fuera a ser tan... convulsa. Ni quería recordar el momento en el que el sajón había salido en pos de ella. Ni como al darle alcance la había subido a su propia montura con extrema destreza y facilidad. Como si ella no le representara ningún contratiempo. Y por último

sentir su cuerpo durante todo el viaje hasta ese castillo; su aliento en su nuca, en su rostro y esa mirada que en ocasiones le intrigaba y en otras la estremecía. El roce de sus manos con la suyas, pese a que ella llevaba guantes de piel, atrapando las riendas de su caballo, el escalofrío que recorrió su espalda... Aelis sintió que su respiración se agitaba de una manera inusitada pensando en todas esas situaciones. Se volvió hacia su dama de compañía, Loana, quien permanecía sentada observándola desde un escaño junto al generoso fuego que ardía en el hogar.

—Espero que no pasemos demasiado tiempo encerradas entre estas cuatro paredes —comentó Aelis caminando hacia Loana con las manos cerradas en puños y apretadas contra sus costados.

—Seguramente, vuestro prometido vendrá a por vos en cuanto conozca la noticia. Imagino que al menos esta noche la pasaremos aquí —le dijo tratando de calmarla, ya que su señora aparecía furiosa con aquella mirada fría como la noche que se había quedado en el exterior de aquellos muros de Torquilstone.

Aelis frunció el ceño y sonrió con ironía ante ese comentario. ¿En verdad iría a por ella? No estaba segura después de todo, y más tras conocer el verdadero motivo por el que lo había hecho el sajón.

—Yo solo espero que nos den de comer y nos presten algo de ropa para cambiarnos. Estoy calada hasta los huesos, mi señora.

El sonido de varios golpes en la puerta alertó a ambas damas. Primero, se miraron entre ellas buscando alguna respuesta la una en la otra. Y luego, juntas dirigieron sus atenciones hacia la puerta que se abría dejando paso a la joven muchacha sajona que las había conducido hasta allí.

—Os traigo ropas para cambiaros, señoras —dijo penetrando en la habitación con varios vestidos, así como calzado para ambas—. Y algo de comer ya que supongo que estaréis hambrientas.

Aelis sintió el palpito repentino al ver al propio sajón con una bandeja en la mano llena de comida, que se apresuró a dejar sobre la mesa.

Hereward había interceptado a su hermana junto a varias sirvientas en el pasillo y tras una breve charla, había decidido ser él quien acompañara a Rowena a ver a las damas normandas. Quería comprobar in situ que tenían todo lo que necesitaban.

—Espero que os sirvan. De todas maneras puedo traerlos algunos más si no es así —aclaró Rowena dejando los vestidos sobre la amplia cama que había en la habitación.

Hereward se había acercado a la chimenea para atizar el fuego y colocar

más troncos. En un momento, la estancia se caldeó de manera asombrosa.

Aelis se fijó en él. Se había cambiado de ropa y ahora lucía un jubón sencillo de color ocre sujeto con un cinturón y unas calzas grises. Se incorporó girando de repente hacia ella haciéndola retroceder como un animalillo asustadizo. Ella experimentó una ola de calor cuando sintió el golpe del fuego en pleno rostro. Agradecía que el sajón hubiera atizado la chimenea ya que la estancia se estaba quedando desangelada.

—Comed o se os enfriará la cena —le dijo él haciendo un gesto hacia esta.

—¿No pretenderéis que nos cambiemos de ropa delante de vos? —le espetó Aelis reuniendo fuerzas para enfrentarse a su presencia. Dio un paso al frente como si aquel hombre ejerciera influjo sobre ella. Apretó sus brazos contra los costados reprimiendo sus ansias por abofetearlo allí mismo por el rudo comportamiento que había demostrado con ellas.

Hereward balbuceó sin que ninguna de las mujeres comprendiera muy bien qué había querido expresar.

—Mi hermano y yo nos marchamos, señoras. De ese modo podréis cambiaros de ropa y cenar tranquilamente a solas —intervino Rowena tirando del brazo de Hereward para sacarlo de allí. Esta tenía la impresión de que él se había quedado eclipsado con la presencia tan cercana de la dama normanda.

—Os he puesto más leña para que no se os apague el fuego. Pero si precisáis...

—Descuidad, sabemos hacerlo nosotras mismas —le cortó Aelis entrecerrando sus ojos para dirigirle una nueva mirada cargada de frialdad—. No penséis que no sabemos hacerlo por el hecho de ser damas de la nobleza.

—Ni vos penséis que los sajones somos una bárbaros sin modales, mi señora —Hereward se inclinó de forma respetuosa antes ellas pero sin apartar la mirada de Aelis en ningún instante para ser testigo del rubor en las mejillas de esta—. Hacedle saber a mi hermana cualquier necesidad y me encargaré de satisfacerla al instante, mi señora.

Aelis se vio sorprendida ante aquel gesto de caballerosidad, aunque ella lo interpretó más bien como una burla. Y para demostrarle que no le temía se envaró delante de él mirándolo de manera fija con el mentón ligeramente elevado, como prueba de su orgullo.

—En ese caso, dejadnos marchar a lady Loana y a mí ahora mismo.

Estaba segura de que aquel sajón no era de los que se arredraba de

manera fácil. Lo había visto esa noche cuando trató con su escolta. De manera que tampoco lo haría ante una mujer. Pero tenía que intentarlo de todas formas. Ahora, con la distancia entre ellos más corta y a la luz de las antorchas y las velas, ella pudo contemplar los rasgos del sajón. Su cabello negro como la fría noche, su mirada sombría y los rasgos bien esculpidos. Su fino bigote y la perilla le otorgaban un aspecto caballeroso, después de todo. Lo contempló esbozar una sonrisa burlona.

—¿Disponéis de ciento cincuenta mil marcos de plata? Si tal es el caso entregádmelos y os podréis marchar con una escolta hasta vuestro destino —le aclaró él apoyado en la pared con los brazos sobre el pecho y su ceja arqueada. La miró con una mezcla de ironía y deseo por besarla. Tal vez fuera el hecho de estar cansado, alterado o preocupado por el devenir de la situación tras la charla con su padre y pensaba que un beso de ella lo tranquilizaría

—De sobra sabéis que no los poseo conmigo —le respondió enrabiada porque quisiera burlarse de ella. Lo miró con el deseo de golpearlo mientras cerraba sus manos en puños y los retenía contra sus costados—. Pero si los tuviera, con gusto os los daría para que nos dejaseis libres y de paso podáis liberar a vuestro querido rey Ricardo. Pero no temáis, mi prometido no tardará en abonarlos en cuanto sepa dónde me encuentro.

Hereward mudó la sonrisa. Por un instante pensó en la posibilidad de que tal situación no se produjera. ¿Cómo actuaría lady Aelis sin llegaba ese caso? Por ahora él no le comentaría nada acerca de esto. Dejaría que todo siguiera su curso hasta ver la reacción del prometido de ella.

—Es mejor que las dejemos a solas —comentó Rowena sacando a Hereward poco menos que arrastras de la habitación. Este no apartó su mirada de la de Aelis, quien enfurecida se volvió como una fiera enjaulada hacia la ventana presa de una agitación extrema en su interior. Y cuando escuchó que la puerta se cerraba se volvió hacia esta con el odio reflejado en su rostro.

—¡Maldito sajón! —murmuró crispada sin igual mientras era lady Loana la que acudía a su lado para tranquilizarla.

—Mi señora, calmaos.

—¿Cómo quieres que me calme? —le preguntó levantando la mirada hacia ella y en la que su dama de compañía pudo leer la desesperación de la que era presa su señora. El arrojado demostrado ante el sajón no eran si no el fruto de la desesperación y la impotencia por no poder decidir su propio destino. Siempre en manos de los hombres, normandos o sajones.

—Estoy segura de que todo se habrá solucionado mañana. Ahora sería mejor cambiarnos de ropa, comer algo y tratar de dormir un poco. Todo será distinto al alba, mi señora.

Aelis contempló a Loana entre las lágrimas que hasta ese momento no había derramado por orgullo. No quería que el sajón la viera llorar. Pero ahora, libre de su presencia y de su mirada, Aelis no tuvo reparos en hacerlo. Trató de calmarse y de sonreír tomando un vestido sencillo de color verde para probárselo. Debía olvidarse de todo por unas horas. Tal vez con el nuevo día viera la situación de otra manera, como le aseguraba lady Loana.

Rowena y Hereward regresaron al salón principal donde el fuego crepitaba con furia en la chimenea. No había rastro de su padre, ni de ningún hombre. Hereward se apoyó contra la repisa de piedra caldeada fingiendo interés por remover los leños a medio consumir. En su mente, la imagen de Aelis enrabiada por su situación y el deseo de él por besarla.

—¿Puedes contarme qué está pasando? ¿Por qué has secuestrado y traído a dos damas normandas a Torquilstone, Hereward? —Rowena se plantó delante de su hermano con las manos en las caderas, el ceño fruncido y una mirada que lo expresaba todo.

Hereward levantó la atención del fuego para contemplarla en aquella postura tan arrogante. Su hermana podía ser muy convincente cuando la situación lo requería, se dijo Hereward observando el reflejo de las llamas su piel más pálida y sus cabellos más luminosos. Se enfrentó a la mirada de ella por un segundo y después la esquivó.

—No lo sé —Hereward arrojó furioso el hierro candente con el que atizaba el fuego. Después, volvió a centrar su atención en su hermana, tal vez en busca de su respuesta.

—¿Cómo?

—Fue lo primero que se me ocurrió cuando dimos con la comitiva que las conducía al castillo de su prometido. Pensé que con ello lograría dinero para el rescate de Ricardo, y que le daría una lección a Brian de Monfort y al príncipe Juan.

—¿Por qué? ¿Porque se oponen a que Ricardo regrese al trono de Inglaterra? Es por eso, ¿verdad? Y después de hablar con nuestro padre no estás seguro del todo de que su prometido vaya a pagar el rescate —dedujo frunciendo los labios en una mueca de cinismo—. El rescate de un rey. Ella no lo vale y lo sabes.

—¡Claro que lo vale si en verdad su prometido tiene interés en

recuperarla! —le espetó él arrojando el hierro con el que removía los leños. Hereward estaba cada vez más ofuscado por lo que estaba sucediendo.

—Pero no estás seguro de que vaya a hacerlo, ¿no es así? Es mucho dinero...

Hereward sacudió la cabeza.

—Apuesto a que el príncipe Juan se lo prohibirá porque es consciente de la finalidad de esa cantidad.

—¿Y tú qué harás con ella llegado el momento? ¿Piensas dejarla libre para que regrese a su hogar?

Hereward mantenía la mirada fija en el suelo. Con los brazos cruzados y el ceño fruncido en una postura de estar pensando en todo aquello. Se limitó a levantar la mirada hacia Rowena con una expresión de desconcierto.

—No creo que quiera regresar a esta. Su padre la desheredaría por haber renunciado a su matrimonio. Por no hablar de la vergüenza que padecería su familia.

—Entonces, si la dejas libre puede que ella sola vaya a las tierras de Brian de Monfort y te quedes sin rescate y sin dama. O cabría una tercera opción que sería retenerla contra su voluntad, aquí en Torquilstone. En cualquier caso todo esto no habrá servido para nada, Hereward.

Este sonrió con desgana pasándose la mano por el pelo.

—Supongo que... tendría que dejarla marchar.

—¿Así, sin más?

—No puedo retenerla contra su voluntad sin recibir nada a cambio.

—No sé qué diablos quieres decir con eso, pero prefiero no pensarlo — le rebatió Rowena cada vez más alterada y sorprendida por el comportamiento de su hermano.

—Puedo proporcionarle una pequeña escolta para conducirla dónde ella desee. ¿Qué quieres que haga si Brian de Monfort no paga su rescate? — Hereward miró a su hermana sin comprender hasta dónde quería ir a parar.

—Eso debiste pensarlo cuando decidiste traerla aquí, ¿no crees? Ahora ya no tiene arreglo. Esperemos por tu bien que logres el dinero por otros medios y que las damas normandas no se vean implicadas en todo esto.

—Ya es tarde como bien dices.

Rowena entrecerró los ojos lanzando una mirada de recelo a su hermano.

—¿Qué te ha dicho nuestro padre?

—¿De verdad quieres saberlo? —Había un toque burlón en la pregunta de Hereward. Cogió una jarra de vino y vertió una generosa cantidad en una

copa. Luego, le ofreció a Rowena, quien lo rechazó.

—Supongo que no le ha hecho ninguna gracia.

—Cree que con mi acción he puesto en peligro Torquilstone —le dijo antes de llevarse la copa a los labios y beber un trago largo que lo tranquilizara.

—¿Teme una represalia del príncipe? —Rowena arqueó una ceja con suspicacia mientras temía que ello se produjera por la locura cometida por su hermano.

—Supongo. Pero si después de todo Brian de Monfort no viene por ella...

—En ese caso tienes razón, pero ten en cuenta que Juan no es tonto. Sospechará que lo has hecho para recaudar dinero para el rescate de su hermano. Yo no me preocuparía en demasía porque Brian de Monfort no reclame a su prometida.

Hereward sonrió.

—Sabes que valdrías para consejera real —le aseguró señalándola con un dedo.

—Ya, pero mi condición de mujer no me lo permitiría —le soltó irónica.

—Deberías ser tú quien dirigiera Torquilstone cuando nuestro padre falleciera.

Rowena sonrió divertida por esa apreciación. Sabía que su hermano hablaba en serio. No le hacía mucha gracia ser el señor del castillo. No cuando él prefería alistarse en cualquier ejército de Europa y pelear. Por ese motivo siguió a Ricardo a Tierra Santa. Su hermano no valía para ser el señor del castillo, sino el señor de la guerra.

—En fin, pasaré a ver si tus huéspedes necesitan algo.

—Si quieres puedo encargarme yo.

—Oh no. Tranquilo. Bébetes otra copa de vino antes de irte a dormir. Te vendrá bien.

—De verdad que...

—Ya he visto bastante por hoy —Rowena sonrió antes de volverse dejando a su hermano a solas junto al fuego del salón. ¿Qué había querido decir? ¿Qué había visto?

Hereward apuró la copa y en vez de quedarse sentado junto al fuego abandonó el salón y decidió darse una vuelta por las almenas de Torquilstone. Algunos hombres permanecían de guardia junto a las antorchas y los braseros para calentarse. Pese a que la rivalidad entre sajones y normandos parecía ir

remitiendo, los últimos acontecimientos en torno al rey Ricardo y a su hermano Juan, habían vuelto a poner de manifiesto dicha rivalidad. Por eso, en Torquilstone los hombres montaban guardia día y noche por lo que pudiera suceder.

Caminaba envuelto en su capa intentando despejar su mente de pensamientos que le llevaran a error. La verdad era que tanto su padre como su hermana tenían razón cuando le habían preguntado lo que pensaba hacer con las damas, si Brian de Monfort se negaba a pagar el rescate. No había pensado en esa posibilidad porque desde el primer momento se había dejado llevar por su celo en favor de su rey. Pretendía libertar a Ricardo de Inglaterra a toda costa, sin importarle las consecuencias de sus actos. Pero ahora, apoyado sobre la almena y contemplando el cielo oscuro se preguntaba si había hecho lo correcto.

Athelstane vio a su amigo y señor Hereward solo en la almena y decidió acercarse a él. Había hecho la ronda para comprobar que todos los hombres estuvieran en sus puestos, y le había llamado la atención verlo a él.

—Hace una noche fría.

—Como las últimas semanas.

—¿Qué haces aquí arriba tú solo? Pensaba que te habrías retirado junto a compañía femenina —le dijo sonriendo de manera cínica, dándole un codazo en el costado.

—No. No tengo la cabeza para más cuestiones de mujeres —le aseguró sacudiendo esta.

—¿Es por todo este lío de las damas normandas por lo que estás así? —le preguntó mientras Hereward volvía su atención hacia su amigo sin saber qué quería decir—. No se habla de otra cosa en Torquilstone desde que llegaste. Los rumores y los cuchicheos circulan por cada rincón. Supongo que le estás dando vueltas ¿no? ¿Crees que Brian de Monfort tardará mucho en venir a por ellas?

Hereward se encogió de hombros.

—Depende de lo de este la eche de menos, ya me entiendes. Confío en que aparezca pronto. De ese modo todo será más rápido. Cuando lo vea, fijaré un precio por ellas y espero que el normando lo acepte y pague en la mayor brevedad posible. De ese modo podremos emplear el dinero en el rescate del rey, y ella quedará libre. Es una cuestión simple.

—Según tú, así lo parece. Salvo por un inconveniente del que seguro que ya te has dado cuenta.

—Si vas a contarme lo mismo que mi padre y mi hermana, ahórrate el sermón. Ya sé que si el normando no paga, estaré en un aprieto porque no sé qué diablos hacer con ellas —confesó Hereward apartándose de la almena y alejándose de Athelstane para no escucharlo.

—Entiendo.

—Ahora mismo estoy considerando todas las posibilidades que pueden darse llegado el caso. Pero prefiero seguir creyendo en la idea original: que Brian de Monfort pague el rescate de su prometida, y así no tendremos de qué preocuparnos —le dejó claro con un tono de enfado por lo que estaba sucediendo.

Todos venían a decirle lo mismo y él ya comenzaba a estar cansado. Hasta ahora nadie le había sugerido que se quedara con ella; salvo Rowena, pero no de una manera directa, sino asegurando que no podría retenerla contra la voluntad de ella. Esa posibilidad no la había si quiera contemplado porque no tenía la más mínima intención de alojar a dos normandas en Torquilstone. Estaría loco si aceptaba semejante propuesta como una posibilidad real.

—¿No ha intentado apuñalarte por la espalda?

Hereward miró a su amigo con un gesto de sorpresa por aquella cuestión.

—No. Me ha lanzado alguna que otra fría y cortante mirada. Algún gesto de altivez, ya me entiendes. Piensa que venir a Inglaterra le da derecho a mirarnos por encima del hombro. ¡Por muy normanda que sea y muy prometida de Brian de Monfort no voy a tolerarlo! —exclamó entre dientes mirando a su amigo como si él fuera el responsable de aquella situación. Pese a que en su interior no sentía esa necesidad. Recordaba la manera altiva y orgullosa con la que ella se había encarado con él momentos antes en la alcoba. Desafiante y preciosa a ojos de él. De haber estado a solas con ella, él no se habría andado con miramientos. La habría cogido y la habría...

—Dirás que no te ha apuñalado pero por tu manera de responderme... No me cabe la menor duda de que sabe cómo tratarte.

—Pues se equivoca. Estoy deseando que su prometido venga a por ella y se la lleve mañana mismo, si no puede ser ahora.

—Dime una cosa, ¿te comportas así porque es normanda o mujer? —Athelstane cruzó los brazos sobre su pecho y contempló a su amigo con un interés desmedido.

—¿Por qué? ¿Qué tienen que ver esas dos cualidades?

—Te lo pregunto porque es la primera vez que una mujer parece sacarte de tus casillas —ironizó Athelstane entre risas.

—¿Qué diablos estás insinuando? —Hereward entrecerró sus ojos escrutando el rostro de su amigo. Sí, ¿qué había querido decirle con aquella pregunta?

—He notado cómo la miras.

—¿Cómo?

—La deseas —le aseguró palmeando el hombro de Hereward mientras este ni se inmutaba—. Y no te lo discuto puesto que es una mujer bonita, pero ten en cuenta que no está destinada a ti. Está prometida, tú lo sabes.

Hereward contempló a Athelstane de la misma manera que si este acabara de insultarlo. Tal vez la deseara, no iba a negarlo. Pero tampoco iba a negar que sabía quién era y cuál era su inmediato destino. Regresar con su prometido.

—Conozco muy bien cuál es el final que le espera. Casarse con Brian de Monfort.

—Tú lo conoces, ¿verdad? A ese normando. Creo haberte escuchado hablar de él, y a más gente en Torquilstone.

Hereward no pareció escuchar la pregunta. Estaba absorto en sus pensamientos en torno a Aelis. No le importaba que se marchara con el normando porque de ese modo él se vería libre de sus responsabilidades. Y ni su padre ni su hermana podrían echárselo en cara.

—Dime, ¿conoces a su prometido?

—¿A Brian de Monfort? Sí. Coincidimos en Tierra Santa —le respondió Hereward con la mirada fija en el suelo y los recuerdos de aquellos días inundando su mente—. Es un guerrero. No le tiene miedo a nada ni a nadie. Estaba en el bando de los normandos que defendieron el estandarte de Felipe de Francia, como cabría esperar.

—Por ese motivo se ha aliado con Juan. Por la enemistad entre Ricardo y Felipe.

—Supongo. Y porque Juan paga bien a sus lacayos y a sus mercenarios. Ha sabido rodearse de la flor y nata de la aristocracia normanda.

—Tú estuviste con Ricardo y los sajones.

—Con los ingleses —matizó Hereward alzando un dedo—. Ricardo no quería distinciones entre sus filas. Ni sajones ni normandos, solo ingleses.

—Pero, Ricardo es normando. ¿Por qué esa distinción?

—Desde el primer momento ha querido zanjar las disputas entre ambos pueblos de una vez por todas, pese a que su padre ya lo consiguió.

—Si, pero siempre habrá celos, envidias y diferencias entre ambos

bandos. Los normandos no olvidan que ellos conquistaron nuestra tierra. Y nosotros, por nuestra parte, tampoco olvidamos al opresor.

—Los que le seguimos a Tierra Santa éramos ingleses, que combatíamos bajo la misma bandera. Debiste haberle seguido a luchar contra los sarracenos como hicimos Godwind y yo.

—Alguien debía quedarse en Torquilstone —se excusó Athelstane. Godwin y él lo echaron a suertes para ver quién acompañaba a Hereward hasta Jerusalén—. Según hablas del prometido de lady Aelis no parece que esté dispuesto a pagar. Si es un guerrero...

Hereward suspiró.

—Ya lo veremos. Que sea un guerrero no lo hace invencible —le aseguró sonriendo al recordar las justas que se hacían en honor de los reyes en San Juan de Acre, y como los caballeros de Ricardo, habían logrado imponerse a los de Felipe de Francia, entre los que se encontraba Brian de Monfort—. Es mejor retirarnos. Mañana promete ser un día largo.

—¿Crees que Brian de Monfort dará señales de vida mañana mismo?

—Debemos esperarlo en cualquier momento. Y además, es lo mejor para todos.

Hereward se dirigió hacia su habitación, pero no pudo evitar pasar por delante de la puerta de la que ocupaban Aelis y Loana. Se quedó de pie frente a esta con el deseo de tocar y ver si necesitaban algo. Si todo era de su agrado. Que fueran sus rehenes no significaba que fuera a matarlas de hambre o a torturarlas en las mazmorras. No era un hombre sin corazón ni piedad, aunque ella lo pudiera ver como tal. Quería que su estancia en Torquilstone fuera de su agrado hasta que hubieran de marcharse. Pensar en su futura partida hizo que Hereward golpeará de manera inconsciente la pared con su puño. ¿Por qué? Sacudió la cabeza y tras lanzar una última mirada a la puerta decidió alejarse de allí, no fuera a ser que alguien lo viera; o bien que alguna de las damas normandas abriera la puerta y lo encontrara allí. Aunque esto último le parecía más bien poco probable. Apostaba a que ambas damas permanecerían en su alcoba hasta que alguien fuera a buscarlas para conducir las junto al normando. Pero no había terminado de pensarlo cuando los goznes chirriaron.

Una figura menuda con una vela en la mano apareció en el umbral. Al ver a Hereward se sobresaltó hasta el punto de dejar caer la vela al suelo. Esta rodó hasta el mismo pie de este, quien se agachó para recogerla y entregársela pero antes la prendió en una de las antorchas del pasillo. Cuando Hereward la

acercó y la tenue luz iluminó el rostro de ella, Hereward creyó estar soñando. Le pareció que aquella mujer no era si no una aparición. Alguna especie de espíritu que habitaba en el castillo y que lo contemplaba con los ojos abiertos como platos y boqueando como un pez fuera del agua.

Aelis ahogó el chillido de espanto o de sorpresa que la aparición de él le había provocado. Su corazón latía de manera frenética en el interior de su pecho. Y no encontraba el aliento ni las fuerzas necesarias para decirle lo que pensaba de él y de su aparición.

—Disculpadme si os he asustado, mi señora —se apresuró a expresar Hereward con calma y contemplándola como si esta fuera una completa desconocida para él.

—¿Qué... qué hacéis aquí? ¿Habéis llamado a la puerta?

Hereward no supo qué decirle puesto que seguía ensimismado con su aparición. Su mirada brillaba con una mezcla de ira, de espanto y de emoción. Sus labios entre abiertos eran toda una tentación. Se había recogido el pelo en una trenza que ahora caía sobre su hombro, y que le permitía contemplarla en toda su naturalidad. Sin joyas, ni adornos de ninguna clases. Era *ella*. Hereward se sobresaltó y bajó su mirada hacia aquel cuerpo de exquisitas formas, que se dejaban entrever bajo la tela de camisón. Hubo de hacer un esfuerzo titánico para no raptarla una segunda vez y llevarla a su propia alcoba. Deslizó el nudo que le impedía hablar. Sintió la boca seca. En verdad que aquella mujer era deseable, pero era una normanda. Y aunque él concibiera la posibilidad de retenerla en el castillo, ella nunca vería en él a nadie más salvo a un salvaje. A un sajón.

—Os pido disculpas, mi señora. Pasaba por delante de vuestra habitación camino de la mía cuando tropecé y hube de sujetarme contra la puerta. Siento haberos asustado —le explicó empleando una mentira tal vez poco convincente.

Aelis le lanzó una mirada de pies a cabeza en la que no escatimó ni un ápice de desdén. Entrecerró los ojos y escrutó su semblante. Aquel maldito sajón le seguía pareciendo atractivo. Tal vez fuera su lado indómito o primitivo lo que le provocaba a ella ese pensamiento. Se decía que no podía andar pensando eso de otros hombres. Y menos de un sajón como el que tenía delante. ¡Su captor!

—En ese caso tened cuidado en no volver a tropezar. Podrías abriros la cabeza de un golpe —le advirtió con una mueca cargada de ironía, adornada de una sonrisa. Sintió una ola de calor en sus mejillas cuando sintió la mirada

de él en su cuerpo. Aelis había olvidado que tan solo iba cubierta con un fino camisón y que la luz de la vela dejaba entrever sus formas bajo este. Por ese motivo dio un paso atrás rápido cerrando la puerta con virulencia. Se volvió apoyada contra la espalda y cerró los ojos por unos segundos en los que trató de recomponerse de aquel mal trago pasado. El sajón la había visto poco menos que desnuda ante la puerta de su habitación. Pareciera que lo estuviera invitando a pasar como si fuera una meretriz.

—¿Qué sucede Aelis? —La voz de Loana la sacó de su ensimismamiento. Había perdido la noción del tiempo por un momento. Y tal vez el sentido común al pensar en el sajón como un hombre atractivo. Abrió los ojos y miró hacia su dama de compañía mientras caminaba con la vela en la mano, que depositó en la repisa de la chimenea.

—Pensé que habían llamado a la puerta y salí a ver quién era —le comentó sin darle importancia. Llevaba despierta un rato siendo incapaz de conciliar el sueño y justo cuando parecía irse quedando dormida, aquel golpe en la puerta, ¿o tal vez había sido en la pared? ¿Por qué se aventuró a salir de su alcoba en mitad de la noche?

—Pero... ¿cómo has podido hacerlo? ¿Y si fueran una banda de sajones dispuestos a entrar en la habitación para violarnos? —Loana se había incorporado en la cama sujetando la sábana para cubrirse ante la atenta mirada de su señora.

—No lo eran. De manera que quédate tranquila.

—Entonces, ¿con quién hablabas? —Loana entornó la mirada cargada de curiosidad por averiguar qué había sucedido en el pasillo.

Aelis inspiró. Pensó no contarle nada a Loana para que no sacara conclusiones erróneas. Pero finalmente optó por hacerlo.

—Era ese sajón que nos ha traído aquí —le refirió con cierto desprecio, mirando hacia el otro lado.

—¿Hereward? —Loana se quedó con la boca abierta debido a la impresión que le causó saberlo.

—El mismo.

—¿Y... qué quería? —Loana entornaba la mirada con preocupación aferrándose con fuerza al borde de la sábana.

—Nada. Se había tropezado y en su caída había golpeado la puerta.

Loana se quedó callada meditando aquella explicación que no le parecía muy creíble. Pero ante la cual no dijo nada más para no importunar a su señora. Era mejor dejarlo estar. Ya había observado las miradas que

Hereward lanzaba a su señora. A ella no le engañaría. Sabía cuál podía ser su interés en su dama. Pero por fortuna, Brian de Monfort aparecería de un momento a otro y sus inquietudes cesarían.

Aelis recordó la manera en la que el sajón la había contemplado cuando le entregó la vela. Había sorpresa, inquietud, admiración y un toque de calidez en su mirada, que sacudieron el interior de ella. ¿Podría un hombre como él sentir y expresar al mismo tiempo todas esas cualidades? ¿Era un sajón! ¿Un bárbaro incivilizado! O esa era la idea que ella tenía de estos cuando viajó a Inglaterra. Esa era la idea que había preconcebido escuchando a los nobles hablar de los sajones. Pero, ¿y si no era cierto? Por lo poco que había visto, vivían igual que ella en Francia. Sus modales eran parecidos. Atentos y caballerosos por parte de todas las personas con las que había tratado. Y él, pese a haberla secuestrado y llevado a su fortaleza, no la había tratado mal. La habitación era amplia y acogedora. Le habían proporcionado ropas y comida para que se recuperaran del viaje. Tal vez después de todo, el sajón no fuera el salvaje que ella esperaba que fuera desde la primera vez que lo vio esa noche.

## CAPÍTULO 4

Brian de Monfort llevaba días cumpliendo las órdenes del príncipe Juan. Esto era, recaudar dinero, joyas o cualquier objeto que tuviera valor y que pudiera servir a los sajones para reunir el rescate de Ricardo. Juan había considerado la posibilidad de ofrecerle más dinero al emperador alemán para no libertar a su hermano, aunque los sajones no lograran reunir los ciento cincuenta mil marcos de plata que este exigía. No creía que hubiera esa suma en toda Inglaterra después del saqueo al que la sometió el propio Ricardo para pagarse su cruzada. No obstante, Juan quería tener las espaldas cubiertas por lo que pudiera suceder. No se fiaba de los sajones.

Hasta el momento Brian de Monfort había recaudado una suma más que interesante. Aunque pensaba que los sajones todavía se guardaban más dinero, estaba cansado y con ganas de regresar a su castillo, al que se suponía que a estas horas ya había llegado su prometida. Tenía ganas de conocerla en persona y fijar la fecha para desposarla; consumir el matrimonio y que la joven normanda la concediera un heredero lo antes posible. De ese modo lady Aelis estaría ocupada con el recién nacido mientras él cumplía las órdenes de monarca Juan. De camino al castillo había hecho un alto en un pueblo donde tomar comida caliente, un buen trago de vino y desquitarse de los sin sabores de la misión con alguna sirvienta.

Cuando llegó a su castillo, los sirvientes aparecieron en el patio para atender a su caballo y llevarlo a las cuadras. Maurice con gesto contrariado, acudió a recibir a su señor, quien con una sonrisa de satisfacción le entregó sendas sacas de dinero y joyas.

—Estos malditos sajones deben de criar el dinero en los árboles. Por más que les pides, más tienen. No logro imaginar de dónde diablos lo sacan— dijo sacudiendo la cabeza y palmeando a Maurice en el hombro—. ¿Y, bien, ha llegado ya mi futura esposa?

Maurice notó un toque de premura en la voz de su señor por conocerla. Entregó lo recaudado a un sirviente y miró a Brian de Monfort con preocupación. Lo cierto era que no sabía por dónde empezar a contarle lo sucedido.

—¿A qué vienen tu silencio y tu mirada? Vamos, dime, ¿qué sucede? No tengo todo el tiempo del mundo—le ordenó deteniéndose frente a él mientras paseaba la mirada por el patio del castillo como si la estuviera buscando.

—Se trata de vuestra prometida...

—¿Qué le pasa? ¿No ha llegado todavía? —Brian de Monfort entornó la mirada hacia su hombre más leal esperando su aclaración. Y este se limitó a sacudir la cabeza—. Entonces, ¿qué sucede?

Maurice sintió la duda en la mirada de su señor.

—Ha sido raptada, señor.

Brian de Monfort se quedó contemplando a Maurice e intentando asimilar lo que este le acababa de decir. Arqueó una ceja en señal de no parecer haber comprendido bien lo que había escuchado.

—¿Raptada, dices? —Maurice asintió sin mediar palabra—. ¿Cuándo? ¿Por quién? ¿Y cómo es que tú estás sin un solo rasguño? —le preguntó con suspicacia mirando a su sirviente en busca de alguna herida o magulladura que le indicara signos de lucha para defenderla de sus captores. Pero no los halló.

—Nos sorprendieron en mitad del aguacero cuando nos dirigíamos aquí.

—¿Qué os sorprendieron, dices? ¿Quiénes? ¡Habla! —Brian de Monfort sujetó a Maurice por el cuello y se encaró con él a continuación.

—Sajones, señor.

De Monfort apretó los dientes y soltó a Maurice de golpe. Luego cerró las manos con furia.

—¿Sajones? —había un toque de incredulidad en su pregunta porque no lograba comprender cómo era posible semejante disparate. Que él supiera, los sajones y los normandos convivían en relativa paz desde hacía ya algunos años. No se habían producido más revueltas, ni más rebeliones. Los sajones habían alzado su voz contra el exorbitado pago de impuestos, pero no se había llegado más lejos. Por eso le chocaba que un grupo de sajones fuera el causante de la desaparición de su prometida. Salvo que se tratara de una partida de exaltados que buscaba hacer la guerra por su cuenta. Pero ver a Maurice asentir con gesto de no estar mintiendo hizo que De Monfort indagara un poco más en el asunto—. ¿Quién los mandaba? ¿Cuántos eran? ¿Y qué han hecho con lady Aelis? ¡Habla o te juro que te arranco la lengua!

—Nos superaban en número.

—¿Y a pesar de ello la dejaste marchar con ellos? ¿Sin luchar si quiera? —Brian de Monfort contempló a Maurice con los ojos entrecerrados, calibrando la veracidad de sus respuestas.

—Nos rodearon y nos desarmaron antes si quiera de poder defendernos. Y además, no quería poner en peligro a vuestra prometida ni a su dama de compañía.

—Está bien. ¿Lograste saber quién era su cabecilla? ¿Dónde se

encuentra? Juro que lo colgaré del primer árbol que encuentre una vez que libere a mi prometida.

—Hereward de Torquilstone, mi señor.

Escuchar aquel nombre hizo que Brian de Monfort soltara a su hombre de confianza.

—¿Hereward? —el noble normando pronunció su nombre en un susurro dejando su mirada perdida en el vacío y sonriendo de manera lenta. Aquel nombre le evocaba recuerdos de Tierra Santa, algunos de ellos no muy agradables. Pero estos ahora no tenían importancia—. ¿Te dijo dónde las llevaba?

—A Torquilstone. Dijo que os esperaba para negociar el canje de vuestra prometida.

—¿Negociar? ¿El canje? —repitió Brian de Monfort contrariado por aquellas palabras—. No tengo por costumbre negociar con sajones y menos si entre estos está Hereward. Saldremos para Torquilstone en cuanto me haya cambiado. Prepara una escolta de hombres armados para el combate. Traeré a mi prometida cueste lo que cueste, pero no entregaré ni un marco de plata a la causa sajona.

—Sí, señor —Maurice inició su retirada cuando la mano de su señor lo retuvo volviéndolo hacia este.

—Y espero que en esta ocasión demuestres tu valía como guerrero, o tendré que buscarme a otro.

Brian de Monfort dejó libre a Marice mientras le lanzaba una mirada fría y amenazante. Luego, se volvió para dirigirse hacia sus aposentos y quitarse el polvo del camino. Saldrían para Torquilstone en seguida. No tardaría demasiado en traer a su prometida al lugar que le correspondía por derechos. ¿Un rescate? ¿Quién se creía que era Hereward? En Tierra Santa contaba con el beneplácito de Ricardo y de todos los ingleses. Pero en Inglaterra estaban Juan y los normandos. Este le obligaría a entregársela. Hereward tendría que atenerse a las consecuencias que implicaba secuestrar a la prometida de otro. ¡Un sajón! se dijo cerrando su mano en torno a la empuñadura de su espada.

Hereward estaba levantado cuando el alba no había rasgado todavía el velo de la noche. La oscuridad inicial comenzaba a dejar paso a una amalgama de colores más claros. La luz de un nuevo día se filtraba por los postigos de la ventana de su alcoba. Abrió las contraventanas de madera y se asomó al patio

del castillo donde la actividad comenzaba a esas horas. Resopló cuando el pensamiento derivó hacia sus nuevas inquilinas y en si habrían sido capaces de descansar algo después de lo ajetreado que había sido el día anterior. La imagen de Aelis lo había perseguido durante toda la noche sin darle tregua; como si se tratara de una cacería por los bosques aledaños y él fuera la pieza a cobrar. No había podido desprenderse de la imagen de ella vestida con aquel fino camisón, con la trenza cayendo sobre uno de sus hombros. Con gusto la habría cogido en su mano y la habría acariciado primero para deshacerla después dejando que sus dedos se enredaran en sus hebras color del trigo. Hereward no pudo evitar sonreír recordando a lady Aelis y lo que le gustaría haberle hecho la noche pasada. Por suerte ella y su dama no pasarían demasiado tiempo en Torquilstone ya que estaba seguro de que el prometido de esta acudiría en cuanto conociera su paradero. Pensarlo hizo que Hereward tensara su cuerpo ante la posible visita del normando con quien no tenía una relación muy cordial. Y más si se hacía caso de los comentarios negativos de su propio padre y de su hermana.

Se aseó de manera rápida y tras deslizarse un jubón por la cabeza y atarlo con su correspondiente cinturón, buscó un par de botas que calzarse antes de abandonar su alcoba. No se detuvo delante de la puerta tras la que descansaban lady Aelis y su dama, sino que continuó su camino hasta la planta baja saludando a quienes encontraba a su paso, entre ellos Godwin, quien lo retuvo por un instante con el semblante serio.

—¿Preparado?

—¿Para recibir al normando? —Hereward arqueó una ceja y sonrió con burla.

—Supongo que no vendrá solo.

—Supones bien. Pero te recuerdo que antes de llevarse a su prometida, deberá entregarnos la cantidad acordada.

—Sabes que no pagaré el rescate de Ricardo.

—En ese caso, tienes dos opciones. O paga una parte que considere apropiada, esto es al menos la mitad; o su prometida se quedará en Torquilstone hasta que él decida.

—Ten cuidado. El normando está muy cerca del príncipe Juan en la corte. Es alguien de renombre por sus acciones en Tierra Santa.

—Lo sé. Pero no les temo —le aseguró con naturalidad—. En cuanto a las acciones de las que hablas en Tierra Santa, yo matizaría que goza del favor de Juan debido a la cantidad de oro que le entregó para asentarle en el trono.

Pero todavía le quedan dinero y joyas para liberar a su prometida.

Los dos hombres se miraron en silencio.

—¡Se acercan una columna de jinetes!

Hereward y Godwin dirigieron sus respectivas miradas hacia lo alto de la almena. Subieron a esta con celeridad para mirar hacia donde el vigía les indicaba. A través del bosque pudieron contemplar un número nada desdeñable de jinetes que avanzaban al trote hacia el castillo. El estandarte de la casa de Brian de Monfort ondeaba al viento precediendo la comitiva.

—Parece que tienes prisa por llevarse a su prometida. De lo contrario no habría madrugado tanto —comentó Hereward con suspicacia. Apretó las mandíbulas y metió los pulgares en su cinturón de cuero desgastado del que pendía su espada.

—Será mejor que te prepares. Presiento que no será una negociación amistosa, a juzgar por el número de caballeros que lo acompañan —le sugirió Godwin.

—Lo estoy desde anoche mismo —le aseguró sin mover un solo músculo ni apartar la mirada de la columna de jinetes que se aproximaban a las murallas de Torquilstone.

Godwin sonrió.

—Prepararé a los hombres por si hubiera que intervenir.

—No creo que el normando sea tan estúpido de hacerlo estando su prometida tras estos muros.

—Pues ya has visto a su escolta. Y no sabemos si esta es solo la avanzadilla —le advirtió Godwin esperando que su amigo cambiara de parecer al respecto de preparar a los hombres.

Hereward inspiró.

—De acuerdo. Di a los arqueros que suban a las almenas y estén listos. Y al resto de hombres que se preparen en el patio. Tomaremos precauciones por lo que pueda suceder.

—¿Y las dos normandas?

—Por ahora que sigan en su alcoba. Mandaré a buscarlas cuando las necesite.

Hereward descendió de la muralla con paso ligero. Al llegar al pie de las escaleras Athelstane se acercó a él con paso rápido.

—Tu padre quiere estar presente. Me lo ha dicho en cuanto me ha visto.

—¿Ya se ha levantado? No acostumbra a hacerlo hasta que el sol está en lo más alto del cielo —ironizó Hereward.

—Entiende que quiera estarlo teniendo en cuenta la situación.

—Encárgate de traer a las dos damas. Lo he pensado mejor —comentó rectificando su pensamiento inicial que sorprendió a los dos hombres.

—¿A qué viene ese cambio? Te has vuelto loco? Las expones demasiado —le comentó Godwin quien hacía un momento había escuchado a su amigo pedirle que estas se quedaran en su alcoba hasta que mandara a buscarlas.

—Quiero que el normando las vea para que no crea que le engaño. Y quiero comprobar también hasta que punto su prometida le importa.

Godwin sacudió la cabeza sin comprender muy bien qué pretendía Hereward exponiendo a las dos mujeres.

—No creo que piense que es una treta para ir contra él.

—Aún así. Procura que lady Aelis y su dama de compañía estén presentes.

Godwin cruzó el patio en dirección a los aposentos del piso superior en busca de las dos damas mientras se preguntaba si Hereward hacía lo correcto. Nunca las debió raptar.

Lady Aelis y lady Loana no eran ajenas al trasiego de gente en el castillo desde tan temprano. La primera de ellas se asomó a la ventana que daba al patio para contemplar a Hereward dando órdenes a los hombres. Observó con atención como un grupo subía a las almenas con los arcos en las manos y los carcaj lleno de flechas colgados de los hombros. Otro, armados con lanzas y escudos para tomar posiciones en el patio. Algo sucedía. Aelis fijó su mirada más allá de las propias almenas del castillo para divisar un grupo de jinetes acercándose. Un estandarte de color azul cielo con una torre y unas palabras debajo impresas en este ondeaba al viento. ¿Sería su prometido Brian de Monfort? A juzgar por el revuelo que se había preparado en el patio del castillo, así debía ser. Esperaba que los jinetes se acercaran más para comprobar si Maurice iba entres estos. De ese modo podría constatar que se trataba de su prometido.

—¿Qué sucede? ¿Qué hacéis asomada a la ventana?

La voz de lady Loana captó la atención de Aelis, quien giró el rostro en dirección a esta.

—Vienen jinetes.

—¿Vuestro prometido? —preguntó lady Loana saltando del otro lado de la cama que habían tenido que compartir esa noche, al haber solo una en el cuarto. Ella había insistido en hacerse una en suelo junto a la chimenea, empleando algunas mantas. De ese modo permitiría que su señora dispusiera

de la cama por completo.

—No lo sé. No le conozco en persona.

—Pero, podría tratarse de él.

Una cadencia de golpes en la puerta de la alcoba hizo que ambas mujeres se volvieran hacia esta con el corazón agitado. Rowena abrió la puerta precediendo a una sirvienta que portaba una bandeja con algo de comer.

—Os traigo algo de comer, señoras. Mi hermano os pide que os vistáis y que acudáis al patio en cuanto estéis listas.

—¿Nos marchamos? —preguntó una Aelis excitada ante semejante posibilidad.

—No lo sé, mi señora.

—¿Es Sir Brian de Monfort el hombre que se dirige aquí con sus caballeros? —Había un toque de esperanza en la voz de Aelis. Dio un paso al frente acortando la distancia entre Rowena y ella.

—Yo no participo de las cuestiones de los hombres. Haced lo que os digo. Vestiros y comed algo antes de que vengan a por vos.

Rowena cerró la puerta de la alcoba tras ella.

—Ya está —le dijo a Godwin, quien había esperado pacientemente en el pasillo a que Rowena informara a las dos damas normandas—. Puedes esperar aquí a que se vistan y coman algo, o bien puedes bajar junto a mi hermano. ¿En serio quiere que el normando las vea?

—Eso ha dicho. En un principio aseguró que ellas dos permanecerían aquí en la alcoba hasta nueva orden. Pero luego ha cambiado de opinión sin motivo alguno. Sin duda pretende retarlo para que le de una sola opción de acabar con él.

—Ese normando y mi hermano nunca se han tratado. Oí decir que Hereward le hizo morder el polvo en Acre durante las justas que Ricardo organizó para amenizar a los soldados, ¿es cierto?

—Tu hermano lo derribó con un golpe certero y limpio de su lanza.

—Si a eso además le añadimos que mi hermano es defensor de Ricardo...

—Y Brian de Monfort normando y cercano a Juan...

—Y mi hermano se ha atrevido a raptar a su prometida. ¿En qué demonios estaba pensando? —preguntó mirando a Godwin con el ceño fruncido y los brazos cruzados bajo el pecho.

—Hereward no es de los que se quedan con la mujer de nadie. Él solo vive para la guerra, las justas y su rey. No hay más. Por eso mismo la raptó. La

consideró como una manera rápida y eficaz de recaudar dinero para libertar a Ricardo. Ni loco se le pasaría por la cabeza quedarse con ella —Godwin sonrió y asintió con total seguridad de sus palabras.

Pero algo le había indicado a Rowena que Godwin podría estar equivocado en ese sentido. La manera en la que su hermano había mirado a la normanda... Hereward no era un santo ni un monje. Pero tampoco era de los que ultrajaban a las mujeres. Frecuentaba a las taberneras y a algunas chicas del servicio doméstico del castillo.

En el patio del castillo, Eadric llegó a la altura de su hijo con cara de pocos amigos; armado con espada y daga sujetas al cinturón.

—¿Sigues en tus trece?

—¿Pretendes que se la entregue sin más? Al menos permíteme sacarle algunas monedas para el rescate del rey.

—Lo que conseguirás será que te maten por testarudo. ¿Qué puede importarte a ti esa dama normanda? Déjala que se marche con su prometido. Están hechos el uno para el otro. Que se la lleve y no te busques enemigos innecesarios.

—¿Qué sentido tendría entonces retenerla contra su voluntad? Para dejarla marchar libre ahora no la habría traído a Torquilstone. La habría dejado seguir su camino hasta su futura residencia.

Hereward apretó los labios cuando la imagen de lady Aelis volvió a filtrarse en su mente. Por algún extraño motivo no quería verla en manos de su prometido normando. Conocía a este lo suficiente como para no desear que ella acabara en su lecho. De ahí que el comentario de su padre no le hubiera hecho ninguna gracia.

—Señor, un jinete con bandera blanca solicita entrar en el castillo.

—Ondea un trapo blanco y dile que puede hacerlo. ¡Abrid las puertas! — Hereward había dejado que fuera su padre, como señor de Torquilstone, quien diera las oportunas órdenes—. Aquí tienes tu momento, hijo. Disfrútalo. Pero ten en cuenta que te haré responsable del daño ese normando pueda causar en Torquilstone. Quedas advertido.

Un jinete desarmado y con una bandera de tregua avanzó hasta la propia puerta del castillo. La cruzó y se adentró en el patio donde se encontraban Hereward y su padre. Cuando estuvo más cerca, Hereward lo reconoció. Era el mismo hombre que la noche anterior conducía a las dos mujeres a las tierras del normando. Este se detuvo a escasos pasos de él y habló.

—Mi señor pide hablar con vos acerca de su prometida.

—Podéis decirle a vuestro señor que estaré encantado de escuchar lo que tenga que decir. Que venga al interior de castillo, respetaremos en todo momento la bandera de tregua —Hereward se volvió a Athelstane—. Que Godwin traiga a las damas.

—Así se lo diré —Maurice volvió grupas y abandonó el castillo.

—¿Expones a las damas a que puedan llevárselas ante tus propias narices? ¿Qué pretendes? ¿Es que la normanda te ha nublado el juicio? —Eadric no tardó demasiado en hacerle las preguntas a su hijo.

—No lo hará. El normando sabe que una flecha podría herirla o incluso acabar con su vida. Y esto no le conviene.

—¿A quién? ¿A él o a ti? Creo que en esta ocasión el que más perderías serías tú puesto que verías esfumarse el rescate de tu rey —Eadric volvió la mirada hacia él con una ceja arqueada—. No entiendo la clase de locura que se ha apoderado de ti, hijo.

Hereward sacudió la cabeza haciendo ver a su padre que no entendía a qué se refería. Ni tampoco le dio tiempo a preguntárselo porque en ese momento, Brian de Monfort hacia acto de presencia en el patio del castillo después de cruzar la puerta sobre el foso y pasar bajo el rastrillo. Erguido, desafiante y confiado sobre su caballo de color negro como el ala de un cuervo.

Hereward se dio cuenta de que Brian de Monfort iba desarmado y sin escolta lo cual decía mucho de él. Confiaba en su palabra. No en vano los dos habían luchado en Tierra Santa, pero sin llegar a forjar una amistad. De manera lenta y ceremoniosa el normando se apeó del caballo hasta quedar a escasos pasos de Hereward. Lo contempló de manera fija, desafiándolo con la mirada, aunque lo conocía bastante bien y sabía que el sajón no se sentiría intimidado.

—¿Dónde tenéis a mi prometida?

Brian de Monfort no esperó ni un solo minuto a que Hereward se dirigiera a él. Ni si quiera lo saludó con cortesía sino que entró de lleno al asunto en cuestión. Pretendía acabar con aquella locura cuanto antes y llevarse a lady Aelis a su castillo, esa misma mañana.

Hereward se mantuvo erguido, desafiante en todo momento, sabiendo que todo estaba a su favor. El normando estaba allí por su prometida, pero tendrían que llegar a un acuerdo. No iba a entregársela sin más como le había sugerido su padre. De hacerlo, quedaría como un completo estúpido por haberla secuestrado y llevado hasta allí. No. Se mantenía firme en su postura y que no

era otra que canjearla por el importe que costaba la libertad del rey Ricardo.

—Veo que tenéis un interés especial en ella. Habéis madrugado.

—Dejaos en paz de juegos, sajón y devolvedme a mi prometida o...

—¿O qué? —Hereward se encaró con el normando pese a la mirada de advertencia de Eadric. Pero lo que más impactó a Hereward, y para lo que no estaba preparado era para ver aparecer a Aelis y a su dama en ese preciso instante. Su mirada se cruzó con la de ella y sin pensarlo dos veces él la sujetó por la mano antes de que diera un paso más hacia su prometido.

Brian de Monfort hizo ademán de ir en pos de ella pero el sajón se le había anticipado. Maldijo en francés algo que lady Aelis no logró entender.

Ella se sentía turbada por aquel repentino comportamiento de Hereward, pero poco o nada podían sorprenderla a estas alturas. Y eso que solo hacía una noche que lo conocía. Sin embargo, y pese a su gesto, que podía parece brusco y hasta cierto punto posesivo experimentó la calidez de su tacto pese a las pequeñas cicatrices que surcaban su palma, y la rugosidad de sus dedos por el manejo de la espada. Aelis lo miró con una extraña mezcla de frialdad y desconcierto. Pero lo que ella no esperaba era recibir comprensión y una extraña forma de contemplarla que le provocó un incremento del pulso.

—Aquí está vuestra prometida. Lady Aelis, os presento a Sir Brian de Monfort, vuestro prometido. Desconozco si os habíais visto antes —anunció Hereward sin soltarla de la mano, temiendo que el normando intentara arrebatársela y escapar con ella. Todos allí se lo habían advertido. La exponía demasiado—. Y cómo podéis observar también está su dama de compañía, lady Loana.

Lady Aelis sintió un vuelco en el estómago al mirar de frente a su prometido. Era un hombre alto y ancho de hombros con una mirada que cortaba la respiración. Percibió cierta frialdad en sus ojos oscuros, como si estar allí le supusiera un sacrificio o más bien una molestia. Su rostro estaba surcado por alguna que otra cicatriz y sus rasgos eran duros y amenazantes. No era la clase de hombre con la que ella esperaba compartir su vida y mucho menos formar una familia. Al momento sintió sus ilusiones desvanecerse ante la intimidatoria presencia del hombre al que la entregaba su padre. Pero lo que más le chocó fue sin duda, que de repente ella prefiera quedarse en el castillo de los sajones antes que irse con el normando.

—Lady Aelis —dijo con una voz fría y áspera mientras se inclinaba ante ella con respeto—. Lamento la situación en la que os veis obligada a estar. Confío y deseo que pronto estéis ocupando el lugar que os corresponde y os

merecéis. Espero que este sajón os haya tratado con educación y respeto ya que lamentaría saber que no ha sido así.

—Quedaos tranquilo, Monfort, no le he puesto un solo dedo encima. ¿Seríais capaz de repudiarla? —Hereward arqueó sus cejas en un arco de expectación por lo que el normando tuviera que decir. Pero lo que inquietó más a Hereward fue sentir el repentino temblor en la propia mano de Aelis. No le cabía la menor duda de que algo así acabaría con ella. Repudiada por su prometido y en manos de los sajones. No habría futuro posible para ella salvo ingresar en una orden religiosa hasta el fin de sus días.

Ella miró con angustia a Brian de Monfort mientras este se debatía entre su deber y su honor. Aceptar a su prometida si esta hubiera sido tomada por el sajón, era algo inconcebible. Sería toda una deshonra y el blanco de las burlas en la corte. Aelis sintió que algo dentro de ella se quebraba al ver la indecisión de su propio prometido. ¡Maldita fuera, entendía que aquello era un matrimonio concertado entre las dos casas! Pero lo que no esperaba de él era que no saliera en defensa de ella.

—He venido a llevarla de vuelta a su nuevo hogar que es dónde tiene que estar —resolvió el normando sin entrar en más cuestiones que no le conferían.

—Y yo estoy dispuesto a dejarla marchar.

—En ese caso —Brian de Monfort extendió el brazo con la palma de su mano abierta hacia Aelis.

Esta la contempló muda. No hizo ni siquiera el mero intento de soltarse de Hereward y aceptar a su prometido. Para sorpresa de todos, ella permaneció quieta en su lugar contemplando el rostro del normando. Aelis parecía estar meditando si en verdad quería pasar su vida con aquel hombre que no despertaba en ella nada más que animadversión. Y ni tan si quiera había amenazado al sajón con acabar con él si le ponía una mano encima. O que reduciría a cenizas aquel castillo. Nada. Entendía que se trataba de un matrimonio de conveniencia como otros muchos, pero la falta de determinación de su prometido le había más complicado rebelarse ante el sajón, que seguía sujetándola por la mano.

—Lady Aelis no abandonará Torquilstone a cualquier precio —le dejó claro Hereward sin soltarla, y acercándola más a él. No sabía si todavía la retenía para evitar que el normando se la arrebatara; o si era más bien una cuestión de protección hacia ella. La había sentido temblar, apretar su mano en un gesto no planeado. ¿Tenía miedo de su destino? ¿No tenía intención de irse con su prometido? Hereward no había contado con esta posibilidad. Este

hecho parecía suponer un contratiempo. Ella no parecía tan ansiosa por marcharse con él, al menos esa era la impresión que acababa de darle a Hereward. Contemplaba su semblante que en nada se parecía al que había mostrado ayer noche cuando él la secuestró. O cuando apareció en el patio del castillo. Sin duda que las palabras del normando o su propia presencia eran lo que le habían hecho cambiar de opinión.

—¿Y bien? ¿Qué queréis a cambio de ella? —Brian de Monfort adoptó una postura de cierta prepotencia, irguiéndose ante Hereward y la propia lady Aelis. Dando a entender que pagaría cualquier precio por ella.

—Ya se lo comuniqué a vuestro ayudante la noche pasada. Pero veo que este no debe haberos informado a tiempo. Quien ciento cincuenta mil marcos de plata —le dijo con total naturalidad y convicción.

Brian de Monfort permaneció con el semblante serio. Parecía estar considerando esa petición. El silencio se había apoderado del patio del castillo y los allí presentes esperaban una resolución. Eadric no quitaba ojo al normando. No le gustaba que este tardara tanto en dar una respuesta. Y algo le decía que no iba a aceptarla, como ya se lo había dicho a Hereward. Aunque el normando dispusiera de esa cantidad, no la pagaría por una mujer. Estaría loco de hacerlo. Todos los allí presentes eran conscientes de que Brian de Monfort podría encontrar a otra futura esposa en la propia corte de Juan. Así de sencillo.

Tras unos segundos, Brian de Monfort estalló en carcajadas para sorpresa de los allí presentes.

—¡Estáis loco! ¿De dónde voy a sacar yo semejante cantidad?

—¿Tal vez de lo que vais recaudando entre los sajones en nombre del príncipe Juan, y que asegura que es para el rescate de Ricardo? ¿O bien del botín que trajisteis de Tierra Santa?

Aquella cuestión hizo enmudecer al normando. Lady Aelis se sobresaltó al escuchar a Hereward decirlo. Lo miró por un instante y percibió en él la fuerza y la convicción de su propuesta. No bromeaba a ese respecto. Y todos lo sabían. Todos, incluido su prometido que no seguía sopesando aquella cuestión. Le gustaba el carácter decidido y arriesgado del sajón porque defendía en lo que creía: rescatar a su rey a cualquier precio.

—Ese dinero no se puede tocar. Es expresamente para el príncipe Juan —le recordó apretando los dientes furioso porque estaba consiguiendo dejarlo en evidencia ante su prometida.

—Pues entonces sacadlo de vuestras posesiones, ya os lo he dicho. Creo

recordar que volvisteis con honores de Tierra Santa. Tantos que el propio príncipe Juan os ha llevado a la corte y donde creo que gozáis de buena reputación. ¿Qué me decís?

Brian de Monfort frunció el ceño y apretó los labios. Aquel maldito sajón volvía a sacarlo de quicio como ya hiciera en San Juan de Acre. No olvidaba que había sido uno de los caballeros preferidos por Ricardo. Y que lo había derribado de su caballo en una de las lizas organizadas durante las treguas entre cristianos y sarracenos.

—Necesitaré algo de tiempo para reunir dicha cantidad.

Aquella confesión sorprendió a todos, incluso al propio Hereward, quien hasta ese momento no había querido creer que el normando fuera capaz de decir algo así. Sin embargo, faltaba el último y más difícil escollo: el príncipe Juan.

Brian de Monfort lo dijo de buenas a primeras con la firme intención de ganar tiempo para ver qué podía hacerse. Su prometida quedaba en segundo plano porque ahora mismo la prioridad de él era no ser humillado una vez más por aquel sajón. Ni tampoco quería quedar en evidencia delante de Juan y la corte. Era consciente de que podría reunir esa cantidad, pero necesitaba pensar detenidamente ya que era una cantidad exorbitada por su prometida. De no hacer algo, la familia de lady Aelis tomaría cartas y sabía que esta era alguien importante en la corte de Felipe de Francia.

—Dispondréis del tiempo necesario para efectuar el pago de su rescate.

—Prometedme que durante ese tiempo ningún sajón le pondrá la mano encima —le pidió Brian de Monfort acercándose a Hereward para mirarlo a los ojos de manera fija.

—Vos traed el dinero de su rescate y ella se marchará con vos. Pero si os quedáis más tranquilo nadie se acercará a ella, excepto que ella lo permita.

—¡Perro sajón! —masculló encarándose con él y Aelis fijaba su atención en él. Su reacción ahora si había sido acorde a lo que se esperaba de alguien como él. Por otra parte, era consciente de que ningún sajón de los que habitaban en el castillo de Torquilstone le pondría una mano encima. Ni a ella ni a su dama. Por ese lado Aelis estaba segura. Lo que no entendía era el motivo por el que Hereward quería provocarlo. Percibía cierta rivalidad entre ambos caballeros, que tal vez viniera de sus años pasados en Tierra Santa. Intentaría averiguar si había sucedido algo entre ambos en el pasado. De esa manera no le daría más vueltas a la cuestión del rescate—. No permitáis que ningún sajón os toque, lady Aelis.

Esta se envaró ante él sosteniendo su mirada. No supo de dónde sacó las fuerzas necesarias para hacerlo. Ni por qué lo había hecho sin la sola presencia de aquel hombre le provocaba escalofríos de pavor.

—Pues entonces agilizada la recaudación del dinero que se os pide para poderme ir con vos.

Hereward se quedó atónito mirando la fuerza y la determinación de aquella hermosa mujer. No solo era bonita si no que además tenía arrestos para encararse con el normando. Tal vez después de todo este no se la mereciera. Una mujer como lady Aelis no podía compartir el lecho ni la vida con alguien como Brian de Monfort. Pero, ¿qué podía hacer él para evitarlo? ¿Y por qué querría hacerlo? ¿Qué le importaba a él el destino de ella una vez que el normando satisficiera el importe del rescate?

—Lo haré mi señora. Quedaos tranquila.

Brian de Monfort volvió a subirse a su caballo y una vez sobre este miró a Hereward con semblante amenazante.

—No os saldréis con la vuestra, sajón.

—Si en verdad queréis a vuestra prometida, lo haré —le retó sosteniéndole la mirada al tiempo que sujetaba las bridas del caballo de él y luego lo dejaba marchar.

Hereward permaneció en su sitio con una sensación extraña. Había dejado partir al normando con la promesa de este que pagaría el rescate de su prometida. Pero algo en su interior le decía que no lo haría. No la apreciaba tanto como él esperaba. Ni siquiera la había mirado a los ojos salvo unos segundos. Estaba claro que era un matrimonio abocado al fracaso. Si llegaba a celebrarse.

—Estaréis contento —le espetó Aelis cuando Hereward se volvió hacia ella.

—No más que vos. No tengo mi dinero —le dejó claro en un tono irónico.

—Pero lo tendréis, no me cabe la menor duda que lo tendréis —le rebatió con una última mirada de ira antes de que él la dejara marcha libre de regreso al interior del castillo seguida por lady Loana, quien se mostraba atónita por el desarrollo de los acontecimientos.

Aelis odiaba a Hereward por haberse cruzado en su camino y haberla convertido en un rehén al que no iba a dejar en libertad de buenas a primeras. ¡Ciento cincuenta mil marcos de plata! Ese era el precio por volver a ser libre. Una libertad que no creía que pudiera obtener de forma rápida dado el talante

que había derrochado su prometido. Si pensaba en este, el alma se le caía a los pies. Primero porque no era para nada el tipo de hombre con el que le gustaría compartir su vida. Y segundo porque no lo veía capaz de sacarla de allí. Unas vagas amenazas que no servirían para amedrentar al sajón. De eso estaba segura.

—Cerrad la puerta lady Loana, no quiero ver a nadie —le dijo entrando en la habitación y dirigiéndose a la ventana mientras su dama de compañía hacía lo que le pedía, y luego se detenía en mitad de la habitación.

—No os ha hecho ninguna gracia lo sucedido en el patio del castillo.

—¿Gracia? Oh, ya lo creo. Contempla la cara de diversión que tengo —le dijo con el gesto enfurecido, las manos cerradas en puños y estos apretados contra sus costados—. ¿Cómo puede llamarse prometido si ni siquiera es capaz de defenderme delante de ese sajón? Otro en su lugar hubiera actuado con mayor determinación, con más ímpetu. No hubiera vacilado en retar al señor del castillo, o sitiario o...

—Calmaos, mi señora.

—¡No puedo, Loana! No puedo hacerlo después de lo que he presenciado. El sajón se ha burlado de mí, de ti y de mi prometido. Aunque él solo se ha puesto en evidencia con algunas de las afirmaciones que ha hecho —aclaró sentándose sobre un escaño y apoyando su mano bajo en mentón en una posición pensativa—. Lady Loana, sed sincera conmigo y decidme qué pensáis de todo esto. ¿Acaso creéis que Sir Brian de Monfort pagará la cantidad que le ha pedido el sajón?

Lady Loana se mostró cauta en su respuesta más por el estado de agitación de su señora; que porque en verdad su prometido fuera a hacerlo.

—Confíad en Sir Brian, mi señora. Estoy convencida de que regresará en seguida con el importe total de nuestro rescate.

—Pero, ¿por qué ha permitido que el sajón se ría de él? ¿Viste su rostro? ¿Por qué no ha dado orden de atacar el castillo?

—Porque seguramente tema por vos. Entended que de haberlo hecho y que el sajón acabara con vuestro prometido, no tendríamos escapatoria posible.

Aelis pareció algo más tranquila con aquella explicación. Tal vez después de todo lo visto y escuchado, Loana tuviera razón. Un ataque hubiera sido una situación incierta que podría haber conducido a una muerte innecesaria del normando. O del sajón, se dijo en último momento. Pareció quedarse algo más tranquila a este respecto pero lo que no podía negar ni

apartar de su mente era la impresión que su prometido le había causado. Pero esas impresiones por ahora se las quedaría para ella porque alguien estaba tocando a la puerta.

Hereward permaneció en silencio en el mismo sitio en el que Aelis lo dejó. Tenía la mirada perdida en el vacío y la mente en blanco porque ahora mismo no sabía muy bien qué pensar de todo aquello. Había sentido la indecisión de ella cuando Brian de Monfort estuvo delante. Nadie podía negarlo. Lo había sentido en su propia mano. Ella la había apretado con fuerza, como si no quisiera que él la soltara. Y luego, el ligero temblor en su cuerpo. En ese momento ya no estaba tan convencido de que recibiera su dinero para el rey Ricardo. Tal vez el normando no pagara, pero lo que no esperaba era la reacción de ella. Antes de que alguien le dijera nada, fue él quien se adelantó a los demás.

—El normando no pagará. Lo he visto en su semblante —masculló apretando los dientes con furia.

—Te lo advertí —apuntó Eadric sin apartar la mirada del frente.

Los hombres elevaban el puente en ese momento y atrancaban la puerta con gruesos maderos. Sin embargo, los arqueros siguieron en las almenas de Torquilstone armados con sus arcos hasta que los normandos se hubieran alejado del todo de las tierras de Eadric. Este no descartaba que regresaran pasado el tiempo esperando que las defensas de la fortaleza se hubieran reducido.

—Ya sé lo que me dijiste.

—¿Y ahora? ¿Qué piensas hacer? El normando pedirá consejo al príncipe Juan y este le ordenará que no pague el rescate por su prometida. Le buscará otra y tú tendrás que pensar qué hacer con las dos damas que has alojado en el castillo —resumió volviéndose hacia su hijo al que palmeó en el hombro—. Tal vez deberías ir a ver cómo está. Aunque también te digo que no creo que tu visita le agrade después de lo sucedido.

—No es culpa mía si el normando no paga —le dejó claro Hereward volviendo el rostro hacia su padre.

—No. Pero sí lo es haberla secuestrado. Déjala marchar antes de que le arruines la vida. Es joven y tiene un prometido esperándola. No la obligues a permanecer aquí contra su voluntad y por tu orgullo herido.

—¿Sin pedir dinero a cambio que ayude a pagar el rescate del rey? ¿Admitiendo mi fracaso? —Hereward se mostraba perplejo por esa petición

de su padre.

—¿Qué más te da? ¡El normando no va a soltar ni un solo marco de plata por ella! Lo sabes tan bien como yo. Ni si quiera la ha mirado como yo miré a tu madre. Hazme caso y déjala ir.

Hereward sacudió la cabeza. No entraba en sus planes hacer caso a su padre. Dejar marchar a Aelis sería reconocer la derrota, y a él no le gustaba perder. Y menos ante un normando como Brian de Monfort.

—Sería admitir mi derrota ante ese normando.

—Eso debiste pensarlo antes de traerla aquí, necio —bramó su padre volviendo sobre sus pasos y mirando de manera fija e intensa a su hijo—. ¿Qué esperabas? Si dentro de unos días el normando no paga el rescate de su prometida, ya puedes darte por derrotado ante este. A no ser...

—¿A no ser que...? —Hereward contempló intrigado a su padre cuando este detuvo su explicación de manera abrupta e inesperada.

—A no ser que tengas un especial interés en ella. En ese caso...

—Mi único interés en lady Aelis es el dinero que puede reportarnos para la causa del rey Ricardo. Esa es la única razón por la que permanece aquí.

—Te equivocas, muchacho. No tardarás en darte cuenta. Dime, una cosa, ¿por qué no has negociado con el normando? Tal vez podrías haberle preguntado cuánto estaba dispuesto a pagar por ella, ¿no? Ya me entiendes. ¡Pedirle ciento cincuenta mil marcos de plata! Parece que no quisieras dejarla ir.

Eadric sonrió como el viejo zorro que era. Se marchó camino del interior de castillo dejando a su hijo con la palabra en la boca y la incertidumbre en su mente. Desde suposición en el patio había observado el comportamiento de su hijo con la dama normanda. No la había soltado en ningún momento; y la había mirado de una manera que le hacía dudar si al necio de su hijo no le atraía ella. ¿Por qué no había llegado a un acuerdo con el normando para rebajar la cantidad y que ella quedara libre? Más valía un puñado de monedas de oro o marcos de plata que nada, que era con lo que se iba a encontrar su hijo al final de todo.

¿Un especial interés en Aelis? ¡Por San Dunstan, que aquello si que no lo esperaba de su padre! ¿Acaso creía que él estaba interesado en la normanda hasta el punto de sacrificar el dinero para el rescate de Ricardo? Hereward sacudió la cabeza sin poder creer aquella suposición. ¿Negociar para rebajar el precio del rescate? se preguntó mientras observaba a su viejo padre alejarse por el patio hacia sus dependencias. Hereward permaneció solo

pensando si su padre tenía razón. ¿Tal vez debía bajar el importe del rescate por lady Aelis para que esta se marchara con su prometido?

## CAPÍTULO 5

Hereward se detuvo frente a la puerta de la alcoba de las dos damas normandas. Levantó su mano para tocar sobre esta pero desistió. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo explicarle lo sucedido? Las palabras de su padre revoloteaban en su cabeza produciéndole un intenso dolor a la vez que rabia e impotencia porque las cosas no estaban saliendo cómo él hubiera querido. Si en algún momento pensó que el normando sentiría algo más de aprecio por su prometida y que acudiría con el rescate para canjearla, acababa de darse cuenta de la realidad. Brian de Monfort se había marchado sin ella y lo que era peor, sin asegurar su liberación al escuchar la cantidad que valía. Una parte de Hereward se sentía miserable por lo que estaba haciendo con lady Aelis: emplearla como moneda de cambio para libertar a Ricardo de Inglaterra. No era justo que ella se viera en mitad de esta disputa, pero no podía dejarla marchar así como así. Quedaría como un estúpido ante la nobleza sajona. Sería el hazmerreír entre los normandos. Por otro lado, sintió cierto alivio cuando vio que no traía el rescate. No sabía cómo explicarlo pero así pasó. Tal vez fue el hecho de tener a Aelis sujeta por la mano, o sentir su ligero temblor cuando quedó frente a su prometido. Pero eso ya era agua pasada y debería enfrentarse a la cruda realidad; ella seguía allí, en Torquilstone sin saber cuándo podría abandonar el castillo.

Cogió aire y tocó con determinación repetidas ocasiones en la puerta.

No esperaba encontrarse con lady Loana en el umbral de la puerta sino más bien con su señora. La imagen de Aelis en camisón con una vela en la mano y la trenza cayendo sobre su hombro volvió a asaltarlo, y por un momento pensó en ella.

—¿Qué deseáis? —La voz de lady Loana sonó con un tono de enfado y sorpresa. Hereward dedujo por este que ella estaba enojada porque seguían allí en el castillo, en vez de haberse marchado con De Monfort. Y cierta sorpresa porque tal vez no esperaba encontrárselo allí.

—Hablar con vuestra señora.

Aelis permanecía junto al ventanal de la alcoba observando a la gente del castillo en el patio. Estaban entregados a sus tareas de igual manera que el servicio del castillo de su padre en Boulogne-sur-la-mer. Al escuchar su nombre, volvió la atención hacia la puerta. Estaba meditando qué podía hacer a partir de ese momento. Pero cuando la voz de Hereward se filtró por sus oídos y alcanzó su interior, Aelis no pudo evitar un leve sobresalto. Frunció el

ceño con la vista puesta en la puerta. Aunque lady Loana estaba delante justo, Aelis pudo percibir la mirada del sajón cuando este la elevó por encima de su dama de compañía. Durante un segundo, Aelis no supo cómo reaccionar y menos si aquel hombre la miraba de aquella manera tan fija y determinante como hacía en ese momento.

—Mi señora, el sajón quiere hablar con vos —Lady Loana se apartó del umbral por un instante y Aelis fue consciente de la presencia de Hereward, erguido delante de ella.

—¿Qué queréis? ¿Acaso no os ha quedado todo claro?

Aelis se armó de valor, deslizó el nudo en su garganta y caminó hacia Hereward con el semblante desafiante. A cada paso que daba hacia él, creía que caminaba hacia un destino incierto y borroso a sus ojos. La mirada del sajón se suavizó cuando ella estuvo a escasos pasos e incluso Aelis pudo percibir cierto rasgo de culpa, tal vez por lo sucedido en el patio del castillo; o tal vez por su atrevimiento al estar allí ahora.

—Mi señora, me gustaría explicaros que no es mi intención haceros sentir incómoda entre estas cuatro paredes.

—Un poco tarde para eso. Soy vuestra prisionera, retenida contra mi propia voluntad hasta que mi prometido pague mi rescate —le recordó enrabietada por ese motivo, y porque la presencia de él lograba alterarla sin más—. Una cantidad que parece exigida para que nunca abandone este castillo, la verdad —le aclaró con ironía, entrecerrando sus ojos y sacudiendo la cabeza como si diera todo por perdido.

—Quería deciros que tanto vos como vuestra dama podéis moveros con total libertad por todo el recinto.

—Muy amable por vuestra parte. ¿Seréis vos quien vigile mis pasos? ¿El que me espere en cada esquina para comprobar que no intento escapar?

—No voy a seguiros, ni a poneros vigilancia, mi señora. Confío en vuestra palabra de que no intentareis escapar.

—No me llaméis así. No soy vuestra señora, sino vuestro rehén —le espetó encarándose con él una vez más.

Hereward la contempló en silencio. Prefería hacerlo para no romper el hechizo bajo el que creía que estaba suspendido en su presencia. Sus ojos parecían cambiar de tonalidad según caía la luz sobre estos o bien según su estado de ánimo. Ahora azules, luego violáceos. Y aquellos labios entreabiertos que parecían estar tentándolo a probarlos. ¡Por San Dunstan! ¿Qué diablos le estaba sucediendo con aquella mujer? se preguntó de repente

sin ser si quiera consciente de que su cercanía le adormecía los sentidos.

—Ni mucho menos pienso controlaros, Aelis —fue la primera vez que se dirigió a ella por su nombre. Se sintió extraño ya que no era lo habitual en él. Solía hacerlo con su hermana Rowena o con alguna otra sirvienta, pero nunca antes con una dama, y menos normanda—. Os repito que vuestra dama y vos podéis moveros por Torquilstone como os plazca.

La reacción de ella al escuchar su nombre en boca del sajón no se hizo esperar; abrió los ojos al máximo y entreabrió sus labios para decir algo, pero a lo más que llegó fue a dejar escapar un leve gemido de sorpresa. Debía admitir que le había resultado extrañamente satisfactorio, pese a lo que ella había creído. Se quedó callada e inmóvil tratando de recuperar la noción del tiempo y volver a ser ella.

Lady Loana no se movió de su lado en ningún momento, observando el devenir de los acontecimientos. Sin embargo, su presencia junto a su señora era más por hacer fuerza ante el sajón, y por que este viera que no la abandonaría. Lady Loana era consciente del trato que Hereward les había dispensado desde que llegaron a la fortaleza. No tenía motivos para dudar de su palabra puesto que hasta entonces había sabido cómo tratar a su señora. No esperaba un comportamiento así por parte de este. En Francia se decía de los sajones que eran gente ruda, bárbaros a los que había que educar todavía. Y lady Loana podía dar testimonio de que esa imagen estaba algo alejada de la realidad. Y en cuando a su señora...

Lady Aelis parecía haber perdido el ímpetu con el que lo había recibido. Como si después de todo, el sajón no le fuera desagradable a pesar de la situación.

—Es un gesto que os honra —Lady Loana se apremió a intervenir al comprobar que su señora se había quedado sin habla mirando al sajón.

—En cuanto a vuestro prometido, espero y deseo que abone el rescate para que vos podáis marcharos con él. No me gusta teneros retenidas contra vuestra voluntad.

—En ese caso lo tenéis sencillo —Aelis insistió esgrimiendo una sonrisa irónica.

—Ya conocéis mi respuesta —Hereward se mantuvo firme sin apartar su mirada de ella. Se le hacía complicado no tratarla como a otras mujeres, esto era, rodearla por la cintura y atraerla hasta su pecho. Perderse en la profundidad de su mirada antes de besarla y enseñarle lo que era un hombre de verdad; y no su prometido Monfort. Con gusto pagaría el rescate por una mujer

como ella, se dijo en ese momento al tenerla delante de él con aquella mirada que le maldecía una y mil veces.

—En ese caso, me gustaría estar a solas —Aelis se envaró de nuevo cuando se dio cuenta que la conversación parecía haberla relajado. Dio un paso ante él con porte y dignidad para que este acatará su deseo. Su voz tembló de manera leve y sus pupilas brillaron en demasía sosteniendo la mirada de Hereward.

—Como gustéis, lady Aelis —Hereward dio un paso atrás e inclinó la cabeza de manera respetuosa—. Cualquiera cosa que necesitéis para hacer vuestra estancia más agradable, no dudéis en hablar con mi hermana Rowena.

Aelis lo vio cerrar la puerta tras él y durante unos segundos permaneció erguida de manera altiva y orgullosa mientras lady Loana la contemplaba en silencio. Sus acercamientos al sajón habían sido involuntarios pero ella había creído percibir una corriente que mantenerlos unidos. ¿Por qué no lo había apartado de ella con un empujón? ¿Por qué no lo había abofeteado después de lo sucedido en el patio del castillo y le había cerrado la puerta en sus mismas narices?

—¡Maldito sea, él y todos los sajones de Inglaterra! —gritó fuera de sí Aelis al cabo de unos segundos—. ¿Por qué tuvo que cruzarse en mi camino? —se preguntó señalando la puerta.

—Mi señora preguntaros ¿por qué los hombres de vuestro prometido no pelearon contra los sajones? ¿Por qué no nos defendieron de estos?

—Solo has tenido que ver a mi prometido. ¿Y este es el hombre al que mi padre pretende entregarme? —se preguntó fuera de sí dejando sus puños contra sus costados sin poder salir de su asombro.

—Entended que los matrimonios son concertados. Si Brian de Monfort solicitó vuestra mano...

—La verdad, no será porque se sienta atraído por mí. Tan solo me ha mirado en una ocasión durante el tiempo que estuvimos en el patio. Y la verdad, no me gustó lo que vi en sus ojos.

Aelis se abrazó así misma sintiendo un escalofrío reptando por su espalda hasta erizarle los cabellos de la nuca. La lujuria y la lascivia que nada tenían que ver con la calidez y la ternura que había encontrado en alguna ocasión en el sajón. Pero, ¿por qué pensaba eso de él? ¿Por qué lo comparaba cuando era consciente de que entre ellos dos no sucedería nada? Ambos pertenecían a mundos distintos por mucho que normandos y sajones convivieran en paz cuando la resistencia sajona cedió años después de la

llegada de Guillermo a Inglaterra. Además, el sajón era su carcelero. La tenía retenida contra su voluntad y eso no iba a cambiar durante algún tiempo. Solo esperaba que no fuera demasiado.

—Pero, si paga vuestro rescate, tendremos que irnos con él. Es vuestro prometido, mi señora. No podéis escapar a vuestro destino.

—Si paga el rescate —le recordó una Aelis algo desanimada al pensar en ello—. ¿Mi destino? Ya no sé qué es lo que me depara después de llegar a esta isla.

—¿No podéis solicitar la ayuda de vuestro padre? Él conoce gente influyente en la corte francesa.

—No, Loana —comenzó diciendo al tiempo que sacudía la cabeza—. Mi padre tampoco dispone de esa suma. Y de conseguirla estaría en deuda de por vida con los sajones. Por eso aceptó mi matrimonio con Brian de Monfort. Mi padre ha perdido cierto valor en la corte del rey Felipe de Francia. Estamos en manos de mi prometido.

—Y del sajón, no lo olvidéis —apostilló lady Loana que captó la atención inmediata de su señora. Ahora la contemplaba con el ceño fruncido—. Después de todo estamos en su castillo y es él quien decide sobre nosotras. Y según me ha parecido entender a tenor de vuestros comentarios, casi es hasta preferible que vuestro prometido no reúna la cantidad exigida. ¿Qué preferiríais si llegado el momento tuvierais que elegir entre vuestro prometido, a quien no tenéis en alta estima, o el sajón, quien después de todo nos trata con respeto?

Aelis esgrimió una media sonrisa burlona.

—Me pones entre la espada y la pared, Loana —le respondió dejando su mirada fija en el vacío—. No te confíes con respecto a los modales del sajón. Podría estar representando un papel para hacernos sentir cómodas.

—No es lo que yo he percibido cuando está con vos. ¿Os distéis cuenta de la manera que os sujetó en el patio? Os tomó la mano con exquisita delicadeza. No daba a entender que fuerais una prisionera.

—Porque... pues porque... —Aelis se agitó cuando escuchó a su dama referirse a este hecho. Pensaba que nadie se había dado cuenta del gesto de él. Recordó su forma de agarrarle la mano: con una mezcla de firmeza y complicidad. Como si ella fuera su prometida. Todavía recordaba la repentina e inexplicable sensación de frío que experimentó cuando ella se apartó de su lado; cuando su mano se vio liberada de la de él. En un gesto inesperado Aelis contempló la palma de esta y si remediarlo la cerró como si pretendiera

guardar el tacto de la caricia del sajón. Luego, sin pronunciar una sola palabra más se alejó de su dama y regresó a la ventana y allí permaneció perdida en sus pensamientos.

Durante días Brian de Monfort dejó aparcado el tema de su prometida. No tenía intención de satisfacer los deseos de ese maldito sajón de Hereward, pero algo tenía que hacer. No podía abandonar a lady Aelis a su suerte. Si la noticia llegaba a oídos de los padres de esta, lo tacharían de cobarde por no tomar cartas en el asunto. Pero entregarle esa cantidad al sajón, que iría destinada a libertar a Ricardo, era algo que no podía permitirse. Sentado con gesto pensativo daba vueltas en su cabeza a qué podía hacer cuando apareció su consejero Maurice.

Este entornó la mirada hacia su señor a la espera de que se dirigiera a él. Pero Brian de Monfort no parecía estar interesado en él.

—Ha llegado un enviado de la corte —anunció Maurice captando toda la atención de su señor.

Brian de Monfort se incorporó en su asiento apoyando las manos en los reposabrazos sin apartar la atención de Maurice.

—¿Qué dicen?

—El príncipe Juan os pide que acudáis cuanto antes con vuestra prometida. Espera poderla conocer, ah, y que le entreguéis la recaudación obtenida en las últimas semanas.

Brian de Monfort volvió a sentarse y se reclinó contra el respaldo de manera lenta y calculada. Sonrió con ironía y sintió la derrota sobre sus hombros.

—El príncipe Juan... ¿Qué voy a contarle?

—La verdad señor. Que Hereward, el sajón, ha raptado a vuestra prometida aprovechando que su viaje hasta aquí. Y que no la liberará previo pago de un rescate de ciento cincuenta mil marcos de plata. O lo que es lo mismo, exige la misma cantidad que el emperador alemán por liberar a Ricardo. No creo que a Juan le haga mucha gracia que paguéis —le advirtió poniendo especial cuidado en las últimas palabras.

De sobra era conocido por todos en la corte y fuera de esta, que Juan fingía estar colaborando en el rescate de su propio hermano. Aunque lo que el pueblo decía era que en realidad él estaba actuando para que este no fuera posible, y que Ricardo no regresara a Inglaterra. Juan era consciente de que en

cuanto su hermano fuera liberado y pusiera un pie en la isla sus días de gloria tocaría a su fin.

—El rey Juan no me dará otra opción. No permitirá que pague ese rescate.

—Entonces, deberíais ir pensando en la manera de recuperar a vuestra prometida, si en verdad la queréis.

Brian de Monfort lanzó una mirada de advertencia a su consejero.

—Pues claro que la quiero. Necesito una esposa que me dé un heredero. Además, la familia de lady Aelis está muy bien vista en la corte francesa. Es una unión muy ventajosa para mí —Brian de Monfort hizo una pausa—. Prepararé todo para desplazarme a la corte de Juan. Le entregaré la recaudación al príncipe y le contaré cómo está la situación de mi prometida. No tengo otra salida.

—Salvo acabar con Hereward —pronunció Maurice con sutileza.

—No, eso significaría soliviantar a los sajones. Y ahora que vivimos tiempos de paz no conviene romperla. Imagina por un instante que yo fuera el causante.

—Las justas de Ashby se acercan y como todos los años los caballeros normandos y sajones se batían por el honor, la gloria o el favor de las damas. Podría suceder que vuestra lanza acabara con ese sajón, y siendo en liza, nadie os acusaría de romper la armonía entre los dos pueblos. ¿No creéis? —le preguntó Maurice elevando una ceja con suspicacia.

Brian de Monfort sonrió de manera ladina.

—Podría darse ese caso. Además, se la tengo jurada a ese sajón por la humillación que me hizo pasar en San Juan de Acre. Sí, podría suceder que cayera herido o muerto en la liza. ¿Quién podría culparme de querer acabar con él? —Sir Brian dejó la mirada en el vacío al mismo tiempo que sonreía viéndose vencedor de las justas y recuperando a su prometida sin entregar un solo marco de plata al sajón—. Sin duda que has pensado en todo. Pero primero nos tomaremos nuestro tiempo visitando al rey Juan. Luego, ya nos ocuparemos de las justas de Ashby.

Brian de Monfort entrecerró los ojos meditando las posibilidades reales que tenía de que eso sucediera. En un lance como las justas, no era de extrañar que alguno de los caballeros que entraban en liza resultara herido o incluso muerto. ¿Por qué no podría sucederle a Hereward? De ese modo todos sus problemas desaparecerían y él tendría a su prometida en su propio castillo. Y Ricardo se quedaría sin su adalid para su causa.

Los días pasaban en Torquilstone sin que se tuvieran noticias de Brian de Monfort. Por eso, Aelis comenzaba a perder toda esperanza de que este hecho se produjera. Lo había notado desde el momento en el que su prometido apareció en el patio del castillo. Algo le hizo ver que no solo no pagaría su rescate, sino que ni siquiera lucharía por ella. Sus gestos y sus miradas hacia ella. Su manera de afrontar la situación. La resignación comenzaba a hacer mella en Aelis hasta el punto de ir a hablar con el sajón y decirle que no tenía intención de marcharse con Sir Brian de Monfort.

—Estará reuniendo la cantidad solicitada —le aseguraba Loana al ver a su señora con aquella angustia. Y aunque al principio ella así lo creía, a medida que pasaban los días sin noticias de este, Aelis iba asumiendo que al final él no vendría.

—Se supone que es un hombre poderoso. Ya escuchaste a Hereward decirle que había venido de Tierra Santa colmado de honores. ¿Cuánto tiempo necesita para reunir semejante cantidad? ¿Tan poco le importo? Entiendo que es un matrimonio concertado pero acaso no lo son la casi totalidad de estos — Aelis sintió como la voz le temblaba producto del ahogo que experimentaba en ese momento. Las lágrimas asomaban a sus ojos producto de la impotencia, de la rabia y la desesperación de la situación. Pero también de la tristeza de no saberse querida, valorada por Brian de Monfort.

—Calmaos mi señora. Aunque se como decís, si vuestro prometido solicitó vuestra mano es porque siente algo de aprecio por vos.

Aelis lanzó una mirada significativa a su dama y esbozó una sonrisa irónica.

—¿Aprecio? Aprecio se tiene a un animal fiel, pero no a la mujer con la que se supone que va a pasar el resto de sus días, Loana.

Esta se quedó sumida en el silencio bastante esclarecedor. Pero lady Loana no estaba dispuesta a que su señora se sumiera en la angustia. La contemplaba asomada a la ventana de la habitación sin decir ni una sola palabra más. Apenas si había salido de su alcoba pese a que tenía completa libertad para hacerlo. Lady Loana confiaba en que todo se solucionara por el cauce pacífico y que Sir Brian pagara el rescate para que ambas pudiera abandonar el castillo sajón. Aunque todo parecía indicar que no resultaría así y que quedarían en manos de Hereward. Lady Loana se preguntaba con insistencia qué haría este con ella si no recibía ningún pago.

—Tal vez debería ir a hablar con el sajón y expresarle mi voluntad de no partir con mi prometido. De esa manera no tendríamos que vivir con esta incertidumbre todos los días.

—Pero, mi señora, ¿habéis pensado en lo que harías después? No podemos regresar a Francia. Vuestro padre no os permitiría regresar al hogar con tal deshonra.

—En ese caso solicitaría la entrada en una orden religiosa —le aseguró con el semblante serio y la voz firme, lo cual alertó a lady Loana.

—Pero mi señora... ¿Acaso estáis pensando en consumiros en un convento? No habláis en serio. Os dejáis llevar por la rabia y la impotencia que sentís en estos momentos. Nada más.

Aelis se retorció las manos mientras daba vueltas por la alcoba como una fiera en una jaula. La mirada fija en el suelo, el corazón agitado por esos pensamientos y su mente llena de las más diversas y alocadas ideas.

—¿Y qué nos queda si Brian de Monfort no paga nuestro rescate? —la mirada de Aelis se posó en el rostro de su dama con toda determinación. ¿Qué solución podía darle ella que se encontraba en su misma situación?—. Cuando partimos de Francia te dije que este viaje no era una buena idea, ¿recuerdas? Pues ya ves qué razón tenía.

Aelis suspiró resignada por lo injusto de su destino. Había dejado Francia por orden de su padre para llegar a Inglaterra a contraer matrimonio con un hombre que no era capaz de sacrificar un poco de su fortuna para libertarla de su cautiverio. O que ni si quiera lo era para tomar el castillo con sus mesnadas. ¿Qué futuro podía concebir con un hombre así a su lado? ¿Cómo podría entregarse a él cuando no veía ningún gesto de aprecio por su parte? Aelis temblaba de pánico con solo pensarlo.

La noche caía sobre los parajes cercanos al castillo. Un ligero viento se había levantado ondeando la capa con la que lady Aelis se cubría. Había decidido salir de la alcoba para caminar un rato y tratar de no pensar en lo que se estaba convirtiendo su vida desde que puso sus pies en suelo inglés. Había cenado en compañía de lady Loana, pese a que Hereward le había pedido por enésima vez que ambas lo acompañaran en la mesa junto a su padre y a su hermana. Aelis se había mostrado algo orgullosa a este respecto. No estaba dispuesta a compartir la mesa con su captor, le había asegurado haciendo que Hereward se retirara una vez.

Lady Aelis encaminó sus pasos a una de las torres de vigilancia. Quería apartarse de todo lo que la rodeaba y creía que estar en uno de los puntos más alejado y más elevado de la fortaleza, le serviría. Su única compañía allí era el fuego que servía para calentar al soldado de guardia e indicar el camino a los viajeros. Aelis cerró sus ojos dejando que el viento le acariciara el rostro y le apartara los cabellos. Inspiró hondo permitiendo que ese mismo viento penetrara en su interior como si fuera una especie de purificación.

Hereward supo al instante dónde se encontraba ella. Un soldado de guardia mando recado cuando vio a la dama cruzar el patio del castillo sin ninguna compañía. Sin vacilar un solo segundo, Hereward abandonó la mesa a la que todavía permanecía sentado y se dirigió al patio en su busca. Temía que ella cometiera algún tipo de locura. La localizó en lo alto de un torreón; sola, mientras el aire parecía mecerla a su antojo. Hereward ascendió las escaleras y caminó por la muralla hasta llegar a la torre en la que se encontraba Aelis. Permaneció quieto mientras contemplaba su imponente y cautivadora imagen. No quiso hacer notar su presencia para poderla contemplar en silencio. Allí estaba: hermosa, altiva y genuina con la mirada fija en el horizonte como si tratara de vislumbrar su futuro. A Hereward se la ocurrían muchos calificativos para definirla pero el que más le gustaba otorgarle era el de única. No había conocido a ninguna mujer sajona o normanda con anterioridad a ella, que se le pareciera. Ni creía poder hacerlo después de ella.

Caminó de manera lenta para no alarmarla más de lo necesario pero sus pasos lo delataron. Aelis escuchó el sonido de pisadas y se volvió con el corazón acelerado. Sintió temor por haber subido sola hasta allí. Alguien podría verla e intentar ultrajarla, y nadie lo sabría. Pero cuando vislumbró el rostro de él, parte de sus nervios se suavizaron, aquellos que sentían temor ante un ataque; no así los que la presencia de Hereward le ocasionaban. La miraba de manera fija con una mezcla de inquietud y expectación. No le perdió la mirada ni un solo instante y percibió el brillo mágico de sus ojos.

—¿Qué hacéis sola aquí arriba? —El tono de su pregunta fue pausado, cálido y lleno de sorpresa.

Aelis se humedeció los labios y consiguió deshacer el nudo de su garganta. Bajó la mirada y se apartó de él dándole la espalda para que no fuera testigo del calor que teñía sus mejillas. Aelis se preguntó ¿a qué venía aquel comportamiento por parte de ella? ¿Dónde quedaba su orgullo normando para enfrentarse a él? Debía responderle a su pregunta, iniciar una conversación que mantuviera su mente ocupada en otros menesteres que no en

él.

—Necesitaba tomar el aire. Despejarme.

Hereward apretó los labios y asintió acercándose hasta que sus propios pies rozaron el bajo de la capa de Aelis.

—Pero, ¿en este torreón tan alejado? Hay otras partes del castillo que pueden resultaros más cómodas. Y estaréis más caliente que aquí fuera.

Aelis escuchó la voz ronca de él al mismo tiempo que sentía su aliento sobre su pelo. Cerró los ojos e inspiró tratando de controlarse de una vez. Debía hacerlo o el la notaría temblar.

—Necesitaba soledad, ya os lo he dicho. Y alejarme del bullicio que hay en el interior del castillo.

—Si es eso lo que deseáis... —Hereward se apartó de ella dando dos pasos hacia atrás con intención de alejarse pero al momento Aelis se volvió hacia él obligándolo a detener su marcha.

—¿Sabéis algo de mi... de Brian de Monfort? Hace días que no he recibido ninguna noticia al respecto de mi rescate —Aelis sintió cómo le había costado referirse a él por su relación con ella. Había dudado y al final se había referido a él por su nombre. Se frotó las manos mientras algunos mechones de pelo se abalanzaban sobre su rostro debido al viento que soplaba allí en lo alto del castillo.

Hereward sacudió la cabeza.

—No desde aquel día. Entiendo que queréis marcharos cuanto antes... — Hereward detuvo su explicación cuando percibió como ella sacudía la cabeza.

—Los días pasan y él no viene a por mí —le susurró bajando la mirada hacia el suelo—. Hay momentos en los que me digo que no lo haré.

—No penséis eso. Sir Brian de Monfort es un hombre de palabra. Y si ha solicitado vuestra mano, no creo que sea tan estúpido como para rechazaros ahora —Hereward buscaba hacerla sentir cómoda dentro de la situación tan difícil que le estaba tocando vivir. Alojarse en un castillo sajón a la espera de que pagaran un rescate por ella... No era nada sencillo.

—Vos parecéis conocerlo muy bien.

Hereward asintió. Le dio la impresión de que ella quisiera entablar una conversación con él. Tal vez para conocer mejor a su prometido, o tal vez para cerciorarse de que era en verdad un hombre de palabra. De ese modo se convencería de que más pronto o más tarde se marcharía de Torquilstone.

—Estuvimos juntos en Tierra Santa. Es valiente, decidido, no le tiembla la mano a la hora de entrar en combate.

—Pero yo no soy un soldado. Ni un lugar que tomar por la fuerza. Vos os referís al guerrero que habita en él, no al hombre.

—Poco más puedo decir de él, Aelis.

—Pero, pese a haber combatido bajo la misma bandera en Jerusalén, no me dio la impresión de que os llevaseis bien —Aelis entornó la mirada hacia Hereward.

Este bajó la mirada al suelo y caminó hacia el borde de la torre para mirar a lo lejos.

—El es un normando.

—Y vos un sajón. Pero las disputas...

—Soy consciente de lo que vais a decirme. Las luchas entre sajones y normandos cesaron hace ya tiempo. Pero siempre quedan recelos y desconfianzas. Muchos no olvidan que los normandos llegaron aquí para conquistarnos. Siempre habrá disputas por ver quién es el mejor guerrero, quien gana las justas... Los caballeros normandos pretenden demostrar que ellos son los únicos, los mejores, los más valientes, los más decididos, sabios... Podría enumeraros un sinfín de condiciones por las que se creen superiores a nosotros solo por habernos derrotado hace ya más de un siglo.

—He escuchado contar a algunos de vuestros sirvientes que el rey Ricardo organizaba justas entre sus caballeros en los períodos de tregua con los sarracenos.

—Así es. En esas justas participábamos algunos caballeros —comenzó a explicarle mientras observaba el rostro de piel blanquecina por la luz de la luna. Los labios de ella entreabiertos. La expectación en su mirada. Parecía relajada; como si estuviera disfrutando de aquella conversación. Pero Hereward solo podía pensar en lo hermosa que era.

—¿Os enfrentasteis a Brian de Monfort?

—Así es.

—¿Lo vencisteis?

—Lo vencí, sí.

Hereward desvió su mirada de ella una vez más para no perderse en pensamientos absurdos. No tenía sentido alguno pensar en ella más allá del rescate. Nada más. Ella era una dama normanda comprometida y él era el hijo de un noble sajón. Por mucho que las diferencias entre ambos pueblos se hubieran limado, siempre habría gente que no lo vería con buenos ojos.

—¿Lo derrotasteis? Acabáis de decirme que es un guerrero decidido —había un toque de incredulidad y de excitación en la pregunta de ella.

—No os he mentado. Los sajones derrotamos a los normandos en las lizas de Acre. Pero eso no significó nada. Era un entretenimiento para hacer las horas de espera más amenas bajo el sol y el calor de Tierra Santa.

—Y ahora le habéis raptado a su prometida.

Hereward levantó la mirada hacia ella con estupor.

—No era mi intención hacerlo. Pero aparecisteis en mi camino y vi una oportunidad para resarcirme de lo que él estaba haciendo.

—¿Recaudar dinero en nombre de Juan para pagar el rescate de su hermano? ¿Ese es vuestro motivo para retenerme aquí? —Aelis dio un paso hacia él envarándose de una manera alocada y peligrosa pues la cercanía entre sus rostros quedaba acertada en demasía.

—Vos sabéis tan bien como yo que ese dinero no es precisamente para pagar el rescate de Ricardo, sino para evitar que otros puedan reunirlo — Hereward se centró en el cometido verdadero por el que ella estaba allí. Y no en su proximidad en ese instante en el que con gusto la haría callar.

—Habláis con mucha seguridad al respecto —Aelis se había olvidado de los nervios que experimentaba cuando estaba junto a él. A medida que hablaba se sentía más relajada, como si fueran dos conocidos de siempre. Y eso le inquietaba en modo alguno porque podría surgir cierta complicidad. ¿Era su captor y un sajón! ¿Cómo era posible que ella estuviera bajando la guardia?

—Aquellos que sufrieron la visita de vuestro prometido nos lo aseguraron. Ya visteis cómo se comportó él cuando vino aquí.

Aelis asintió con la mirada llena de desencanto y una tímida sonrisa.

—Sí, ya lo vi —se volvió apoyándose en la fría piedra de la torre dejando que su mirada vagara a lo lejos—. Por desgracia lo vi.

Hereward percibió la rabia en aquellas palabras, pero también cierta decepción. Sin duda que ella había esperado algo más por parte de Brian de Monfort en aquel primer encuentro. Que hubiera intentado llevársela por la fuerza para demostrarle su cariño. O que tal vez hubiera llegado a un acuerdo con él para rebajar la cantidad del rescate. Pero nada de eso sucedió. Y ahora, los días pasaban acercándose a una quincena desde que él se marchó. Y o mucho se equivocaba o no lo haría. Si aquella mujer tenía alguna esperanza en que él viniera, a fe que el comportamiento de Brian de Monfort le estaba quitando la esperanza.

—¿Por qué él? —se atrevió a preguntar Hereward esperando a que ella se volviera y le respondiera. Quería que lo hiciera, que volviera su rostro hacia él para poderla seguir contemplando de aquella manera tan íntima.

Aelis fijó su atención en él.

—¿Os referís a por qué he aceptado a casarme con él? —Hereward asintió interesado por saberlo y ella sonrió con desilusión—. ¡Porque solicitó mi mano a mi padre! Así de sencillo. Es de este modo como se pactan los matrimonios. Vos por ejemplo, no estáis casado pero llegado el momento supongo que haréis lo mismo.

—No sé cuándo llegara ese momento del que habláis pero al menos confío en ser correspondido.

—Os casaréis con una dama sajona cuya familia sea rica y poderosa. O al menos influyente entre los sajones. Veo que no estáis muy familiarizado con estos temas —apreció Aelis con una sonrisa fugaz que iluminó su rostro y que cautivó sin pretenderlo a Hereward.

—Soy un guerrero, mi señora. Toda mi vida la he pasado entre el ruido que producen los aceros al chocar entre ellos —le aclaró sonriendo con facilidad.

—Soy consciente de ello, pero en algún momento habréis tenido a alguna mujer cerca a la que desearais más que otras.

Hereward frunció los labios y sonrió con desgana.

—Si en algún momento encontrara a esa mujer a la que os referís, os lo haré saber. Aunque por otra parte, imagino que para entonces, vos estaréis casada y lejos de Torquilstone.

—Siempre y cuando sea libre —le aseguró mirándolo otra vez con determinación. Controlando sus nervios. Aelis experimentó una sacudida en todo su cuerpo cuando él se acercó más a ella, como si estuviera dispuesto a tomarla entre sus brazos. Aquel gesto y aquella sonrisa por parte de él, hicieron que ella sintiera como su piel se erizaba y como un leve gemido escapa por entre sus labios.

—Si fuerais libre para elegir, ¿en verdad os casaríais con un hombre como Brian de Monfort? —Hereward le devolvió la mirada preguntándose qué era lo que estaba haciendo. ¿Por qué sentía la acuciante necesidad de besarla aún sabiendo que no era lo más acertado?

Aelis se quedó callada observándolo con atención. Su rostro estaba tan cerca del suyo que podría sentir sus respiración, su aliento sobre sus labios. ¿Qué clase de locura estaba cometiendo? Aelis abrió los ojos cuando experimentó esa misma sensación en su interior. Esa misma voluntad por besarlo. Pero, ¿cómo era posible que estuviera pensando en ello? Estaba prometida. Sí. A un hombre que no había mostrado el más mínimo interés en

ella. Que parecía no querer saber nada de ella, se dijo en un intento por justificar sus actos. Pero tampoco quería entregarse a un sajón. Aunque fuera un hombre atractivo, comedido y agradable cuando la trataba. Desde el primer día no había tenido queja al respecto de su comportamiento ni del de sus hombres. Algo de agradecer.

—¿Esperáis que algún día sea libre? —Aelis arqueó una ceja con recelo. Quería conocer su propia opinión. Y apostaba a que no distaría mucho de la que ella se había formado. Hereward permaneció en silencio—. Debería retirarme ya. Buenas noches, Hereward —dijo pronunciando su nombre por primera vez desde que estaba en el castillo. Lo miró una última vez y de una manera que en nada tenía que ver con las anteriores. Por mucho que quisiera enfrentarse con él había ocasiones en las que su manera de tratarla se lo impedían. Tal vez con el paso de los días su enfado inicial hacia él, se hubiera transformado en una ira hacia su prometido. Casi agradecía que el sajón la hubiera raptado. De ese modo había podido contemplar con sus propios ojos, el talante de su futuro esposo. ¿Era esa clase de hombre la que ella quería a su lado? se llegó a preguntar sabiendo que no tendría mucha capacidad de decidirlo.

Hereward la vio alejarse con el ligero frufnú de su capa rozando el suelo a cada paso. No la perdió de vista en ningún momento, incluso cuando él abandonó la torre después que ella, siguiendo sus pasos hasta el pasillo donde estaban sus respectivas habitaciones. Aelis tenía la ligera impresión de que se traicionaba así misma cuando pensaba en el sajón de una manera que no tenía permitida. ¿Cómo podía haber llegado a desear que la besara? No era lógico por mucho que su prometido no quisiera saber nada de ella.

Hereward se detuvo cerca de Aelis. Y esta en vez de abrir la puerta y perderse en el interior de su alcoba, se volvió cuando escuchó sus pasos. Por un segundo el corazón se le subió a la garganta, los nervios se adueñaron de su ser sin remisión y en ese momento comenzó a ser consciente de que comenzaba a estar prisionera de un inquietante peligro.

—Qué descanséis, lady Aelis.

Hereward se inclinó ante ella con respeto, consciente de lo que despertaba en él y de los riesgos que suponía. Debía esperar a ver qué decidía Brian de Monfort, porque él tampoco parecía tenerlo claro si Aelis era rechazada por el normando. Una parte de Hereward deseaba que el normando pagara el rescate y se la llevara lejos; con suerte no volvería a saber de ella. Pero por otra parte, cada día que él veía a Aelis por el castillo se le hacía más

difícil dejarla marchar. Pero en esos momentos de flaqueza pensaba en Ricardo, su rey que aguardaba que su pueblo no lo olvidara y lo sacara de aquella prisión alemana.

Aelis cerró la puerta con sumo cuidado para no despertar a lady Loana. Permaneció apoyada contra esta tratando de tranquilizarse. Levantó su mano para verla temblar como una hoja mecida por el viento. Un sudor frío empapó su espalda y se trastabilló al caminar en dirección a la cama. Por suerte lady Loana permanecía dormida, lo cual le facilitó la situación. No quería darle explicaciones acerca del motivo de su estado de agitación. Prefería ser solo ella quien lo supiera. Pero le quedaba claro que algo había sucedido en el torreón del castillo. Algo que no sabía explicar salvo que había creído percibir el deseo del sajón por besarla. Con ese pensamiento se metió en la cama momentos después e intentó no pensar más en ello. Algo complicado cuando había tenido tan cerca la boca de él.

## CAPÍTULO 6

Brian de Monfort se presentó en la corte dejando a un lado el tema de su prometida, , más pendiente de entregar al príncipe la recaudación de impuestos. De este modo Juan evitaría que los sajones pudieran reunir la cantidad suficiente para liberar a Ricardo. Brian de Monfort estaba convencido de que el príncipe preguntaría por lady Aelis, y querría saber el motivo por el que no la acompañaba.

Una vez que se encontró con el príncipe, este se mostró más que satisfecho con el resultado de sus incursiones entre los sajones.

—Habéis hecho un buen trabajo Sir Brian. Pero no es suficiente ya que estoy convencido de que esos sajones esconden todavía bastante más dinero. Por no hablar de los judíos. Dejaremos que pase el tiempo antes de volver a hacer la recaudación y centrémonos en otros asuntos. Decidme, ¿y vuestra prometida? Tenía entendido que llegaba desde Francia hace ya algunas semanas, ¿no?

Sir Brian de Monfort sonrió con disimulo. Ahora llegaba el momento más complicado, pero para el que era necesario contar con el príncipe para que le diera una solución. Por ese motivo estaba dilatando el pago del rescate. Sir Brian de Monfort contempló a Juan con el semblante serio antes de contarle lo sucedido con lady Aelis.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene ese gesto? ¿No ha venido o es que se lo ha pensado y ha encontrado un partido mejor? —ironizó el príncipe sonriendo de manera cínica lanzando miradas a su principal consejero, Fitzurse.

—Ha sido raptada por los sajones cuando mis hombres la escoltaban a mi castillo.

Tanto el príncipe como los consejeros reunidos en el salón del trono palidecieron al escuchar aquella afirmación.

—¿Cómo osan esos malditos a hacer algo así a alguien tan distinguido como vos? —preguntó Juan apoyándose sobre los reposabrazos e inclinándose hacia delante como si fuera a levantarse y a lanzarse contra el propio Sir Brian de Monfort.

—Así os lo cuento, mi señor.

—¿Dónde se encuentra vuestra prometida, Sir Brian?

—Preso en el castillo de Torquilstone.

—¿En Torquilstone?! —repitió el príncipe fuera de sí mismo.

—El castillo de Eadric, majestad. Un noble poderoso afín a vuestro

hermano Ricardo —apuntó Fitzurse con cierto reproche.

—Ya veo. De manera que esos malditos sajones leales a mi querido hermano han preparado todo esto. ¿Qué piden a cambio de liberarla? Imagino que querrán que bajemos los impuestos —sonrió Juan mirando a los consejeros.

—Piden ciento cincuenta mil marcos de plata —anunció Sir Brian con rotundidad dejando a todos los reunidos sin capacidad de reacción posible.

Durante un instante ninguno de los consejeros se atrevió a decir nada. Todos ellos esperaban que lo hiciera el príncipe Juan, quien se había quedado clavado en su trono como si se tratara de una estatua. Ni si quiera era capaz de parpadear.

—Se creen muy listos esos malditos sajones —murmuró Juan con una mueca de desagrado e ironía recostándose contra el respaldo de su trono—. El mismo importe que el rescate de mi hermano. Si vos pagáis les faltará tiempo para correr hasta la corte del emperador alemán y depositar la suma ante sus propias narices. Y de ese modo liberar a mi hermano. ¿Y piensan que vais a pagar por vuestra prometida?

El príncipe Juan miró a Sir Brian de Monfort con las cejas formando un arco de expectación a lo que este tuviera que decir. Aunque Juan era consciente de que el normando sería de la misma opinión que él.

Brian de Monfort permaneció callado con la mirada fija en el príncipe mientras deslizaba el nudo de su garganta. Intuía que pensaría de esa manera pero...

—Es mi prometida señor —le recordó con cierta súplica y falta de entendimiento por su parte.

—¿Y qué queréis que haga yo? ¿No se os habrá pasado por la cabeza pagarlo vos mismo con las riquezas que trajisteis de Tierra Santa y las que posteriormente se os concedieron aquí? Si mi hermano regresa a Inglaterra será el final de los privilegios de los que gozáis todos vosotros —El príncipe Juan entrecerró sus ojos dirigiendo una mirada a los allí presentes y en especial a Brian de Monfort porque este cometiera semejante estupidez.

—No puedo quedarme de brazos cruzados. Imaginad lo que pensará lady Aelis si no acudo en su ayuda. Y su familia en Francia.

—Puede pensar que no la amáis.

—Pero, ¿y su familia? —Sir Brian extendió sus brazos en un claro gesto de súplica.

—Os preocupáis demasiado —Juan agitó la mano en el aire delante de él

para restarle importancia a este asunto.

—Si me permitís —Walter Fitzurse intervino—. Creo que su familia no goza de buena estabilidad económica y social en la corte del rey de Francia. Según noticias llegadas hace algunas semanas. Es más, hay quienes aseguran que pronto serán expulsados de la corte. Y que aceptaron vuestra petición de mano para paliar esta situación Sir Brian ¿Lo sabíais? —le comunicó de manera tajante el secretario del príncipe Juan.

—Entendía que este matrimonio era para unir ambas casas y que su situación económica no era muy buena, pero no sabía que fueran a ser expulsados de la corte. ¿Cómo estáis tan seguro? —preguntó el normando temiendo que todo ello fuera una artimaña para evitar que él pagara el rescate.

—Leedlo vos mismo. Supongo que os habrá llegado uno igual a vuestro castillo para informaros —le dijo entregándole un documento—. Es una relación detallada de las familias normandas que pronto abandonarán la corte del rey de Francia. Entre estas está la familia de vuestra futura esposa.

—Vaya, Sir Brian. Parece que la providencia está de vuestra parte. Ya no tenéis que justificar vuestros actos ante vuestra prometida. No tiene dote que otorgaros. De manera que podéis deshaceros de ella sin más. Siempre podéis buscaros otra damisela a la que convertir en vuestra esposa.

Sir Brian se quedó perplejo ante esa suposición que hasta ahora no había considerado.

—Desconocía esta noticia. He pasado fuera de mis castillo bastante tiempo y, seguramente esté con el resto de misivas que he recibido.

—Además, ¿quién os asegura que a estas horas ese tal Hereward no la haya hecho suya? —El príncipe añadió más leña a la hoguera que ya había prendido Fitzurse.

—¿Insinuáis que...? —no pudo concluir su pregunta al contemplar al príncipe asentir de manera lenta pero segura—. El sajón me prometió que ningún hombre la tocaría. Eso también le incluía a él. No tengo por qué dudar de su palabra ya que compartí mucho tiempo con él en Tierra Santa y lo tengo por alguien de honor.

—¿Honor en un sajón, decís? ¿Qué ha secuestrado a vuestra prometida? —Fitzurse pretendía por todos medios desprestigiar a la dama, ya que el sajón se bastaba él solo para hacerlo.

—Escuchadme Sir Brian, tal vez tengáis razón. Si Hereward os dio su palabra, la acataremos como tal. Ahora bien también podríais vengaros de él por la afrenta que os ha hecho a pesar de que acabamos de saber que vuestra

prometida carece de dote para el matrimonio. Algo que también es una ofensa hacia vuestro linaje, Sir Brian —Juan sabía cómo verter las palabras adecuadas para que el normando se pusiera de su lado y se olvidara del rescate.

—El príncipe tiene razón Sir Brian —apuntó Fitzurse—. Tanto la dama como el sajón merecen un escarmiento por lo que os han hecho. ¿No creéis?

—Estoy ansioso por escucharos, mi señor.

Juan sonrió ladino mientras captaba la atención de todos los allí presentes.

—Dentro de una semana se celebrarán las lizas de Ashby-la-Zouche. Como bien sabéis los sajones y los normandos tienen por costumbre dirimir sus diferencias en el palenque. Creo recordar que vos tenéis una cuenta pendiente con Hereward desde el sitio de Acre —le explicó mientras Sir Brian asentía porque sabía lo que iba a comentarle el príncipe.

Este apretó los dientes y cerró las manos en puños hasta que los nudillos palidieron.

—Me humilló en las justas que se celebraban durante las treguas entre Ricardo y Saladino.

—La oportunidad de resarciros de esa derrota está en vuestras manos. Retad a Hereward, el sajón y devolvedle la afrenta sufrida en San Juan de Acre. E incluso me atrevería a decir que podríais quedaros, no solo con sus pertenencias como rige el código de los torneos, sino con Torquilstone. De ese modo ganaréis una de las fortalezas más impresionantes de toda Inglaterra.

De Monfort pareció ir recomponiendo su postura y el color a su semblante.

—Tenéis razón, señor.

—Y en el caso de vuestra prometida, romped el compromiso con ella aludiendo que su familia va a ser desalojada de la corte de Felipe de Francia. Mandad un mensajero a Torquilstone que diga que no pagareis el rescate. Y en cuanto a lady Aelis, explicarle cuál es su situación y que por lo tanto ya no hay compromiso que respetar.

—Pero...

—Vuestra prometida ya no vale nada para vos. Dejádsela los sajones para los que tampoco lo tendrá, si no pagáis el rescate. Y por otra parte, preparaos para derrotar a Hereward en Ashby —Juan sonrió de manera astuta cuando comprendió que Sir Brian no cometería la estupidez de pagar el rescate.

Durante unos minutos nadie de los allí presentes levantó la voz. El príncipe y Fitzurse habían conseguido su propósito que no era otro que poner de su parte a Brian de Monfort. No solo no pagaría el rescate de su prometida, sino que estaba más que dispuesto a romper el compromiso adquirido.

Sir Brian de Monfort asintió en silencio en un primer momento mientras reparaba en la información recibida.

—Regresaré al castillo para transmitir las órdenes de que un mensajero a Torquilstone. Con vuestro permiso, señor —Sir Brian se inclinó en señal de respeto y abandonó el salón del trono mientras el príncipe Juan sonreía con autosuficiencia.

—Sin duda majestad que habéis logrado que esa cabeza hueca sirva a vuestros propósitos. Pero, ¿en serio creéis que lograré derrotar a Hereward en las lizas? —Había un toque de incredulidad o suspicacia en la pregunta de Fitzurse que provocó la sonrisa en el príncipe Juan—. No olvidéis que es uno de los principales valedores de vuestro hermano Ricardo.

—Lo sé, lo sé. Y también que no lograré derrotar al sajón —le confesó crispado por esa realidad.

—¿Y por qué lo enviáis a una misión que sabéis que no logrará cumplir?

—Porque no podía permitir que pagara el rescate de mi hermano. Ese necio estaba dispuesto a darle a los sajones ciento cincuenta mil marcos de plata por su prometida. ¡Cómo si no hubiera mujeres normandas en toda Inglaterra a las que desposar! Por suerte que hemos recibido a tiempo ese listado de con las familias que están en apuros —exclamó Juan levantándose de su asiento haciendo aspavientos con los brazos—. Necesitamos pensar en cómo quitar de en medio a ese sajón. Él es sin duda el cabecilla de esta trama para libertar a mi hermano.

—Pero si no cae en las lizas de Ashby...

—Alguien podría hundir una daga en sus costillas. O tal vez alcanzarlo una flecha perdida. O bien urdir otro plan de ataque. De ese modo nadie sabría de dónde proviene. Pero dejemos tiempo al tiempo —dijo el príncipe abandonando el salón del trono sin decir nada más a su secretario.

La tarde caía cuando Hereward recibió noticias de que un jinete se acercaba a Torquilstone. Miró a Athelstane con inusitado interés y lo acompañó hasta el patio del castillo.

—¿Sabemos de quién se trata?

—No.

—¿No porta una bandera o estandarte que indique si lo envía Brian de Monfort? —Hereward se mostraba ansioso por saber más y de este modo hacerse una idea de a qué atenerse. Se encaramó a las murallas y aguardó a que el jinete estuviera más cerca para intentar averiguar su identidad.

—¿Quién sois y de dónde venís? —preguntó Hereward asomado a las almenas.

—Vengo de parte de Sir Brian de Monfort con un mensaje para entregarlo en mano a Hereward el sajón.

Hubo un momento de duda en el que este intercambió su mirada con Athelstane, quien permanecía a su lado expectante como él.

—¡Abrid las puertas para que entre! —ordenó Hereward antes de iniciar el descenso hacia el patio. ¿Entregarle un mensaje? ¿De Brian de Monfort? Todo parecía indicar que por el momento no habría pago del rescate.

—¿Qué opinas? —Athelstane no se abstuvo de preguntárselo al ver el semblante serio en Hereward una vez que llegó hasta él.

—Ha dicho que no pagará.

—¿Por qué estás tan seguro? Ni si quiera sabes lo que pone en el mensaje.

—Si estuviera dispuesto a recuperar a su prometida vendría él en persona con el rescate. No mandaría a un mensajero con las manos vacías. ¿Tú no lo harías por tu futura esposa y señora de tu casa? —Hereward miró a su amigo con una expresión de sorpresa antes de volver su atención al mensajero —. ¿Esperáis respuesta?

—Tan solo debo entregaros. Y después de lo que leáis tengo orden de enseñaros algo —respondió el mensajero cuando estuvo junto a él.

Hereward apretó los labios y asintió mientras recibía el mensaje. Venía cerrado con el lacre donde se distinguía el escudo de armas de Sir Brian de Monfort. Todo aquello no le daba buenas esperanzas a Hereward. Centró su atención en el contenido del documento, aunque ya sabía lo que contendría si quiera antes de que lo leyera. Como cabía esperar el normando dejaba claro que no iba a pagar ningún rescate por lady Aelis. Pero lo que más captó su atención fueron sus últimas palabras manuscritas. Este aseguraba que no iba a hacerlo una vez conocida la situación de la familia de lady Aelis en la corte de Francia. Para atestiguar sus palabras enviaba el documento que había recibido desde la corte francesa días antes y al que no había prestado atención. Hereward levantó su atención hacia el mensajero quien asintió y le entregó

otro documento; esta vez enrollado y atado con una cinta.

—Se os permite verlo y leerlo para que comprobéis que es cierto lo que mi señor declara. Pero no podéis quedároslo. El documento llegó hace algunos días, pero dado que mi señor se encontraba fuera en misión para el príncipe Juan, no ha tenido constancia de este hasta ayer mismo. Por eso os lo presento como prueba de que es cierto.

Hereward hacía oídos sordos a la explicación del mensajero. Estaba absorto leyendo el documento entregado por este. El contenido del documento advertía a Brian de Monfort de la situación económica y social de la familia de lady Aelis. Iba a ser alejada de la corte. Aquello era sin duda todo un contratiempo que Hereward no había previsto y que daba un vuelco a la situación. Se quedó en silencio mientras entregaba el mensaje a Athelstane para que él mismo fuera testigo de ello. Él por su parte leía el documento sin capacidad de reacción. No hizo falta que este le preguntara a su amigo. Lo percibió en su semblante.

—¿Tenéis alguna pregunta o necesitáis alguna aclaración?

Hereward escuchó resoplar Athelstane mientras enrollaba el pergamino entregándosele se vuelta al mensajero.

—No. Podéis regresar con vuestro señor.

—Bien.

Durante un largo momento Hereward permaneció inmóvil y en silencio con la carta del normando en su mano. Todo parecía estar muy claro. Y no creía que la situación pudiera revertirse después de esa noticia. Pero, ¿cómo se lo tomaría Aelis cuando lo supiera? Ese era el punto que más le preocupaba a él en ese instante.

—¿Y ahora, qué piensas hacer?

—Esto era algo con lo que contaba. Que no pagara el rescate o que incluso negociara su pago lo esperaba porque estaba convencido que Juan le aconsejaría no hacerlo para evitar la vuelta de su hermano Ricardo. Pero que la familia de ella estuviera a punto de ser despojada de la corte... — Hereward sacudió la cabeza sin dar crédito a esta información. Ello significaba que tampoco podría solicitar el rescate al padre de Aelis, como había llegado a pensar en cierta ocasión.

—Es un serio contratiempo ya que según esto, la dama normanda carece de valor.

—Lo sé —maldijo entre dientes arrugando la carta del normando entre sus manos.

—¿Se lo dirás?

—Por supuesto —le respondió volviendo su mirada hacia el patio del castillo donde la figura esbelta de ella aparecía en ese momento. Hereward sintió que las fuerzas parecían abandonarle y que por primera vez en su vida no sentía el valor de enfrentarse a la verdad. Aquella mujer le imponía respeto. Se había dejado llevar por su obsesión por liberar a Ricardo, poniendo en un apuro a aquella inocente mujer. La charla de la otra noche en las almenas había supuesto para él un punto y aparte. La apreciaba, la respetaba pero ahora mismo se maldecía por necio. Porque haberla llevado a Torquilstone para darle un escarmiento al normando y al principie Juan, se había vuelto contra él. Y la única persona que iba a sentirlo era precisamente la que menos culpa tenía, se dijo con los dientes apretados por la furia que sentía en ese momento.

La contempló dirigirse hacia ellos con una mirada de expectación. Sus ojos parecían más brillantes debido, sin duda, a los nervios por querer saber qué era lo que había llevado el mensajero. Sus cabellos ondeaban libres como las llamas de una hoguera. Se sujetaba el vestido entre sus manos para no pisarlo y caer mientras caminaba con celeridad. Detrás, apareció su dama. Ambas estaban agitadas pero Hereward apostaba que cuando conocieran la situación real, todo se complicaría más. Lo que más le inquietaba era la reacción de ella, ya que tampoco él sabía cómo enfrentarse a esta.

Hereward aguardó a que ella se acercara más y se encontró con la mirada refulgente y llena de expectación de ella. Su respiración era agitada bajo el vestido y por sus labios entre abiertos escapa una cadencia de suspiros. El cabello le caía libre por los hombros, enmarcando su rostro de una manera salvaje y genuina que él no había percibido hasta ese instante. El deseo por rodearla con su brazo y atraerla hacia él para robarle el aliento asaltó a Hereward en ese momento. Y entonces pensó en aquella locura de días atrás cuando su padre hizo referencia a sus intereses ocultos hacia ella.

—He escuchado que ha llegado un mensajero —dijo con la mirada entornada hacia él.

Lady Aelis sentía la sangre correrle por las venas de una manera frenética mientras el corazón le martilleaba en las costillas como si fuera a quebrárselas.

Hereward lanzó una mirada a Athelstane para que los dejaran a solas. De manera lenta los hombres regresaron a sus puestos. Lady Loana vio acercarse al sajón, quien la invitó a seguirlo.

—Lady Loana, seguidme.

—Pero... —balbuceaba esta mientras Athelstane la sujetaba del codo con una mezcla de firmeza y cuidado para no hacerle daño. La miró a los ojos y asintió. Lady Loana no dijo nada más cuando percibió la mirada del sajón y cómo esta le transmitía seguridad.

—Descuidad, vuestra señora está en buenas manos. Es mejor que sean ellos dos los que traten este asunto. Hacedme caso. Lady Aelis puede contaros después lo que ellos dos hablen. Ahora seguidme dentro —le pidió extendiendo su brazo hacia el salón mientras lady Loana lanzaba una última mirada a su señora y a Hereward.

Este contemplaba a lady Aelis en silencio. Sin saber por dónde empezar. Si era buena idea decírselo sin más preámbulos o bien tratar de ir poco a poco. Pero la duda quedó resuelta por parte de ella.

—¿Son noticias que me atañen?

Ella dio un paso al frente sin preocuparse de nada más. De que el vestido le arrastrara por el suelo del patio del castillo ensuciándose con el polvo. Ni del ligero viento que acababa de levantarse y sacudía su cabello despejándole el rostro libre para que él pudiera contemplarla en toda su belleza. Lo vio dudar, temblar tal vez. Estaba nervioso. Inseguro de sí mismo. ¿Qué decía aquel mensaje?

—Sí, así es.

—¿Somos libres, lady Loana y yo?

La angustia se reflejaba en su rostro, en cada una de sus palabras y en el gesto involuntario de posar sus manos sobre los antebrazos de Hereward. Le sostuvo la mirada durante unos segundos que parecieron eternos. Y en los que su esperanza de verse libre agonizaba.

Hereward inspiró hondo y sacudió la cabeza de manera leve. En un principio el semblante de lady Aelis mostró perplejidad por aquel gesto. Y poco a poco fue consciente de lo que ello representaba. No apartó sus manos de él ni un solo instante, sino que permaneció aferrada a este por temor a caerse de un momento a otro.

—Brian de Monfort no pagará el rescate —le confesó con un tono pausado y algo frío que heló la sangre de Aelis. Esta bajó la mirada hasta el suelo donde la mantuvo unos instantes en los que parecía hacerse cargo de la situación—. Lamento ser...

—¿Lamentáis? ¿Cómo podéis decir algo así? —Lady Aelis pareció recuperar su genio levantando su mirada hacia Hereward. Había odio y

frialdad en esta—. Le exigisteis un precio elevado por las dos. Un precio que...

—No se trata de la cantidad, mi señora. Hay algo que deberíais saber — le aclaró Hereward encarándose con ella por primera vez desde que estaba en Torquilstone.

—¿Qué más he de saber?

Aelis adoptó un tono de precaución porque temía que él fuera a confesarle algo peor todavía. Por un momento creyó que su pulso se detenía y que el corazón dejaría de latir ante tal incertidumbre.

—Ha roto el compromiso con vos porque al parecer vuestra familia no goza de una buena posición en la corte de Francia. Carecéis de dote, Aelis.

Ella se quedó paralizada al escuchar aquella noticias. Abrió la boca para decir algo y se limitó a sacudir la cabeza sin dar crédito a aquella afirmación.

—¡Mentís! —exclamó con toda su alma al saberse herida y humillada de aquella manera.

Ella se separó cuando percibió la mirada de él: llena de incredulidad y preocupación. Lo vio coger aire por la boca y sacudir la cabeza mientras no sabía si sentía rabia por lo que había sucedido o lástima por el destino de ella. Aelis no tenía la culpa de aquel desenlace para ambos. Algo que ninguno de los dos podía haber previsto.

Hereward le entregó el documento a ella para que lo leyera.

—Leedlo vos misma. Esta es la carta de Brian de Monfort. Ya no se trata de una suma de dinero. Se trata de vos y de vuestra familia —Hereward se detuvo en sus explicaciones cuando ella cogió el documento y bajó su mirada a este. Y supo que había llegado a la parte más dolorosa cuando percibió el brillo en su mirada y el sollozo ahogado en su garganta—. Athelstane y yo mismo hemos visto el documento al que Brian de Monfort se refiere. Su mensajero nos lo ha mostrado.

Lady Aelis levantó la mirada del mensaje que se deslizó entre sus dedos como una pluma hasta aterrizar en el suelo del patio del castillo. Tuvo la impresión de que el corazón se le había parado en ese preciso instante. Pero por algún extraño motivo, ella no se desmayaba y caía muerta. No. Seguía de pie contemplando al sajón entre el velo de las lágrimas y el dolor en su pecho. Era cierto. No le había mentado.

—Siento que os hayáis enterado de esta manera. No era mi intención que...

—¿No ibais a dejármelo leer? —Lady Aelis consiguió reunir el orgullo y

la valentía suficiente como para volverse a encarar con él—. ¿Por qué?

—Porque sabía que os haría daño.

—Desconocía que os preocuparais por mí. ¿Qué sabéis vos lo que a estas alturas me hacer daño?

—Sir Brian de Monfort no pagará el rescate.

—Eso ya me ha quedado claro —murmuró dejando su mirada perdida en el vacío sin poder pensar en nada coherente en ese momento. ¿Qué iba a hacer ahora? Pero, ¿y su familia?—. Este matrimonio era para engrandecer el honor y el nombre de mi familia, así como el patrimonio. ¿Qué voy a hacer ahora?

Hereward siempre había considerado la opción de que el normando no accediera a pagar el rescate entero porque supondría liberar a Ricardo. Lo que no esperaba era el duro golpe que había supuesto para Aelis enterarse de la situación familiar en Francia. Desconocía que ese matrimonio era con el fin de sanear las arcas de la familia, ya de por sí dañadas.

Vio a lady Aelis volverse hacia él con el rostro surcado por las lágrimas que había derramado. Levantó el mentón con orgullo y se dirigió a él.

—Supongo que ya no os intereso. Y mi familia al parecer tampoco dispone de recursos para liberarme, si en alguna ocasión pensasteis pedírselo.

Hereward no pudo evitar sentir cierta lástima por ella, porque su vida hubiera dado ese vuelco inesperado, y del que él fuera parte responsable. Apretó los labios sin saber qué decirle a pesar de que había considerado aquella posibilidad: que ella quedará en sus manos, después de todo.

—Siento ser parte de vuestro desafortunado destino, lady Aelis.

Ella esbozó una sonrisa irónica ante este comentario.

—¿Qué puede importarme a mí que lo sintáis? ¡Maldigo al destino por haberos puesto en mi camino aquella aciaga noche! Si no hubieseis aparecido en aquel bosque, mi vida sería ahora...

Ella se había abalanzado hacia él y comenzado a golpearlo con sus puños en un intento por descargar toda la rabia y la impotencia que sentía en su interior. Apretaba los dientes con furia mientras sus cabellos ondeaban libres sobre su rostro encendido por el momento.

En ningún momento Hereward la contuvo porque ella tenía parte de razón. Él era parte de su desdicha, aunque tal vez ella debiera agradecerse.

—Ibais a casaros con un hombre que no siente nada por vos. Os ha dejado en cuanto ha sabido de la situación económica de vuestra familia. ¿En verdad os merecía la pena un matrimonio así?

Aquella conclusión pareció encender más los ánimos de Aelis que

entrecerró sus ojos y apretó sus labios maldiciendo a aquel sajón en sus pensamientos una y otra vez. Pero no sabía si lo maldecía porque tenía razón en lo que le decía, o por descubrir que Brian de Monfort no sentía ningún aprecio por ella

—Si vos...

—No me echéis toda la culpa a mí, lady Aelis. Brian de Monfort ha aprovechado la primera oportunidad que ha tenido para romper el compromiso, vos misma acabáis de leerlo. ¿Queréis que os diga lo que hará y dirá de vos? —Hereward la sujetó por los brazos mirándola de manera fija a los ojos que brillaban como piedras preciosas por el efecto de las lágrimas que ella estaba reteniendo—. Se buscará a otra dama con una posición social más elevada que la vuestra. Con una dote digna de una reina. Y cuando os vea, os mirará de los pies a la cabeza con superioridad. Dirá de vos que erais una advenediza que buscó aprovecharse de él. Eso será lo más delicado que escucharéis. No me hagáis deciros los comentarios que circularán sobre vuestra estancia aquí en Torquilstone.

—¡Callad! —le pidió ella entre la súplica y el dolor que sentía mientras se agitaba entre los brazos de él.

Hereward se detuvo cuando ella quedó atrapada entre sus propios brazos presa de la agitación que experimentaba. Su cuerpo pequeño y delgado se acopló al de él con total naturalidad mientras ella continuaba sollozando contra su pecho. En un gesto que ninguno de los dos esperaba, Hereward la estrechó con más calma y delicadeza contra él, haciendo que ella sintiera que su cuerpo entraba en calor y que su angustia parecía remitir. Le acarició el cabello con una mano en su intento por calmarla.

Aelis sintió la mano de él deslizarse bajo su mentón instándola a elevar su mirada para fijarla en la suya. Ella percibió la comprensión en la de él. Y la leve caricia de su pulgar en su mentón borrando sus lágrimas haciendo que ella se tranquilizara poco a poco.

Hereward acercó su mano al rostro de ella y cubrió su mejilla con lentitud y cierto recelo a la reacción de ella. Pero para su sorpresa, Aelis no la rechazó por extraño que pareciera. Se mantuvo en el lugar en el que estaba, entre los brazos de él. Quieta sin intención de moverse. Inspiró hondo tratando de relajarse y dejar la congoja que todo aquello le estaba produciendo.

—¿Queréis marcharos de Torquilstone? —le preguntó Hereward cuando percibió un atisbo de expectación en los ojos de ella—. Yo por mi parte... no pienso echaros solo porque no vaya a cobrar vuestro rescate. Podéis quedaros

el tiempo que gustéis.

Aelis parpadeó en repetidas ocasiones antes de fijar su atención en él. ¿Qué estaba diciendo? ¿Podían quedarse allí de manera indefinida? ¿Por qué?

—Ya no tenemos ningún valor para vos.

Hereward sonrió de forma tímida.

—Yo no estaría tan seguro, Aelis —El aliento de él le acarició los labios de manera lenta, suave y reveladora.

—¿A qué os referís? —Aelis arqueó una ceja dejando clara su suspicacia. No iba a dejar que aquel maldito sajón se aprovechara de la situación. No. Por ese motivo intentó alejarse de él y al instante sintió como los brazos que la retenían se aflojaban para dejarla libre. Sin embargo, en el último momento ella no lo hizo y se quedó esperando a que él se explicara.

—Hace tiempo que perdí todo el interés en el rescate.

—¿Y qué valor puedo tener yo para vos? Una normanda sin dote alguna para pagaros por mi libertad.

Hereward cerró su mente a cualquier pensamiento erróneo que tuviera a Aelis como objetivo.

—No digáis eso.

—Es la verdad —Aelis se mostraba dolida y confusa.

—Sois una mujer hermosa a la que su anterior pretendiente no ha sabido valorar. Se ha dejado llevar por el egoísmo del dinero y de la posición social. Estáis a tiempo de recuperar vuestra vida.

Aelis sentía el calor invadirla, el sosiego que la presencia tan cercana de él le estaba produciendo. ¿Qué estaba sucediendo entre ellos? Por un momento ella pareció reaccionar y comprender lo que estaba sucediendo. Además, él tenía razón. Durante semanas había considerado la opción de escapar y evitar su matrimonio. Ahora ese momento había llegado. Había recuperado su vida.

—¿Quién después de esto estará dispuesto a desposarme? —le preguntó con un toque de recelo y unas sonrisa cargada de sarcasmo—. Sabéis tan bien como yo que no dispongo de recursos económicos, más bien mi familia que había puesto sus expectativas en mi matrimonio.

—Un hombre que sepa valoraros y que podría llegar a amaros de verdad. Alguien a quien no le importe el dinero, ni la posición social que podáis ofrecerle. Sino vos.

—No creo que haya un solo hombre en toda Francia que se preste a ello —hubo un momento de silencio en el que Aelis entrecerró sus ojos. Los nervios le apretaron el estómago cuando percibió la mirada fija de él.

—¿Por qué debería estar Francia ese hombre? ¿Y si estuviera cerca de vos? —Hereward susurró aquellas últimas palabras inclinándose sobre los labios de ella para rozarlos con delicadeza y con lentitud esperando a que ella aceptara su beso. Fueron unos segundos de tanteo en los que Aelis, tuvo la sensación de parecía haberse fundido con el calor del beso de él. Cerró los ojos olvidándose de todo, excepto de aquella sensación que la reconfortaba. Los brazos de Hereward la estrecharon con más determinación al mismo tiempo que profundizaba el beso.

Aelis se sintió invadida por la impetuosidad de él y abrió los ojos como si hubiera despertado del letargo en el que él la había sumido. Protestó y se apartó empujando a Hereward antes de que su mano volara rauda hacia el rostro de este. Lo abofeteó con furia sintiendo la sangre hervirle en las venas y subírsele a la cabeza. Lo miró con rabia y con frialdad en un intento por disfrazar las breves pero desconocidas sensaciones que su beso le habían dejado. No quería mostrarse vulnerable ante él, sino ofendida por permitirle aquella licencia.

—¿Cómo os habéis atrevido? ¿Acaso habéis pensado que podéis aprovecharos de mí porque ya no exista un compromiso anterior? ¿Pensáis que soy vulnerable por haber sido rechazada por otro hombre? ¿O tal vez pensáis que voy a entregarme a vos porque os estáis mostrando atento conmigo en este momento? Os recuerdo que todo esto es por vuestra culpa, sajón —Aelis sacudió la cabeza sin poder creer que hubiera sucedido. Que ella le hubiera permitido besarla.

—No era mi intención aprovecharme de vuestra situación —le aclaró él de inmediato para no quedar ante ella como la clase de hombre que no era.

—¿Vais por ahí besando a todas las mujeres que pierden un compromiso para desposarse? ¿O se trata de que ya no me consideráis una dama porque ya no tengo dote?

—Pues claro que no. Aelis, yo...

—¡Manteneos alejada de mí, sajón! —la forma en la que se dirigió a él hicieron que Hereward se detuviera y no la rozara si quiera—. Mañana mismo partiré si no tenéis nada más que decirme al respecto de mi situación aquí —le aclaró elevando el mentón para desafiarlo a que se los dijera.

—No creo que sea una buena opción.

—¿Ah no? Entiendo, pensáis que quedándome en este castillo vos podréis seducirme cuantas veces os plazca. ¡No soy una de vuestras sirvientas que puedan calentaros la cama! —le espetó señalándolo con un dedo como si

lo amenazara.

—No pretendo ni mucho menos eso. Nunca lo he pretendido con vos, ni con ninguna otra mujer.

—Ahora mismo haríais o diríais cualquier cosa para hacerme cambiar de opinión y aprovecharos de mi debilidad en estos momentos —le espetó dándose la vuelta para regresar a sus aposentos, pero antes si quiera de que ella diera tres pasos, sintió la mano de él cerrarse en torno a su muñeca. La calidez de la caricia ascendiendo por su brazo y obligándola a detenerse de golpe sin ni siquiera querer soltarse. Solo pudo respirar hondo y cerrar los ojos antes de que él la volviera para quedar de frente.

—No os marchéis de ese modo. No es justo que me acuséis de algo que no tengo intención de hacer.

—¡Sois un sajón! Eso no podéis negármelo.

—Sí. Lo soy. Y me siento orgulloso de serlo y de pertenecer a esta tierra.

—Un bárbaro que rapta a las prometidas de otros en mitad de noche. Alguien como vos solo piensa en la guerra, en emborracharse y el violar mujeres —le espetó furiosa todavía por haberse dejado besar. Pero con un calor en el alma que no se había pasado y que la reconfortaba.

—Esa es la imagen que todavía tienen de nosotros algunos normandos.

—¿Acaso no es esa? Me raptasteis contra mi voluntad para lograr el rescate para vuestro querido rey Ricardo.

—Eso también es cierto.

—Acabáis de besarme.

—Cierto. Pero no creo que lo haya hecho como un bárbaro, como habéis dicho. Y tengo la ligera impresión de que no ha sido contra vuestra voluntad —precisó él con la mirada entornada hacia ella para contemplar como su rostro se encendía—. Y podéis quedaros tranquila ya que no tengo la intención de violaros, Aelis. Y en cuanto a beber, no bebo más que cualquier normando —le explicó esbozando una sonrisa que consiguió volver a encender los ánimos de ella.

—¡Haríais o diríais cualquier cosa para contradecirme!

—En ese caso, quedaos en Torquilstone el tiempo necesario para que vos misma comprobéis que todo lo que habéis dicho no tiene nada que ver con la realidad —Hereward la había soltado y ahora cruzaba sus brazos sobre el pecho observándola con una mezcla de curiosidad y anhelo. Necesitaba que se quedara con él porque estaba seguro que no conocería a una mujer como ella —. Podréis marcharos cuando queráis, Aelis. No os detendré en Torquilstone.

Sois libre.

A ella le provocó una ola de calor escuchar su nombre en su boca por el acento fuerte con el que lo pronunciaba. Quería rechazar su oferta de estancia en Torquilstone. Alejarse de allí, pero ¿dónde iría? No conocía a nadie en aquella tierra. Y regresar a casa no era una buena opción después de todo. Una parte de ella sentía curiosidad por él. Había percibido desde el primer momento en el que llegó al castillo que nada era como le habían contado. Los sajones tenían sus costumbres, que en algunos casos diferían de las de los normandos, pero en general ambos pueblos compartían el mismo decoro y hospitalidad por los recién llegados. Por otro lado, él no la estaba echando de su lado, lo cual no dejó de sorprenderla. Por un instante pensó que ahora que carecía de valor para él, este no vacilaría en arrojarlas a lady Loana y a ella fuera de las murallas de Torquilstone. Sin embargo, le estaba ofreciendo todo lo contrario. ¿Qué clase de hombre era aquel sajón? ¿Y por qué había una parte de ella que quería saber si lo que decía era cierto?

—Prometo pensarlo antes de tomar una decisión.

Hereward asintió.

—La acataré sea cual sea.

—Pero si se os ocurre ponerme una mano encima, o volverme a besar, os juro que os quedarán pocas ganas de volverlo a hacer —le aconsejó encarándose con él sin importarle los cerca que estuvieran, porque sabía que él la respetaría. Sí. Lo haría porque pese a ser un sajón, sabía como tratar a la gente, y a las mujeres.

—Quedaos tranquila, lady Aelis. Ahora, si me permitís, os acompañaré a vuestros aposentos —Hereward se inclinó con respeto ante ella. Se mantendría alejado todo lo posible aunque le resultara una especie de castigo. Pero debía reconocer que el beso había merecido la pena. La había sentido tímida en un principio, sorprendida por aquella impetuosa reacción suya. Pero poco a poco se fue entregando hasta convertir el beso en algo más apasionado. Ella podría decir lo que quisiera pero lo que él había experimentado no podía negarlo.

Aelis se dijo que debía mostrarse fría ante él o acabaría por sucumbir a su deseo. El beso la había sorprendido y aunque en un principio quiso rechazarlo, no encontró las fuerzas para hacerlo. Tal vez se debió a las pocas que tenía después de conocer cual era su situación ahora. Y cuando por fin se dio cuenta de lo que estaba haciendo se apartó de él sintiendo los labios hinchados, y el sabor a hidromiel en estos. Pero su reacción no se hizo

esperar. Lo abofeteó como creía que se lo merecía por su atrevimiento, a pesar de que en su interior todavía permanecía la calidez del beso. No quería reconocerlo, pero él era peligroso para una mujer porque podría hacerla perder la compostura. Era un sajón, un guerrero. Pero no era tan fiero como lo pintaban, pensó dirigiéndose a sus aposentos.

—No hace falta que me acompañéis hasta la misma puerta —le dijo volviendo el rostro hacia él.

Hereward caminaba con las manos a la espalda y la mirada fija en el suelo en un claro gesto de concentración.

—Está de camino a la mía. No es ninguna molestia. Recordad que tenéis completa libertad para moveros por el castillo, no hace falta que os lo repita. Y de paso, me agradecería que alguna vez lady Loana y vos misma, nos acompañaseis en la mesa.

—Lo tendré en cuenta. Ahora si me disculpáis me gustaría retirarme a descansar. La noche ha sido... muy ajetreada.

—Claro. Como gustéis, Aelis —Hereward volvió a inclinarse con respeto antes de verla desaparecer tras la puerta de su habitación, y él quedarse allí preguntándose si había cometido una locura mayor con ella, que llevándola allí y exigir un rescate. Un rescate que en parte agradecía que no fuera a pagarse, pensó con una tímida sonrisa.

## CAPÍTULO 7

Aelis apoyó la frente sobre la puerta y cerró sus ojos sin saber si lo hacía para que los recuerdos de hacía un momento, cuando él la besó inundaran su mente como un río desbordado; o bien el motivo era que no quería pensar en ello ahora. Sea cual fuere el motivo de su reacción, permaneció así durante unos segundos en los que trató de recuperar el aliento y la cordura, aunque creía que esta última ya no era necesaria.

—¿Os encontráis bien, mi señora?

Aelis abrió los ojos de repente y dio un respingo cuando escuchó la voz de lady Loana a su espalda. Por un momento se había olvidado de ella, más pendiente de su particular búsqueda de una explicación lógica que justificara lo sucedido con el sajón. Aelis se volvió de manera lenta hacia su dama de compañía, quien permanecía de pie en mitad de la habitación con un gesto de nerviosismo.

—Está siendo una noche larga y... llena de sobresaltos, Loana —le confesó tomando aire y retorciéndose las manos.

—¿Qué ha sucedido con el mensajero? Athelstane me ha asegurado que... —Lady Loana entornó la mirada y susurró sus últimas palabras como si temiera decir algo que no debería.

Aelis sonrió de manera irónica.

—No tenemos nada mi querida Loana. Brian de Monfort, el que fuera mi prometido —comenzó contando Aelis observando el semblante de sorpresa que mostraba su dama de compañía al escucharla decir aquello—. Sí, ya sé lo que he dicho. Brian de Monfort no pagará nuestro rescate.

—¿Por qué? —Lady Loana corrió junto a su señora para coger sus manos entre las suyas. La contempló sin saber qué más poder decirle, porque en verdad que aquella noticia le había dejado sin capacidad de reacción.

—Porque va a buscarse a otra dama que pueda sustituirme ahora que ya no tengo dote y mi familia va a ser apartada de la corte francesa.

La voz de Aelis sonó firme y decidida

Lady Loana no pudo pronunciar una sola palabra más puesto que aquella revelación superaba al hecho de que De Monfort no estuviera dispuesto a pagar el rescate. Athelstane no se lo había contado, más preocupado por hacer que el tiempo pasara rápido para lady Loana, y sin que le diera vueltas en su cabeza a aquella situación.

—Así lo deja claro en la misiva que ha traído su mensajero —le

comunicó con una sonrisa llena de tristeza porque un hombre pudiera cambiar a una mujer por otra de igual manera que si se tratara de un caballo—. Rompe el compromiso por cuestiones sociales.

—Pero entonces... ¿qué va a ser de nosotras? ¿Nos dejará libres el sajón? ¿Dónde iremos?

Aelis contempló a lady Loana sopesando si debería contarle lo sucedido con Hereward momentos después de conocer este fatal desenlace. Se apartó de ella caminando hacia el gran ventanal por el que en ese mismo instante se filtraba la luz de la luna trazando su camino por el suelo de la alcoba hasta la puerta. La tenue luz de las velas diseminadas por esta dotaba aquel momento de cierta calidez.

—Hereward me ha pedido que nos quedemos —le comentó si volverse todavía hacia ella, sino que Aelis prefería contemplar el cielo estrellado y a luna en mitad de este. No quería que su dama notara el sonrojo que invadía su rostro, o el brillo de su mirada si pensaba en él.

—¿Por qué? Se supone que ya no tenemos ningún valor para él si nadie va a pagar el precio de nuestro rescate —lady Loana se quedó callada cuando se dio cuenta de lo que acabada de decir. Se le hacía complicada la nueva situación.

Aelis se volvió hacia su dama con el rostro encendido todavía por el recuerdo del beso compartido. Lady Loana entrecerró sus ojos y sacudió la cabeza cuando una disparatada idea se le pasó por la mente. Abrió la boca y los ojos al mismo tiempo para dejar constancia de su sorpresa.

—¿Qué le habéis contestado?

Aelis inspiró hondo.

—Le he respondido que lo pensaría.

Lady Loana llevaba días atando cabos sobre diversas situaciones que se habían producido entre ambos, y que habían empezado a tener forma cuando estuvo charlando de manera relajada con Athelstane. Ella había logrado averiguar que el señor de este, Hereward, parecía bastante interesado en lady Aelis. Athelstane le había comentado que este le pediría a su señora que se quedaran en Torquilstone aunque no recibiera el dinero del rescate. Este hecho le había sorprendido en un inicio porque no podía tomarlo en serio.

—Supongo que es lo mejor después de lo sucedido. ¿Dónde pensáis regresar? ¿A vuestra casa en Francia?

—Me besó —le confesó sin previo aviso a su dama la cual no pareció sorprendida después de todo. No parecía que la hubiera escuchado en un

principio pero cuando Aelis contempló el cambio en el semblante de Loana, no le quedaron dudas.

—¿Os besó? ¿El sajón? Pero, ¿y vos? ¿Se lo consentisteis?

Aelis percibió la duda en la mirada entornada de lady Loana.

—No... no... claro. Pero él se aprovechó de que yo... —Aelis balbuceaba sin saber qué decir con exactitud. Había percibido su deseo por besarla, eso era cierto. Y no había hecho nada por abandonarlo en el patio y regresar junto a lady Loana—. De repente me sentí hundida tras conocer las noticias. Hereward se mostró comprensivo conmigo y a pesar de que lo culpé de todos mis infortunios desde que él se cruzó en mi camino... —Aelis cogió aire antes de proseguir su narración. Sacudió la cabeza y entrecerró su mirada—. No me aparté de él. Era como si mi voluntad y mis ganas de luchar me hubieran abandonado de repente. Dejé que me estrechara entre sus brazos y que me besara, Loana. Solo cuando fui consciente de lo que estaba haciendo me aparté y lo abofeteé con rabia y con dolor.

Lady Loana sonrió.

—Esa rabia no iba dirigida a él por su atrevimiento, mi señora. Volcasteis vuestra rabia y desesperación en el sajón al sentirnos rechazada y humillada por el normando.

—Tal vez lo hiciera. Pero no debí permitirle que se acercara a mí —murmuró con la mirada perdida en el vacío, el recuerdo de la mezcla de fuerza y delicadeza de Hereward estrechándola contra él y la determinación de su boca al apoderarse de la suya.

—¿Qué pretendéis hacer, mi señora? ¿Quedaros aquí con él? ¿Por él?

—No tenemos donde ir salvo regresar a casa. Pero tampoco creo que sea lo más acertado después de saber en qué situación se encuentra mi familia. Mi padre tenía puestas las esperanzas en mi matrimonio con el normando y todo se ha venido abajo —explicó con rabia cerrando sus manos en puños, que ahora apretaba contra los costados. Su mirada volvió a convertirse en una capa de frío hielo, que lady Loana no pasó por alto.

—Pero, quedarnos aquí entre sajones... —Lady Loana vacilaba porque no lo veía nada claro—. Si llegara a oídos de vuestro padre...

—¿Qué creéis que hará cuando sepa que mi prometido no solo no pagó nuestro rescate a estos, sino que se aseguró de romper el compromiso adquirido por la situación que atravesamos?

—Eso es cierto.

—Al menos desde que llegamos aquí, he encontrado entre los sajones

mayor lealtad y mejor trato que entre los míos. ¡Y no lo digo expresamente por lo sucedido esta noche con Hereward! —se apresuró a dejar claro antes de que lady Loana pudiera decir algo en su contra—. Es cierto que fuimos raptadas por estos, pero en ningún momento han dado muestras de propasarse ni de vejarnos. Tal vez los comentarios que hemos escuchado acerca de estos no sean del todo ciertos.

—Eso significa que habéis pensado en quedarnos.

Aelis inspiró hondo mirando a su dama.

—Creo que es lo mejor para nosotras dos, por ahora. Tal vez con el paso de los días cambie de opinión pero, ahora mismo es lo que nos conviene. Al menos aquí estamos a salvo. Y Hereward me ha prometido que no interferirá en mi decisión. Podremos marcharnos cuando queramos —le aseguró relajando los hombros y curvando sus labios en una débil sonrisa

—Si es lo que vos queréis, estaré a vuestro lado en todo momento. Es cierto que no he recibido nada que no sea amabilidad por parte de los sajones. Luego, tampoco creo que sea contraproducente quedarnos por algún tiempo. Pero, ¿vos estáis bien, mi señora?

Aelis percibió la mirada de preocupación de lady Loana. Sin duda que todo lo que acababa de contarle la había sumido en cierta desesperación y temor.

—Cuando me lo preguntasteis al entrar no supe que responderos. Sentía una mezcla de rabia por haber sido humillada por Brian de Monfort. Pero también cierto alivio al haberme librado de él puesto que no me agradó su presencia cuando lo conocí en persona en el patio del castillo. No es el tipo de hombre que desearía tener a mi lado, Loana.

—¿Y ahora que han pasado las horas y os habéis desahogado?

—Ahora mismo no sabría qué responderte salvo que me encuentro confusa por los últimos momentos vividos.

—¿Os referís a lo sucedido con Hereward, el sajón? —Lady Loana entornó la mirada hacia su señora con inusitada curiosidad. O mucho se equivocaba o su señora había descubierto que en verdad por quién podría a llegar a sentir algo no era por un caballero normando, sino por un aguerrido sajón.

—Me refería al conjunto de situaciones vividas. Pero no me hagas mucho caso a estas horas Loana. Tal vez se trate del cansancio que siento y mañana cuando despierte vea la situación de otra manera. Y decida que lo mejor es marcharnos.

Lady Loana se quedó mirando a su señora con gesto taciturno. Sin duda que los últimos acontecimientos vividos la habían turbado. Tal vez por la mañana viera la situación de otra manera, pero ella estaba segura de que el beso de esa noche, no iba a permitirle descansar del todo.

Hereward daba vueltas por el amplio salón del castillo con el semblante taciturno. Lo sucedido la noche anterior lo había mantenido despierto hasta bien entrada la madrugada. No había podido conciliar el sueño después de haberla tenido a ella entre sus brazos mientras lloraba con una mezcla de rabia y de dolor. No creía que pudiera olvidar ese momento. ¿En qué diablos pensó para cometer semejante locura? ¿Es que creía que la solución a esta situación pasaba por besarla? ¿Por invitarla a quedarse en Torquilstone? Iba tan absorto en sus pensamientos que no se percató de la presencia de su padre, observándolo con el ceño fruncido desde el umbral de la puerta.

—Ya me he enterado de la noticia —le comentó Eadric.

—Entonces ya sabes lo sucedido con Brian de Monfort.

Eadric apretó los labios y asintió.

—Sabías que llegado el caso el normando no soltaría una sola pieza de plata por una mujer, a la que puede sustituir por otra de mayor alcurnia en cualquier momento.

—Lo ha hecho al saber que la familia de ella va a ser expulsada de la corte francesa por problemas económicos —aclaró Hereward enfurecido por este hecho y con las manos cerradas en puños cuyos nudillos palidecían.

—¿Y qué puede importarnos ahora? La cuestión es que tienes a dos damas normandas en Torquilstone y las manos vacías de dinero.

—¿Cómo marcha la recaudación entre los nobles sajones? ¿Y los judíos? ¿Hemos tenido alguna noticia de estos? —Hereward prefirió cambiar de tema y centrarse en el verdadero asunto: el rescate del rey Ricardo.

—La situación es algo complicada. Juan sabe muy bien cómo conseguir minar la esperanza de los sajones. Y los judíos todavía no han dado señales. Pero si yo fuera tú... —Eadric sacudió la cabeza con pesar—. ¿Sigues pensando en esa locura tuya de salvar a Ricardo?

—El rey debe volver a ocupar su lugar. Seguiré hasta conseguirlo sin importarme el tiempo que necesite en reunir esa cantidad.

—Mira dónde te ha conducido tu testarudez —exclamó señalando a su hijo como si lo hiciera culpable de todo—. ¿Qué vas a hacer ahora con las

normandas? ¿Dejarlas marchar? Ni si quiera puedes pedirle el rescate a su padre. ¿O acaso piensas que se queden a vivir en Torquilstone?

Esta última pregunta sobresaltó a lady Aelis, quien en ese momento bajaba las escaleras en dirección al salón. Al escuchar la voz del viejo sajón se detuvo de golpe al pie de estas y se apoyó con la pared de piedra. No quería crear una situación de conflicto familiar; no más de los que ya existían. Aelis contuvo la respiración esperando escuchar la respuesta de Hereward. ¿Tal vez hubiera cambiado de opinión con respecto a su proposición inicial? Porque se hubiera dejado llevar por la situación, por sentirse responsables de ellas desde ese momento. A lo mejor la influencia de su padre le hacía cambiar su posición con respecto a ella y a lady Loana.

—Nuca tuve en mente pedirle el rescate a su familia. De momento se quedará en Torquilstone —respondió con voz dura y firme Hereward sosteniendo la mirada a su padre.

Hubo un instante en el que no se escuchó ni una sola palabra más. Aelis se mordisqueó el labio presa de los nervios. Cerró las manos en puños y los apretó contra sus costados. Temía moverse por si la escuchaban, en especial el padre de Hereward, quien no parecía muy a favor de ella se quedara.

—¿Piensas alojarla en el castillo, entonces?

—¿Quieres echarla de Torquilstone? ¿Es esa la hospitalidad de los sajones? No nos diferenciaríamos mucho de los normandos si lo hiciéramos. No tengo la menor intención de comportarme de la misma manera que Brian de Monfort. Dejando a su prometida a merced de un destino incierto, mientras él se esconde bajo la capa del príncipe Juan.

—Pues que regrese a Francia —le propuso Eadric agitando la mano en el aire.

—¿Humillada y repudiada? ¿Para qué? —Hereward no podía evitar sentir cierta lástima por Aelis, pero al mismo tiempo la preocupación por lo que pudiera pasarla lo atenazaba. No quería que se marchara de Torquilstone bajo ningún concepto—. ¿En qué posición se quedarían?

—¿Y en cuál te deja a ti? No sé en qué demonios estabas pensando cuando la raptaste, la verdad. Ya te advertí que todo esto podía volverse en tu contra y ahora mira si yo tenía razón.

—Quería darle una lección a los normandos porque estaban recaudando dinero entre nosotros, los sajones, y así evitar que reunamos la cantidad necesaria para el rescate de Ricardo. ¡Por eso!

—Pues ya no tienes dinero por ella. Que te quede claro —le espetó

Eadric furioso con su hijo por sus actos—. ¿Darle una lección a los normandos? ¿A quién? ¿A Brian de Monfort? ¿No tuviste bastante en Acre? —le preguntó arqueando una ceja con expectación mientras Hereward fruncía el ceño sacudiendo la cabeza—. No hace falta que pongas esa cara. Sé que lo derrotaste y lo humillaste en un torneo organizado en Tierra Santa.

—¿Cómo lo has sabido?

Lady Aelis no se movió de la pared ni un milímetro, ansiosa por escuchar más sobre el tema.

—A tus amigos les gusta jactarse de tus victorias —le confesó provocando una sonrisa socarrona en su hijo—. Conseguirás que te maten, hijo.

—Descuida, he sobrevivido a las flechas sarracenas.

—El príncipe Juan puede convertirse en alguien muy peligroso y mortal que las propias flechas sarracenas, si Ricardo no regresa pronto —le advirtió Eadric a su hijo mirándolo con preocupación por lo que pudiera ocurrírsele llevar a cabo—. Y en cuanto a ese normando de Brian de Monfort, este cuenta con muchos aliados en la corte.

—Tendré cuidado. Pero no creo que este vaya a tomar represalia alguna contra mí ahora que ha roto el compromiso. No pienso permitir que lady Aelis y su dama se queden desamparadas. Ni que sufran la humillación de volver a su hogar de esta forma. Se lo debo ya que soy en parte culpable de su situación.

Lady Aelis sintió el vuelco en su interior al escuchar aquellas palabras. Una tibia calidez la embargó y la sonrisa bailó en sus labios.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por lo pronto dejar que se instalen en Torquilstone el tiempo que necesiten.

—¿Y si deciden quedarse para siempre?

Aelis contuvo la respiración ansiosa por escuchar la respuesta que le daría Hereward a su padre.

—No me opondré. Es más, creo que lady Aelis se merece algo mejor que ese bastardo normando. No me cabe la menor duda de que ella se encontrará mejor aquí que en la fría fortaleza de Brian de Monfort. Al menos en Torquilstone estará rodeada de gente que la aprecia —dejó claro Hereward mientras el recuerdo de la noche anterior volvía a golpearlo y él no hacía nada sino sumergirse en este una vez más.

Aelis abrió los ojos hasta su máxima expresión y su corazón comenzó a

latir desbocado como un caballo sin domar. Apoyó las manos contra el muro al mismo tiempo que la frente y cerró los ojos. Su respiración se elevó hasta el extremo que ella pensó que se caería allí mismo.

—¿Tú, por ejemplo? —Eadric arqueó una ceja con expectación—. Antes de que digas nada recuerda quien es ella. Una normanda y se debe a estos. Podría llegar el día en que nos traicionara.

—No lo creo, padre.

—Eso mismo creáis de Brian de Monfort; que pagaría el rescate. Creo que tus respuestas se deben más bien a que ella te atrae como mujer. Y no te lo discuto porque es una joven hermosa, pero procura que tu deseo no te nuble el juicio.

Aelis ahogó un grito de sorpresa al escuchar al viejo sajón referirse a ella de aquella manera en relación a Hereward. Deslizó el nudo que le apretaba la garganta y volvió a cerrar los ojos en un nuevo intento por serenarse. Daba gracias a que nadie pasaba por aquella parte del castillo en ese momento, de lo contrario la habrían descubierto y no sabría qué excusa poner para justificar su presencia allí.

—Por cierto, ¿sabes que dentro de unos días comienzan las lizas de Ashby? Te lo comento porque supongo que participarás defendiendo el honor de los sajones y de este castillo.

Hereward pareció perdido. No había reparado en estas, más preocupado por el tema de lady Aelis.

—Sí, por supuesto que participaré defendiendo el bando sajón. Y más sabiendo que Brian de Monfort estará con los normandos —le aseguró con una mirada fría y de odio hacia este.

—Cuidado Hereward, no busques la venganza en el palenque no vaya a ser que encuentres tu propia muerte —le advirtió su padre mirándolo fijamente—. Olvida al normando.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte. En cuanto al normando no puedo olvidar el desprecio que ha hecho a lady Aelis —le refirió de manera tajante mientras observaba a su padre sacudir la cabeza sin comprender el comportamiento de su hijo—. No te preocupes, ya lo derribé del caballo en el torneo de San Juan de Acre, como bien te han contado mis amigos de armas —le recordó con una sonrisa socarrona—. Y ahora, si me disculpas voy a comer algo. Me he levantado con hambre. Dime, ¿has visto a mi hermana? Es raro que no ande por aquí, al igual que lady Aelis y lady Loana —comentó acercándose hacia la escalera donde esta permanecía quieta escuchando la

conversación.

—Tal vez tu hermana haya ido a despertar a las damas normandas. Te veré más tarde.

—Bien, después de comer algo estaré en las caballerizas echando un vistazo a mi montura para las lizas —le dijo caminando hacia la salida. Al girar para dirigirse al comedor se tropezó con la persona que había aparecido en su camino. Iba perdido en sus pensamientos en relación a lady Aelis y solo cuando chocó con alguien reaccionó.

Lady Aelis intentó huir de inmediato del lugar en el que permanecía, pero no esperaba que al hacerlo se encontrara con Hereward abandonando el salón en el que había estado charlando con su padre. Ni que la arrollara. De repente se vio envuelta en los brazos de este antes de que cayera al suelo. Una mirada de incompreensión asomaba a los ojos de él.

—¡Disculpad!... ¿Lady Aelis? ¿Qué... hacéis aquí? —Hereward se mostró confuso por encontrarla allí—. ¿Necesitáis algo?

El rostro le ardía de la vergüenza de haber sido descubierta. Intentaba que él no averiguara que había estado escuchando la conversación con su padre. Sonrió de manera tímida e intentó desembarazarse del él, cosa que no le costó puesto que Hereward la dejó libre contra su deseo.

—No, no. Iba de camino al salón para comer algo. Recuerdo que me pedisteis que en alguna ocasión os gustaría que lo hiciera con vos —le relató de manera brusca y sin pesarlo. Sería la excusa perfecta para que él no le hiciera más preguntas.

—En ese caso... Yo también iba a hacer lo mismo. ¿Deseáis acompañarme, pues?

—Sí, si no os importa —le aseguró sonando a excusa. Ella necesitaba hacerle ver que su presencia allí era casual y que no había escuchado nada de lo que su padre había comentado al respecto de su situación en el castillo.

Hereward la condujo hasta el comedor donde algunos hombres tomaban la primera comida del día. Los saludaron a ambos mientras estos hacían entrada y se sentaban a la mesa. Rowena, se acercó a saludar a su hermano con una sonrisa irónica bailando en sus labios. Al verla, Hereward se mostró sorprendido.

—¿Por qué te ríes?

—Tú sabes muy bien por qué. ¿Queréis que avise a vuestra dama, mi señora? —preguntó dirigiéndose a lady Aelis, quien se sentía algo cohibida en presencia de aquellos sajones, que la miraban con una mezcla de curiosidad y

extrañeza.

—No, gracias Rowena. Dejádla descansar.

—En ese caso os deajo comer. Disfrutad de la comida —Rowena lanzó una última mirada a su hermano, al que guiñó un ojo. Esta intuía el interés de Hereward por la dama normanda. Pero, ¿se lo tomaría en serio en esta ocasión? Tenía que tener muy claro que la normanda no era la clase de mujer que solía frecuentar su hermano.

Lady Aelis centró su atención en las diversas viandas que había sobre la mesa pero parecía algo remisa. La presencia de Hereward sentado a su lado no la incomodaba, pero si le afectaba. Y todavía más si pensaba en que había estado espíándolo mientras conversaba con su padre. Recordar algunas de las palabras que había dicho sobre ella, hizo que sus nervios se volvieran más acusados.

—Juraría que habíais dicho que teníais hambre —comentó Hereward cogiendo pan y algo de carne bajo la atenta mirada de ella—. Tomad.

Aelis cogió la rebanada que él le tendía. Por un segundo sus dedos se encontraron mientras las miradas de ambos seguían su mismo camino. Hereward quiso decirle algo pero no encontró las palabras adecuadas para ello. Poderla contemplar recién levantada de la cama, la convertía en una mujer más deseable todavía. Con un ligero rubor en las mejillas, el pelo suelto y esa mirada de curiosidad.

—¿Qué os sucede? ¿Por qué me miráis así? —le preguntó ella con una mezcla de temor y recelo porque él pudiera sospechar que ella podría haber escuchado su conversación con su padre.

Hereward balbuceó, sintió la boca seca y sacudió la cabeza cuando descubrió que no sabía qué decirle.

Aelis lo contempló de manera fija y desafiante esperando que él le explicara el motivo de su mirada tan directa y llena de sorpresa.

—Se debe a que —Hereward se detuvo para saludar a los hombres que abandonaban la mesa y el gran comedor. Por un breve instante apartó la mirada de la mujer e intentó recomponerse. La cercanía de lady Aelis le afectaba como nunca antes una mujer sin importarle su condición social ni su procedencia—. Había perdido toda esperanza de que algún día me acompañaseis en la mesa.

Aelis sonrió divertida ante aquella excusa. Sintió un gran alivio al escucharle. Por un momento pensó que sospechaba de ella.

—Reconozco que tal vez he sido algo testaruda en ese aspecto. Dado que

ni vos ni ninguna persona en el castillo me está tratando...

—¿De manera diferente por ser normanda? —él entornó su mirada con curiosidad y esbozó una media sonrisa.

—Sí.

—Os dije que nada de eso sucedería. Mientras estéis en Torquilstone nadie os hará de menos. Y podréis ver con vuestros propios ojos que los sajones no somos tan fieros como nos describe una parte de la sociedad y de la nobleza normanda.

—No me cabe la menor duda —Aelis apartó la mirada de la de él al sentir una repentina ola de calor en todo su cuerpo. Sin duda que aquel sajón decía la verdad—. Decidme, ¿vais a participar en las lizas de Ashby?

Aelis lanzó la pregunta sin apartar su mirada del pedazo de carne que ahora degustaba. Pretendía cambiar el tema de la conversación. No quería que él hablando de ella, ni de su estancia en el castillo. Por ese motivo sacó el tema de las justas. Ahora debería inventar una excusa creíble para justificarse. Aunque si le contaba la verdad de una manera que no pareciera que había estado escuchando, le parecía algo casual.

Hereward desvió su atención hacia ella que comía de manera pausada.

—¿Por qué lo preguntáis? ¿Habéis escuchado algo en el castillo?

—No, bueno... Sí, la verdad es que justo cuando bajaba por la escalera hacia el comedor escuché vuestro padre hablaros de estas —le confesó de manera rápida volviendo a centrarse en su desayuno al mismo tiempo que su corazón ganaba en velocidad, sin poder evitar sentirse escrutada por la mirada de él.

Hereward acabó con el pedazo de carne y en vez de coger más, se quedó contemplándola con inusitada curiosidad. ¿Cuánto tiempo llevaría escuchando? ¿De verdad que había coincidido que ella bajaba las escaleras cuando los escuchó? ¿Acaso había escuchado la conversación entre ambos? Hereward frunció el ceño contrariado por aquella confesión y se acercó más a ella mientras su mirada ahondaba en los ojos claros de Aelis.

Esta no se movió. La cercanía del sajón la había paralizado. No sentía necesidad de levantarse del banco y salir corriendo porque no serviría de nada, se dijo. Y porque le haría parecer culpable a ojos de él. Hereward la alcanzaría antes si quiera de llegar a la puerta del salón. Se quedó contemplándolo de manera fija mientras él acertaba la distancia con ella y escrutaba su rostro buscando ¿qué?

—¿Por qué me miráis de esa manera?

—¡Demonio de mujer! ¿Estabais escuchando en la escalera?

Lady Aelis percibió la fiereza de aquel comentario. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda hasta morir en su nuca erizando toda la piel a su paso. Se veía perdida. Debería controlar la situación o ella sola se delataría.

—¡No, claro que no! ¿Por quién me tomáis? Os he dicho que os escuché justo al llegar al pie de las escaleras y que no era menester interrumpiros. Además, estabais hablando casi a voces. Cualquiera que pasara por aquí podría escucharos —Aelis abrió los ojos sintiéndose ofendida por aquella acusación. Su talante se volvió frío y arisco en un intento por hacerle ver que se equivocaba con ella. Se levantó del banco revolviéndose como una gata acosada cerrando las manos en puños como si estuviera dispuesta a defenderse. Se quedó contemplándolo con el ceño fruncido como si lo estuviera retando.

Pero él no se había inmutado ante la reacción de ella sino que permanecía sentado observándola como si en verdad su comportamiento lo divirtiera. Le gustaba aquella imagen suya de mujer ofendida, valiente y guerrera. Dispuesta a defenderse de él.

—No hace falta que os pongáis así. No iba a reprochároslo —le dijo incorporándose con el propósito de acercarse a ella y tocarla, pero ella dio un paso atrás. Estaba exquisita con sus cabellos sueltos cayendo en ondas sobre sus hombros, su mirada relampagueando de furia, sus labios entreabiertos para tomar aire, su pose defensiva con un pie adelante y sus puños dispuestos a descargar sus golpes.

—¡Además de acusarme de escuchar detrás de las puertas! ¡Os burláis de mí! —le retó mirándolo con los ojos entrecerrados.

—No me burlo de vos. Tan solo me hace gracia la manera en la que habéis reaccionado ante mi comentario. No me importa si habéis escuchado toda la conversación entre mi padre y yo, ya os le he dicho. En caso de que así sea, sabréis que no es muy de la opinión de que permanezcáis en Torquilstone —le explicó mirándola con el ceño fruncido por lo que aquellas palabras significaban.

—Sí. Lo supongo.

Su afirmación a penas si fue un susurro. De manera lenta se fue calmando. Su respiración se volvió más pausada, la rabia y la frialdad desaparecieron de su mirada y comenzó a acercarse hasta el banco para volverse a sentar a la mesa, y proseguir con su desayuno.

—Pero también sabréis que yo opino lo contrario. Creo que vuestro sitio

está aquí entre estos muros —le aseguró abriendo sus brazos en un intento por abarcar el gran salón mientras dejaba que su mirada lo recorriera hasta que se detuvo en el rostro de ella.

—¿Seguís pensando que...?

La emoción que le causaron aquellas palabras, aquella determinación por parte de él la sobrecogieron.

—Sí. Lo sigo creyendo —la interrumpió afirmando con rotundidad dejando que su mirada la acariciara de manera lenta y sugerente.

—Pero... vuestro padre, no ve con buenos ojos que una normanda, permanezca entre sajones. Vos acabáis de decirlo —le recordó pronunciando con intención su procedencia.

—¿Y vos? ¿Qué opináis? —Hereward posó sus manos sobre los hombros de ella para evitar que huyera.

Aelis sintió el calor de aquellas manos traspasar la tela de su vestido y la agitación que le causaban. Pero también su firmeza a la hora de retenerla.

—Yo... A las mujeres no se nos permite tener nuestra propia opinión.

Aelis estaba demasiado aturdida como para ofrecerle una respuesta sensata en esos momentos. Una parte de ella se aferraba a la distinta procedencia de ambos. Pero otra, deseaba permanecer junto a él porque sin duda que había encontrado mayor lealtad en este que al consideraba su prometido.

—Eso puede suceder entre los normandos. Pero aquí estáis entre sajones y no somos de ese parecer. Ya habéis visto a Rowena. Tiene completa libertad para hacer lo que le plazca; incluso enfrentarse a nuestro padre. No me deis excusas acerca de que yo soy un sajón y vos una normanda. Desde el día que os traje a Torquilstone ha quedado claro que podemos entendernos. Todos los sajones que habitan aquí os han tratado con respeto, incluido yo mismo. De manera que esa excusa no os vale Aelis.

Era cierto. Desde que ella y lady Loana llegaron al castillo sajón ninguno de sus habitantes le habían faltado al respeto. Todo lo contrario.

—Pero, ¿y si algún día quisiera marcharme? —Aquella pregunta sorprendió a ambos. Aelis se aferró a esta sin saber por qué, ya que en verdad no sentía la necesidad de dejar Torquilstone.

—Os dije que podéis hacerlo cuando gustéis. Yo no voy a arrojaros de estas cuatro paredes —Hereward no quería pensar en ello. No después de que el normando hubiera dejado claras sus intenciones—. Pero es algo que tendréis que decidir vos.

Hereward entornó la mirada hacia ella. Una mirada cargada de preocupación y de temor porque lo hiciera. Las palabras de su padre acerca de que ella podría traicionarlos le golpearon con dureza mientras esperaba que ella le respondiera. Se decía que ella no lo haría. Confiaba en lady Aelis pese a que se tratara de una normanda.

Aelis sintió una fuerte sacudida en su pecho cuando percibió la mirada de él. Había una chispa de anhelo, de esperanza porque ella se quedara. Algo en su mirada y en el tono de su voz que consiguieron relajarla.

—Sí, es cierto. Y os agradezco que seáis tan comprensivo con mi situación —le dijo con total naturalidad y seguridad observando como el semblante de él cambiaba, y temor desaparecía de su mirada.

Aelis bajó su mirada a sus manos entrelazadas, las cuales se retorció con nerviosismo. Sintió que algo la empujaba a levantarla y fijarla en el rostro de Hereward. Lo vio sonreír.

—Además, creo que es lo menos que puedo hacer ya que soy el causante de vuestra actual situación, Aelis. Es cierto que merezco vuestros reproches e insultos, no voy a negarlo.

—Soy consciente de que lo hicisteis para intentar salvar a Ricardo. Pero ahora ya no valgo nada, y temí que...

Hereward apretó los dientes y sacudió la cabeza.

—¿Qué os arrojará de Torquilstone? No soy tan desalmado.

—Me he dado cuenta de ello.

—Vos significáis más que el rescate de un rey —le aseguró mirándola contrariado porque no quería que ella se marchara. Y porque desconocía el significado de esas palabras para él.

Aelis acusó aquel último comentario. Si él había querido decir lo que ella había interpretado, debería meditar en serio su presencia en Torquilstone. Ese último comentario por parte de él, y la manera en la que la besó la noche anterior ponían en jaque su integridad. Pero eso era algo que debería hacer sin estar bajo la mirada de él.

—¿Qué me decíais de las lizas de Ashby?

Él mudó el semblante al descubrirla contemplándolo de reojo mientras ahora ella bebía de su copa. Luego la vio arquear sus cejas, expectante por lo que él tuviera que responder.

—Supongo que vos ya habréis asistido a alguna que otra en Francia.

—Sí, pero tengo curiosidad por saber si en todas partes son iguales.

—Bueno, las lizas de Ashby tienen lugar en dicho sitio. Se encuentra en

el condado de Leicester, entre las localidades de Birmingham y Nottingham. Las justas fueron introducidas por vuestros compatriotas los normandos, por eso os comentaba antes que no había mucha diferencia entre las que hayáis asistido en Francia, y la que podéis ver aquí. Aunque fueron prohibidas por el Enrique II, padre del actual rey de Inglaterra.

—¿Prohibidas? Desconocía este hecho.

—Sí porque siempre había algún caballero que resultaba mal herido o muerto.

—Pero se siguen celebrando...

—La presión de la nobleza hizo que el monarca se echara atrás y las luchas entre caballeros regresaron a Inglaterra.

—¿Vos participaréis, verdad?

—Sí, claro. Lucharé en el bando sajón. Pero eso es algo que ya debéis suponer —la contempló contrariado porque si ella había escuchado la conversación entre su padre y él, ya lo sabría.

—Imagino que después de haberos escuchado hablar sobre cómo derrotasteis a Brian de Monfort en las lizas de Acre, no creo que tengáis mucho problema en repetirlo —Lady Aelis sonrió con picardía deseando que este hecho volviera a producirse y que Brian de Monfort mordiera el polvo.

Hereward no pudo evitar sonreír al escucharla referirse al normando de aquella manera. Sin duda que ella parecía dispuesta a no volver a querer saber nada de él, e incluso que le sucediera lo peor de lo peor.

—No creáis que será sencillo. Los caballeros normandos son excelentes contrincantes.

—No lo dudo, pero dejadme deciros que vos ganaréis.

Hereward se dio cuenta de que ella había posado su mano sobre su antebrazo, y se había acercado a él en demasía. Tanto que podía contemplar el color violáceo de sus ojos brillando por algún motivo que él todavía desconocía.

—Ni si quiera me habéis visto combatir, ¿cómo estáis tan segura? ¿No será que deseáis que el normando caiga de su caballo?

—¿Hay algo malo en desear la derrota del enemigo?

Hereward ni siquiera se atrevió a parpadear cuando la escuchó referirse a de Monfort de aquella manera.

—Juraría que queríais que fueran los normandos quienes obtuvieran la victoria. Y fuera yo quien cayera del caballo —Hereward entornó la mirada hacia ella.

—Que sea normanda no significa que sea estúpida —le rebatió algo molesta por aquella deducción por parte de él. Por otra parte la consideraba como lógica dado su origen. Pero todo estaba cambiando de una manera que no podía concebir, y a una velocidad que no podía detener. Entrecerró sus ojos y se humedeció los labios—. Y yo creía que vos queríais que yo permaneciera en Torquilstone —Aelis cogió la copa para beber pero sintió la mano de Hereward detenerla en última instancia y su atención se centró en él. La leve caricia de su mano hizo que la copa temblara.

—Es lo que más deseo, pero tampoco soy un estúpido que no ve la realidad, cegado por ese deseo, Aelis.

Esta se humedeció los labios de manera lenta, tal vez esperando que él volviera a besarla como la noche anterior. Una parte de ella deseaba que tal momento se produjera y que él volviera a hacerlo. Pero también debía ser consciente de quien era ella y lo que representaba. No era más que un pasatiempo que podría acabar mal. El sonido de pasos hizo que Hereward se echara atrás maldiciendo por los bajo en lengua sajona, algo que Aelis no comprendió.

—¡Hereward! Hay... noticias de York —anunció Athelstane entrando en el salón sin pensar que se encontraría a este en compañía de lady Aelis, y en una cercanía que rayaba la intimidad más descarada posible. A ojos de Athelstane parecía haber interrumpido un momento íntimo.

—Voy en seguida —le dijo girando el rostro hacia su amigo. Cuando volvió su atención de nuevo en lady Aelis, esta se había apartado evitando cualquier posible contacto entre ellos. Se había olvidado de dónde se encontraban y que en cualquier momento alguien podría entrar y verlos. Se sentía algo cohibida y prefería alejarse del sajón por ahora—. ¡Esperad!

Aelis cerró los ojos por un instante. La petición de él la retuvo contra su voluntad porque si en verdad quería escapar de él, de sus emociones y de lo que aquel sajón representaba para ella, no lo estaba cumpliendo.

Hereward se detuvo frente a ella con el ceño fruncido y el rostro reflejando la preocupación.

—¿Qué os sucede? ¿A qué ha venido vuestra repentina marcha?

Aelis titubeó en un principio sin saber qué decirle. Trataba por todos los medios de parecer tranquila pero la mirada inquisidora de Hereward se lo impedía. Y si recordaba sus palabras acerca de ella, entonces se le hacía más difícil mostrarse fría con él, como era su pretensión.

—Os reclaman y yo tengo cosas que hacer.

—Pensaba que estabais huyendo de mí —le aseguró con un tono de voz cargado de preocupación y que invadió el cuerpo de ella como una ola de calor. Sacudiéndola sin remisión de los pies a la cabeza.

—No, no. Pero debo marcharme —se excusó dirigiéndole una última mirada antes de volverse hacia la salida del salón.

Hereward sacudió la cabeza y profirió una maldición de camino a reunirse con Athelstane. Llevaba días esperando noticias de York y se presentaban precisamente en ese momento de cercanía que estaba compartiendo con Aelis. Solo esperaba que al menos las noticias fueran favorables a los intereses del rey Ricardo.

Encontró a Athelstane junto a Jacob. Hereward caminó con paso firme hasta el judío.

—Celebro verte, Jacob. Torquilstone es tu hogar y el de sus amigos —dijo haciendo referencia a los dos hombres que venían con él.

—Gracias Hereward. Pero no nos detendremos demasiado. Solo hemos venido a decirte que el rescate del rey sigue su curso y que son bastantes los que desean colaborar. Pero también tenemos a los soldados del príncipe Juan acosándonos con nuevos tributos —le hizo saber con cara de preocupación.

—Sí. No soy ajeno a las nuevas armas que emplea Juan para evitar que reunamos el rescate de su hermano —le confesó sintiendo que la sangre le hervía por momentos en las venas—. Espero poder controlar esa situación.

—Te lo agradezco, de veras. Por el momento solo hemos conseguido reunir una décima parte del rescate del rey.

—Es poco. Pero menos sería nada, Jacob —le aseguró mirando al judío con confianza—. Espero que podamos conseguir algo más y de manera más rápida.

—Si ganaseis en Ashby, el premio ayudaría a paliar esa escasez de monedas. Vendiendo las armaduras y demás posesiones de los caballeros que derrotéis. Ya conocéis las normas.

—Sí, tenéis razón. El vencedor se queda con todas las pertenencias del vencido. Ganar el torneo de Ashby podría suponer un fuerte empuje a nuestro cometido. Eso si el príncipe Juan no se encarga de amañarlo para que sean sus amigos los normandos quienes lo hagan —rectificó llevado por la ira que suponía ese hecho.

—Si ganaras las lizas y nuestro querido amigo Robert de York el concurso de tiro con arco... —apuntó Athelstane animado por la cantidad que podrían obtener para el rescate.

—Tal vez tengas razón. Tendríamos que avisar a Robert.

—Yo me encargaré de llegar a York y ponerlo sobre aviso. Partiré de inmediato.

—Podrías llevarte unos hombres y acompañar a Jacob y sus amigos para que no les suceda nada en el camino —Hereward miró al judío por si este se mostraba en desacuerdo, pero no lo hizo.

—Será una grata compañía.

—En ese caso, disponlo todo para partir mientras Jacob y sus amigos descansan un poco —le pidió a Athelstane mientras él deseaba poder volver a reunirse con Aelis.

Hereward caminaba por el castillo con gesto pensativo. Dos frentes se abrían ante él, sin saber cuál de ambos era más difícil de enfrentar. Por un lado el rescate del rey Ricardo, a quien debía obediencia y lealtad. Y por el otro, estaba lady Aelis. La dama normanda que lo había perdido todo por su culpa y por la que sentía una atracción sin igual. Esta situación representaba algo a lo que nunca se había enfrentado.

—¿Qué te preocupa Hereward?

La voz dulce y serena de Rowena lo sacó de sus pensamientos. Hereward permanecía apoyado en el saliente de una ventana contemplando el patio. Se volvió hacia su hermana nada más escuchar su voz. Sonriente, dulce y delicada como la miel. Fría y esquiva como el acero de una espada en otras. Así era ella.

—El rescate del rey parece hacerse de rogar. He recibido noticias de York, de la comunidad judía.

—Y deduzco que no han sido las que estabas esperando —se aventuró a precisar Rowena con la mirada entornada hacia Hereward.

Este sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No.

—Tus planes con lady Aelis se han venido abajo —Rowena percibió la mirada de incredulidad, o de incompreensión de su hermano cuando ella hizo referencia a la dama normanda—. Esperabas que su prometido pagara por ella una jugosa cantidad que añadir a la del rescate del rey Ricardo, ¿no es así?

—¿Quién en su sano juicio no haría todo lo que estuviera en sus manos para salvar a la mujer que ama? —quiso saber, exasperado por la situación—. Pero eso ya da igual. Lady Aelis carece de dote, de riquezas que aportar a esa

unión ahora que su familia ha sido expulsada de la corte.

—Me lo ha contado nuestro padre. Imagina la expresión de su rostro con cada palabra que me lanzaba

—Puedo hacerme una idea.

—Asegura que estás dispuesto a que las dos damas se queden aquí.

—No voy a echarlas de Torquilstone después de haber sido yo el causante de su situación.

—No de toda. No olvides que Brian de Monfort ha roto el compromiso por la situación de la familia de lady Aelis.

—Sí, pero junto con lo del rescate le ha venido perfecto. ¿Qué podría importarme que mi futura esposa hubiera perdido la dote si yo poseo suficiente para ambos? Brian de Monfort no es un caballero cualquiera. Tiene tierras, sirvientes, un castillo y todo el botín que trajo de Tierra Santa a su regreso de la cruzada. Un hombre que llegara a amar a lady Aelis no se comportaría como un cobarde y un desalmado como ha hecho él.

—Solo aquel hombre que llegue a amarla, tu mismo lo has dicho. Por cierto, me he encontrado con ella hace un rato camino de sus aposentos con el gesto turbado y la mirada vidriosa, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Hereward sacudió la cabeza.

—No te entiendo. Juraría que la última vez que la vi no me dio esa impresión. Se marchó del salón después de haber comido y bebido algo.

—¿Contigo?

—Pues claro. Y te prometo que no le he dicho nada que pudiera causarle semejante estado. Ni la he tocado —se excusó Hereward levantando las manos en alto ante la mirada de incredulidad de Rowena.

—Tal vez no ahora, pero se rumorea que os han visto juntos en lo alto de una de las torres —Rowena entornó la mirada y se mordisqueó el labio ahogando su sonrisa al ver a Hereward desarmado ante su comentario. Lo contempló apretar los dientes con furia; cerrar sus manos en puños primero para después volverlas a abrir como si pidiera una explicación.

—No pude evitarlo —le confesó con un sentimiento de culpa, pero también de desesperación.

—¿No pudiste o no quisiste? —Rowena arqueó una ceja con suspicacia —. Hay situaciones que pueden evitarse.

—¿Qué importancia tiene después de todo? No quise, no pude. ¿En eso se resume todo? Está bien, deseaba estrecharla contra mí y besarla como nunca

antes sentí por alguna otra mujer.

Rowena permaneció en silencio.

—No me puedo creer que te sientas atraído por una mujer normanda.

—Ni yo. Pero, ¿qué importancia tiene su origen? Normanda, sajona,...

—¿Es por eso por lo que le has pedido que se quede?

—¿No esperarías que la echara del castillo precisamente ahora que Brian de Monfort no quiere saber nada de ella? —preguntó un Hereward sorprendido consigo mismo en el caso de hacerlo—. Y después de haber visto el documento llegado de la corte de Felipe de Francia.

—Y de hacerlo te lo echaría en cara porque no es tu forma de actuar. Pero tampoco lo es que me confieses lo que sientes por una mujer, normanda o sajona. Y esta vez lo has hecho —le recordó mirándolo con inusitado interés por observar su reacción ante esa pregunta—. Es mejor que te deje a solas con tus pensamientos.

—Estos ahora se centran en Ashby.

—Imagino que participarás en las lizas.

—Debo hacerlo si queremos que Ricardo regrese a Inglaterra.

—Procura que lady Aelis no haga que te derriben del caballo —con esta última advertencia Rowena siguió su camino dejando a su hermano a solas con sus quebraderos de cabeza, que él se había buscado al raptar a la dama normanda.

Hereward se pasó la mano por el rostro tratando de aclararse. Sin duda que todo era más tranquilo hacía unas semanas cuando ni sabía que el rey estaba preso en Alemania, ni que él podría llegar a sentir algo por una dama normanda. Pero ya no había vuelta atrás. Y él no era de los que se rendían; había quedado claro durante el tiempo que había pasado luchando en las cruzadas.

## CAPÍTULO 8

Faltaban días para las lizas de Ashby y Hereward se encontraba centrado en estas en un intento por despejar su mente de otros asuntos. Sus encuentros con lady Aelis se habían espaciado y tan solo se limitaban a un breve saludo o a un mínimo intercambio de palabras cuando coincidían en algún pasillo o estancia. Hereward se había dado cuenta de este hecho pero ahora que estaba más centrado en las justas, casi no le había dado importancia.

Aelis por su parte se mantenía firme y algo distante. Y el hecho de que él estuviera volcado en la preparación de las justas, lo agradecía. Aunque por otra parte, no podía dejar de pensar si Hereward la estaba evitando. Lo había contemplado blandir tanto la lanza como al espada en sus entrenamientos diarios. Y como ninguno de sus oponentes conseguía derrotarlo. En cada uno de sus lances su oponente acababa derribado del caballo o con la espalda pegada al suelo mientras la punta de la espada de él presionaba el pecho del vencido. En algún momento su mirada se cruzaba con la de él, y Aelis experimentaba un sofoco en su cuerpo debido a la intensidad con la que él lo hacía. Una leve sonrisa o una ligera inclinación de su cabeza a modo de saludo y de respeto hacia ella. Y cuando Aelis pensaba que él dejaría su adiestramiento para acercarse a ella y charlar, en seguida volvía a este dejando una sensación amarga en Aelis.

—¿Piensas acabar con todos los normandos? —le preguntó Godwin en un momento en el que ambos cruzaban sus espadas, pero la intensidad de los mandobles de Hereward era constante y notoria—. Lo pregunto porque nunca antes te he visto combatir de esta forma.

Hereward dobló sus esfuerzos para conseguir que Godwin retrocediera y al final perdiera su espada con un lance certero. Solo entonces pareció quedarse satisfecho. Resopló fruto del cansancio antes de arrojar su espada y su escudo sobre el suelo del patio del castillo. Luego, se volvió hacia el pozo y despojándose de su peto y de su jubón, cogió un cubo lleno de agua que dejó caer sobre su cabeza y su torso desnudo.

Aelis contempló el cuerpo de él con atención, surcado por músculos y cicatrices casi por igual. Su piel brillante por el efecto del agua sobre esta le produjo una sensación hasta ahora desconocida.

—Di, ¿piensas matar a los normandos? —Godwin siguió su ejemplo esperando que él le respondiera.

Hereward se había girado apoyándose en el borde del pozo. Tenía las

manos sobre este y la mirada fija en un punto, que el propio Godwin siguió. Lady Aelis y lady Loana eran el destino de aquella mirada.

—Con ganas lo haría.

—¿Hablas en serio? —preguntó Godwin haciendo un gesto con el mentón hacia lady Aelis—. Es una normanda, amigo. Sabes lo que eso implica.

—¿Crees que me importa? No soy ajeno a ese detalle; no lo he sido en ningún momento desde que nos cruzamos con ella en el bosque aquella noche.

—Y parece no importarte. ¿Aspiras a convertirla en la señora de Torquilstone?

Hereward apretó los labios con gesto de preocupación, o tal vez de indecisión al respecto de lo que debería hacer.

—¿De qué estás hablando? ¿Ella, señora de Torquilstone? —Hereward miró a su amigo con una mezcla de diversión y nervios. Su cuerpo experimentó una sacudida que no esperaba.

—Ahora que ha sido rechazada por Brian de Monfort... Y que ningún hombre tendrá interés por ella dada su situación...

Aquella sugerencia no le hizo ninguna gracia a Hereward quien se irguió con el cuerpo en tensión y una mirada fría.

—Ahora lo que me interesa es ganar las lizas de Ashby y conseguir que Ricardo regrese a Inglaterra para sentarse de nuevo en el trono —le dejó claro mientras arrojaba el cubo junto al pozo y se alejaba de este con el semblante taciturno.

Lady Aelis no dejaba de contemplar a Hereward y como su gesto cambiaba a medida que charlaba con su compañero de armas. Había pasado de la diversión, lo había contemplado reírse, a la expectación y por último la ira. No lograba escuchar bien la conversación dado el lugar en el que ella estaba, en lo alto del patio y el ruido de los aceros entrechocando tampoco ayudaba.

—¿Qué pensáis de él, mi señora? —la voz de lady Loana la sobresaltó por un instante. Inspiró hondo antes de responder porque quería estar segura de que su dama no malinterpretaba sus palabras.

—¿A qué os referís, Loana? —Aelis hizo la pregunta sin apartar la atención de Hereward y del otro sajón. No quería volver el rostro hacia su dama de compañía para que esta no percibiera su rostro encendido, o la tímida sonrisa que bailaba en sus labios en ese instante.

—¿Lo seguís considerando un bárbaro?

Aelis se volvió hacia su dama con el gesto turbado.

—¿Por qué decís eso? Yo no...

—Es lo que siempre os escuché decir de los sajones cuando estábamos en Francia, mi señora. E incluso una vez aquí en este castillo —Lady Loana se mordió el labio para desdibujar su sonrisa cínica y traviesa mientras observaba a su señora algo descolocada ante aquella apreciación.

Aelis intentó calmarse porque si duda que su dama y amiga, Loana, la estaba poniendo en un serio aprieto.

—Bueno, a decir verdad... Tengo que rectificar esa apreciación porque el tiempo que llevamos aquí no tiene nada que ver con la imagen que se tiene de ellos en Francia. Incluso algunos normandos aquí en Inglaterra creen que los sajones son rudos bárbaros. Pero no es la imagen que tengo de ellos.

—¿Qué sentís por él, mi señora?

Aelis abrió sus ojos como platos al escuchar aquella pregunta. No pudo evitar que el corazón comenzara a latir más deprisa, ni tampoco que el calor inundara su cuerpo y la respiración la agitara haciendo que el vestido se le ciñera más al cuerpo.

—¿A qué viene ese interés por tu parte? —Aelis quiso mostrarse confundida, o tal vez desinteresada.

—A que todavía seguimos aquí en el castillo sajón.

—Él me pidió que nos quedáramos el tiempo que hiciera falta.

—Sí, lo recuerdo. Pero no habéis vuelto a hacer referencia a este hecho, mi señora. Lo que me lleva a pensar que estáis a gusto aquí, ¿tiene algo que ver él? —reiteró haciendo un gesto con el mentón en dirección a Hereward—. Mi señora, vos misma me confesasteis que os besó.

—Sí, supongo que tienes razón, Loana

—Si estáis pensando en él como...

—No estoy pensando en él como un prometido o algo por el estilo —le interrumpió Aelis confundida y ofuscada por aquella idea—. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar... —Aelis no pudo concluir su pregunta porque en verdad que ella misma había llegado a considerarlo. Pero en el mismo momento que lo hizo lo desechó porque no tenía sentido—. No soy tan estúpida como para considerarlo. Además, no quiero saber nada de los hombres, ni de las promesas que pueden llegar a hacerme.

—Mi señora, he percibido la manera en la que él os mira cuando estáis juntos.

—¿De qué diablos estáis hablando, Loana? ¿Y desde cuándo te fijas en él? Podría pensar que lo estás espiando por algún motivo. O que tal vez tengas

interés en él como hombre. —Aelis sintió el continuo palpito en el pecho, como si el corazón le hubiera dado un vuelco y ahora le impidiera respirar. Si su dama no dejaba el tema ella acabaría por desmayarse, o incluso confesarle cualquier estupidez.

—De lo que percibo, mi señora —la confesó con una naturalidad y una convicción que helaron la sangre de Aelis. Pero lo que no esperaba era lo que iba a decirle a continuación—. No soy ajena a la manera en la que él os contempla cuando estáis a su lado. Ni la vuestra. Él os trata con respeto y educación. Y hasta podría asegurar que siente algo por vos. Desconozco si vos también, e incluso si ese sentimiento podría llegar a ser mayor.

Aelis se sintió derrotada ante aquella evidencia que había notado su dama de compañía. Por muchas precauciones que tomara para que no se le notara que le gustaba contemplarlo cuando él estaba distraído o charlando con otros miembros del castillo. ¿Cómo podía olvidar la conversación que le había escuchado con su padre? Lo que dijo de ella. Aelis cogió aire y suspiró con cierta resignación contemplándolo mientras seguía practicando.

—Aunque me lo juréis... las dos sabemos que es un completo disparate lo que estáis asegurando, Loana.

—¿Por qué, mi señora? Sajones y normandos viven en paz.

—Decídselo al príncipe Juan; o a Brian de Monfort y tantos otros —le espetó furiosa volviéndose para emprender el camino de regreso al interior del castillo—. Además, no tengo nada que ofrecerle. Mi familia ha sido apartada de la corte por el rey de Francia. Y el que fuera mi prometido no perdió el tiempo el romper el compromiso. A estas horas la noticia ya habrá llegado a Boulogne-sur-la-mer. No, Loana. No estaría bien visto que pudiera llegar a desposarme con Hereward.

Lady Loana contempló a su señora bajar la mirada al suelo y sonreía de manera tímida alejándose de allí.

No fue la única que la vio alejarse. Hereward lanzó una mirada de reojo en un momento de su entrenamiento. Y su descuido a punto estuvo de costarle caro, pues el filo de la espada de Godwin pasó rozando su brazo.

—Deberías centrarte o de lo contrario tu oponente te lo hará pagar. Y créeme si te digo que si por casualidad se tratara de Brian de Monfort, este no vacilaría.

—Para hacerlo, tendría que derribarme primero del caballo, ¿no crees?

Hereward se rehizo pero en esta ocasión fue Godwin quien logró hacerle retroceder hasta perder el equilibrio y caer sobre el suelo. Hereward

contemplaba ahora el sonriente rostro de su amigo mientras le apuntaba con su espada.

—Creo que acabas de perder algo más que un combate, amigo —le aseguró haciendo un gesto con sus cejas hacia lo alto, al lugar que hasta hacía poco había ocupado Aelis.

Hereward permaneció sentado en el suelo con un gesto de rabia en su rostro. Había sido vencido como si fuera un vulgar aprendiz. Debería centrarse en el combate y dejar los demás asuntos para mejor ocasión. El sonido de voces y ruido de carros lo alertó e hizo que se incorporara de inmediato.

—Es Athelstane —señaló Godwin al ver a este entrar en el patio a lomos de su caballo.

—Y Robert de York con sus hombres —añadió Hereward con estupefacción no por verlos allí, si no porque algunos de ellos iban montados en un carro cargado de sacos, cajas y algunos cofres.

—¡Hereward! —saludó Athelstane apeándose del caballo de un salto—. Mira quién ha venido y lo que trae consigo.

Robert de York era un tipo alto de mirada avispada, pelo y barba castaños y que ahora se apoyaba sobre su arco largo, del que no se separaba nunca.

—¿Dónde quieres que dejemos todo eso? —le preguntó haciendo una señal a su espalda.

—¿Qué demonios habéis hecho? —preguntó Hereward dirigiéndose al carro para ver su contenido. Joyas, monedas de oro y plata, candelabros...— ¿De dónde habéis sacado todo esto?

—Algunos nobles normandos que han querido ser generosos con la causa del rey Ricardo.

—¿Lo habéis robado? —inquirió Hereward entornando la mirada hacia Robert.

—Han decidido donarlo. No parecen muy contentos con el gobierno del príncipe Juan —le aclaró con la mano en alto como si estuviera jurando sobre las Escrituras.

—En ese caso vendrán bien para añadirlo a la cantidad que tenemos.

—Athelstane me ha comentado lo de las justas de Ashby. Que vas a participar en estas.

—¿Y tú? ¿Lo harás con tu arco?

—No me lo perdonaría.

—En ese caso celebremos tu llegada —Hereward palmeó el hombro de Robert.

—Se comenta que tienes prisionera a una dama normanda —le anunció mirando a Hereward de manera fija.

Este se detuvo en seco devolviéndole la mirada a Robert. Frunció el ceño y apretó los labios en un claro gesto preocupación.

—Es la... era la prometida de Brian de Monfort. Y no, no es una prisionera. Nadie lo es entre las paredes de Torquilstone.

—¿Era? ¿Significa que ya no lo es?

—Así es. El normando no va a pagar el rescate por ella, y no solo eso, sino que asegura que tomara a otra dama en su lugar.

—¿Y qué piensas hacer con ella? ¿Subastarla o pedir un rescate a su familia?

Hereward cogió aire.

—Su familia no tiene dinero suficiente para hacer frente al pago. Pensaban que esta unión con Brian de Monfort serviría para salvar el honor y el patrimonio de la familia. Pero ahora estos han sido expulsados de la corte. Así que de momento está aquí en Torquilstone, hasta que decida marcharse. No veo ningún motivo para echarla. Y más cuando yo mismo fui parte de su situación —le confesó con gesto turbado—. Pero hablemos de esas donaciones que traes y de las lizas de Ashby mientras degustamos algunas jarras de hidromiel.

<<Tal vez estas me ayuden a olvidarme de Aelis por un tiempo>>

—¿Cómo marcha el rescate del rey? —le preguntó Robert sentado a la mesa junto con sus acompañantes y los hombres de confianza del propio Hereward.

—No hemos recaudado tanto como esperábamos. Todo lo sucedido estas últimas semanas sin duda que retrasarán el pago.

—Bueno, no importa, pronto el rey Ricardo estará de regreso en casa. Con lo que hemos obtenido de los normandos supongo que andaremos cerca de los ciento cincuenta mil marcos de plata que piden por su liberación.

—Eso si Juan y ciertos caballeros normandos no dejan de exprimir al pueblo con sus repentinos impuestos, que no sirven si no para evitar que podamos reunir el rescate —recordó Hereward cerrando sus manos en puños y apretando hasta que los nudillos palidecían.

—¿De dónde crees que hemos sacado todo eso? De quitárselo a los

esbirros del príncipe —anunció Wamba, el leal escudero de Robert de York.

—En ese caso, brindemos por su generosidad. Aunque nos ganaremos más enemigos —les aseguró Hereward deseando que el rey estuviera de vuelta lo antes posible.

El sonido de voces, risas y entrechocar de copas hizo que Aelis sintiera cierta punzada de envidia. Sin duda que los sajones sabían como divertirse, pero también le llamaba la atención la camaradería que existía entre ellos cuando hacían un frente común para liberar a Ricardo. Ese sentimiento que no había reconocido entre sus propios compatriotas. A cada momento que seguía en aquel castillo menos ganas tenía de abandonarlo por la naturalidad con la que se mostraban los sajones.

—Deseáis algo, mi señora —Rowena apareció a su lado y al verla tan ensimismada en el desarrollo de lo que sucedía en la planta baja, decidió acercarse a ella.

—No, gracias, Rowena. Solo observaba al recién llegado.

—Sir Robert de York —apuntó Rowena haciendo un gesto con la cabeza en dirección a este.

—Amigo de vuestro hermano, por lo que veo.

—Desde hace mucho tiempo. Sir Robert es el mejor arquero de Inglaterra. No hay torneo que se le resista.

—En ese caso estará presente en Ashby —dedujo Aelis contemplando al mencionado entrechocar su jarra contra la de Hereward.

—Sí, ha venido para ello.

—Vuestro hermano también lo hará, según sus propias palabras.

—Hereward no faltará a la cita. ¿Y vos? Acudiréis a presenciar las justas, ¿verdad?

—Yo... Eh... —Aelis balbuceó sin saber qué decir en ese momento. No se había parado a pensarlo.

—¿No os lo ha pedido mi hermano? —el tono de la pregunta y la mirada de Rowena captaron toda la atención de Aelis, quien al momento sintió un ligero palpito en su pecho.

—No, pero, ¿acaso debería hacerlo? —Aelis desconocía las costumbres entre los sajones. Era una normanda y una invitada en aquel castillo ahora que no había rescate. Y tal y como se lo había pedido el propio Hereward. No sabía si debía acudir.

—¿No deseáis presenciarlas? Es una oportunidad única para hacerlo y de paso ver a Hereward entra en liza. Y no lo digo porque sea mi hermano, sino

más bien porque ensalza a los sajones sobre los normandos. Pero respondiendo a vuestra pregunta, me atrevería a deciros que Hereward debería pedirnos que asistiérais a las lizas de Ashby para honrar vuestra belleza —le aseguró entornando la mirada hacia ella.

Aelis sintió el calor que emanaba del interior de su cuerpo ascendiendo hacia su rostro y asentarse en este de manera exagerada. Durante un momento se sintió turbada por aquel comentario. ¿Qué sabía o intuía aquella joven muchacha sajona? se preguntó Aelis con una pizca de curiosidad. Luego sonrió con una mezcla de ironía y nostalgia.

—Belleza que no considera como tal el que fuera mi prometido —comentó con cierto resentimiento Aelis mientras sonreía de manera irónica.

—Si me lo permitís, mi señora...

—Llamadme Aelis, Rowena. No hace falta que me deis ese trato —le interrumpió con toda naturalidad sintiendo la cercanía con esta. Sin duda que aparte de Loana, la hermana de Hereward le parecía una de las pocas personas con las que podía sincerarse de manera abierta. Le había extrañado no ver a la madre de ambos. Aelis dedujo que tal vez ella estuviera muerta y por ese motivo no quería indagar en un asunto doloroso.

—Iba a deciros que el hecho de que Brian de Monfort haya roto vuestro compromiso por la situación de vuestra familia no quiere decir que otros hombres no os encuentren hermosa.

—En el fondo debería agradecer a vuestro hermano que me trajera aquí. De lo contrario no habría descubierto la clase de persona que es Brian de Monfort —le aclaró enrabiada porque seguía teniendo la sensación de que la habían utilizado.

—En ese caso, hacédselo saber. Aunque si no me equivoco, ya lo habéis hecho con aceptar su invitación para quedaros en Torquilstone —Rowena disimuló cuanto pudo la sonrisa irónica que flotaba en sus labios ante aquel comentario. Sí, que ella permaneciera en el castillo significaba algo para su hermano. Algo a lo que tarde o temprano tendría que enfrentarse por su propio bien—. Debo dejaros, pero no olvidéis pedirle que os lleve a Ashby, Aelis.

Esta vio a la hermosa sajona alejarse de ella dejándola sumida en una situación que no entendía. ¿Qué había querido decirle Rowena con respecto a que ya le había agradecido a su hermano lo que había hecho por ella? ¿Se refería a quedarse en Torquilstone como él le había sugerido? A decir verdad ella misma se sentía diferente y ni siquiera pensaba ya en el día de su partida, no cuando él la miraba de aquella manera como la que lo hacía ahora. La

había descubierto observándolo desde lo alto del corredor. Allí estaba. Contemplándolo mientras él se limitaba a asentir en su dirección consciente de que por mucho que no quisiera pensar en ella, el destino parecía dispuesto a que eso no sucediera. ¿Pensaba permitir que se marchara algún día? Para hacer que se quedara tendría que ofrecerle algo más que la mera hospitalidad sajona de la que llevaba tiempo disfrutando.

El día previo a partir hacia Ashby, Hereward a penas si tuvo tiempo para reposar. Iba de un lado para otro concentrado en que todo estuviera dispuesto para el viaje. Caballos, armaduras, lanzas, espadas y demás armas, así como el séquito que lo acompañaría. Por eso mismo no se percató de la presencia de Aelis, ni de cómo esta lo contemplaba desde cierta distancia, debatiéndose entre si debía o no preguntarle por su presencia en las lizas. Que Rowena se lo hubiera comentado de pasada, no significaba que Hereward accediera a ello. A ella no le importaría asistir, pese a que en un primer momento no lo había concebido si quiera, y eso que Hereward y ella habían estado charlando sobre el tema. Pero en ningún momento se refirió a ella como una asistente más. Por otro lado, lady Loana le había comentado a su señora si sería conveniente mostrarse en el bando de los sajones, siendo ella una normanda. A lo que Aelis le respondió que después de que su prometido la hubiera apartado de su lado; y su familia expulsada de la corte, poco o nada le importaba su origen, ni lo que el príncipe Juan o los caballeros normandos pensarán de ella. La única amistad y preocupación por su bienestar que había encontrado y buen trato había sido entre aquellos sajones de Torquilstone.

Aelis encontraría el momento para hablar a solas con Hereward y preguntárselo, o bien podría no hacer ni decir nada y permanecer en el castillo mientras él partía a las lizas de Ashby. Tampoco creía que ella fuera tan importante como para que él quisiera que lo acompañara.

Hereward emitió un resoplido mientras se dejaba caer sobre la cama en su alcoba. Tenía el cuerpo dolorido de andar yendo de un sitio a otro con los bultos para el viaje. Todos los preparativos para la marcha del día siguiente estaban terminados. No creía que le faltara nada. Los hombres estaban avisados y pertrechados con sus correspondientes equipos. Solo faltaba esperar al amanecer. Cerró los ojos por unos segundos con el propósito de relajarse y olvidar todo ese trasiego que había llevado a cabo. Casi no había probado bocado a lo largo del día, así que era el momento de hacerlo. Alguien

le había dejado una bandeja con algo para que comiese. Hereward asintió mientras se incorporaba de la cama y vertía hidromiel en su copa. Daría buena cuenta de la cena cuando el sonido de dos golpes en su puerta lo hicieron desistir por el momento. Esbozó una sonrisa irónica porque alguien parecía dispuesto a no dejarlo descansar. Pero cuando abrió la puerta y contempló el rostro más dulce y seductor que jamás vio, se olvidó del día que llevaba, del hambre que le apretaba el estómago y de cualquier cosa que tuviera que ver con Ashby.

Aelis permaneció delante de él contemplándolo con perplejidad mientras sus labios permanecían entreabiertos, ya que respiraba con dificultad. Se retorció las manos fruto de la inquietud que le provocaba estar delante de él. Hereward aparecía ante ella con el cabello despeinado, el rostro surcado por los rasgos del cansancio, pero la mirada llena de vida y expectación. Por un momento las intenciones de hablarle se disiparon de manera inmediata y se vio presa de unos nervios que volvían a jugarle una mala pasada.

Hereward se hizo a un lado para dejarla pasar al interior de su alcoba.

—Pasad —Aelis pareció dudar entre hacerle caso o no. Entre su voluntad por marcharse de allí, o su deseo de permanecer junto a él—. No os quedéis ahí parada. ¿Qué puedo hacer por vos? —le preguntó una vez que ella por fin se adentró en la habitación.

Ella paseó la mirada por esta para comprobar que carecía de lujos: alfombras, tapices, cortinas... La cama, de apariencia cómoda, una mesa sobre la que había dispuesta una bandeja con comida y sus respectivos utensilios, dos sillas con el respaldo forrado en terciopelo rojo. Había una chimenea de piedra en la que crepitaba un generoso fuego que servía para caldear estancia. El calor invadió a Aelis como si de una suave manta se tratara, deslizándose sobre sus hombros.

—Disculpadme, ibais a cenar. Es mejor que me marche. Ya regresaré en otro momento para hablaros —Aelis hizo ademán de irse. Tal vez ella tenía la excusa perfecta para hacerlo, pero al momento que se volvió la mano de él volvió a retenerla obligándola a girarse hacia él.

—¿Por qué cuando estáis conmigo tenéis la costumbre de marcharos? No he olvidado vuestra repentina marcha el otro día que charlábamos en el salón cuando de repente Godwin me reclamó para un asunto.

—No quiero ser una molestia para vos.

Hereward no pudo evitar reírse.

—¿Una molestia, decís? Aelis, vos nunca lo seréis. Podréis ser miles de

cosas pero nunca algo molesto —le aseguró sonriendo de manera cálida—. Y ahora decidme por qué estáis aquí.

Él no la había soltado y Aelis era consciente de esto porque experimentaba el calor ascendiendo por su brazo. La calma de su mirada que le decía que podría confiar en él.

—Me preguntaba si... si... —balbuceaba sin remisión y más cuando percibió la mirada entornada de él y un gesto de curiosidad por lo que tuviera que decirle.

—¿Qué os preguntabais?

Aelis se humedeció los labios antes de hablar.

—Sí tendría que ir a las lizas de Ashby ya que todavía no sé si en mi calidad de normanda y de...

—¿Por qué me hacéis esa pregunta? —Hereward se mostró confuso y más cuando percibió el asombro en el rostro de ella—. Daba por hecho que vos vendríais, así como vuestra dama, lady Loana. No hacía falta que vinierais a preguntármelo.

—Yo...

Aelis experimentó una sacudida en su pecho cuando le escuchó decirlo. Permaneció con los labios entre abiertos absorbiendo todo el aire que le era posible porque sin duda que no esperaba que él la considerara como una más. Como una igual.

—¿Acaso no queréis ir?

Hereward arqueó una ceja con expectación y suspicacia.

—Sí, claro que me gustaría ir pero como no me habíais dicho nada consideré oportuno venir a preguntaros.

—Tenéis razón en que no os he dicho nada. El día ha sido una completa locura con los preparativos, pero... Ah, basta de palabrería. ¿Tenéis hambre? Sentaos conmigo —le pidió cogiendo una silla y acercándola a la mesa para que ella se sentara. Luego la tomó de la mano con delicadeza para llevarla hasta esta—. No intentéis huir esta vez.

Aelis sonrió por ese comentario y por el gesto de que la hubiera sujetado por la mano como si en verdad ella fuera una parte de él. Una parte que cada día que pasaba allí iba haciéndose más importante. ¿Qué había sucedido en todo ese tiempo que llevaba en el castillo para que ella considerara a Hereward de esa manera?

—Pero, es vuestra cena, y yo no pretendo...—se excusó ella tratando de soltarse de la mano de él, porque la calidez que emanaba complicaba más las

cosas.

Pero en un arranque inesperado Hereward se apoyó sobre el borde de la mesa y tiró de ella para que quedara atrapada entre sus brazos y pudiera contemplarla como si fuera una deidad.

—¿Sabéis lo que no me gusta de vos?

Aelis sacudió la cabeza tratando de controlar su respiración. Una mano de Hereward se había posado en su cintura con toda delicadeza e intención. Con la otra la apartaba algunos cabellos que habían escapado de su recogido. En un gesto sin precedentes, terminó por liberarlos todos, deshaciendo la maraña de cabellos de ella. Hereward dejó que sus dedos se enredaran entre estos sintiendo la suavidad ante la pasmosa mirada de Aelis.

Ella estaba demasiado confusa, aturdida como para reaccionar. Sintió el aliento de él rozar sus propios labios mientras se acercaba.

—No me gusta que pongáis excusas que no tienen sentido, Aelis —él estaba tan cerca que podía sentir la respiración de ella, agitándose de manera lenta y progresiva como una tormenta que amenazaba con estallar de un momento a otro.

Aelis creía que el corazón le quebraría las costillas de la velocidad a la que en ese momento latía. Aquella lenta agonía a la que él la estaba sometiendo, amenazaba con hacerla desfallecer de un momento a otro. Por fortuna él la tenía bien sujeta, y esa situación no se produciría.

—Pero, creía que... soy una normanda —le aclaró notando el deseo de él por besarla y la complicidad que ella mostraba al desearlo.

—Normanda o sajona seguís despertando en mí el anhelo por volver a besaros, Aelis. ¿Qué importa quienes somos en momentos como este?

Ella lo vio fruncir el ceño y sacudir la cabeza de manera leve, como si tratara de encontrar respuestas a aquello.

Hereward no esperó a que ella dijera una sola palabra y se inclinó para cubrir su boca con la suya atrayéndola hacia sí mismo con cierta posesión. Aelis entreabrió los labios cuando él comenzó a tantearlos, dejó que su lengua se adueñara de su interior mientras ella se aferraba a los brazos de él y dejaba escapar un gemido de aceptación. El beso se volvió más intenso, más apasionado al tiempo que Aelis sentía el calor apoderarse de su cuerpo y un leve e incesante hormigueo recorría sus pechos y avanzaba hacia su vientre. La excitación de Hereward iba en aumento y no creía que llegado el momento pudiera echarse atrás, pero la deseaba. Y no le importaría pedirle que se quedara con él allí en Torquilstone. Sabía que si la hacía suya, sus vidas

cambiarían en un solo momento.

Aelis se entregó sin remisión. Se rindió ante el empuje de él sin ser consciente de nada más salvo de que aquel sajon se estaba adueñando de su vida. Por un momento pensó apartarse. Alejarse de él porque intuía lo que ocurriría si seguía entregada de aquella manera. Él pareció leerle la mente puesto que se detuvo un instante en el que se apartó de ella para contemplarla. Tenía el rostro encendido, la mirada brillante y los labios entreabiertos e hinchados por el fragor del beso. Le pasó el pulgar por la mejilla. Su piel era suave y estaba caliente. Descendió hacia sus labios mientras ella no apartaba la mirada de la suya.

—Aelis, yo... —Hereward vaciló un instante. Ella no era una tabernera, ni una sirvienta ni mucho menos una meretriz de las que frecuentaba. Era una dama a la que debía respetar pese aquel deseo que lo poseía por arrancarle ropa y tumbarla sobre la cama para recorrer su cuerpo de piel suave y blanquecina. Para escucharla gemir de deseo y pasión junto a él. Se quedó contemplándola sin saber qué diablos le sucedía, hasta que ella apoyó sus manos sobre los antebrazos de él como si quisiera tomar impulso y lo besó. Lo besó en repetidas ocasiones y con determinación despejando cualquier duda en él.

Se tomó su tiempo con ella. Despojándola de su ropas sajonas, admirando sus curvas, recorriendo con sus dedos primero y su boca después, todo aquel territorio inexplorado hasta ese momento. Se sintió dichoso por ser él quien se adentrara en ella por primera vez mientras hacía suyos sus gemidos atrapándolos con su boca.

Aelis cerró los ojos y sintió la sacudida por un momento. El dolor y la dicha entremezclándose al mismo tiempo mientras él la acariciaba y la besaba con ternura. Luego, esos besos se avivaron por el calor que inundaba ambos cuerpos. Aelis tuvo la impresión de que toda ella estallaría de un momento a otro; que el corazón le explotaría y no quedaría nada más salvo la dicha que estaba experimentando. Pero entonces, se relajó aferrándose a la espalda de él con todas sus fuerzas.

Hereward la volteó hasta quedar sobre él. Le apartó el pelo del rostro para contemplarla en todo su esplendor. Su mirada emitía destellos que cambiaba el color violáceo de sus ojos. El rubor acentuado de sus mejillas, algunos cabellos adheridos a su frente; toda ella le parecía exquisita.

—Estáis preciosa, Aelis —aquel comentario hizo que ella se sonrojar más mientras sonreía de manera tímida. Y cuando él se incorporó para besarla,

ella atrapó su rostro entre sus manos, cerró los ojos y aceptó aquel beso mientras de manera impensable e inesperada soñaba con un futuro prometedor junto a aquel sajón.

Él la abrazó para sentir su piel sobre la suya. Para que ambos corazones latieran acompasados como si de uno solo se tratara. Aelis se quedó pensativa, contemplándolo mientras le pasaba la mano por el pelo rebelde. Deslizó sus manos hasta enmarcar el rostro de él y ahondar en su mirada buscando la verdad de todo aquello.

—¿Por qué me miras así? ¿Qué te preocupa? —Hereward la tuteó considerándola una parte de él. No era una extraña. Ni una dama normanda. Ahora era Aelis. Hereward le acariciaba la espalda de manera lánguida erizando la piel de su cuerpo con cara caricia.

—No puedo creer que haya acabado entregándome a ti —le confesó mientras apoyaba la cabeza contra el torso de él y escuchaba los latidos acompasados de su corazón.

—¿Desearías que esto no hubiera sucedido? Entiendo que tengas tus reservas y que... —Hereward vio sus palabras acalladas por la suave caricia de los labios de ella.

—Una parte de mí quería evitarlo a toda costa porque no era lo correcto después de todo lo que he pasado.

—¿Y qué decía la otra parte? —Hereward le apartó el pelo del rostro, permitiendo que el pulgar le recorriera el perfil del mismo.

—Acabas de conocerla —le confesó sacudiendo la cabeza y dejando que sus labios fuera prisioneros de una sonrisa que erizó la piel de Hereward.

Tan tierna. Tan dulce.

—Locura o no ya da igual, Aelis. Ha sucedido. No podemos volver atrás. Tal vez tengas razón y todo esto sea una locura, pero, la aceptaré si tú formas parte de esta —Hereward deslizó su mano por la clavícula hacia la nuca de ella instándola a perderse una vez más en el fragor de sus besos, en la calidez de su aliento y en el refugio de sus brazos. Con ella entre estos, Hereward se quedó dormido. Sin soltarla ni un solo instante, mientras Aelis dejaba escapar un leve suspiro por sus labios. Había tanto por decirse. Tantas preguntas que hacer y responder. Las emociones vividas la empujaron a los brazos de Morfeo sin remisión. Por la mañana debería hablar con él para saber qué esperaba que sucediera a partir de ese momento. Una cuestión era que él le pidiera que se quedara en Torquilstone y otra la calidad en la que lo haría. Algo por lo que ella no estaba dispuesta a pasar era por convertirse en su

amante. En su ramera. Que de Monfort la hubiera rechazado y él la hubiera acogido en su castillo primero, y ahora en su cama no significaban que fuera una cualquiera. Y confiaba en que Hereward lo considerará de tal manera.

## CAPÍTULO 9

Hereward contemplaba el amanecer asomado a la ventana. Hacía un rato que había abandonado la cama porque no quería despertar a Aelis. La mente se llenó de ideas y pensamientos que confluían hacia ella. Solo hacia *ella*. Volvió el rostro para contemplarla respirar de manera pausada. Su pecho ascendía y descendía mediante una respiración lenta y relajada mientras sus pestañas temblaban de manera imperceptible. Tenía los labios entreabiertos y el cabello esparcido sobre la almohada. Se giró de repente de lado y la observó extender el brazo como si lo buscara en la cama. Palpando la fría sábana hasta que la escuchó emitir un gemido de disgusto tal vez por no hallarlo. De manera lenta se volvió hacia la claridad que comenzaba a inundar la alcoba y entreabrió sus ojos hasta acostumbrarse a la luz.

Aelis percibió la presencia de él allí de pie, junto al ventanal. Su manera de mirarla le provocó un ligero sobresalto. Sentía que la sábana se deslizaba por su cuerpo desnudo revelándolo ante él. Se cubrió los pechos en un gesto de pudor y el calor ascendió hasta su rostro. Vio a Hereward sonreír.

—¿Por qué sonreís? —Aelis se sentía cohibida ante su mirada, su sonrisa incierta y su... presencia. No podía creer que hubiera sucedido. Que se hubiera entregado a él la noche pasada. Pero, ¿en qué diablos estaba pensando cuando permitió que sucediera? Y ahora él se desentendería de ella, como cabría esperar. Aelis apretó los dientes y cerró sus manos en puños haciendo que sus nudillos palidecieran—. ¿Os burláis de mí? ¿Tal vez de la situación? —Aelis le hizo frente mientras él atisbaba un toque de ira e ironía en el modo en que ella formuló las preguntas.

—Claro que no —protestó Hereward regresando a la cama. La cogió por los brazos y la sacó de esta con movimiento rápido que sorprendió a Aelis. La miró con determinación mientras sentía la piel caliente de ella bajo las yemas de sus dedos; su suavidad inundó su mente con los recuerdos de la noche pasada. Su piel sobre la suya propia. Sus ojos brillando en el momento en el que juntos agonizaron de deseo; su rostro encendido, sus gemidos, sus susurros...

Aelis se vio una vez más indefensa ante él. Por fortuna había logrado arrastrar la sábana con ella y permanecer casi cubierta. Temblaba pero no sabía precisar si era temor lo que se lo provocaba. Deslizó el nudo en su garganta y se humedeció los labios ante la escrutadora mirada de él.

—¿Por quién diablos me tomas? ¿Sigues considerándome un bárbaro?

¿Alguien que no tiene sentimientos? ¿Es por ese motivo por el que me tratas con desconsideración?

—Tengo mis dudas al respecto de un sajón —Aelis estaba confusa y ofuscada por la manera en la que se había desarrollado todo. Seguía sin concebir que le hubiera sido tan sencillo entregarse a él. Y ahora intentaba reunir las fuerzas suficientes para enfrentarse a sus temores infundados.

—Un sajón —murmuró él para sí sin poder apartar la mirada de ella en ningún instante. Acusó el golpe de aquellas palabras dichas con cierto desprecio por parte de ella hacia él.

Hereward la dejó ir en esta ocasión. No la retuvo por más tiempo a su lado. Entrecerró sus ojos y sacudió la cabeza sin comprender a aquella mujer. Tal vez después de todo, aquella situación había sido un completo error por su parte

—Es lo que sois.

—Si vais a seguir considerándome de esa manera, entonces no volveré a molestaros, lady Aelis —le profirió con un tono serio y recto al tiempo que inclinaba su cabeza ante ella son respeto, y volvía a emplear el tratamiento de vos con ella—. Pero sabed que no tengo por costumbre aprovecharme de las personas; y menos si se trata de una mujer —le aseguró mirándola a la cara para contemplar su reacción.

—¿Vais a negar ahora que lo sucedido anoche en esta alcoba y en esta cama no era lo que buscabais? Ahora me tratáis de vos, después de haberme tomado. ¡Qué ironía! ¿No creéis? —Aelis dio un paso al frente para presentarle cara sintiendo una mezcla de dolor y decepción por verlo comportarse de aquella manera con ella.

—Sois vos la que ha empezado todo esto, no yo, Aelis. No entiendo por qué os comportáis de esta manera. Juraría que la noche pasada cuando vinisteis a verme para tratar el asunto de las lizas de Ashby...

—No debí hacerlo —le rebatió girándose para darle la espalda

Hereward se quedó contemplándola en silencio, luchando contra sus deseos por volver a posar sus manos sobre aquellos hombros y aquellos brazos desnudos. Recorrerlos al tiempo que comprobaba como la piel de ella se erizaba sin remisión, como prueba inequívoca de su deseo. De lo que le hacía sentir él.

—Quería que sucediera lo que ha sucedido, pero también os confieso que si solo buscara mi plena satisfacción habría buscado a una sirvienta o a una meretriz para saciarme, Aelis. Os dije que estaba dispuesto a detenerlo pero

entonces...

—Os besé dando pie a lo que sucedió después.

—¿Os arrepentís de lo ocurrido, Aelis? Porque yo puedo decirlo que fue la noche perfecta en vuestra compañía. Y que me gustaría repetirlo siempre que vos...

—¡No soy vuestra amante! Ni quiero convertirme en ella —le lanzó girando hacia él con la rabia reflejada en sus ojos. No estaba segura de lo que necesitaba pero no convertirse en la querida de él. Que Brian de Monfort hubiera roto su compromiso, no significaba que ella estuviera tan desesperada como para entregarse a los brazos de él de una manera continua y sin ningún sentimiento por su parte.

—No os lo estoy pidiendo. Ni jamás lo haría.

—Entonces, ¿qué ha significado esto para vos? Decídmelo —le sostuvo la mirada mientras deslizaba el nudo que apretaba su garganta impidiéndola sollozar. Aelis lo contempló entre el velo de las lágrimas de rabia y frustración. Sacudió la cabeza y se volvió dándole la espalda para que no la viera llorar al darse cuenta que él no era capaz de calificar lo sucedido entre ellos. Se maldijo por estúpida. Por haber pensando que él sería diferente al normando, pero en realidad era igual. Había tomado lo que había querido de ella y ya estaba.

Hereward esperó a que sus palabras la hicieran recapacitar, girarse hacia él, o decirle algo. Pero ella se mantuvo en su lugar. Haría bien en no olvidar que ella era una normanda que después de todo, lo veía como a un sajón y no como a un hombre. Resopló al ver que el orgullo de ella no le permitiría aclararlo. Por eso la contempló una última vez con el ceño fruncido y los labios apretados en un claro de gesto de incompreensión.

—Os aconsejaría que os vistierais si todavía sentís las ganas de acudir a Ashby. No tardaremos mucho tiempo en partir.

Aelis cerró los ojos y se mordió el labio para contener el sollozo, que se hizo más latente cuando escuchó cerrarse la puerta de la alcoba a su espalda. Fue entonces cuando se concedió la licencia de dejar que las lágrimas rodaran libres por sus mejillas. ¿Por qué no se había vuelto hacia él en el último instante y le había hecho partícipe de sus inquietudes? ¿Por qué estaba convencida de que él se desentendería de ella ahora que ya había tomado lo que quería? ¿Ir a las justas en Ashby sería una buena idea? ¿Se quedaría en Torquilstone después de esa noche? No podía regresar a casa después de todo. Rechazada por su prometido normando y deshonrada por un sajón. ¿Qué

perspectivas de futuro le restaban?

El sonido de la puerta captó su atención. Se volvió con el corazón en un puño pensando que se trataría de él. Que regresaba para aclararle algo, para pedirle...

—Buenos días —la voz de Rowena, seguida de lady Loana alertaron a Aelis. Se apresuró a cubrirse más con la sábana al contemplar el gesto de asombro o incredulidad en su dama; no así en el de la joven sajona.

Lady Loana se llevó la mano a la boca para ahogar la exclamación de sorpresa que le había producido verla cubierta tan solo por una sábana. Pero la mirada de esta acalló cualquier explicación y cualquier comentario al respecto.

—Buenos días —correspondió Aelis algo azorada porque Rowena tuviera esa imagen de ella. Ahora ya sabía lo que había sucedido entre sus hermano y ella la noche pasada. Ella y todos los habitantes de Torquilstone.

—Mi hermano me ha enviado para que os deje la ropa que podéis llevar a las lizas de Ashby —le dijo dejándola sobre la silla—. Si necesitáis cualquier cosa...

Aelis experimentó cierta opresión en su garganta impidiéndola articular una sola palabra. Entreabrió sus labios para tomar una bocanada de aire mientras se preguntaba si era lo más acertado en ese momento. Se armó de valor y levantó la mirada hacia Rowena y hacia lady Loana.

—Podéis empezar a ayudarme diciéndome qué clase de hombre es vuestro hermano —comenzó diciendo Aelis enrabiada todavía por los hechos de esa mañana. Caminaba furiosa hacia los vestidos con la intención de despojarse de una vez por todas de la sábana. No tenía intención de seguir aferrada a esta porque le recordaba lo sucedido entre Hereward y ella.

Rowena permaneció en silencio con la mirada fija en Aelis, sin comprender del todo a qué se refería con su pregunta. Aunque entendía a que se refería a juzgar por aquel arrebato de ira de ella, y que se asemejaba bastante al que había escenificado su hermano cuando fue en su busca, Rowena prefirió mostrarse cauta.

—Depende del sentido que le deis a vuestras palabras.

—Pues está bien claro, Rowena —aclaró Aelis dejando caer la sábana para comenzar a deslizar las prendas de ropa que ella le había traído.

Lady Loana y Rowena intercambiaron una mirada de complicidad al ver a Aelis completamente desnuda.

—He pasado la noche con vuestro hermano y ahora... —Aelis apretó los

dientes al tiempo que le arrancaba de manera literal a Loana la ropa de las manos.

—Ahora os estáis preguntando qué va a hacer él con vos —resumió Rowena entornando su mirada hacia ella.

—Sí, eso me estoy preguntando.

—¿Por qué no lo habéis hecho vos esta mañana? De todas formas si la noche pasada la habéis pasado con él es sin duda porque hay un sentimiento mutuo de...

—Oh, sí. Ya lo creo. Pero me temo que no es mutuo. A vuestro hermano le mueve el deseo por las mujeres. Él mismo me lo ha confesado esta misma mañana.

Rowena la contemplaba comportarse de la misma manera en la que había hecho Hereward. Ofuscados ambos. Enrabetados. Sin saber qué decir de la otra parte.

—Pero detrás de ese deseo siempre hay algo más.

—¿Algo más? Permitidme que lo dude viniendo de él —le dijo mirando a la muchacha entre los rizos de su cabello que ahora cubrían su rostro fruto de la rabia.

—Yo creo que su comportamiento con vos desde que os trajo a Torquilstone ha sido especial.

—Me trajo contra mi voluntad. Me secuestró en mitad del bosque como un vulgar ladrón. Ya lo creo que es especial porque imagino que vuestro hermano no anda secuestrando a las damas que encuentra en su camino.

—Sí, es cierto. Pero os ha proporcionado un techo y comida caliente en todo momento cuando vuestro prometido se negó a pagar vuestro rescate. Sin olvidar que se ha enfrentado por vos a nuestro padre porque no quiere que os marchéis.

Aelis se quedó con la boca abierta al igual que lady Loana que en ese momento se pegaba con los cordones del corpiño del vestido color verde mar de su señora.

—Aguantad la respiración mientras aprieto los cordones del corpiño —le pidió lady Loana a su espalda.

Hubo un momento de silencio en la que ninguna de las presentes profirió una sola palabra. Rowena ya le había confesado lo que ella seguramente desconocía. Aelis aguantaba la respiración mientras lady Loana acababa de arreglarla. Pero cuando pudo hacerlo, soltó el aire de manera lenta mientras su corazón parecía latir más y más deprisa. Recordó el día que escuchó a

Hereward y a su padre discutir por ella pero no sabía hasta que punto había llegado esa discusión.

—¿Se enfrentó a vuestro padre?

—Mi padre no ha sido partidario de que os quedarais aquí en ningún momento. En principio accedió porque Hereward le convenció de que sería solo hasta que vuestro prometido pagara vuestro rescate. Pero mi padre se enteró de que no habría rescate por vos y de que vuestra familia ha sido expulsada de la corte francesa... y mi hermano insistió en que os quedarais, mi padre explotó. No os lo cuento para que tengáis cierta consideración hacia mi hermano, lady Aelis, porque yo soy la primera que no apruebo en ocasiones su trato hacia las mujeres. Pero dejadme deciros que él os aprecia, más de lo que él puede llegar a imaginar. De lo contrario no haría por vos todo lo que está haciendo. Ni tampoco penséis que lo que ha sucedido esta noche pasada es en cierto modo un pago porque estéis aquí ni nada por el estilo. Y ahora dejadme que os diga que os encuentro radiante y espectacular —le aseguró mirándola con el vestido elegido para la ocasión y que sin duda favorecía el color de sus ojos y de sus cabellos—. Dadle tiempo. No está acostumbrado a tratar con una mujer como vos, Aelis. Mi hermano es un guerrero y la verdad, está haciendo grandes progresos para complaceros.

Aelis inspiró hondo al escuchar las explicaciones de Rowena. No sabía si en verdad él lo merecía pero no le quedaba otra porque sin darse cuenta creía estar enamorándose de él, aunque fuera un sajón, se dijo rodando sus ojos y resoplando.

—¿En serio? No sé si este color... —dijo paseando su mirada por lady Loana y luego por Rowena.

—Sin duda que os favorece, mi señora —apuntó lady Loana.

—Esperad a que os vea Hereward —le aseguró Rowena convencida de que su hermano había perdido la cabeza por aquella hermosa dama normanda—. Confío en que tenga su cabeza en su sitio antes de entrar en liza.

Aelis abrió los ojos alertada por aquella advertencia.

—No querría que por mi culpa sufriera algún percance...

—Descuidad, él solo piensa en su adversario cuando combate.

—¿Lo hará Brian de Monfort? —la voz de Aelis se volvió fría de repente al considerar la posibilidad de que él estuviera entre los asistentes a las lizas, e incluso estaba convencida de que participaría.

—Por su puesto.

Aquella afirmación por parte de Rowena heló la sangre de Aelis que

miró con preocupación a la joven sajona. Esta asintió cuando supo lo que acababa de pasar por la cabeza de Aelis.

—Sé lo que estáis pensando. Hereward y Brian de Monfort podrían encontrarse en el palenque. Es una posibilidad. Pero no temáis por él, aunque sea cierto.

Lady Loana dejó escapar una exclamación de temor por la suerte que pudiera correr Hereward. Y Aelis tuvo la impresión de que su corazón acababa de detenerse porque intuía lo que sucedería llegado el caso. Y todo por *ella*. Esperaba que el destino le fuera favorable a Hereward y que nada malo le sucediera.

—No le deseo nada malo a vuestro hermano.

—Soy consciente de ello —le aseguró con una tímida sonrisa—. No os preocupéis porque Hereward no os haya dicho lo que significáis para él. Yo he sido testigo de sus miradas hacia vos. De cómo habla de vos cuando no estáis.

—¿Habla de mí? —Aelis sintió como si el corazón se le subiera de repente a la garganta al escuchar a Rowena.

—Permitidme que no os diga con exactitud lo que piensa y dice vos, pero quedaos tranquila porque no hace si no alabaros. Deberíais haberlo visto y escuchado hace unos minutos... —le aseguró la muchacha entre risas—. Nunca lo había visto de ese modo por una mujer. Y ahora si me permitís voy a terminar de arreglarme para ir a Ashby.

Rowena se despidió con una sonrisa no exenta de picardía e intención que dejó a Aelis callada y con una agitación que no sabía cómo calmar. Tal vez después de todo lo sucedido esta mañana hubiera sido un pequeño malentendido que deberían aclarar después de que regresaran de Ashby.

Hereward, Athelstane y Godwin comprobaban que todas las armas para Ashby estuvieran apunto cuando vieron aparecer a Aelis en el patio del castillo. En un principio Hereward pensó que no era ella y hubo de mirar dos veces para asegurarse de que su vista no le engaña. Sí. Era Aelis las que caminaba hacia él junto a su dama lady Loana. Dejó su tarea, dio una palmada al caballo y se volvió en dirección a ella. Estaba elegante y distinguida como la dama que era. Con aquel vestido de color verde mar con ribetes dorados que se ajustaba a su cuerpo revelando las formas de este y que él ya conocía. Llevaba el cabello suelto y sin ningún tocado sobre este, lo cual la convertía en una mujer más atractiva a la que nadie podía evitar contemplar. Su mirada refulgía sin igual mientras se clavaba en él. Sonrió cuando se detuvo a escasos

pasos y tras una leve inclinación de cabeza en señal de respeto se armó de valor para enfrentarse a él.

—Me preguntasteis si estaba dispuesta para asistir a las lizas de Ashby, pues bien aquí me tenéis junto a mi dama para acudir a las mismas.

Si no fueran el objeto de todas las atenciones por parte de los presentes en el patio del castillo, él la rodearía por la cintura, la atraería hacia él y la besaría hasta robarle el último soplo de aliento. Hasta que le suplicara que se detuviera, solo entonces lo haría. Sonrió de manera comedida ante su decisión.

—Me alegra saber que ambas nos acompañareis.

—En ese caso, indicadme dónde se encuentran nuestros caballos. Supongo que seguirán en las cuadras desde el día que llegamos, y que los habréis tratado como se merecen —el tono irónico de ella ánimo más a Hereward. Sin duda que era mordaz en sus comentarios a parte de atractiva y dulce. A fe que no sabría decir si le atraía más en ese estado de agitación, o cuando se mostraba reservada como la noche anterior; aunque poco a poco había ido descubriéndose así misma ante él como una caja de sorpresas.

—Por supuesto que vuestros caballos han tenido el mejor trato posible. Los habíamos preparado por si os decidíais a acompañarnos —le dijo señalando ambas monturas dispuestas.

—¿En ese caso cuándo partimos?

Hereward se quedó clavado en el sitio con la mirada entornada hacia ella y los brazos cruzados sobre su pecho. La contemplaba sin comprender nada de lo que estaba sucediendo. Juraría que cuando la dejó en la habitación, ella estaba furiosa con él; o tal vez decepcionada. No sabría muy bien cómo explicarlo ya que él tampoco era un experto en asuntos de mujeres. Pero más le valdría comenzar a serlo puesto que Aelis comenzaba a convertirse en alguien especial para él. Alguien a quien no estaba dispuesto a dejar marchar. Percibió la mirada de Rowena en todo momento y supo lo que su hermana le estaba diciendo. Sí, debería tener cuidado con ella. No era una mujer como las que él había conocido.

—Creo que la dama normanda te va a dar más de un dolor de cabeza —le advirtió Godwin palmeando a su amigo en el hombro—. Todo está listo para partir. Estamos a la espera de tu padre.

Hereward asintió. Sí, sin duda que Aelis le estaba dando algún que otro quebradero de cabeza. Demasiado para su gusto pero debía reconocer que lo aceptaría sin importarle viniendo de una mujer como era ella.

—Veo que las dos damas normandas vienen con nosotros —era la voz de

Eadric el viejo sajón que ahora se situaba junto a su hijo haciendo una señal hacia las dos mujeres.

—Les pregunté si deseaban venir hasta Ashby.

—¿Son conscientes del peligro que corren? Brian de Monfort estará entre los caballeros normandos que compitan, ya te lo dije.

—Lo saben. Y yo también. ¿Cuál es el problema?

—Tal vez cuando la vea Brian de Monfort sienta necesidad de pagarte el rescate.

Hereward sonrió y sacudió la cabeza.

—Es demasiado tarde. Aelis no se irá de Torquilstone, puedo asegurártelo.

—¿De qué diablos estás hablando? Pareces muy seguro de lo que dices.

Hereward percibió la lógica confusión en el semblante de su padre. Era consciente de que no le haría ni pizca de gracia saber lo que él le iba a contar. Pero ya no se podía hacer nada.

—Aelis me pertenece.

Aquellas palabras hicieron dudar a Eadric, quien dio un paso atrás para contemplar a su hijo con los ojos entrecerrados y un pensamiento confuso. Por un instante se le pasó por la cabeza que él hubiera cometido alguna estupidez.

—¿Qué quieres decir con esas palabras? ¿Es que su presencia te ha vuelto un débil? Juraría que Ricardo era tu primera opción. Siempre lo ha sido. Te marchaste a Tierra Santa siguiéndolo pese a que no me pareció adecuado porque *es* un normando —se burló su padre mirando a Hereward con desconcierto y un punto de burla por el tono de sus comentarios.

—Y lo es. Mi rey está por encima de todo. Es mi señor —le recordó Hereward mientras la sangre le hervía en las venas.

—¿Y ella? ¿Qué papel juega en todo esto? ¿Acaso pretendes convertirla en la futura señora de Torquilstone? —Eadric sintió cómo se le crispaban los nervios al pensar en que una normanda ocupara el castillo.

Hereward frunció el ceño y apretó los dientes.

—Tal vez llegue a serlo. No voy a negarlo.

—No estés tan seguro. Ella debería... —la mirada de Hereward detuvo la lengua de su padre cuando iba a hacer referencia a lady Aelis y a que ella no aceptaría entregarse a un sajón—. ¿Lo has hecho? ¿La has seducido para llevarla a la cama sabiendo lo que ello suponía? —Eadric abrió sus ojos al máximo sin terminar de creer que su hijo lo hubiera hecho. Que hubiera deshonrado a la dama normanda. Ya nada tenía sentido entonces—. Por ese

motivo te muestras tan seguro de que Brian de Monfort no la reclamará para él —le recordó con un tono que se acercó al susurro.

—Lo que me preocupa es vencer a los normandos en Ashby y añadir a la suma del rescate, el dinero que podamos obtener por la venta de sus armas y de sus caballos. Igual hará Robert en la prueba de arco.

—Bien pensando. Pero, ¿crees que Juan lo permitirá? ¿Qué salgas vencedor sabiendo que esas supuestas ganancias irán destinadas al rescate de su hermano Ricardo?

—Lo sé. No le hará ninguna gracia.

—Cuida tus espaldas hijo mío. Procura que la normanda no te descentre más de lo que ya ha hecho —le dijo sin añadir nada más, apesadumbrado por lo que acababa de conocer.

Hereward se quedó pensativo contemplando a su padre caminar hacia su montura y subirse a esta para emprender el largo camino hasta Ashby. Más le valía despejar su mente de todo problema si quería vencer en las lizas, como era su intención. Desde que Aelis se cruzó en su camino, todo habían sido complicaciones y no parecía que estas fueran a terminar, por ahora. Pero se había prometido que la cuidaría, que no permitiría que nada malo le sucediera, y así sería. Arregló su caballo y subió a este para iniciar el camino.

El príncipe Juan se mostraba exultante a pesar de los últimos ataques sufridos por sus soldados a manos de las partidas de sajones. Los habían seguido para adueñarse de los impuestos recaudados. Pero tampoco le concedía mucha importancia porque estaba convencido de que esa chusma no lograría reunir ciento cincuenta mil marcos de plata para libertar a su hermano. Sentado en su trono en la grada de Ashby, contemplaba el espectáculo que se desplegaba ante él y que volvía a poner de manifiesto su poder de convocatoria. Organizaba las justas entre caballeros sajones y normandos para hacer olvidar al pueblo el pago de impuestos. Pero no solo los nobles eran los que se sentían atraídos por este espectáculo, sino también las clases más bajas.

—El pueblo está satisfecho —le comentó Fitzurse inclinándose sobre el príncipe—. No puedo dar crédito a mis ojos ante lo que veo. Y todos son sajones que acuden a vuestra llamada.

—El pueblo es muy voluble y maleable, Waldemar —le aseguró llamando a su consejero por su nombre y no haciendo referencia a su apellido—. Organizas unas justas durante varios días y hasta el más pobre y el que más

me odia no deja de acudir a mi llamada, tú lo has dicho. Ahora solo falta que mis caballeros normandos salgan vencedores una vez más. De esa manera todo el botín quedará en nuestras manos y lejos de las de Ricardo.

—Se rumorea que entre los sajones participará Hereward, mi señor.

—Ese maldito sajón que pese a ser noble se convierte en un vulgar salteador de caminos raptando prometidas normandas. ¿Qué clase de hombre puede considerarse que es? Por suerte nuestro querido Sir Brian entró en razón con el documento llegado desde Francia. Ahora solo espero que él derribe del caballo al sajón Hereward y que no pueda levantarse. ¡El paladín de mi hermano Ricardo! —maldijo cerrando su mano hasta convertirla en un puño y golpear con este el reposabrazos de su asiento.

—Yo también lo espero. Pero, por otra parte, pensad que se ha quedado con la dama normanda y sin su rescate. Le será más complicado reunir la cantidad, mi señor.

—Sí. Se ha quedado sin rescate y lo que me satisface todavía más es que ningún caballero normando estará dispuesto a desposar a lady Aelis —aseguró un Juan pletórico porque había conseguido abortar el complot para sacar a su hermano de la prisión alemana.

Hereward apenas si había visto a Aelis desde que llegaron a Ashby. Godwin se había encargado de encontrarle acomodo mientras él montaba su tienda y disponía todas sus armas alrededor de la misma con la ayuda de sus hombres. Durante el camino no habían intercambiado ni una sola palabra. Hereward prefería no distraerse de su cometido de vencer en las justas. Y por otra parte no creía que ella estuviera muy locuaz con él después de su manera de hablarle cuando le comunicó que iría a Ashby.

Hereward había solicitado a su padre que diera acomodo a Aelis y a su dama lady Loana en la parte de la grada reservada a la nobleza sajona. En un principio este se había mostrado algo reacio a dicha petición, pero finalmente accedió a ello con la mediación de su hija Rowena. De ese modo Aelis podría disfrutar de las justas desde un mejor sitio que entre los sajones que se agolpaban a pie de campo.

Cuando Brian de Monfort la vio abrirse paso entre los sajones para sentarse a la izquierda del viejo Eadric, sintió la bilis ascendiendo a su garganta.

—Traidora —masculló entre dientes mientras los dos hombres a su lado lo miraban sin comprender a qué había venido aquel apelativo.

—¿Qué os sucede?

Este sonrió con ironía mirando al caballero apostado a su derecha.

—Miradla, Sir Roger, ahí la tenéis junto a los sajones —le aclaró haciendo un gesto con el mentón hacia la grada que ocupaban estos.

—Pero yo creía que vos la habíais rechazado conociendo la situación de su familia. ¿Acaso habéis cambiado de parecer Sir Brian?

—No, no he cambiado. No la cambiaría si por el peor de mis caballos. Por mí puede quedarse con esos malditos sajones. Yo daré buena cuenta de estos de inmediato en el palenque —le dijo seguro y desafiante mientras se le requería para entrar en liza.

Waldemar Fitzurse también se había percatado de aquel acontecimiento y no tardó en hacerlo saber al príncipe Juan, quien disfrutaba de las victorias de sus caballeros favoritos.

—Sabed que lady Aelis, la que fuera prometida de Sir Brian de Monfort ha llegado.

Juan arqueó su ceja con expectación. Volvió el rostro hacia su consejero quien al momento le indicó el lugar que esta había ocupado.

—¿Qué puede importarme? —Juan preguntó con un tono monótono, sin que ello le pareciera importante después de todo.

—Se ha sentado a izquierda de Eadric de Torquilstone.

—¿Entre los sajones? —preguntó Juan sorprendido por aquella decisión—. ¿Cómo se atreve a hacer algo así? Una dama normanda mezclándose con esa chusma. Después de todo creo que acerté una vez más al aconsejarle a sir Brian de Monfort que no pagara por ella ni una pieza de plata. Sin duda que no lo vale. ¿Y él, la ha visto?

—He creído percibir cierta mirada de desprecio por parte de este hacia ella cuando la ha visto llegar.

—Bravo. Será el acicate que necesita para sembrar el campo de Ashby con huesos y tripas de sajón —exclamó el príncipe sonriendo satisfecho por este hecho—. Es más, va a entrar en liza en este momento —le anunció a Fitzurse viendo a Sir Brian de Monfort sobre su caballo esperando a que sus escuderos terminaran de ajustarle el casco.

Lady Aelis lo vio elevarse sobre su montura y erguirse para que los miembros de su comitiva le colocaran el casco y le hicieran entrega de su lanza y su escudo. No sintió nada en especial al verlo, o más bien cierta indiferencia por él. Luego, desvió la atención hacia el otro extremo donde aguardaba el caballero sajón que cruzaría la lanza con él. En seguida Aelis comprendió que no era Hereward y no pudo evitar preguntarse dónde estaba.

Hereward observaba con atención la entrada en combate de Brian de Monfort. No se había dejado ver todavía sino que había preferido permanecer en un segundo plano. Oculto entre la gente había observado con detenimiento a Aelis llegar al palco sajón y sentarse junto a su padre y a su hermana. No quería que su presencia lo distrajera de su verdadero y único objetivo que era derrotar a los caballeros normandos.

Brian de Monfort salía victorioso de su nuevo lance y ahora refrenaba su caballo para volver al trote hacia la tribuna del príncipe Juan y rendirle tributo.

—¿Cuándo vas a entrar en liza? Los caballeros sajones han caído casi todos —le anunció Athelstane.

Hereward sonrió. Caminó hacia su tienda y desapareció tras esta ante la perplejidad de su amigo.

El príncipe Juan se mostraba dichoso ante la nueva victoria de Sir Brian que parecía indicar que los normandos volvían a resultar vencedores en las justas.

—Veo que una vez más mis nobles caballeros normandos han resultado vencedores. ¿No hay más sajones que estén dispuestos a cruzar la lanza con ellos? —preguntó Juan mofándose de la situación—. ¿Dónde está Hereward? ¿Escondido tras mi hermano? ¿He escuchado cantar sus alabanzas en Tierra Santa!

Eadric cerró las manos convirtiéndolas en puños y apretó estos con fuerza hasta que sus nudillos palidecieron. Las palabras de Juan lo estaban encendiendo pero sabía que poco o nada podría hacer él. Tal vez su hijo tuviera razón y Ricardo fuera la mejor opción para Inglaterra después de todo.

—¿Dónde diablos está tu hermano? ¡Por San Dunstan que lo desheredaré si no aparece pronto para hacer callar la boca a ese advenedizo de Juan! —maldijo mirando a su hija Rowena—. ¿Y vos estáis segura de quedaros en Torquilstone con él? ¿Tan loca para amarlo? —preguntó mirando a Aelis ofuscado por ello.

Aelis se vio tan sorprendida por aquella pregunta que se vio incapaz de responder al viejo sajón, quien seguía maldiciendo por lo bajo hasta que el sonido de las trompetas anunciaron la llegada de un nuevo jinete en el que todo el mundo centró su atención.

—Ah, ahí está. Ya era hora —exclamó Eadric—. Estoy deseando contemplar su destreza con la lanza; esa de la que hizo gala en San Juan de Acre mientras luchaba contra los sarracenos.

El corazón de Aelis dio un vuelco y comenzó a latir acelerado cuando percibió el color rojo y dorado de Torquilstone en el escudo y en las gualdrapas que cubrían al caballo. Hereward galopaba con celeridad hacia la tribuna en la que estaba Juan para solicitar su permiso para entrar en liza.

Este torció el gesto al reconocerlo ante él.

—El paladín de mi hermano —murmuró para que Fitzurse lo escuchara.

—Espero que la ira de Sir Brian de Monfort le conduzca no solo hacia una victoria sino también hacia una dolorosa derrota para Hereward —le confesó el consejero en voz baja al tiempo que asentía mirando al sajón—. Ya conocéis las normas, *sajón*. Podéis tocar el escudo de aquel caballero con el que queráis combatir. Que tengáis suerte.

—Yo también os la deseo *príncipe* Juan. ¿Sabéis algo de vuestro hermano Ricardo? —Hereward se mostró irónico tratando de averiguar cómo marchaban los asuntos que concernían al rescate de su hermano.

—No hemos conseguido reunir el rescate. Y el emperador alemán se obstina en no rebajar ni un marco de plata por mi hermano Ricardo —le confesó apretando los dientes y cerrando su mano convirtiéndola en un puño como si fuera a golpear al sajón—. No obstante, reuniríamos más aprisa la cantidad si los sajones no se dedicaran a asaltar a mis soldados.

—Si necesitáis la ayuda de los sajones para reunir más dinero para el rescate de vuestro hermano Ricardo, rey de Inglaterra, pedídsela. Con gusto os ayudarán.

Juan rechinó sus dientes y a continuación se incorporó en su asiento como si estuviera dispuesto a saltar sobre él. Pero en el último instante se calmó y se quedó apoyado contra el respaldo mirando a Hereward como si pudiera acabar con él.

—Espero que Sir Brian de Monfort acabe con él —masculló.

—Quedaos tranquilo. Lo hará —le aseguró Fitzurse observando a Hereward dirigirse al bando normando para tocar con su lanza el escudo de los caballeros normandos incluido Sir Brian de Monfort, como él mismo esperaba que sucedería, en cuanto vio a Hereward cabalgar hacia él.

Aelis se sobresaltó en su asiento. Creyó que el corazón se le subía a la garganta y se llevó la mano a la boca para ahogar el chillido de expectación que la determinación de Hereward, le había provocado.

—¡Desafía a los cuatro!

—Quedaos tranquila muchacha. Ya sabíamos que mi hijo no lo dejaría estar.

—Si algo malo le sucediera...

La mirada del viejo sajón pareció tranquilizarla después de todo. Pero Aelis se quedó pensativa. ¿Por qué se preocupaba por alguien que se había mostrado tan tozudo la mañana en la que ella despertó en su cama? Hereward y ella no se habían dirigido la palabra durante el viaje hasta Ashby, ni cuando llegaron al pueblo. Pareciera que él la estuviera evitando por algún motivo que desconocía. Y ella pensaba que ya no tenía ningún interés para él toda vez que la sedujo para llevarla a la cama. Pero si no pretendía quedarse en Torquilstone, ¿por qué accedió a...? Su pensamiento quedó en suspenso cuando vio a Hereward dirigirse a uno de los extremos del campo para que sus hombres le ajustaran el yelmo.

—Ahora mismo eres el centro de atención de todos los asistentes. ¿Te has vuelto loco? Has desafiado a los principales paladines del príncipe Juan.

—Lo sé.

—Procura hacerles morder el polvo, ¿querrás?

—¿Acaso lo pones en duda?

—¿Lo haces por ella, por lady Aelis?

Hereward permaneció en silencio mirando a Athelstane mientras este le hacía entrega de la lanza de combate. Luego, se bajó la visera de su yelmo y aguardó a que dieran la señal para galopar en busca de su primer contrincante. Este permanecía en el otro extremo aguardando impaciente mientras su caballo piafaba. Hereward no quería pensar en nada más que en derribar al normando. Esa era su única misión. Sujetó las riendas con fuerza y refrenó a su caballo momento antes de salir al galope. Hereward apretó las piernas contra los flancos de su montura y emprendió la búsqueda del normando.

Aelis contuvo la respiración cuando vio a los dos contendientes dirigirse el uno hacia el otro. El choque era inminente. Y resultó un golpe a favor de Hereward quien fue aclamado por el pueblo cuando lo vieron erguirse victorioso sobre su montura. El primer caballero normando había caído. Aelis respiró aliviada ante este hecho pero sus temores no habían concluido, ya que Hereward volvió a entrar en combate poco después haciendo que un segundo y un tercer normando mordieran el polvo. Creía que su corazón no podría soportar más emociones.

—Sin duda que es digno hijo mío —exclamó Eadric—. Todo un sajón de los pies a la cabeza. Ahora me creo las historias que cuentan de él cuando estuvo en el sitio de Acre.

El príncipe Juan se retorció en su asiento viendo como sus principales

valedores iban cayendo a la tierra a manos de un sajón.

—¿Cómo voy a mantenerme en el poder rodeado de caballeros tan débiles?

—Esperad a que entre liza Brian de Monfort. Él acabará con el sajón — le dijo haciendo una señal hacia los dos caballeros que se prestaban a comenzar la lid.

Hereward mantenía su lanza baja así como el escudo, lo que parecía que descuidaba su guardia. Si la lanza de Brian de Monfort impactara contra él, el resultado sería nefasto para el sajón.

—Está perdido. Ha descuidado su guardia —comentó el príncipe Juan celebrando la ansiada victoria de Brian de Monfort.

Pero cuando se aproximó a su oponente, Hereward movió el escudo cubriéndose ante el posible impacto con la lanza del normando, al tiempo que elevaba la suya lo justo para que la punta de esta diera de lleno en el yelmo de Brian de Monfort derribándolo del caballo ante la sorpresa de los allí reunidos y produciendo un estruendo al caer sobre la tierra. Hereward había cambiado su táctica en el último momento, temiendo que el normando recordara la manera en la que había sido derrotado en San Juan de Acre. Por suerte para Brian de Monfort en aquella ocasión las puntas de las lanzas iba recubiertas de una protección para que lo contendiente no sufrieran heridas; de lo contrario, de Monfort no habría regresado de la Cruzada. Ahora era distinto ya que en las lizas de Ashby no existía dicha protección con lo que el peligro de causar heridas era elevado.

Hereward detuvo su caballo y tras recuperar el aliento sintió un ligero pinchazo en su hombro. Dejó caer la lanza al suelo y tras alzarse la visera de su yelmo comprobó la zona en la que había sido alcanzado. Apretó los dientes enfurecido por haberse dejado herir. No esperaba que lo hicieran. Tal vez se había dejado llevar por el afán de venganza hacia Brian de Monfort debido a lo que hizo con Aelis.

Hereward era testigo del clamor de los asistentes; y en especial de la grada que ocupaban los sajones. Divisó a Aelis en la tribuna y se dio cuenta de cómo ella no dejaba de mirarlo con un gesto de preocupación en su rostro. Si de él dependiera la cogería en brazos para subirla al caballo y salir de allí de regreso a Torquilstone. Pero en vez de esto, Hereward siguió su lento paseo hasta detenerse frente al príncipe Juan, quien no parecía estar satisfecho del resultado del combate. Este contemplaba al sajón con el gesto torcido.

—Excelente victoria, sajón, para concluir las justas entre caballeros —le

dijo pensando en que sería mejor dar por terminados los combates no fuera a ser que le diera por retar a otros caballeros normandos y que estos corrieran la misma suerte que De Monfort—. Presiento que estáis herido.

—No es nada que no pueda curarse. Peor suerte han corrido mis oponentes.

—En ese caso os deseo una pronta recuperación. Como bien sabéis por las normas de la caballería y de las justas, tenéis derecho a reclamar las pertenencias de vuestros oponentes —Juan apretó los dientes consciente de que Hereward no dejaría escapar la oportunidad para reclamarlas con el fin de utilizarlas para aumentar la cantidad del rescate de su hermano Ricardo. Pero no podía hacer nada por impedirselo ya que eran las propias normas de la caballería.

—Las conozco.

—Antes de que os marchéis y dado que habéis sido el único caballero que ha quedado sobre su caballo, se os permite nombrar a la reina de la belleza en estas justas —Juan hizo una señal a Fitzurse para que le hicieran entrega al sajón de una tiara de oro—. Espero que sepáis usarla para escoger a la mujer a la que el pueblo honrará más tarde en el banquete.

Hereward sonrió recibiendo el obsequio de manos del secretario del príncipe Juan.

—Sabré escoger a aquella dama que lo merece —este inclinó la cabeza de manera imperceptible antes de poner su caballo al paso y dirigirse a la tribuna ocupada por los sajones. Bajo la atenta mirada de todos los presentes, Hereward se detuvo delante mismo de Aelis. Se desprendió del yelmo entregándoselo a uno de sus ayudantes. No quería perderse detalle de sus gestos, de su mirada cuando él le hiciera entrega de la tiara que la coronaba como reina de las justas.

Aelis percibió las intenciones de él y como aquel gesto encendía sus ánimos. Por un breve instante sus miradas permanecieron fijas la una en la otra. Aelis contuvo la respiración mientras se levantaba de su asiento y se acercaba al borde de la tribuna. Sintió las manos de Hereward colocándole a tiara sobre su cabeza para júbilo del pueblo. De repente ella había pasado ser el centro de atención de tantas y tantas miradas. Estaba dichosa por ser ella la elegida y esperaba que aquella elección se debiera a algo más que a ser coronada reina de la belleza de las justas de Ashby. Sin embargo su dicha pareció ensombrecerse cuando ella contempló apretar los dientes debido al dolor producido por la herida.

—Estáis herido —susurró con preocupación.

—Deberías ir a que te vean la herida —interrumpió Eadric.

—No es nada, solo un rasguño producido por la lanza de algún normando.

—Estoy seguro que él que haya sido, habrá corrido peor suerte con tu golpe y la posterior caída —dijo Eadric sonriendo porque ningún normando hubiera vencido a su hijo.

—Os agradezco lo que habéis hecho —le confesó Aelis con sinceridad. Sabía que él no cejaría en su empeño de buscar una satisfacción. Y ahora la había conseguido.

Eadric lanzó una mirada a su hijo y comprendió que ya era demasiado tarde para hacerle cambiar de opinión con respecto a la normanda. Después de todo, las relaciones entre ambos pueblos se habían ido limando con el paso de los años, luego ¿por qué no podía hacerlo él con Aelis?

—Os veré más tarde. He de tratar un asunto con los vencidos.

Hereward cabalgó hacia su tienda para que Athelstane y Godwin se hicieran cargo del caballo y de su armadura. Tenía una cuenta pendiente que resolver.

El príncipe Juan se retorció en su asiento en el palco.

—¿Cómo se atreve ese perro sajón? ¿Honra a la que fuera prometida de Sir Brian de Monfort?

—Sí, aunque él rompió el compromiso al conocer su situación familiar. Y vos le aconsejasteis que no pagara el rescate a los sajones porque ese dinero serviría para liberar a vuestro hermano.

—Tienes toda la razón. Pero el descaro de Hereward no tiene palabras. Lástima que ese inútil de Sir Brian no lo haya vencido. Y además, Hereward sale airoso de las justas. Un nuevo héroe para los sajones. Dejémoslo tranquilo por ahora, aunque tal vez podamos hacer algo más adelante —el príncipe miró con toda intención a su secretario y sonrió.

Fitzurse asintió retirándose del lado del príncipe mientras este permanecía con la mirada fija en el campo de Ashby donde pronto tendrían lugar las competiciones de tiro con arco.

Aelis tenía la impresión de que aquel gesto por parte de Hereward cambiaba muchas cosas. Tal vez después de todo él pretendiera que ella se quedara a su lado para convertirla en algo más que su amante. Aelis no quería ser solo la mujer que acudiera a su alcoba por las noches compartir el lecho y a la mañana siguiente no quedara nada. ¿Estaría dispuesta a convertirse en la

señora de Torquilstone? Permaneció absorta en sus pensamientos y en lo que querría significar aquel gesto de él al declararla como la reina de la belleza de las justas.

—Mi señora, ¿os encontráis bien? —la voz de lady Loana pareció sacarla de sus pensamientos, y volvió su atención hacia esta.

—Sí, sí. Lo estoy es solo que...

—Os ha sorprendido que el sajón os haya entregado la tirara, ¿verdad? —precisó lady Loana viendo a Aelis asentir de manera casi imperceptible, al tiempo que dejaba que sus labios se curvaran en una tímida sonrisa—. ¿Habéis pensado que tal vez, él pueda sentir por vos algo más una atracción?

—Lo que dices no tiene sentido, Loana. Nos ha tratado muy bien desde que llegamos a Torquilstone, —Aelis cogió aire— pero no espero nada más por su parte. Y he llegado a considerar la opción de marcharnos de regreso a Francia.

—Pero si vuestro padre se entera de lo que ha sucedido...

—Lo sé, lo sé —reiteró con un tono monótono—. Lo único que me quedaría sería permanecer soltera o bien ingresar en una orden religiosa.

—¿Pero y el sajón?

—¿Qué insinúas? ¿Qué me quede con él siendo su amante? ¿Qué le pida que me despose? —Aelis iba subiendo el tono de su voz a medida que formulaba aquellas preguntas y sentía que la respiración se le agitaba en demasía.

—Pero señora... No puede...

—Puede hacer lo que quiera. Es un hombre, Loana. Y todas las mujeres sabemos cómo actúan estos. Y ahora fijemos nuestra atención en los arqueros y en ver si Sir Robert de York logra salir victorioso —le dijo desviando la atención hacia la competición del arco mientras Aelis seguía dándole vueltas en su cabeza a su futuro, nada halagüeño por lo que creía. Solo cabían dos opciones como le había dejado claro a lady Loana, a pesar de que ninguna de estas le agradaba en demasía. En los últimos días había comenzado a darse cuenta de que Hereward se estaba convirtiendo en una parte de su vida que le costaba dejar atrás. Y eso la mortificaba. Tan solo esperaba poder formar parte de la vida de él. No permaneció mucho tiempo observando el tiro con arco y decidió abandonar la tribuna para ir en busca de Hereward.

—Debo saber cómo se encuentra mi hermano —comentó Rowena mirando a Aelis de una manera que parecía invitarla a que la siguiera.

—Iré con vos.

Aelis caminó entre soldados, caballeros, escuderos y gente de todas las clases que habían acudido a las justas hasta divisar la tienda de Hereward. Pero se detuvo cuando vio a dos hombres acercarse a esta dispuestos a entrar. Uno de estos le había parecido Sir Brian de Monfort, lo que hizo que se detuviera de manera abrupta.

## CAPÍTULO 10

Hereward permanecía sentado sobre un camastro en el interior de su tienda mientras era atendido de su herida, cuando escuchó sonido de pasos que se dirigían hacia allí. Sir Brian de Monfort y su escudero hicieron acto de presencia. El sajón no vaciló en levantarse para recibirlos, o para defenderse ante un posible ataque por parte de aquellos normandos. Aunque esto último era poco probable entre caballeros.

Sir Brian de Monfort parecía algo magullado, pero nada serio a simple vista. Miraba a Hereward con semblante serio mientras en su interior sentía deseos de golpearlo. Se abstuvo porque no estaba allí para llevar a cabo semejante cobardía. Además, su oponente estaba herido en el hombro y él supuso que habría sido su lanza la culpable.

—De acuerdo con las leyes de la caballería, yo Baldwin de Oyley, escudero del caballero normando Sir Brian de Monfort, aquí presente, vengo a ofreceros el caballo y la armadura utilizada durante el torneo. Siendo vos el único que pude decidir que hacer con estos, de acuerdo con las leyes de las justas —el escudero habló alto y claro mientras Hereward no apartaba la mirada de su señor.

—Conozco las leyes de la caballería y las normas de las lizas. Y acepto tanto el caballo como la armadura y armas de vuestro señor —comentó sin despegarse ni un paso del normando.

—Para añadirlas al rescate de Ricardo —presupuso este con un deje irónico.

—Lo que yo haga con vuestras pertenencias no os incumbe. Han pasado a ser de mi propiedad. De igual modo que las de los demás caballeros derrotados, como habréis podido comprobar al venir hacia mi tienda —le informó haciendo referencia a estas, que aparecían apiladas en el exterior, junto a sus monturas.

—Habéis tenido suerte, sajón. De haber bajado mi lanza un poco esa herida os habría atravesado el mismo corazón y ahora sería yo el que obtuviera vuestras pertenencias —le aseguró haciendo un gesto con el mentón hacia la herida.

—Cierto, pero no lo hicisteis.

—Reconozco que me habéis sorprendido. Pensaba que blandiríais la lanza como hicisteis en el torneo que Ricardo organizó en San Juan de Acre.

—Sí, intuía que esperabais que repitiera mi ataque y lo cambié en el

último instante —Hereward cogió una camisa y la deslizó por su cabeza.

—¿Dónde está mi prometida?

Hereward no esperaba que el normando se interesara por Aelis después de todo lo sucedido. Por ese motivo lanzó una mirada de extrañeza al normando.

—¿Vuestra prometida? —preguntó contrariado—. El golpe en la cabeza al caer del caballo os debe haber trastornado más de lo que imaginaba. ¿Acaso habéis olvidado lo que enviasteis con vuestro mensajero? Ella no. Ni yo tampoco.

—Hablo en serio. ¿Dónde está lady Aelis? —Brian de Monfort dio un paso al frente para encararse con Hereward, mientras el escudero del normando abandonaba la tienda.

—Lady Aelis ya no es vuestra prometida. Dejó de serlo en el mismo instante que ella leyó las condiciones que vuestro mensajero me entregó.

Hereward tuvo la sensación de que ella le pertenecía desde ese mismo instante. Esa sensación de quererla proteger a toda costa de aquel normando.

—Eso deberá decidirlo ella.

—¿Ella? Ella ya decidió en el momento en el que leyó vuestra misiva, os lo repito. No quiere saber nada de vos.

Afuera, lady Aelis y Rowena escuchaban con atención la discusión que tenía lugar dentro de la tienda. Aelis quiso penetrar en esta para decirle al normando a la cara lo que pensaba de él, pero la rápida mano de Rowena y su mirada le hicieron cambiar de idea.

—No lo hagáis, mi señora. No merece la pena.

Aelis quiso rebatirla pero algo en la mirada de la joven sajona le hizo cambiar de parecer y permanecer oculta junto a esta escuchando la conversación entre Brian de Monfort y Hereward.

—¿Acaso pretendéis quedaros con ella? —la pregunta del normando provocó el vuelco en el estómago de Aelis y los nervios la atenazaron convirtiéndola en prisionera de sus temores.

—¿Y si así fuera? ¿Qué podéis hacer vos? Os negasteis a pagar un precio por su rescate, y no solo eso, sino que rompisteis el compromiso cuando os llegaron noticias de la corte de Felipe de Francia al respecto de que su familia sería expulsada de la misma. Y ahora tenéis la desfachatez de preguntarme por ella —le recordó mirando al normando de los pies a la cabeza—. ¿Qué clase de hombre sois? ¿Cómo habéis podido si quiera llamaros prometido suyo?

—Ese derecho lo obtuve de su padre, quien me concedió su mano.

—Dijisteis que la cambiabais por otra. ¿Ya la habéis encontrado? — Hereward arqueó su ceja con suspicacia mientras la cólera poseía al normando—. Olvidaos de lady Aelis. Ella tiene cosas más importantes que pensar que en vos, os lo aseguro. He aceptado vuestras pertenencias como exige las normas de la caballería, de manera que podéis volver por dónde habéis venido.

—No consentiré que os quedéis con ella. El príncipe Juan sabrá...

—Sí, ya lo creo que lo sabrá. ¿Os estáis refiriendo al mismo que os aconsejó que no pagarais su rescate porque sin duda que el dinero iría destinado para liberar a Ricardo?

Brian de Monfort no rebatió aquella acusación lo cual no sorprendió a Aelis. Este se había dejado convencer por lo que el príncipe Juan le había pedido. No rescatarla para evitar que su dinero fuera a parar a liberar al rey Ricardo.

Aelis sintió la rabia recorrer su cuerpo. Apretó los puños contra sus costados y dio un paso adelante como si fuera a golpear a Brian de Monfort en cuanto saliera de la tienda. La habían utilizado como moneda de cambio entre unos y otros.

—Escuchadme, porque no voy a repetíroslo. Olvidaros de lady Aelis. Ella es *mía* ahora —le aseguró con voz fría y determinante que intimidó a Sir Brian.

Este se volvió sobre sus pasos y abandonó la tienda de Hereward sin prestar si quiera atención a Aelis, que estaba allí mismo paralizada al escuchar las últimas palabras de Hereward. Estas habían calado en ella como si de una sentencia se tratara. No supo qué decir. Miró a Rowena en busca de una aclaración por su parte. Por sí ella sabía algo acerca de lo que su hermano acababa de dejarle claro a Sir Brian de Monfort. Pero la joven sajona se limitó a hacerle una señal para que entrara en la tienda de su hermano, y aclarara la situación.

Aelis cogió aire e intentó templar sus nervios antes de apartar la lona de la tienda y penetrar en su interior.

—¿Qué es lo que no os ha quedado claro? —preguntó Hereward con un estruendo de voz al escuchar el sonido de pasos entrando en la tienda. Pero cuando se volvió para enfrentarse al normando, se quedó paralizado.

Aelis lo contemplaba con temor, por la furia que había desplegada en su voz, en su mirada y en su semblante. De repente se sintió cohibida al ver su comportamiento pero fue disipándose cuando el rostro de Hereward se

transformó pasando del más frío invierno, a la primera más cálida.

—Siento interrumpiros. La verdad... Solo quería comprobar cómo estabais de vuestra herida. Creo que o bien me habéis confundido con otra visita, o en verdad estáis de mal humor —le reprochó paseando su mirada desde los pies a la cabeza de él con cierto desdén.

—Sois vos...

—Sí, soy yo. Entiendo que no esperabais verme y dado vuestro mal humor, creo que es mejor que me marche.

—No, no lo hagáis —Hereward extendió su brazo y la sujetó con delicadeza mientras sacudía la cabeza—. Quedaos, os lo suplico. No erais vos el destinatario de mi enfado.

—Sin embargo, la persona que estuvo antes aquí debió enfadaros bastante, por lo que veo —le aseguró ella sabiendo en todo momento lo que había sucedido en el interior de aquella tienda.

Hereward resopló.

—Era Brian de Monfort. Vino a ofrecerme sus pertenencias como mandan las normas de la caballería.

—¿Las habéis aceptado? —preguntó Aelis con total naturalidad mirando a Hereward asentir y emitir un sonido gutural.

—Podría haber rehusado a cogerlas pero el caballo y la armadura servirán para pagar el rescate del rey Ricardo. Los normandos no escatiman en lujos cuando se trata de los torneos y la montura es sin duda de las mejores que he visto.

—Confío en que podáis lograrlo dado que no pudisteis sacar ni un marco de plata por mí. Tal vez podríais haberme ofrecido otra vez a él, ya que ha estado aquí. Quizás cambió de opinión —Aelis entornó la mirada hacia Hereward para observar su reacción. Quería ponerlo a prueba para ver hasta dónde podía confiar en él. Que era lo que en verdad pensaba de ella después de haberle escuchado asegurar a Brian de Monfort, que ella era suya. Aelis intentaría que él le aclarara el significado de aquella afirmación tan rotunda por su parte.

—Ambos sabemos que aunque él os reclamara ya no tendría sentido hacerlo, Aelis.

Ella enrojeció al darse cuenta de que una vez más, él tenía razón. Brian de Monfort perdería su interés en ella en cuanto supiera que había pasado la noche en la cama de Hereward.

—¿Cómo está vuestra herida? —se acercó a él con paso dubitativo no

fuera a ser que saltara sobre ella dado el mal carácter que tenía en ese momento, y todo debido sin duda a De Monfort—. Confío en que no sea nada grave.

Hereward echó un vistazo a su hombro y luego volvió a Aelis. Le gustó su toque de preocupación por él, aunque pudiera tratarse de una mera cortesía por su parte.

—Ha sido menos de lo que yo esperaba, la verdad. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Solo vine a interesarme por la herida que habéis sufrido, como os decía —le respondió ella algo nerviosa por estar de nuevo tan cerca de él. No quería confesarle que había escuchado su conversación con el normando. No sería de buen recibo hacerlo ya que volvería acusarla de estar espiándolo. Después de que él ya lo hiciera cuando la sorprendió en el castillo escuchando la conversación de su padre con él. Pero Aelis no pretendía abandonar la tienda sin antes preguntarlo qué le había querido decir al normando cuando le aseguró que ella era *suya*.

—¿Qué os están pareciendo las justas? —Hereward se volvió hacia sus pertenencias como si ella no estuviera allí. Prefería mantenerse alejado o de lo contrario volvería a sucumbir ante el deseo que ella despertaba en él.

—No son muy diferentes a las que pude asistir en Francia, la verdad.

—Ya os lo dije. En todas partes son lo mismo. Espero que estéis satisfecha de la derrota de Brian de Monfort.

—¿Debería estarlo? —Aelis entornó la mirada sin comprender a qué había venido aquella suposición por parte de él.

—Lo supongo, después de que os repudiara —Ahora fue Hereward quien no entendió la reacción de Aelis. Por eso, paseó su mirada por toda ella desde los pies a la cabeza.

—Debo estaros agradecida de nuevo por haberlo derrotado —dedujo ella con una chispa de ironía y diversión—. No sabía que os hubieseis convertido en mi paladín.

—No exactamente pero...

—Respondedme a una pregunta. ¿Por qué me habéis proclamado reina de la belleza de las justas? —Aelis se llevó la mano hasta la tiara para rozarla. Hizo intento de quitársela, o al menos eso le pareció a Hereward. Por ese motivo sintió la mano de él sobre la suya así como su mirada fija.

—No os la quitéis. Os favorece.

—No iba a hacerlo —le aseguró sacudiendo su cabeza—. Solo quería

saber...

—¿Por qué no iba a hacerlo? Para mí sois la dama más bonita de las justas. Creí que os haría ilusión. A mi modo de ver os he hecho justicia.

Aelis se sintió desarmada ante aquella respuesta tan contundente. No había esperado en ningún momento un acto así por parte de él. Pero debía admitir que le había gustado.

—Os agradezco el cumplido pero...—la mirada inquisidora de él detuvo sus palabras. Sintió los nervios por todo el cuerpo y una extraña sensación de debilidad en sus piernas.

—Espero veros en el banquete final de las justas, como reina de la belleza que sois. No podéis faltar.

Aelis experimentó una decepción cuando escuchó la última parte de su comentario. Pensó que él quería tenerla a su lado porque en verdad así lo deseaba, y no porque fuera la reina de la belleza.

—Por supuesto. Soy la reina de la belleza según vos —le dejó claro acentuando el tratamiento con toda intención—. ¿Acaso pensáis que me debéis algo? ¿Qué tal vez sea de vuestra propiedad? —Ya lo había dicho. Aelis se había envalentonado y le había hecho la pregunta que llevaba tiempo con ganas de hacerle. Lo miró con los ojos entrecerrados y un acentuado rubor en sus mejillas.

Hereward la encontró preciosa con aquel toque de genio. Tanto dio un solo paso para volver hacia ella y situarse tan cerca esta vez que las puntas de sus botas quedaron ocultas bajo el vestido de ella. Tanto que Hereward pudo contemplar su reflejo en las pupilas de Aelis, titilando de rabia o de emoción. Le acarició la mejilla de manera lenta mientras ella sentía como su interior se iba calentando con gran facilidad. El deseo porque él la envolviera en sus brazos y la besara la pudo, la dominó sin que ella se apartara de él.

—No, no sois de mi propiedad Aelis. No sois comparable a mi caballo o a mi perro. A mi espada o a mi escudo. No sois un objeto. Vos sois una persona libre de ir dónde queráis o hacer lo que os plazca. Nunca os reclamaría como mía sin vuestro permiso —le dejó claro deseando que ella se alzara y lo besara como la noche en la que la hizo suya.

Aelis tenía la boca seca. La garganta cerrada para dejar salir sus palabras, que no eran sino aquellas que inundaban su mente en ese momento. Contempló a Hereward con una mezcla de sorpresa y recelo. De ternura y expectación. ¿Cómo se suponía que iba a pedirle lo que él le había dicho? ¿Que la reclamara a su lado? ¿Y ella estaba tan loca como para compartir su

vida con aquel sajón?

En ese preciso instante en el que ambos parecían estarse sincerando, Athelstane apareció en la tienda.

—Disculpa, desconocía que tuvieras visita —dijo haciendo referencia a Aelis.

—Yo... tengo que marcharme. Vuestra hermana... —ella titubeaba sin sentido aparente. No sabía muy bien qué decir como excusa para salir de la tienda de él y tratar de olvidarse de lo allí hablado.

—Rowena os aguarda afuera. He estado charlando con ella hace un momento —le dijo Athelstane para estupor de Aelis, quien no pretendía que Hereward supiera que tanto su hermana como ella habían permanecido fuera de la tienda escuchando la conversación que Brian de Monfort y él habían tenido. Sin decir nada más, ni un simple gesto, agachó la cabeza y se volvió saliendo de la tienda más confusa de lo que estaba cuando penetró en esta.

Hereward se quedó callado e inmóvil en el sitio mientras Athelstane lo contemplaba esperando su reacción.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —le preguntó Hereward algo molesto por la maneras de este.

—¿No vas a retenerla?

Hereward no entendía a qué venía aquella apreciación por parte de su amigo.

—¿Por qué? Que yo sepa no es nada mío —le dejó claro pensando en lo que estaba hablando con Aelis cuando Athelstane entró en la tienda—. Y ahora, dime, ¿qué quieres?

—Venía a confirmarte que el caballo, la armadura y las armas de Brian de Monfort ya están en nuestro poder. Y que están todas dispuestas para ser subastadas al mejor postor.

Hereward permaneció unos segundos ausente meditando su situación con Aelis. ¿Qué derechos tenía él para reclamarla? Ciertamente que la había besado y que ella había aceptado compartir la cama con él, pero... ¿qué haría para convencerla de que se quedara con él en Torquilstone?

—Hay que venderlo todo a buen precio. Aprovecharemos este día aquí para intentarlo y no regresar con ello, sino con una buena bolsa de monedas que añadir al rescate del rey. Eso es lo que debe importarnos.

Athelstane asintió.

—También habrá que añadir la bolsa que Sir Robert ha ganado en la prueba de tiro con arco.

—Con esa ya contaba —asintió Hereward palmeando a Athelstane en la espalda—. Vayamos a ver a los demás.

—¿Qué piensas hacer con lady Aelis, en serio? —La pregunta detuvo a ambos sajones en la entrada de la tienda.

Hereward resopló.

—Estoy esperando a ver qué quiere ella. ¿Qué espera del futuro? Por lo pronto yo debo centrarme en reunir el rescate de Ricardo, ya lo sabes. Nada ha cambiado. Y aunque lo hiciera, ya no tendría sentido —le aclaró un Hereward que pensaba en que le resultaría complicado separarse de ella, si llegaba el caso de que Aelis quisiera partir de vuelta a Francia—. ¿Y tú? ¿Qué me dices de lady Loana? Se os ve pasar juntos mucho tiempo...

Athelstane sonrió.

—Aunque cambies de tema conmigo, eso no te ayudará a resolver tus asuntos con lady Aelis.

Hereward contempló de malas maneras a su amigo. Era cierto. Por mucho que quisiera abstraerse de pensar en ella, nada ni nadie lo conseguía. Ni si quiera mantenerse ocupado con el tema del rescate del rey Ricardo. Porque siempre había algo, que le hacía volver a pensar en ella. Y si no decidía pronto una solución, acabaría por volverse loco. Aelis le gustaba, le atraía, la deseaba, pero... ¿la llegaría a ver como la señora de Torquilstone?

El príncipe Juan permanecía sentado a la mesa, repleta de manjares, observando con atención a los asistentes al banquete que se celebraba a la conclusión de las justas. Este tenía lugar en el castillo de la propia localidad de Ashby. Juan disfrutaba sin ningún reparo de este, así como de la ciudad en ausencia de su dueño, Roger de Quincy, quien había partido a la cruzada organizada por Ricardo, y todavía no había regresado.

Waldermar Fitzurse controlaba los movimientos de los sajones con su mirada, quienes disfrutaban de aquella pequeña victoria en las lizas. Derrotar a los caballeros cercanos al príncipe Juan era toda una fiesta para estos. Por no mencionar el concurso de tiro con arco. Pero también eran conscientes de que pasado ese día todo volvería a ser como hasta entonces.

—Malditos sajones —masculló el príncipe torciendo el gesto—. Piensan que porque ellos hayan ganado algunas de las pruebas de las justas, ya son los dueños y señores de Inglaterra.

—No os preocupéis mi señor. No son más que un pueblo sometido.

—Capaces de reunir el rescate de un rey, no lo olvides —le recordó Juan

lanzándole una mirada de clara advertencia a su consejero.

—Sin duda que con las ganancias del día de hoy...

—Eso es lo que más me preocupa. La cantidad obtenida por estos y que sin duda servirá para aumentar la que ya esconden en alguna parte.

—Nuestros espías no han logrado averiguar por el momento dónde la tienen.

—Si ese inútil de Monfort no hubiera embestido como un toro enfurecido a Hereward...

—Sin duda que el deseo de venganza le nubló la mente, señor. Pero podríamos emplearlo para...

—No. No me hables de ese inútil. Déjalo aparte que se lama las heridas. Además, ¿no te das cuenta de que no tiene interés alguno en lady Aelis? — Juan hizo un gesto con la mano en dirección al normando, quien parecía bastante entretenido con la compañía femenina de la que disfrutaba en ese momento—. Y en cuanto a ella... ¡Maldita traidora! ¡Una dama normanda que se alía con los sajones! Primero se sienta con ellos en la tribuna de Ashby; y ahora se atreve a compartir mesa con estos.

Fitzurse observó con atención la situación que se daba en el bando sajón. Lady Aelis y su dama de compañía compartían la misma mesa que los vencedores de las justas, Hereward y Sir Robert de York. Todos estos partidarios de Ricardo.

—Tal vez podríamos utilizarla como moneda de cambio —insinuó Fitzurse captando la atención del príncipe Juan.

—¿Cómo? Ya os he dicho que de Monfort cumplió su parte, y ya no nos vale. Ahora el sajón la tiene a ella y...

—¿Y si no la tuviera? —le interrumpió Fitzurse dejando al príncipe Juan más sorprendido.

—¿Qué estás tramando Waldermar?

—¿Y si jugáramos al mismo juego que propuso el sajón?

—¿Quieres secuestrarla? —preguntó Juan cada vez más intrigado observando a su consejero asentir con una sonrisa zorruna—. ¿Y qué diferencia habría?

—Qué si mis ojos no me engañan, el sajón pagará lo que pidamos por lady Aelis. Esa es la diferencia con Brian de Monfort —le aseguró haciendo un gesto con el mentón hacia la pareja, que ahora charlaba de manera distendida con una complicidad que cualquiera podría notar.

Por primera vez en lo que iba de día, el príncipe Juan se permitió sonreír.

—Disponlo todo para que así sea. Y no escatimes recursos. Ah, y yo no sé nada.

Waldemar Fitzurse sonrió como un viejo zorro haciendo una reverencia ante el príncipe. Este, por su parte, no apartaba la mirada de la pareja tratando de vislumbrar aquello que su consejero le acababa de indicar.

Hereward se sentía dichoso en aquel momento en el que Aelis permanecía sentada a su lado. Tenerla tan cerca le despertaba la sensación de raptarla una vez más y cabalgar de regreso a Torquilstone y encerrarla en su propia alcoba. Luego, dejaría que fuera ella la que eligiera la manera más placentera de pasar el tiempo. Recordaba la última conversación que había mantenido con Athelstane al respecto de Aelis. ¿Qué se suponía que iba a hacer con ella?

—¿Os divertís? —le preguntaba en ese preciso instante.

Aelis asintió sin apartar la mirada de Hereward. Por mucho que pretendiera mostrarse desinteresada en él, algo en su interior la empujaba a seguir a su lado. A buscar el ligero contacto de sus brazos sobre la mesa. Un brindis, una mirada, una sonrisa, un roce de sus dedos... Cualquier detalle por casual que fuera, lograba calentarle el alma y hacerla pensar en un futuro prometedor.

—Ha sido un día provechoso para vos y vuestros intereses, ¿no es verdad?

—Depende de a lo que os estéis refiriendo —Hereward acercó su rostro un poco más al de ella. La complicidad de la que disfrutaban era sin duda un acicate para intentar besarla.

Aelis sintió la respiración pausada de Hereward mientras la contemplaba de aquella manera tan directa. ¿Qué pretendía acercándose tanto? Esperaba que no se le hubiera pasado por la cabeza... ¿besarla allí mismo, delante de todos! Para evitarlo, Aelis retomó el tema de la conversación en su intento por alejarlo de cualquier idea alocada.

—Me refería a la cantidad de dinero que habéis obtenido y que sin duda se añadirá a la suma del rescate del rey.

Hereward sintió el golpe de la decepción cuando la escuchó referirse al rey. Por un momento esperó que pudiera indicarle lo que ella deseaba. Lo que ansiaba y que no fuera otra cosa que permanecer en Torquilstone para siempre. Que había desterrado la idea de marcharse.

—Sí, tenéis razón. En ese sentido todo marcha mejor de lo esperado antes de venir a Ashby. ¿Y vos? ¿Habéis logrado lo que pretendíais?

Aelis se sostuvo la mirada por un breve instante. Sintió como se le encogía el estómago pensando en ello. Desvió su atención del rostro de Hereward y expresó una débil sonrisa.

—¡Hereward, Hereward, mi viejo amigo! —vociferó Sir Robert acudiendo a su lado con una jara de hidromiel—. Un día redondo para el rey Ricardo.

—Sin duda que lo es, amigo —asintió Hereward desviando su atención de Aelis, quien en ese momento se levantaba de la mesa.

Rowena fue testigo del semblante de esta y se disculpó para seguirla.

—¿Crees que habrá suficiente?

Hereward permanecía confundido en la mirada de Aelis; en como la había bajado cuando él le preguntó por sus intereses.

Esta recorrió el pasillo que conducía al exterior del salón, y después hacia el patio del castillo donde recibió la suave caricia del viento en su rostro. Cerró los ojos por un instante para contener las lágrimas y para arrojar de su mente cualquier pensamiento que tuviera que ver con Hereward.

—Reconozco que yo también necesitaba un poco de aire —comentó Rowena cuando se situó a su lado—. El ambiente es algo cargado ahí dentro.

—No os había visto salir —Aelis se apresuró para pasar sus dedos por el trazo de las lágrimas para que Rowena no se diera cuenta.

—¿Qué ha sucedido entre mi hermano y vos? Parecéis turbada e inquieta. Pero si no queréis responder lo entenderé —se excusó Rowena arqueando sus cejas y mirando a Aelis con comprensión—. Cuando abandonasteis su tienda en el campo de Ashby no parecía que vuestra visita le hubiera agradado.

Aelis esbozó una tímida sonrisa.

—No es nada importante.

—¿Pensáis quedaros en Torquilstone o tal vez estáis considerando regresar a Francia?

Aelis miró a Rowena confusa por su pregunta. Ella no era ajena a lo que había sucedido entre su hermano y ella, luego no servía de nada preguntarle si regresaría a Francia.

—No puedo regresar a casa después de lo sucedido aquí. Eso creo ya os lo imagináis, Rowena —Esta asintió en silencio—. Y quedarme en Torquilstone junto a vuestro hermano... —la muchacha sajona la contempló dudar de sus pensamientos. Sí, la entendía. Comprendía cuál era su situación.

—Hereward puede ser algo testarudo en ciertos momentos, ya os lo dije la otra mañana. Pero al final siempre entra en razón. No desesperéis, Aelis.

—Si vos lo decís —le refirió con una sonrisa burlona.

—Estoy convencida de ello. Pero, ¿y vos? ¿Qué sentís por él? ¿Estaríais dispuesta a quedaros a su lado en el castillo?

Aelis abrió los ojos al máximo impactada por aquella pregunta tan directa. Sintió el ligero temblor en todo su cuerpo y el palpito en el pecho al pensar en esa posibilidad.

—Es algo que no me planteo mientras él no me diga lo que siente por mí. Tengo muy claro que no quiero ser una más de sus amantes. Antes prefiero dejar Torquilstone —le aseguró con total convicción de que llegado el caso estaba dispuesta a hacerlo a pesar de que no era algo que deseara.

—No creo que mi hermano os considere como tal, Aelis.

—Pero tampoco como la mujer con la que compartir la vida.

—Tal vez todavía no se haya dado cuenta de ello; o le falte un empujón para dar ese paso. Pero estoy segura de que llegado el momento no vacilará en demostrároslo. Os ama, o está muy cerca de sentirlo por vos.

Aelis apretó sus labios y contempló en silencio a Rowena deseando que tuviera razón. Que su hermano se decidiera a hacerla partícipe de sus pensamientos y de sus sentimientos. No quería abandonar Torquilstone bajo ningún concepto. Había encontrado un lugar donde quedarse y echar raíces.

—No quiero dejar Torquilstone después de lo que he encontrado en este. Y no me refiero solo a vuestro hermano, sino al cariño de toda su gente.

—¿Incluido mi padre?

—Incluido este.

—Llegué a escucharle preguntarnos en la grada si estáis lo bastante loca como enamoraros de mi hermano y desposaros con él.

Aelis bajó la mirada hacia sus manos y sonrió de manera tímida. El calor incendió su rostro pensando en esa remota posibilidad.

—Seguro que lo dijo en su momento producido por la tensión del momento.

—Yo más bien creo que lo decía en serio porque se ha dado cuenta de lo que le importáis a mi hermano —Rowena cogió las manos de Aelis entre las suyas propias y la miró de manera fija—. No os marchéis de Torquilstone, mi señora.

Aelis entreabrió los labios para decir algo pero la sinceridad y el cariño de la joven dama sajona la dejaron sin palabras.

Lady Aelis terminaba de recoger sus cosas en la taberna en la que se habían alojado. Después de la conversación mantenida con Rowena, apenas si había intercambiado unas palabras con Hereward; tan solo para aclarar ciertos aspectos relacionados con el viaje de regreso. El golpe en la puerta de la habitación que ocupaba, hizo que lady Loana caminara hacia esta para abrir.

—Debe ser Athelstane —dijo lady Loana con un tono que Aelis envidió. Con el paso del tiempo ella no había sido ajena a las idas y venidas de su dama de compañía, y el saujón.

Pero cuando abrió la puerta, lo que menos esperaba lady Loana era encontrarse con varios hombres embozados en capas y cubiertos con capuchas. Uno de ellos le tapó la boca con su enorme mano para evitar que gritara mientras la cogía por la cintura con suma facilidad. Otros dos penetraron en la habitación e hicieron lo mismo con Aelis, pero esta si tuvo tiempo de gritar antes de que los dos desconocidos hicieran lo mismo que con lady Loana.

Aelis forcejeó con todas sus fuerzas intentando liberarse, pero las manos de sus captores eran como grilletes sobre sus muñecas. Pataleó logrando alcanzar a uno de ellos pero esto no lo hizo desistir del cometido por el que los habían contratado.

El ruido de golpes y gritos alertó a Hereward en su propia habitación. Miró a Godwin y a Athelstane, quienes en esos momentos se habían reunido con él para hablar de la suma de dinero obtenida por la venta del caballo y de las armas de los caballeros normandos derrotados en las lizas.

—¿Qué significan esos golpes? —preguntó Hereward mirando con el ceño fruncido a sus dos amigos, mientras cogía su espada camino de la puerta.

Cuando salió al pasillo fue justo para repeler el ataque de uno de los desconocidos que se llevaban a Aelis y a lady Loana.

—¡Id tras ellos! —ordenó a Athelstane y a Godwin mientras Hereward intercambiaba golpes de espada con aquel extraño.

Lady Aelis y lady Loana fueron poco menos que sacadas a rastras de la taberna. Un nutrido grupo de hombres se encargó de ellas y abandonó el lugar mientras Hereward salía en ese momento por la puerta para verlos alejarse al galope, antes de que alguien oculto en las sombras lo golpeará en la cabeza y este cayera inconsciente.

Cuando despertó, lo primero que sintió fue el constante dolor de cabeza y el zumbido en sus oídos. Abrió los ojos de manera lenta para acostumbrarse a la claridad. Se incorporó y fijó su atención en las personas que lo rodeaban.

—¿Dónde está ella? —fue lo primero que preguntó mirando a todos.

—Se la han llevado —le informó Athelstane—. Te encontramos tirado a la puerta de la taberna. Al parecer alguien te estaba esperando para golpearte y evitar que fueras tras ellos.

—¿Quiénes eran? ¿Cuántos? ¿Dónde la han llevado? ¿Algún indicio?

—No hace falta pensar demasiado si tenemos en cuenta el resultado de las justas, ¿no? La derrota de los normandos debe haber molestado mucho a alguien —se aventuró a decir Athelstane captando la atención de los presentes.

—¿Te estás refiriendo a Brian de Monfort? —preguntó Hereward recordando su última conversación en su tienda al finalizar las justas.

—Yo más bien me inclino por el príncipe Juan. No sería nada descabellado pensar en este como principal actor —señaló Godwin captando la atención de los otros dos sajones.

—¿Por qué piensas que ha sido él? —le preguntó Athelstane sorprendido por la acusación de su amigo.

—Porque se supone que Brian de Monfort no tiene interés en lady Aelis —apuntó Godwin contrariado por aquella acusación de su amigo.

—Yo no estaría tan seguro —la ronca voz de Eadric captó la atención del resto. Contempló a su hijo y prosiguió—. Su interés ha cambiado hacia ella. No le interesa como esposa, sino como moneda de cambio. Y creo saber lo que va a pedir. Lo has humillado en repetidas ocasiones. Primero con el secuestro de su prometida. Y después en las justas.

—Si tan seguro estás de que se trata de Brian de Monfort podríamos ir hasta su castillo y... —se aventuró Hereward preso de la agitación que sufría al no saber nada de Aelis. Y más por no haber estado a su lado en el momento en el que se produjo el secuestro.

—¿Y qué? —le interrumpió Eadric—. ¿Piensas que ese normando te la va a entregar de buenas a primeras? Pedirá un rescate como el que tú mismo le solicitaste.

—¿Y el príncipe? Podría ser una artimaña suya.

—No. Juan ladra, pero no muerde. Por eso se rodea de sus caballeros normandos. Son sus perros de presa. Fieles hasta el fin a cambio de riquezas y honores. No, a Juan no lo veo capaz. Pero a Fitzurse... —Eadric dejó su comentario en el aire mientras contemplaba a los tres sajones con una ceja arqueada en señal de recelo.

Hubo un momento de silencio mientras todos reflexionaban sobre este asunto. Si las palabras del viejo sajón eran ciertas, Hereward tendría que decidir entre la mujer o su rey.

—Es posible lo que dices. Después de todo, Brian de Monfort no ha olvidado mis dos afrentas contra él. Un normando no olvida. Y más después de exigirme que se la devolviera cuando se presento en mi tienda para hacerme entrega de sus armas y de su caballo. —le dejó claro Hereward.

—¿Hizo eso? —Godwin contempló a su amigo sin salir de su asombro.

—Brian de Monfort es un perro fiel del príncipe Juan —intervino Eadric—. ¿Qué piensas hacer? ¿Ir tras la normanda? —Eadric arqueó una ceja con recelo y suspicacia. No era ajeno a lo que había surgido entre esta y su propio hijo. Y que este estaba tan loco como para enemistarse con quien hiciera falta con tal de recuperarla. Incluso lo veía capaz de entregar todo el dinero reunido para Ricardo a cambio de la dama normanda.

—Iré a ver a Brian de Monfort y trataré de llegar a un acuerdo con él para que la libere.

—No te será nada sencillo teniendo en cuenta lo que tú hiciste con él —le advirtió Eadric frunciendo los labios y sacudiendo la cabeza sin terminar de creer que su hijo fuera a hacerlo.

—No tengo otra salida que la de recuperar a lady Aelis —dijo con un tono determinante observando el cambio en el semblante de su padre.

—Te marchaste a la cruzada contra mi voluntad. Y ahora pretendes hacer lo mismo por una mujer normanda.

—No puedo dejarla en manos de Brian de Monfort —protestó de manera enérgica Hereward.

—Ni de ningún otro hombre, sea normando o sajón —añadió su padre convencido de que su hijo se movía por los sentimientos personales hacia lady Aelis que por una cuestión de honor—. ¿Y qué vas a hacer si te pide el dinero que tienes reunido para rescatar a Ricardo?

Pero Hereward no le rebatió dicho comentario, sino que se preparó para partir hacia el castillo del normando con el único propósito de recuperar a lady Aelis y a su dama de compañía y llevarlas de regreso a Torquilstone, el lugar que les correspondía. No quería pensar en que esa posibilidad se produjera. Pero de hacerlo, ya lo pensaría a su debido tiempo.

—Iremos contigo —anunció Athelstane.

—No. Quedaos junto a mi padre. Es mejor que aparezca solo. No me fio de ese normando si nos ve aparecer a unos pocos. Regresaré a Torquilstone con noticias y tomaremos la mejor de las soluciones a las que lleguemos. Avisad de este contratiempo a Sir Robert.

Hereward abandonó la posada y subió a su caballo consciente de que iba

en busca de algo más que una dama normanda. Más que una mujer hermosa.  
Iba en busca de su propio destino.

## CAPÍTULO 11

Lady Aelis y lady Loana fueron conducidas al interior de una amplia habitación. La primera se revolvió de forma rápida e intentó llegar hasta la puerta antes de que esta se cerrara con un ruido estridente. La aporreó de manera incesante en un vano intento porque sus captores le hicieran caso. Apretó los dientes con furia e insistió.

—¡Sacadnos de aquí!

Sus fuerzas comenzaron a menguar a medida que la angustia de verse de nuevo encerrada la envolvía. Maldito el día en que puso un pie en Inglaterra se decía una y otra vez. Desde su llegada a esa tierra no había tenido un solo momento de tranquilidad, ni si quiera con Hereward pues siempre estaba a la defensiva con él. Deseaba cerrar los ojos y que al abrirlos se encontrara en sus aposentos en la casa de su padre en Bolougne-sur-la-mer. Que este no le pidiera que emprendiera el viaje a Inglaterra para casarse. Que no tuvieran problemas de dinero. Quería que nada de todo lo vivido hubiera sucedido. Pero cuando escuchó la voz de lady Loana, supo que no era así.

—Calmaos señora. No conseguiréis nada con aporrear la puerta salvo haceros daño —Lady Loana se acercó a ella para darse cuenta de sus ojos llorosos, sus mejillas encendidas por el llanto y sus nervios sacudiendo el cuerpo de su señora.

Poco a poco Aelis pareció serenarse mientras se quedaba sentada en el suelo con la espalda y la cabeza apoyadas contra la puerta.

—¿Qué hemos hecho para que nos pasen todas estas cosas?

—Alguien no está utilizando como moneda de cambio, lady Loana —le aseguró Aelis mirándola de manera fija—. Primero los sajones para conseguir dinero de los normandos para pagar el rescate de Ricardo.

—¿Y ahora? ¿Creéis que han sido normandos los que han llevado a cabo esta acción? —Lady Loana no salía de su asombro al llegar a esa conclusión.

—¿Quiénes si no? Estoy segura que Brian de Monfort tiene algo que ver en todo esto. Aunque dijera lo contrario, está dolido por su derrota en las lizas de Ashby a manos de Hereward. Eso y que yo aceptara quedarme en Torquilstone pese a que él no pagó mi rescate, Loana.

—Bien mirado es el único que tiene un interés especial en vos, mi señora. Pero, ¿por qué ahora? Rompió el compromiso cuando supo lo de vuestra familia.

—La venganza y la codicia, mi querida Loana. Tal vez pida un rescate

por liberarnos. Una cantidad que impida al pueblo sajón liberar a Ricardo. Estamos en medio de una conspiración en toda regla para evitar que el legítimo rey regrese a Inglaterra, ¿no te das cuenta?

—Desde el principio hemos sido peones en esta partida —comentó lady Loana dejando la mirada fija en el vacío—. ¿Esperáis que Hereward pague por liberarnos?

Aelis expresó una tímida sonrisa. Sentía la opresión en el pecho porque no estaba del todo segura que este hecho se produjera. Las palabras parecían atascadas en su garganta, como si no quisieran salir por su boca.

—Loana, ten presente que Ricardo está por encima de nosotras. El fin de Hereward y los sajones es liberar a su rey. Y nosotras solo somos dos mujeres normandas presas en un castillo. ¿Por qué habría de hacerlo? No sacrificaría el dinero del pueblo sajón para liberarnos —le resumió su situación con un tono pesaroso porque o mucho se equivocaba o Hereward no destinaría el dinero del rescate del rey a ellas—. Solo confío en tener la oportunidad de poder hablar con Brian de Monfort y echarle en cara su cobardía en ambos casos. Primero al romper el compromiso y ahora por raptarnos —la mirada de lady Aelis refulgió de rabia, y pronto, su angustia se transformó en una ira que estaba dispuesta a descargar contra el normando en cuanto lo viera.

Waldemar Fitzurse permanecía de pie con un brazo sobre la repisa de piedra de la chimenea. Observaba las danzarinas llamas del fuego que crepitaba en esta, arrojando una intensa ola de calor hacia el exterior. En su cabeza daba vueltas a la manera de solucionar aquella situación que ahora se le planteaba. Hasta ese instante todo se había desarrollado como esperaba. Pero, a partir de ese instante solo había una salida posible: pedirle al sajón el montante por el rescate de Ricardo para que no tuviera opción de llevarlo a cabo. Solo así, el príncipe Juan se mantendría seguro en el trono durante algo más de tiempo. ¿No había acusado a sus caballeros de no ser capaces de defenderlo? ¿De asegurar sus puesto en el trono de Inglaterra? Pues él lo haría y creía estar convencido de que el sajón no vacilaría en pagar por la vida de las dos mujeres que habían sido conducidas al piso superior de su fortaleza.

El sonido de pasos, alertó a Fitzurse quien se alejó del calor para observar a su ayudante caminar hacia él.

—¿Y bien?

—Las dos mujeres están a buen recaudo, señor. No tenéis que preocuparos por ellas.

—Procurad que no les falte de nada en todo momento. No queremos que sufran ningún percance el tiempo que estén aquí, que espero y confío que sea más bien poco —le ordenó al hombre que se limitó a asentir—. Por otro lado, necesito que hagáis llegar este documento a Torquilstone. A estas horas los sajones que lo habitan se estarán preguntando dónde diablos habrán sido conducidas las dos mujeres. Cuanto antes obtengamos una respuesta, mejor para los intereses de príncipe Juan —Fitzurse le entregó un pergamino enrollado, sellado y atado con una cinta.

—Transmitiré vuestras órdenes al servicio de la casa y enviaré un jinete a Torquilstone ahora mismo.

Fitzurse volvió a quedarse a solas. Caminó por el salón con las manos a la espalda pensando en el tiempo que le llevaría a Hereward reunir los ciento cincuenta mil marcos de plata que le exigía a cambio de la vida de las dos mujeres. Este no era como Brian de Monfort, un tipo débil y manejable como así había quedado demostrado desde el primer momento en que el sajón capturó a su prometida. Hereward pagaría el rescate porque según había observado durante las lizas en Ashby, había algo que lo ataba a la tal lady Aelis. Por eso estaba convencido de que todo se resolviera pronto y que él se quedara con esta, y sin rey.

Hereward llegó frente a las puertas del castillo de Sir Brian de Monfort dispuesto a negociar la liberación de las dos mujeres. Intuía que no sería nada sencillo después de que él mismo hubiera raptado a Aelis y a Loana, y que después le hubiera pedido un rescate por ambas. Para añadir más leña al fuego lo había derrotado en Ashby despojándolo de su caballo y sus armas. Hereward sospechaba que el normando estaría rabioso por la humillación sufrida, y eso mismo lo convertía en alguien peligroso como había señalado su padre.

Los vigías de las almenas divisaron al jinete acercándose al castillo.

—¡Alto, ¿quién va?!

—Soy Hereward. Busco a Sir Brian de Monfort. Y vengo desarmado —les hizo saber apeándose de su caballo para que vieran que no portaba espada o daga.

—¿Por qué lo buscáis, sajón?

—Lo que tengo que tratar lo haré solo con él —le expuso Hereward con voz determinante.

El soldado asintió y transmitió la orden para que fueran a buscar a su

señor. Hereward permaneció mientras tanto frente a las puertas de la fortaleza esperando que el normando apareciera. Confiaba en que pudieran poner fin a aquella situación, nada ventajosa para ninguno.

Sir Brian de Monfort apareció en lo alto de la almena al cabo de un tiempo. Contempló extrañado a Hereward porque sin duda que era la última persona a la que esperaba ver en esos momentos. No dio crédito a las palabras del soldado que fue en su busca.

—¿Qué queréis? ¿No habéis tenido bastante con arrebatarme a mi prometida, mi caballo, mis armas y mi honor? —le preguntó elevando el tono de su voz con gesto furioso—. Podría ordenar a un arquero que os matara y nadie lo sabría.

—Pero no vais a hacerlo porque queréis saber lo que tengo que deciros.

—Hablad pues. No tengo todo el día para vos.

—He venido a buscar a lady Aelis y su dama de compañía.

Brian de Monfort frunció el ceño y no se movió ante aquella información. Apoyó las manos abiertas sobre la piedra de la muralla y se inclinó hacia delante.

—¿Qué os hace pensar que están aquí?

—Vos sois el más interesado en estas. Las habéis secuestrado para devolverme mi afrenta con vos, ¿no es cierto? —Hereward dio un paso al frente cerrando sus manos en puños—. Para vengaros de la derrota en Ashby, ¿tal vez? Lo dejasteis claro cuando fuisteis a mi tienda.

Sir Brian sonrió en un principio y luego explotó en una cadencia de carcajadas que no gustaron nada a Hereward. Sabía que él se regocijaría con la situación.

—De manera que alguien os la ha arrebatado, vaya. Y vos habéis pensado que he sido yo —dedujo el normando sin poder contener la risa—. Pues estáis equivocado, sajón. Aquí no están. ¿Por qué habría de raptarlas como hicisteis vos? ¿Por que me derrotasteis en las lizas de Ashby? No seáis iluso. ¿Qué me puede importar perder un caballo y una armadura? Espero que os hayan dado una buena suma por ello —ironizó Sir Brian—. Además, tengo una nueva pretendiente a ser mi esposa. Y esta si tiene una buena dote. Lady Aelis dejó de interesarme desde el momento en que se quedó en vuestro castillo. Y luego me llegó la información de que su familia iba a ser expulsada de la corte en Francia. Apuesto a que ya no es una simple doncella. Ni tiene riquezas que ofrecer —se burló el normando que disfrutaba sin quererlo de una pequeña venganza. Alguien acababa de servirle en bandeja la manera de

reírse de Hereward por las afrentas que este le había producido.

—Os mostrasteis interesado en ella en Ashby.

—Fue en el fragor del momento. Estaba dolido por vuestra victoria, solo eso. Pero se me pasó en cuanto regresé aquí.

—Todo saben que fue el príncipe Juan el que os prohibió pagar su rescate.

—¿Y si así fuera? Me debo a él, como vos a su hermano Ricardo. En cuanto a las damas, os repito que no están aquí. De manera que podéis marcharos cuando queráis. Si no estáis convencido de mis palabras, os invito a recorrer el castillo si os place. Pero repito que no las encontraréis, sajón —le espetó con dureza—. Sabed que yo no soy el más interesado en haceros pagar un rescate por las damas para evitar la libertad de Ricardo. Y ahora me retiro a descansar —le despidió entre risas retirándose de la almena de su castillo.

Hereward permaneció allí de pie frente a las murallas del castillo de Brian de Monfort. Quería creer en sus palabras pero le resultaba algo complicado después de lo que había sucedido entre ellos. No obstante no debía dejarse llevar por ese sentimiento de venganza. Tal vez el normando le estuviera diciendo la verdad y él no tuviera nada que ver en la desaparición de lady Aelis y lady Loana, después de todo. Por otra parte, la persona más interesada en que Ricardo no regresara a Inglaterra era el príncipe Juan. ¿Tendría este algo que ver en la desaparición de las dos damas? Le costaba creer que el propio príncipe se manchara las manos en algo así. Pero teniendo en cuenta que era la corona de Inglaterra la que estaba en juego, no podría descartarlo. Recordó que había sido Godwin quien había sugerido el interés del príncipe en todo aquello, y los demás habían dudado de esa acusación, incluido el viejo Eadric.

Volvió a su caballo y emprendió el camino de vuelta a Torquilstone pensando en presentarse ante el mismo Juan y pedirle qué quería a cambio de las dos damas, si seguía considerando al príncipe como principal instigador de la desaparición. Hereward no tuvo dudas a la hora de responderse así mismo a esa pregunta. No, Juan no se vería implicado de una manera directa, sino su hombre más cercano: Fitzurse. A este si lo creía capaz de eso y de más. Con ese pensamiento instó a su montura a galopar y llegar cuanto antes a Torquilstone. Tras consultar sus sospechas con su padre y los demás, verían cuál era la mejor forma de abordar la situación.

Cuando Hereward se dirigió a hablar con su padre, supo por el semblante

de este que algo no marchaba bien. Eadric tenía el ceño fruncido y apretaba los labios hasta hacerlos desaparecer por completo. En sus manos tenía un pergamino.

—De Monfort no sabe nada de Aelis ni de Loana. Asegura que no las retiene.

—Y con razón que te diga algo así —le dijo tendiéndole el documento, que había llegado en su ausencia, para que lo leyera.

Hereward bajó su mirada del rostro de su padre a las letras manuscritas en el papel. Su rictus cambió al instante.

—Ciento cincuenta mil marcos de plata a cambio de lady Aelis y lady Loana —leyó con voz queda Hereward.

—El rescate de Ricardo —precisó Eadric de mala gana.

Hereward permaneció en silencio considerando lo que aquello suponía.

—Alguien intuye que disponemos de esa cantidad —comentó Athelstane.

—El príncipe Juan —sentenció Hereward de manera clara y rotunda extendiendo el pergamino sobre la mesa clavándolo en esta con una daga. Luego levantó la mirada hacia su padre.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¿Quién es el único beneficiario de que Ricardo siga preso en Alemania?

—Ten cuidado, muchacho. Ir contra el príncipe Juan puede causarte serios problemas —le aconsejó Eadric sujetándolo por el brazo.

—Si Ricardo estuviera libre...

—Podemos libertarlo, Hereward. Tenemos algo más que la cantidad para su rescate. Las donaciones van en aumento —le aclaró Godwin tratando de hacerle ver que podían tener al rey en unos días.

En ese momento un hombre penetró en el salón donde permanecían todos reunidos.

—El judío Jacob espera para veros —anunció captando la atención de todos. La presencia del patriarca de la comunidad judía de York solo podía significar noticias acerca del dinero que la comunidad judía aportaría al rescate del rey.

—Hazlo pasar de inmediato —ordenó Eadric igual de impaciente que los demás, por saber qué tenía que contarles—. Confíemos en que traiga mejores noticias que las que tenemos.

Jacob apareció en el umbral de la puerta y penetró al interior de salón bajo la atenta mirada de todos.

—Se bienvenido Jacob —Eadric fue el primero en saludarlo—. ¿A qué debemos tu visita?

—La paz sea con vosotros. Vengo a haceros entrega del dinero recaudado en York —anunció haciendo una seña a otros dos hombres que le acompañaban portando un pequeño baúl, que Jacob dio orden de colocar sobre la mesa. Este lo abrió mostrando una nada desdeñable cantidad de monedas de plata—. Espero que sea suficiente para conseguir que el rey quede en libertad.

—Sin duda que lo será —asintió Hereward—. Emplearemos este dinero en comprar la libertad de Ricardo.

—En ese caso, no os molesto más y regreso a York.

—¿No deseáis quedaros? Tus hombres y tú debéis estar cansados del viaje. Al menos reponed fuerzas. Es lo menos que puedo hacer por vosotros por este sacrificio que habéis hecho a favor del rey —le dijo Eadric señalando el cofre repleto de monedas.

—Está bien. No rechazaré vuestra hospitalidad.

—Con esto creo que tenemos más que suficiente para libertar a Ricardo —asintió Hereward, cuya satisfacción no era plena porque en ese momento una parte de él pensaba en Aelis e Loana y en la manera de rescatarlas.

—Tal vez con lo que tenemos guardado y esto de los judíos podríamos tener suficiente para pagar el rescate de lady Aelis y lady Loana —sugirió Athelstane esperanzado al ver el gesto de preocupación de Hereward.

—No estoy seguro de ello. Pero no perdemos nada con ir a comprobarlo. Podemos pedir a Jacob, ya que está aquí, que nos haga un cálculo de los representa en marcos de plata. Él es un experto en números —sugirió Hereward—. Confío que al menos tengamos para liberar al rey. De ese modo todo sería más sencillo una vez que Ricardo esté de regreso en Inglaterra.

—¿Qué haréis si lo que hemos obtenido solo cubre un rescate? —Athelstane sabía que aquella pregunta ya se la habría hecho el propio Hereward en algún momento.

—Llevamos reuniendo el rescate del rey durante mucho tiempo. Hemos pedido un enorme esfuerzo al pueblo para reunirlo. Sajones, judíos, y normandos contrarios a Juan, todos ellos han colaborado. De manera que todo lo entregado se empleará para comprar la libertad de rey —dijo con voz solemne.

—¿Y lady Aelis y lady Loana?

Hereward resopló. Ella era tan importante como el rey, pero...

—Veamos primero de qué cantidad disponemos —sugirió Hereward abriéndose paso hacia el habitáculo secreto en el que los sajones habían ido acumulando el rescate del rey.

Fitzurse recibió la visita del propio Juan momentos después de que el mensajero enviado a Torquilstone regresara tras hacer entrega de las peticiones de su señor.

—¿Tenéis a las damas? —Juan miró fijamente a su consejero, quien asintió—. ¿Y ahora, esperáis seguir adelante con vuestra idea?

—Envié un mensajero a Torquilstone para hacerles saber que si querían verlas libres, deberían pagar la misma cantidad que por Ricardo —le informó Fitzurse con soberbia.

—¿Pensáis que lo pagarán? Porque no me creo que ese sajón entregue semejante cantidad, de tenerla, por una mujer.

—Si mis indicios son claros, Hereward no vacilará en pagar el precio fijado por lady Aelis.

—¿Y si no lo hiciera? ¿Y si liberara a mi hermano? ¿Lo habéis pensado? De hacerlo, Ricardo tomaría vuestras posesiones y liberaría a las dos damas.

—No lo hará. El sajón pagará el precio estipulado por ella —se reafirmó Fitzurse molesto porque el príncipe Juan pensara lo contrario a lo que él creía.

—Más os vale tener razón porque si no, no habrá un sitio en toda Inglaterra, por muy recóndito que sea, para poder esconderos de la furia de mi hermano. Quedáis advertido.

—Quedaos tranquilo *majestad*. Vuestro hermano seguirá preso una larga temporada —Fitzurse sonrió con autosuficiencia pese a que el propio Juan no parecía convencido del todo.

Si Ricardo quedaba libre regresaría a Inglaterra para restaurar todo de la misma manera en la que lo dejó cuando partió a la cruzada. Eso implicaba arrebatarle las tierras y propiedades a los normandos, incluido Fitzurse. Sin mencionar el castigo que recibiría por el rapto y cautiverio de las dos normandas.

Y en cuanto a él mismo, ya podría ir rezando para que su hermano no se enterara de que detrás de su cautiverio estaba él mismo. Conocía la ira de Ricardo y no le gustaría enfrentarse a ella.

—Está bien, al menos prometedme que las damas no sufrirán ningún daño, y que gozarán de todas las comodidades posibles.

—Tenéis mi palabra. No obstante, vos mismo podéis verlas si así lo

deseáis —Fitzurse señaló con el brazo el piso superior poniendo un pie en el primer escalón de la escalera que conducía a este.

El príncipe Juan vaciló por un instante antes de seguir escaleras arriba a su consejero.

Todas las miradas estaban puestas en Jacob mientras este permanecía sentado a la mesa sobre la que los sajones habían amontonado joyas, cofres repletos de monedas, dagas cuyas empuñaduras y vainas estaban adornadas con piedras preciosas, bolsas de cuero con monedas que en algunos casos sobresalían por el borde de estas y demás pertenencias de valor que tanto el pueblo sajón como aquellos normandos contrarios a Juan, habían aportado. A todo ello había que sumarle la contribución del pueblo judío.

—Sin duda que aquí hay más que suficiente para el rescate del rey —comentó Jacobo paseando su mirada por aquel tesoro.

—¿Vos podríais calcular el importe total de todo esto, Jacob? —La impaciencia por saberlo hacía que Hereward se mostrara inquieto. Necesitaba conocer lo antes posible el montante total de todo aquello.

—Sí, por supuesto. Pero me llevará algo de tiempo —confesó desviando la mirada hacia el sajó.

—Entonces comenzad.

—Un momento —todos se volvieron para ver aparecer a Sir Robert de York y varios de sus hombres—. Falta esto —arrojó una nueva bolsa de monedas al montón allí reunido—. Gentileza de una dama normanda. Era el peaje a pagar por cruzar el bosque de Sherwood —asintió con total naturalidad Sir Robert mirando a Hereward.

—¿Desde cuándo cobráis tributo por cruzar dicho bosque? —preguntó Eadric confuso por aquella revelación.

—Desde que supimos que se necesitaba dinero para el rescate del rey Ricardo. Solo cuando él esté de regreso, el peaje desaparecerá.

—Será mejor dejar a Jacob y a sus ayudantes a solas mientras realizan el cálculo de todo esto —apuntó Hereward instando a los demás a abandonar aquel reducido espacio iluminado tan solo por las llamas de varias lámparas de velas y candelabros.

Sir Robert se alejó junto a Hereward para transmitirle las noticias que había recibido de sus hombres.

—Me han dicho que un grupo de caballeros normandos llegaron al galope la otra noche al castillo de Waldemar de Fitzurse. No sería relevante si a mis

espías no les hubiera llamado la atención el hecho de que llevaban dos bultos sospechosos.

—¿Al castillo de Fitzurse? —Hereward sujetó por los brazos a Sir Robert y lo contempló de manera fija sintiendo que el pulso se le aceleraba. El hombre más cercano al príncipe, pensó Hereward. Ahora todo parecía empezar a encajar. La mano de Juan no estaba muy lejos de todo aquello, después de todo como le había dejado caer Brian de Monfort con sus palabras.

—Así es. Te lo comento porque he pensado que bien podrían tratarse de lady Aelis y su dama.

—Sabía que si no era Brian de Monfort, la otra persona interesada en ellas sería Juan en su intento por retrasar el pago del rescate de Ricardo. Intenta evitar que liberemos a su hermano a toda costa para que regrese a Inglaterra.

—Podríamos tomar la fortaleza de Fitzurse sin problemas. No es un castillo inexpugnable, por suerte. Además, conozco a alguien que estuvo sirviendo en esta casa y sabe cómo entrar sin que lo sepan.

—Primero debería tratar de negociar con Fitzurse. No queremos derramar más sangre sajona.

—Fitzurse no querrá. Tratará por todos los medios que todo esto sirva para impedir el rescate de Ricardo —le aseguró señalando la cantidad de monedas, joyas y demás baratijas apiladas sobre la mesa—. Pero se hará cómo tú quieras. Desde este mismo momento mis hombres están a tu entera disposición para lo que los necesites.

—Agradezco tu ofrecimiento. Si Ricardo regresa muchos tendrán que rendir cuentas ante él. Empezando por Fitzurse, al parecer no le perdona que este rechazara a su hermana como esposa, para casarse con Berengaria de Navarra. Y ahora pretende retrasar todo lo posible su regreso a Inglaterra, en complicidad con Juan —resumió un Hereward enfurecido por estas conclusiones.

—Ricardo hará justicia en cuanto llegue a Inglaterra.

—Pero para ello, primero hay que liberarlo —le dejó claro posando su mano en el hombro de Sir Robert.

Lady Aelis continuaba absorta en sus pensamientos mientras lady Loana la contemplaba. El sonido del cerrojo de la puerta alertó a ambas que intercambiaron una fugaz mirada llena de esperanza primero, y preocupación y recelo a continuación. Tal vez se tratara de su captor que venía a dejarlas

marchar; o bien algo peor.

Las dos mujeres se situaron frente a la puerta en actitud defensiva ante lo que pudiera tenerles deparado el destino. Lady Aelis buscó con su mirada algún objeto contundente con el que defenderse pero cuando quiso reaccionar Fitzurse abrió la puerta entrando en la habitación y dejando paso al príncipe Juan.

Aelis se quedó boquiabierta cuando lo reconoció y aunque en un principio pensó que todo quedaría aclarado y que ambas quedarían libres, algo en la mirada y el gesto del príncipe le hizo pensar todo lo contrario. Sabía que este no era partidario de su hermano Ricardo porque había obtenido el trono de Inglaterra en vez de él. Y todo a pesar de que este se había enfrentado a su padre Enrique II. Juan nunca pudo comprender este hecho y por ese motivo no le perdonaba su afrenta familiar. Eso, y que estando él en Irlanda su hermano nombrara como regente a Walter Longchamp durante su ausencia en la cruzada, y que no mandara a buscarlo a él a Irlanda.

Aelis contempló al príncipe Juan haciendo una leve reverencia ante ellas antes de dirigirles la palabra.

—Mis señoras, espero que os encontréis cómodas. Y que Fitzurse no escatime en satisfacer vuestras necesidades.

Aelis permanecía muda y expectante porque no daba crédito a lo que estaba viviendo. ¿Qué relación tenía el príncipe Juan con todo aquello? ¿Acaso él era el instigador de todo? ¿Estaban allí prisioneras por mandato suyo?

—¿Cómo podemos encontrar dicha comodidad estando retenidas? —le preguntó Aelis mirando al príncipe con los ojos entrecerrados, nerviosa e irónica a la vez. Sentía el impulso de abalanzarse sobre el príncipe y borrarle de su cara su sonrisa sarcástica.

—Sois mis invitadas, lady Aelis —intervino Fitzurse para evitar que el príncipe Juan se comprometiera.

—En ese caso, dejadnos marchar.

—Pero antes deberéis descansar de vuestro viaje.

—¡De nuestro rapto, señor! Nos sacaron a la fuerza de la posada en Ashby —le espetó rabiosa con él—. Una manera algo brusca de traer invitadas a vuestra casa.

—Lamento el comportamiento de mis hombres, lady Aelis.

—Vos sois el príncipe Juan, vos gobernáis Inglaterra y a vos me dirijo para acusar a este hombre de habernos raptado y traído aquí por la fuerza.

Pido que se nos deje libres.

El príncipe Juan sonrió.

—Lady Aelis, comprended que yo no mando en casa de mi secretario. Es él quien debe decidirlo. Yo no...

—Ya veo que ambos estáis de acuerdo en todo esto.

—¿A qué os referís, lady Aelis? ¿Y dónde queréis marcharos? Sir Brian de Monfort rompió vuestro compromiso. Ya no le interesáis.

—Sí, es cierto. Pero hay gente que nos espera; gente que no nos ha dado la espalda en el momento preciso.

—Hereward, el sajón —señaló Fitzurse con una mueca de desprecio hacia este.

—Sí. He encontrado más lealtad y mejor trato entre los sajones que entre los normandos —la mirada de Aelis reflejaba el enojo y la traición que sentía—. Es una lástima que la máxima autoridad en Inglaterra permita a sus cortesanos comportarse como mezquinos ladrones —lanzó una mirada a Fitzurse quien en ese instante sentía su rostro arder—. Por fortuna os queda poco tiempo para poder disfrutar de vuestro poder. Los sajones han reunido la cantidad necesaria para liberar a vuestro hermano Ricardo de su cautiverio en Alemania. Es cuestión de días que regrese. De modo que si pensabais reteniéndonos aquí ibais a conseguir que Hereward pagara por nosotras el rescate de su rey, estáis equivocados.

Juan mudó el color de su rostro al escuchar aquella explicación. Pero sobre todo el hecho de que los sajones lo hubieran conseguido. ¿Habían reunido el dinero para liberar a Ricardo? A estas horas podían estar de camino a Alemania. O incluso ya estaban allí, pensó Juan sintiendo los nervios atenazarlo.

—Cuidad vuestras palabras lady Aelis, os estáis dirigiendo a su majestad —le recordó Fitzurse dando un paso al frente con el semblante serio y la mirada fría.

Pero Aelis no se arredró sino que se mostró altiva y decidida para sorpresa de lady Loana, quien permanecía callada, atónita por lo que estaba contemplando.

—¿Majestad? —preguntó ella con sorna mirando al príncipe Juan con cierto desprecio. Era consciente de que podría complicarse la existencia yendo contra él; pero también sabía que Ricardo no tardaría en regresar y poner en su sitio a su propio hermano y a su consejero—. Vos no sois más rey que yo reina.

—Podría acusaros de traidora por aliaros con los sajones —le amenazó el propio Juan tomando las riendas de la conversación, furioso por su comportamiento y por las conclusiones a las que había llegado en torno a los sajones y a su hermano Ricardo—. Os vi junto a estos en la tribuna de Ashby, y después compartiendo mesa con el hijo de Eadric. Por cierto, ¿estáis muy enamorada de él? —se burló Juan arqueando sus cejas—. Eso espero, ya que significará que pagaré vuestro rescate y mi hermano se quedará en Alemania una larga temporada.

—Ya os he dicho que es cuestión de días que vuestro hermano regrese a recuperar lo que es suyo por ley —le aclaró retándolo con la mirada y contemplando como el príncipe parecía sorprendido porque ella se le estuviera enfrentando. Ese era el poder de Juan, que sus súbditos lo temían y ninguno le hacía frente. Pero ella no era alguien que se arredrara. Estaba confiando en un hecho que seguro que se iba a producir: Hereward emplearía todo el dinero recaudado para liberar a Ricardo y que este volviera a sentarse en el trono de Inglaterra. Ella podía esperar, pero el rey no.

Juan le lanzó una última mirada antes de girarse en dirección a la puerta y abandonar la estancia seguido de Fitzurse, quien la cerró detrás de él.

—¡Maldita sea! Si está en lo cierto y ese sajón de Hereward ha destinado todo su dinero a liberar a mi hermano, este estará pronto en Inglaterra y los dos sabemos lo que sucederá —le advirtió el príncipe a su consejero, quien pareció algo atemorizado ante esa posibilidad. Pero que se rehizo al momento.

—No, si nosotros nos apoderamos de su rescate, señor —comentó en voz baja mientras Juan miraba a su secretario sin entender nada—. Si Hereward posee el rescate de vuestro hermano y no nos lo entrega a cambio de la mujer. En ese caso, iremos a buscarlo nosotros.

—¿Y si ya ha salido hacia Alemania como ha dicho ella? Te has centrado en ellas y has descuidado al resto. Hereward es el favorito de Ricardo y según lo veo yo, estará más que dispuesto a liberarlo.

—En un riesgo que corremos, señor.

—¿Qué estáis maquinando, Fitzurse? —Juan entornó su mirada hacia este al tiempo que lo retenía con su mano para que lo mirara.

—Dejadme hacer, señor.

Lady Aelis temblaba debido al estado de nervios en el que la presencia del príncipe Juan la había dejado. Tenía la sensación de que le faltaba el aire y de que el corazón iba a estallarle de un momento a otro. No comprendía de dónde había salido aquella entereza y aquel descaro para enfrentarse a él, pero

lo había hecho. Tal vez al darse cuenta de que los normandos como él la habían apartado de su lado. O era el hecho de haber encontrado refugio entre los sajones. Desconocía si su comportamiento tendría alguna consecuencia nefasta para ambas, pero en su momento había decidido hacerlo.

—Mi señora, ¿estáis bien? Estáis temblando —apreció lady Loana cogiendo las manos de Aelis entre las suyas propias.

—Ya está, ya está —asintió esta con los ojos cerrados mientras trataba de serenarse—. No sé a qué se ha debido mi comportamiento, pero... sin duda que ha sorprendido al príncipe.

—¿Estáis segura de lo que habéis dicho al respecto de Ricardo? ¿Lo liberarán y hará justicia? —Aelis se limitó a asentir porque en ese momento las palabras no le salían—. Confiemos en Hereward y en que...

—Hereward tiene un rey que salvar —le dijo con autoridad Aelis siendo consciente de que él no emplearía las riquezas amontonadas durante tanto tiempo para rescatarla a ella. No. No lo haría porque su rey estaba por encima de ella. Por ese motivo se lo había contado al príncipe Juan; porque estaba convencida de que así sería.

—Lo entiendo pero también que vos le importáis a ese sajón. Y que no tardará en presentarse aquí para liberaros, mi señora.

—Tal vez tengas razón, pero si emplea el dinero para rescatar a Ricardo, ¿cómo piensas sacarnos de aquí? —Aelis se quedó en silencio con la mirada fija en su dama.

—Encontraré la manera. Quedaos tranquila.

—Percibo que tienes mucha confianza en Hereward —Aelis arqueó una ceja con suspicacia, como si lady Loana supiera algo que ella misma desconocía.

—Hablo basándome en lo que yo he percibido cuando él os tiene cerca. Y creedme que no es algo como para dejarlo pasar, o como para no venir a por vos en cuanto sepa lo que os ha sucedido.

Aquel comentario de lady Loana pareció tranquilizarla, aunque hasta que no lo viera allí no terminaría de creerlo. Y por otro lado estaban Fitzurse y el príncipe Juan, quienes no se lo pondrían nada fácil, una vez que supieran que el rescate de Ricardo estaba en marcha.

## CAPÍTULO 12

—Tenéis el rescate de un rey en vuestras manos —le informó Jacob contemplando a Hereward con atención mientras el semblante de este cambiaba—. La suma total asciende a más de ciento cincuenta mil marcos de plata, que es la cantidad exigida por el emperador alemán para liberar a Ricardo.

Hubo un momento de silencio en la sala mientras todos se miraban entre sí, y luego focalizaban su atención en una única persona: Hereward. Todos esperaban que él se pronunciara al respecto. La duda de a cuál de las dos personas presas, Ricardo o lady Aelis, iría destinado el dinero era una incógnita para todos. Ciertamente era que durante meses, Hereward había proclamado su lealtad a Ricardo y su firme determinación a darle la libertad en nombre del pueblo de Inglaterra. El regreso del rey volvería a traer el orden a Inglaterra. Debían expulsar al príncipe Juan antes de que siguiera desangrando al pueblo con los impuestos. Pero en su afán por conseguir la vuelta del monarca, Hereward se había encontrado con algo que no esperaba; algo que no buscaba: el amor hacia una mujer.

—Godwin y Athelstane llevaréis todo esto a Alemania y liberareis al rey —dijo con voz solemne mirando a sus dos hombres de confianza.

—¿Y tú, qué harás? —preguntó Athelstane preocupado por lo que pudiera suceder con él. Si él no iba a libertar al rey era porque tramaba algo con respecto a lady Aelis y a su dama Loana.

—Hacer lo propio con lady Aelis.

—Pero... ¿cómo? No tienes suficiente para pagar los dos rescates —protestó Godwin dando un paso al frente—. ¿Cómo pretendes hacerlo?

—Entrando en la fortaleza de Fitzurse con un puñado de hombres.

—¿Has pensado en las consecuencias? —era la voz de Eadric la que se dejaba escuchar en un tono comedido. El viejo sajón contemplaba a su hijo cómo si este le acabara de confesar un crimen.

—Soy consciente de que tal vez fracasemos en nuestra misión, pero al menos Ricardo será liberado y podrá regresar a Inglaterra para impartir justicia.

—¿Por qué no esperas a que el rey esté de vuelta? Como bien dices él puede ayudarte a recuperar a la normanda —le sugirió Eadric de manera estéril pues conocía la determinación de Hereward, y que su consejo caería en saco roto.

—Demasiado tarde. Sir Robert me ha ofrecido la ayuda de sus hombres por si decidía llevar a cabo dicha acción.

—Un asedio sería costoso en cuanto a vidas y tiempo —murmuró Eadric sacudiendo la cabeza sin verlo claro del todo—. Es un riesgo innecesario. Pondrías en peligro a las dos mujeres.

—Lo evitaremos a toda costa. Robert me ha comentado que algunos de los suyos sirvieron en casa de Fitzurse y conocen la manera de entrar sin que se enteren. No puedo dejar a Aelis a su suerte ni un solo día más.

Eadric resopló al ver la obstinación de su hijo.

—Yo quiero participar en el asedio a la casa de Fitzurse —dejó claro Athelstane levantando la voz para que Hereward lo escuchara con nitidez.

—Prefiero que vayas a...

—Lo sé, pero no estaré tranquilo sabiendo que lady Loana puede correr peligro —le confesó provocando una sonrisa cínica en Hereward. O mucho se equivocaba o el tiempo pasado entre ellos dos había propiciado algo más que una simple amistad.

—Yo iré a liberar a Ricardo —dijo Eadric dejando claro por su tono que nadie allí le rebatiría esta acción. Miró a todos y en especial a su hijo para dejarle claro que nada de lo que él pudiera decirle, lograría hacerle cambiar de opinión—. Ricardo Plantagenet es tan rey tuyo como mío, aunque sea un normando. Reuniré un grupo de hombres para llevar el rescate al emperador alemán. Godwin puede quedarse al frente de Torquilstone junto a tu hermana.

Hereward asintió con una leve sonrisa. Su padre siempre había considerado a Ricardo como un rey extranjero; un normando que no tenía derechos para gobernar Inglaterra. Y su desidia fue mayor cuando Hereward decidió seguirlo a Tierra Santa.

—En ese caso sería conveniente preparar el viaje cuanto antes. Es necesario que el rey esté en su casa lo antes posible.

—Solo nos falta elegir a los hombres que vendrán conmigo hasta la costa. Embarcaremos en el primer barco que zarpe hacia el continente.

—Tratad de pasar inadvertidos todo lo posible. Si os descubren y perdemos el rescate, el rey nunca regresará —le advirtió Hereward tanto o más preocupado por el destino que pudiera correr el rey como lady Aelis.

—Descuida. Lo tendremos. Tú procura liberar a las dos normandas —le sugirió su padre posando su mano sobre le hombro de Hereward para transmitirle confianza.

—Mientras os vais, Sir Robert y yo planearemos el rescate de lady Aelis

y lady Loana —asintió mirando a Athelstane, y al arquero de York.

—Mandaré a buscar a las personas que sirvieron en casa de Fitzurse y que nos cuenten cuál es la manera más rápida y segura para entrar. Ya que damos por hecho que Fitzurse no dejará marchar a las damas.

—No, mientras el rey siga preso. Fitzurse y el propio Juan saben que en estos momentos tengo que elegir entre Ricardo y Aelis. Tal vez piensen que voy a pagar el rescate de esta y olvidarme del rey. Pero mientras nosotros negociamos con él e intentamos que entre en razón, el rescate de Ricardo irá camino de Alemania con mi padre. Id en busca de vuestros hombres, Robert —Hereward se volvió hacia su padre—. ¿Estás seguro de que quieres ser tú el emisario para rescatar al rey?

—Ya te lo he dicho. No hagas que pierda tiempo preparando el viaje. Necesitamos salir hoy mismo si queremos que Ricardo regrese cuanto antes y aparte a su hermano del trono.

—Ten cuidado con los espías del príncipe. Si sospechan lo más mínimo de que transportáis semejante cantidad de dinero, os acusarían de traidores.

—Lo sé, pero deja a este viejo zorro que haga las cosas como deben hacerse. Y tú, tampoco pierdas el tiempo —le apremió señalando la puerta para que se marchara.

Hereward apretó los labios con preocupación. Confiaba en que todo se resolviera de la mejor manera, y por encima de todo, que no se derramara sangre. Aunque viendo el talante de Fitzurse, no creía que la liberación de Aelis y Loana fuera a ser pacífica. Y más si sospechaban que el dinero del rescate del rey iba camino de Alemania.

Hereward y los hombres de Sir Robert llegaron a las inmediaciones de la residencia de Waldermar Fitzurse. Dejaron sus caballos a escasa distancia de esta y se acercaron a pie todo lo que les era posible para no ser divisados por los vigías. La residencia se encontraba a la salida de un bosque, pero pese al claro, había suficiente maleza y árboles para deslizarse entre estos hasta la entrada que decían quienes habían trabajado allí.

—Deberíamos esperar a la noche para poder entrar —sugirió Sir Robert—. De ese modo podremos ampararnos en la oscuridad sin ser vistos. Ya que supongo que no tenéis intención de negociar con Fitzurse.

Hereward permanecía pensativo. No quería esperar demasiado para liberar a Aelis y a su dama, a pesar de que Sir Robert tenía razón.

—No entrará en razón porque cuenta con el apoyo del príncipe Juan. Ya

sabéis lo que pide a cambio de las dos mujeres...

En ese momento las puertas de la residencia comenzaron a abrirse de manera lenta poniendo sobre aviso a los sajones. Un grupo de jinetes salieron por estas al trote por el camino en el que Hereward y sus hombres estaban apostados. No los perdió de vista en ningún momento hasta que estuvieron algo alejados de ellos. Fue entonces cuando Hereward corrió hacia su caballo.

—Seguidme.

—Pero, ¿qué pretendéis?

—Seguid a esos hombres y detenedlos.

—¿Con qué fin? —preguntó el arquero sajón espoleando su montura.

—Acaban de facilitarnos una entrada más fácil y rápida a la residencia de Fitzurse —le aseguró poniendo su caballo en marcha, seguido por los demás hombres.

Juan se paseaba nervioso por el amplio salón con las manos entrelazadas a la espalda.

—Quedaos tranquilo, señor. Mis hombres evitarán que los sajones paguen el rescate de vuestro hermano.

—No estaré seguro hasta que no lo vea con mis propios ojos. Esos malditos perros desagradecidos han conseguido reunir la cantidad para liberar a mi hermano. ¿Cómo es posible? ¿Con qué ayuda han contado? Juraría que les había quitado hasta la última moneda con las continuas recaudaciones de impuestos.

—Sin duda alguna que los hemos subestimado. No obstante, lograremos recuperar todo el dinero. Seguramente, Eadric el sajón es quien lo guarda.

El príncipe no dijo una sola palabra más. Se limitó a lanzar una mirada a su consejero dejándole claro que si fracasaba él pagaría las consecuencias.

—La nobleza sajona. Desleal desde el primer momento. Si les hubiera quitado todo lo que poseían desde un principio, ahora no tendríamos de qué preocuparnos. Quise ser cercano a los nobles sajones para no enemistarme con ellos, y ahora me lo pagan de esta manera. Liberando a mi hermano para congraciarse con él. El mismo que les sacó hasta la última moneda en nombre de la iglesia para costearse su cruzada. ¡Desagradecidos! Espero que el emperador alemán haya cambiado de parecer y solicite más dinero por mi hermano —Juan permaneció con la mirada perdida en el vacío y deseando que algún infortunio evitara que los sajones tuvieran a Ricardo de regreso a Inglaterra.

El grupo de hombres cabalgaba en dirección a Torquilstone, como dedujo Hereward de inmediato. Aquel repentino cambio de dirección alertó al sajón y a Sir Robert, que intercambiaron una mirada de sorpresa y desconcierto al mismo tiempo.

—Se dirigen a Torquilstone —anunció Sir Robert—. ¿Tenéis idea de lo que se proponen?

—Ni la más mínima. ¿Qué buscan los hombres de Fitzurse en el castillo de mi padre?

Los vigías de las almenas dieron la voz de alarma al divisar al nutrido grupo de hombres que se acercaban al castillo. Rowena y Godwin se habían quedado al cargo, una vez que Eadric y un grupo de sajones partieron hacia la costa para embarcarse rumbo al continente. Ambos salieron al patio de la fortaleza extrañados por aquella repentina visita.

—¿Quiénes son? ¿Viajeros? —preguntó Rowena mirando a Godwin, alertada por aquella inesperada visita.

—Pronto lo sabremos —Godwin ascendió las escaleras que conducían a las almenas de Torquilstone.

El nutrido grupo de jinetes se detuvo justo delante de la puerta del castillo.

—¿Quiénes sois? —Godwin lanzó su pregunta observando con detenimiento que todos los jinetes iban armados y lucían cotas de malla, como si acudieran a la guerra. Trataban de ocultar el dibujo que aparecía impreso en el pecho de su jubón, pero que Godwin creyó reconocer. Aquel grupo no había llegado hasta allí con buenas intenciones. Godwin se acercó a Rowena, a quien susurró: —Baja y ordena a los hombres que se preparen—. La mirada llena de precaución de Godwin alertó a la joven sajona, quien asintió y desapareció escaleras abajo.

—Somos viajeros que necesitamos descansar.

—¿De dónde venís?

—Del norte. Vamos hacia Pevensey para embarcarnos rumbo a Francia.

Godwin permaneció callado mientras a lo lejos observaba con detenimiento como otro grupo de jinetes se acercaba. Pero a diferencia de este primero, aquel sí le resultó conocido. Era Hereward, quien ahora se detenía a una distancia prudencial del primer grupo. ¿Qué estaba sucediendo allí? Se suponía que este estaba liberando a lady Aelis y lady Loana. ¿Estaba de vuelta porque lo había logrado? Tener a Hereward de regreso en Torquilstone hacía que Godwin se sintiera más seguro. Tal vez después de todo, aquel grupo de

jinetes normandos pudiera guardar relación con el repentino regreso de su hermano.

—Abrid las puertas —ordenó Godwin a los hombres de guardia mientras él no apartaba su atención del grupo que de manera lenta penetraba en el patio de Torquilstone—. Mantenedlas abiertas —ordenó mientras él descendía la escalera. Hereward estaba de vuelta y tal vez necesitara de su ayuda. Godwin no perdió de vista a los jinetes mientras estos entraban en el patio. Divisó a Rowena con su arco y un carcaj de flechas en su mano izquierda. Los hombres del castillo se habían diseminado por el patio de manera estratégica atendiendo a sus labores como si nada ocurriera. Godwin se acercó hasta el grupo pero justo en ese momento una flecha impactó en su hombro izquierdo obligándolo a retroceder.

En un rápido movimiento Rowena respondió a ese ataque derribando a uno de los jinetes de su caballo con un certero disparo. Luego se apresuró a cargar el arco por segunda vez y dejar que la flecha volara libre buscando su objetivo. El patio del castillo se convirtió en pocos segundos en un improvisado campo de batalla en el que el sonido de los aceros cruzándose inundó el aire.

—¿Dónde tenéis el rescate de Ricardo? —le preguntó el cabecilla del grupo blandiendo su espada ante Godwin—. Entregádnoslo y conservaréis la vida.

Godwin repelió los ataques del normando mientras el dolor en su hombro era más y más agudo. En un gesto de rabia partió la flecha que le impedía moverse con agilidad y decidió atacar. Sabía que Hereward estaba cerca, pero ¿por qué tardaba tanto? ¿El rescate del rey Ricardo? se repitió Godwin en su mente. ¿Era por eso por lo que estaban allí? No eran viajeros. Había dudado de sus intenciones desde el primero momento que los vio aparecer. Su instinto no le había engañado.

Hereward, espada en mano, encabezaba al grupo que en ese momento entraba al galope en el patio de Torquilstone. Aquel grupo de jinetes que había visto partir del castillo de Fitzurse habían cabalgado hasta Torquilstone para tomarlo. Una vez que Godwin abrió las puertas y los normandos penetraron en el patio, Hereward dio orden de iniciar la marcha. Algo iba mal, porque Godwin había dado orden de dejar las puertas abiertas.

Hereward descargó su golpe contra uno de los normandos con tal virulencia que partió el escudo de este, haciéndole caer al suelo. Siguió galopando hasta divisar a un Godwin herido, defendiéndose del ataque de un

normando. Hereward saltó de su montura y se interpuso entre ambos para ser él quien se batiera. Descargó varios golpes haciendo retroceder al normando. Los hombres de Hereward y Sir Robert de York redujeron a los normandos, cuyo cabecilla al verse perdido, arrojó su espada al suelo y levantó las manos en señal de rendición. La punta de la espada de Hereward le presionaba el pecho.

—¿Qué habéis venido a hacer? —preguntó este sujetándolo por el jubón.

El normando sacudió la cabeza y deslizó el nudo que le impedía hablar. Pero entonces se anticipó Godwin.

—Han venido buscando el rescate del rey.

—¿De Ricardo? —preguntó Hereward desviando su mirada hacia Godwin primero, y luego volviendo a fijarla en el normando—. ¿Habéis venido en busca del rescate de Ricardo?

—Sí —respondió el normando temeroso de moverse porque la espada podría clavársele.

—Siento decirlo que el rescate del rey ya está camino de la corte del emperador alemán. ¿Acaso pensaba Juan que no sabíamos que intentaría apoderarse de este? Decidme, ¿y las damas normandas? ¿Dónde están? — Hereward entrecerró los ojos lanzando una mirada de frialdad al normando, presionando un poco más la punta de la espada.

—En el castillo de Fitzurse.

—¿Me aseguráis que no han sufrido ningún percance?

—Sí, mi señor, las trata con respeto.

—Ya lo veremos —Hereward se apartó del normando como si fuera a marcharse y este respiró aliviado por un segundo. Ya que al momento siguiente se encontraba inconsciente sobre el suelo del patio del castillo.

—¿Por qué lo has golpeado? Ahora no nos sirve para decirnos... Arggg —Godwin sintió el tirón que le produjo la herida que tenía en su hombro.

—Deberías pedirle a Rowena que le echara un vistazo a esa herida. Y tranquilo, si nos sirve. Y todos los demás.

La joven sajona se acercó hasta el lugar en que el estaba su hermano. Todavía portaba el arco en su mano aunque el carcaj se había quedado vacío.

—Hemos logrado reducir a los normandos —dijo paseando su mirada por los hombres caídos sobre el suelo del patio del castillo. Luego se fijó en Godwin. Rowena arrojó el arco y procedió a examinar la herida—. Dejadme hacer.

—No es nada.

—La punta de la flecha todavía sigue dentro. Necesitaré abrirla y después cauterizarla —le informó a su hermano que presenciaba la escena de pie a su lado.

—Hazlo antes de que pierda más sangre y el brazo. Mientras hablaré con Robert sobre lo que tengo pensado hacer.

Encontró a Sir Robert entre los sajones que quedaban vivos. Charlaba con algunos de sus hombres a los que les indicaba que recogieran el mayor número de armas. Vio acercarse a Hereward.

—La cosa no ha ido tan mal. A penas hemos sufrido bajas. ¿Qué buscaban?

—El rescate de Ricardo.

Sir Robert arqueó sus cejas.

—¿Los manda Juan?

—No. No creo que el príncipe sea tan estúpido como para manchar su nombre.

—Entonces, es cosa de ese secretario... Fitzurse. Dime, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Han venido a por el rescate del rey, ¿no? —Hereward asintió mientras miraba a Sir Robert y su mente trabajaba deprisa—. Acaban de facilitarnos la llave de entrada a la fortaleza de Fitzurse, ya te lo dije.

—Confío en que sea así. Debemos aprovechar la oportunidad que se os ofrece. Es menos arriesgada, ya que nos abrirán las puertas sin temor a un ataque. Pero cuando Fitzurse lo descubra, no tendremos mucho tiempo para reaccionar. Debemos tener cuidado de no exponer al peligro a las damas. Por otra parte, si han venido a por el rescate, eso supone que desconocen que tu padre y un grupo de hombres han partido hacia Alemania hace ya tiempo.

—Sí. Eso les permitirá ganar tiempo para llegar al continente. Para cuando el príncipe Juan pueda llegar a saber que el rescate va camino de Alemania, será demasiado tarde. Pero nosotros le haremos creer que lo tiene, al menos durante unas horas.

—Iré a contárselo a los hombres —asintió Sir Robert.

Hereward se quedó solo con el semblante turbado. Confiaba en su padre no padeciera ningún contratiempo en el camino si Juan creía que el dinero no había abandonado Inglaterra. Y por otra parte, estaba lady Aelis; presa en la residencia de Fitzurse siguiendo con toda probabilidad las órdenes del príncipe Juan. Si aquellos hombres habían acudido a Torquilstone en busca del rescate, era sin duda porque se había informado bien. A nadie le sería extraño

que el propio pueblo de Inglaterra estuviera reuniendo en secreto la cantidad exigida por el emperador alemán para liberar a Ricardo.

—Ya está —la voz de su hermana Rowena lo sacó de sus pensamientos—. La herida de Godwin está curada. ¿Qué te ocurre? ¿A qué viene ese semblante?

—Estos hombres han venido en busca del rescate del rey Ricardo —le informó paseando la mirada por ellos, que ahora eran conducidos a un barracón. Los habían despojado de cualquier distintivo que indicara su procedencia.

—Pero, nuestro padre salió con este poco después de marcharte tú.

—Sí, pero ese tema lo desconocen. Lo cual nos permite ganar tiempo y hacer creer al príncipe y a Fitzurse que lo tienen en su poder.

—Dime, ¿qué pretendes? ¿Por qué los hombres se están vistiendo como...? —Rowena se dio cuenta de la artimaña de su hermano—. ¿Pretendes hacerte pasar por los soldados de Fitzurse? —Había un toque de extrañeza y de expectación en el tono de la pregunta de Rowena, ante el que Hereward no pudo evitar sonreír—. Si te descubre te matará —le aseguró sujetándolo de los brazos.

—No, si somos rápidos. Y si lo hace que sea cuando la punta de mi espada esté sobre su garganta —le aseguró Hereward con un tono que parecía una sentencia—. Estará más interesado en el cargamento que llevaremos con nosotros, que en averiguar si somos los mismos hombres que él mandó en busca del rescate del rey.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué piensas llevarte contigo? —Rowena sacudió la cabeza contrariada por todo aquello.

—Le haremos creer que llevamos el rescate de Ricardo. Solo eso.

—¿Crees que Fitzurse se lo tragará?

—Sí, porque para no hacerlo dudar al respecto de su lo tiene o no, voy a entregarme a él.

Rowena abrió los ojos al máximo fruto de las palabras que su hermano acababa de anunciar.

—¿Cómo que te vas a entregar a él?! ¿De qué estás hablando?! ¿Acaso lady Aelis te ha embrujado?

—No, no me ha embrujado en el sentido literal de la palabra. Tranquila, ya te he dicho que le haremos creer a Fitzurse que tiene en su poder el rescate de Ricardo. Para distraerlo unos momentos de este asunto, también le haremos creer que me han apresado. Fitzurse no podrá rechazar semejante pieza.

—Te adentras en la boca del lobo, Hereward.

—Tú procura atender a nuestro querido Godwin. Él necesita ahora más atención que yo —le confesó con una sonrisa traviesa que hizo ruborizar a Rowena—. Tengo que hablar con Robert de algunos detalles antes de partir.

Rowena vio a su hermano alejarse en busca de Robert de York. No pudo evitar dejar de sentir temor a lo que pudiera sucederle. El príncipe Juan quería evitar el rescate de Ricardo por todos los medios. Ella confiaba en su hermano y en que tendría la cabeza fría. Confiaba en que lo que sentía por lady Aelis no le hiciera perder el sentido.

Hereward se acercó hasta el pozo que había en el patio. Lanzó el cubo al agua y luego lo hizo tirando de la soga. Lo cogió con una mano y caminó hacia el jefe del grupo que había llegado a Torquilstone. Sin pensarlo arrojó el contenido de este contra el soldado ante la estupefacción de algunos de los presentes.

El hombre se despertó de golpe al sentir el agua fría caer sobre su cabeza. Se incorporó y contempló a Hereward con los ojos entrecerrados, como si no recordara dónde se encontraba, ni qué era lo que había sucedido.

—¿Están listos los hombres? —Hereward se dirigió a Sir Robert.

—Todos lo están. Como tú has pedido.

—Bien. Ahora escucha —dijo mirando al normando una vez más—. Vamos a volver al castillo de Fitzurse y tú vas a venir con nosotros. Vas a ser nuestra llave para entrar. Haz una sola señal a los guardias y Sir Robert te hundirá una daga en las costillas. ¿Lo has entendido? —Hereward entornó la mirada hacia el normando quien asintió sin decir palabra—. Otra cosa, dirás que llevas el rescate del rey y a mí preso porque me opuse a que os lo llevarais. Habéis tomado Torquilsonte y el dinero. Y recuerda lo que te sucederá si haces un solo movimiento de aviso a los guardias. Ahora prepárate. Nos marchamos.

Hereward se apartó de él seguido por Sir Robert.

—¿Te fías de él? Es un normando al servicio de Juan y de Fitzurse. Podría traicionarnos.

—Lo sé. Por eso le he advertido de lo que le sucederá si se le ocurre.

—Si avisa a los guardias antes de que estemos dentro del castillo...

—En ese caso ya nos las apañaremos. Tú no dejes de recordárselo con la punta de tu daga.

—¿A qué ha venido lo de que irás preso?

—Necesitamos que Fitzurse se confíe todavía más de su éxito.

Llevándome a mí desviaré la atención del rescate y no hará preguntas. No podrá resistirse a tenerme preso. Y ahora di a los hombres que estén dispuestos para partir.

—Como quieras. Pero sigo creyendo que te expones demasiado. Sin duda que esa dama normanda debe valer su peso en oro para que te arriesgues tanto por ella.

Hereward posó su mano sobre el hombro de Sir Robert y lo contempló con determinación.

—El rescate de un rey. Vale tanto o más que un rey.

Waldermar Fitzurse se mostraba inquieto porque ya hacía tiempo que sus hombres habían marchado hacia Torquilstone. Desearía haber visto la cara de esos sajones cuando sus hombres entraran en el castillo, lo tomaran y se incautaran del rescate de Ricardo. Desde ese momento el príncipe Juan no tendría que preocuparse por nada. Ricardo no regresaría a Inglaterra, nunca. Y él se asentaría en el trono hasta el último de sus días. Y en cuanto a las dos damas que tenía retenidas, pronto las dejaría ir. En el momento en el que tuviera el rescate de Ricardo en sus manos. Ya no le servirían de mucho.

Uno de los vigías de las almenas divisó al grupo de jinetes al trote que se dirigía hacia el castillo.

—Avisad a nuestro señor de la llegada de jinetes.

Hereward iba erguido sobre la montura con las manos entrelazadas con una cuerda. A su lado iba el cabecilla de aquel grupo de normandos enviados por Fitzurse, y detrás justo Sir Robert con la mano cerrada en torno a la empuñadura de su daga.

—Recordad lo que os he dicho, si queréis seguir con vida —le comentó Hereward sin apartar la mirada del frente para ver a Waldermar Fitzurse, consejero del príncipe Juan, aparecer en los alto de la almena con gesto sonriente. Hereward experimentó el deseo de ordenar que lo derribaran con un disparo certero de cualquiera de los hombres de Sir Robert; pero recordó que no estaba allí acabar con él, a menos que lo pidiera, sino para rescatar a lady Aelis y a lady Loana.

Las puertas del castillo se abrieron de manera lenta al tiempo que la comitiva se acercaba a estas. Fitzurse experimentó un gran regocijo cuando reconoció a Hereward, y lo vio atado a la silla de su montura. Descendió con celeridad las escaleras hasta llegar al patio y recibirlo como en verdad se merecía.

—Vaya, vaya, ¿a quién tengo el honor de recibir en mi casa? —murmuró satisfecho por lo que aquello representaba. Ver a Hereward preso hizo que el tema del rescate pasara a un segundo plano. ¿Qué podía importarle ya si tenía en su poder al principal valedor del rey Ricardo? El príncipe se lo agradecería de manera doble. Estaba pensando en que tal vez le pidiera a la normanda para desposarla a pesar de que sabía que el sajón la había tomado. Pero disfrutaría contemplando la cara de este cuando la viera convertida en su esposa.

Observó a sus hombres penetrar en el recinto amurallado. De haberse fijado un poco más en los soldados, y no solo en Hereward, Fitzurse se habría dado cuenta de que aquellos no eran los mismos que envió a Torquilstone.

—Bravo mi querido Langdon, has atrapado al principal valedor del rey Ricardo. Además de traer el rescate de este, ¿verdad? —comentó mientras echaba un vistazo al carro en el que se apilaban los cofres que supuestamente lo contenía.

—Sí, mi señor —asintió este nervioso por la reacción que tuvieran los sajones.

—Bueno, sajón. Pronto todo habrá terminado, ¿verdad?

—Muy pronto, Fitzurse. Tan pronto que no os habréis ni enterado. ¡Sir Robert! —los sajones desplegaron sus arcos y una lluvia de flechas derribó a los guardias apostados en las almenas sin que estos tuvieran tiempo si quiera de responder. Hereward se apeó de su montura y tomando la espada que el propio Sir Robert le tendía apuntó con esta a Fitzurse en el pecho—. ¿Lo veis? Ni os habéis enterado. Ya os lo he dicho.

El consejero del príncipe Juan no cabía en sí de su asombro. No tuvo si quiera tiempo de reaccionar ante aquel despliegue de sus hombres. ¿O debía decir de... los sajones?

—¿Qué es esto?

—Lo que estáis viendo. Ni estoy preso, ni hay rescate. Este va camino de la corte del emperador alemán. En cuanto a vuestros hombres, fueron reducidos en Torquilstone. Decidme, ¿dónde tenéis a las damas, Fitzurse? —preguntó haciendo presión con su espada contra el pecho del normando.

Este apretó los dientes y cerró sus manos en puños, preso de una rabia que no podía contener; pero que por otra parte era imposible dejar salir porque significaría su muerte. Estaban en inferioridad con respecto a los sajones.

—No lo conseguiréis. En cuanto el príncipe Juan sepa de todo esto...

—Estaré encantado de ver y escuchar cómo se lo explica a su hermano Ricardo, a la vuelta de Alemania. Y ahora las damas, ¿o pretendéis que mis hombres registren todo el castillo? Os aseguro que es preferible que me lo indiquéis vos —Hereward arqueó sus cejas en señal de expectación.

El sonido de voces mezclado con el ruido de las espadas al entrechocar al otro lado de la puerta alertó a las damas. Aelis no aguantó más y se asomó a la ventana para ser testigo de la lucha entre dos bandos. No entendía qué era lo que sucedía porque tenía la impresión de que los propios hombres de Fitzurse luchaban entre ellos. Se fijó de manera atenta en aquellos que acababan de llegar al castillo y que ahora tensaban sus arcos para disparar contra los vigías de las torres y de las almenas. El corazón le dio un vuelco cuando entre los recién llegados reconoció a Hereward, y como este se enfrentaba a Fitzurse.

—Ha venido —murmuró sintiendo la boca seca y el pulso latiendo acelerado.

—¿De quién habláis, señora? —Loana se situó al lado de Aelis para mirar por la ventana—. ¿Y qué sucede en el patio? Parece como si estuviera habiendo una batalla.

Aelis no tuvo tiempo de responderle. En ese momento la puerta de la alcoba se abrió hasta atrás con un violento golpe. Ambas mujeres se volvieron con el corazón en la garganta y los nervios en el estómago para ver aparecer a Hereward, espada en mano y con la mirada perdida, hasta que la centró en ella.

Aelis no pudo reprimir sus deseos por salir corriendo hacia él. Y Hereward la envolvió en un abrazo tanto tiempo deseado. La besó en el pelo y sintió su cuerpo contra el suyo dándose cuenta de cuánto la había echado de menos.

—Sir Robert, llevaos a Fitzurse con vos. Athelstane, encargaros de lady Loana —ordenó Hereward deseando quedarse a solas con Aelis.

Ella lo tenía rodeado con sus brazos y apoyaba su cabeza contra el pecho de él cerrando los ojos por unos segundos. Disfrutando de aquel ansiado momento. Luego lo miró y sonrió.

—No creí que vinieras —le confesó entre lágrimas de emoción.

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo puedes creer que te dejaría sola?

—Tal vez por la manera en la que nos despedimos en Ashby.

Hereward se apartó de ella para envainar su espada y coger el rostro de Aelis entre sus manos. De ese modo podía dedicarle toda su atención. Le pasó los pulgares por las mejillas sintiendo su piel cálida y suave al tacto. Sonrió

ensimismado preguntándose qué había sucedido para que él mismo se hubiera planteado la posibilidad de pedirle que se quedara a su lado en Torquilstone.

—Si te refieres a lo sucedido en mi tienda durante las lizas... Déjame decirte que tal vez no estuve muy correcto —le dijo recordando lo hablado entre ellos. Y cómo había deseado salir en pos de ella para retenerla y confesarle lo que sentía.

—No hace falta que...

—Aelis, tal vez no sea el hombre más apropiado para ti dado mi origen sajón, siendo tú una normanda. Pero deja que te diga que me complacería mucho que no te marcharas de Torquilstone.

—Pero entiende que es la única salida que me queda. He pensado ingresar en una orden religiosa. O bien...

—¿Deseas hacerlo? ¿En serio? —Hereward entornó su mirada temiendo que ella siguiera pensando que su mejor opción era dejar Inglaterra—. No me gustaría que acabaras en un convento. ¡Por San Dunstan! Desperdiciando tu juventud, tu belleza, tu carisma, tu valentía... —Hereward estaba más y más ofuscado porque aquella mujer no parecía reaccionar—. ¡Maldita sea, Aelis, estoy aquí! He venido por ti para pedirte que te quedes a mi lado en Torquilstone. ¿Y tú estás considerando la opción de ser una novicia?

Aelis arqueó una ceja con suspicacia y expectación. No quería hacerse falsas ilusiones con lo que aquellas palabras podrían significar. No hasta que él mismo le confesara que la amaba.

—¿En serio quieres que me quede contigo?

—Acabo de pedírtelo —le recordó con un tono sosegado sintiendo que aquella normanda había conseguido cautivarlo—. Quédate a mi lado Aelis. Demostremos a todos que sajones y normandos, no solo pueden entenderse sino que también pueden llegar a quererse —Hereward la atrajo hacia él para mirarla de manera intensa, contemplando su propio reflejo en los ojos de ella.

—¿Tú me amas? —le preguntó sonriendo con picardía antes de que el beso de Hereward se la borrara y ahogara su gemido. Aelis sintió el calor invadirla por completo y asentarse en su pecho con calma. No le quedaba dudas de que la amaba, después de todos sus enfrentamientos. Sí. Estaba allí. Había acudido en su ayuda. Se humedeció los labios y permaneció pensativa.

—¿Sucede algo?

—Dime, ¿y el rescate del rey? Lo habrás empleado para liberar a Ricardo, ¿verdad?

—Mi querida Aelis, tu vida vale más para mí que el rescate de un rey. De

haber sido necesario hacerlo, lo habría hecho con gusto porque tú eres mi reina, a la que debo lealtad.

Aelis sintió el vuelco en el pecho al escucharle decir aquello.

—Pero, en serio... yo... Siempre has dicho que Ricardo era lo más importante. Que su rescate era necesario para que Inglaterra alcanzara la paz y la prosperidad. Después de todo el tiempo que te ha llevado conseguirlo.

—Quédate tranquila, Aelis. El rescate de Ricardo camina hacia Alemania con mi padre y otros hombres. Pronto lo tendremos de regreso.

—Entonces, ¿no lo has empleado en mí?

—No. Como te he dicho va camino de su destino. Sabíamos que Fitzurse pediría la misma cantidad por ti que por el rey. Pero por suerte no hemos tenido que decidir. La verdad es que sin quererlo Fitzurse nos ha puesto en bandeja tu rescate y el de lady Loana. Pero ahora, sería mejor abandonar este lugar y volver a Torquilstone. Tu hogar.

Aelis sonrió de manera tímida. Su hogar. Le gustaba cómo sonaba. Nada le complacería más que hacer de este lo fuera de verdad.

En el patio del castillo Sir Robert y Athelstane se hacían cargo de la situación hasta la aparición de Hereward. A la vista de todos quedaba claro que la situación se había resuelto entre la dama normanda y él.

Hereward se dirigió a Fitzurse.

—Todo ha terminado y vos lo sabéis. Ricardo regresará pronto a Inglaterra y reclamara su trono. Estáis a tiempo de cambiar vuestra pleitesía de Juan a este. Pensadlo antes de su regreso.

—Primero deberá hacerlo —le espetó el consejero del príncipe Juan dispuesto a pelear hasta el final.

—Vuelvo a deciros que a estas horas el rescate cruza el mar hacia el continente. Y que pronto llegará a la corte del emperador alemán. Será cuestión de días.

—El príncipe Juan no permitirá que os salgáis con la vuestra.

—Juan deberá entregar el trono a su hermano Ricardo en el momento en el que este ponga un pie en Inglaterra. Y vos los sabéis tan bien como yo, y como el propio príncipe. También sabemos que Juan sobornó al emperador alemán para que se quedara con Ricardo, e incluso le ofreció el mismo dinero para que no lo liberara. Desconozco cuál será la reacción de Ricardo cuando sepa la verdad.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Sir Robert.

—Dejadlo aquí. Cuando el rey regrese, él hará justicia —dijo volviéndose hacia Aelis—. Deberíamos regresar a Torquilstone cuanto antes. Necesito recuperar contigo todo este tiempo que hemos estado separados —le susurró llevándosela a parte de sus hombres mientras Aelis no podía creer que aquello estuviera sucediendo.

Eadric y sus acompañantes llegaron al castillo del emperador alemán con el firme propósito de pagar el rescate y liberar a Ricardo lo antes posible. Esperaba que no hubiera más complicaciones después de aquel viaje tan largo y tedioso desde Inglaterra.

El emperador se mostró satisfecho al ver la cantidad de plata que los sajones llevaban consigo. Habían cambiado todas las joyas y objetos preciosos por monedas y ahora los sacos con estas aparecían delante del emperador Enrique.

—Traed a mi invitado —ordenó con cierta ironía—. Tenía mis dudas acerca de que los sajones pudieran reunir semejante cantidad de dinero.

—No subestiméis nunca al pueblo de Inglaterra —le aconsejó Eadric en un tono algo despectivo lanzando una mirada al emperador—. Si no hubieseis aceptado el soborno del hermano del rey...

El emperador hizo un gesto que daba a entender que no había entendido bien, aunque de sobra era conocida la estrecha relación que había mantenido con el príncipe Juan para evitar que Ricardo regresara a Inglaterra.

Ricardo apareció escoltado por dos hombres. Tenía el pelo y la barba algo más largos a como recordaba Eadric. Su aspecto no era el de un reo sino más bien el de alguien que habitaba en la corte del emperador. Eadric suponía que el trato dispensado a Ricardo, después de todo, había sido bastante benévolo, y que su presencia allí se había debido a un complot con Felipe de Francia, Leopoldo de Austria y el propio hermano del rey. Todo para retrasar su vuelta a casa. No parecía que el emperador ni ninguno de los monarcas europeos tuvieran intención de acabar con su vida. Pero lo cierto era que mantenerlo cautivo se asemejaba a esto.

Ricardo lanzó una mirada de desconcierto a las sacas de monedas, expuestas a los pies del emperador alemán. ¿Significaban lo que él suponía? ¿El rescate del pueblo inglés? Sacudió la cabeza contrariado y mirando al emperador.

—Sois libre —le aseguró este con una amplia sonrisa señalando los

sacos—. Estos hombres han venido desde Inglaterra para pagar el rescate y por consiguiente, liberaros.

Ricardo volvió su mirada hacia estos y tras un momento en el que estudió sus rostros, asintió reconociendo a uno de estos.

—Eadric, señor de Torquilstone —refirió con cierto orgullo.

—Ricardo de Anjou —refirió este con una leve sonrisa irónica.

—No, Eadric. Ricardo de Inglaterra —afirmó con rotundidad posando sus manos sobre los hombros del viejo sajón—. Decidme, ¿qué noticias hay de mi país?

—Será mejor que lo dejemos para el viaje de vuelta. Es largo y tendremos mucho tiempo para poneros al día. Pero más nos valdría no demorar en demasía vuestro regreso. Vuestro pueblo os espera con ansia para que hagáis justicia.

—¿Tan mala es la situación? —Ricardo apretó sus manos sobre los hombros de Eadric mientras su tono se volvía lleno de preocupación.

—Esperad a que lo sepáis para juzgarlo por vos mismo.

—A pesar de lo que vaticináis, mi pueblo no me ha dado la espalda —dijo con orgullo fijando su mirada en los sacos de monedas que simbolizaban su rescate. Sin embargo, aquel comentario del viejo sajón acrecentó más todavía la preocupación en Ricardo, quien de inmediato dio orden de partir de vuelta a su hogar. Haría correr la voz de que volvía a Inglaterra para que sus hombres salieran a recibirlo y lo agasajaran como el rey que era.

Las noticias de la liberación de Ricardo no tardaron en llegar a la corte del príncipe Juan. Este no podía dar crédito a que fuera cierto que los sajones habían conseguido reunir el rescate después de todo.

—Soy un príncipe abatido, Waldemar —dijo refiriéndose a su secretario, quien había regresado a la corte para informarle de todos los últimos acontecimientos—. Mi padre si supo rodearse de fieles consejeros y sirvientes que no vacilaron en cumplir sus deseos. Pero, ¿yo? ¿Cómo es posible que el resto de monarcas no hayan sido capaces de urdir un plan para acabar con mi propio hermano? Dime, Fitzurse. Incluso tu padre fue uno de los más leales. Ya no queda nada que hacer. El regreso de mi hermano es un hecho constatado —aseguró abatido por las circunstancias mientras se despojaba de la corona que hasta ese momento había llevado sobre su cabeza.

## CAPÍTULO 13

Hereward respiraba más tranquilo de regreso a Torquilstone. Había cumplido con su deber de devolver a Aelis al lugar que él creía que le correspondía. Ahora solo restaba que su padre hubiera logrado llegar a Alemania y hacer el pago del rescate de Ricardo. Su vuelta se esperaba con ansia para que de una vez por todas regresara el orden que su hermano Juan había alterado.

Desde que regresaron a Torquilstone, Hereward se había ocupado de todos los asuntos relativos al castillo. Esto había supuesto que no disfrutara de Aelis el tiempo que le gustaba. Todavía quedaban hombres heridos entre los sajones. Y los soldados de Fitzurse estaban retenidos. No sabía qué haría con ellos, por ahora. Tal vez los retuviera hasta que el propio rey volviera y fuera este quien impartiera justicia.

—Por suerte todo a salido cómo esperábamos —comentó Athelstane acercándose hasta Hereward, quien permanecía absorto en sus pensamientos.

Levantó la mirada del suelo para fijarla en uno de sus hombres de confianza.

—¿Has visto a lady Loana?

Athelstane sonrió con ironía al escuchar aquella pregunta.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué tanto interés en ir al castillo de Fitzurse? —Hereward arqueó una ceja con expectación—. ¿No será que tienes algún interés en la dama de compañía de Aelis?

—No, no voy a negarlo porque creo que es más que evidente que ella me atrae —le confesó contemplando a Hereward asentir—. Pero, no estoy seguro de lo que ella pueda sentir.

—¿Temes no ser correspondido? —La sorpresa provocada por el comentario de Athelstane alertó a Hereward—. ¿Se lo has comentado?

—No.

—¿Y a qué diablos esperas? ¿Pretendes verla pasear por Torquilstone todos los días y no decírselo? —Hereward levantó la voz porque sin duda que las palabras de Athelstane no las esperaba—. Pensaba que eras más directo con las mujeres.

—Y lo soy. Ya me conoces —se excusó el sajón mirando con el ceño fruncido a Hereward.

—Pues sigo sin entender a qué te esperando.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con Aelis? ¿Ya habéis aclarado todo entre

vosotros?

Hereward sonrió.

—Salvo que en el último momento decida cambiar de parecer y salir huyendo hacia el convento —bromeó este palmeando a Athelstane en el hombro y dejándolo con la boca abierta.

—¿En serio?

—Espero haberla hecho cambiar de opinión, amigo —Hereward asintió mientras observaba a Athelstane resoplar ante esa posibilidad.

—Pensaba que lo que quería era quedarse aquí, contigo.

—Y yo. Por eso te digo que espero que no cambie de opinión.

Lady Aelis y Loana permanecían junto a la amplia chimenea del gran salón del castillo. Su conversación distendida versaba sobre ciertos aspectos del presente y más en concreto del futuro.

—¿Piensas quedarte entonces aquí, en Torquilstone, con Hereward? —Lady Loana hizo la pregunta más por confirmar lo que ya sospechaba, que porque en realidad quisiera saberlo. Contemplaba a su señora mientras esta permanecía con la mirada perdida en las llamas del fuego.

Por un instante Aelis la desvió para centrarse en su dama y contemplarla como si meditara la respuesta que debería darle. Suspiró y entrelazó sus manos sobre el regazo.

—Hereward me lo ha pedido. Ha insistido en ello —Aelis no pudo reprimir una sonrisa de felicidad, ni que la calidez del recuerdo de ese momento la envolviera.

—Entonces...

—Le comenté cuáles eran mis intenciones.

—¿Ingresar en una congregación religiosa se encuentra entre estas? —Lady Loana entornó la mirada hacia su señora y bajó el tono de su voz hasta convertirlo en un leve susurro.

—Sí. Pero él se mostró desconcertado diciéndome que cómo era posible que estuviera pensando en hacerlo —Aelis volvió a sonreír al recordar el rostro de él; su rabia y su incomprensión por este hecho.

—Os ama —sentenció lady Loana con total seguridad cogiendo las manos de su señora entre las suyas, y asintiendo con una amplia sonrisa.

—Pero, ¿qué harás tú? ¿Te quedarás conmigo, verdad? —Había un toque de alarma en la voz de Aelis.

—Me quedaré a tu lado.

—¿Y qué me dices del joven Athelstane? Se os ha visto juntos en varias ocasiones —Había un toque de picardía en el comentario de Aelis que hizo sonrojar a Loana.

—Es cierto que se ha mostrado preocupado por mí. Que desde que llegamos aquí no ha habido un momento en el que se tope conmigo, buscando alguna excusa... Pero... —Loana suspiró tomando aire antes de proseguir—. El tiempo lo dirá. Athelstane me agrada mucho, mi señora.

—Oh, vamos Loana, deja de llamarme mi señora —le pidió riendo—. No estamos en casa de mi padre.

—Por cierto, ¿qué vais a decirle?

—He mandado un mensaje contándole la situación. Es lo único que puedo decirte por ahora. Espero que entienda mi postura.

—¿Estarías dispuesta a ir contra su voluntad? Me refiero a... ¿y si no acepta tu matrimonio con Hereward?

—Solo seguiré la de mi corazón y este me dice que me quede al lado de Hereward en Torquilstone.

El sonido de caballos y ruido de armas alertó a los centinelas de las torres y de las almenas de Torquilstone. Un nutrido grupo de caballeros, cuyas banderas ondeaban por encima de sus cabezas, se acercaba con premura. De inmediato se avisó a Hereward y al resto de hombres para que fueran conscientes de aquella inesperada visita.

Cuando este se asomó a las almenas seguido de sus más leales hombres, una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Reconoció a su padre marchando en cabeza y al lado del rey.

—Abrid las puertas y prepararos para recibir al rey —gritó a todos bajando por las escaleras hasta el patio.

Cuando Aelis escuchó la palabra rey el corazón le dio un vuelco y los nervios se adueñaron de ella.

—Ricardo.

Intercambió una mirada con Loana y juntas acudieron al patio del castillo para recibirlo como se debía. Sintió una punzada de orgullo por este hecho, porque Hereward lo había conseguido. El rey estaba de vuelta en casa.

Hereward y los demás hombres se postraron ante la regia presencia del rey de Inglaterra cuando este cruzó las puertas del castillo. Hereward reconoció que el tiempo pasado preso le había pasado factura, pero no tanto

como cabía esperar. Sin duda que el emperador lo había tratado bien por ser quien era.

Cuando Ricardo descendió del caballo se dirigió a Hereward para saludarlo.

—Mi más fiel compañero de armas y amigo —le dijo estrechando la mano de Hereward con efusividad.

—Mi señor.

—Déjate de formalismos, Hereward. Tú y yo hemos combatido codo con codo en Tierra Santa contra los sarracenos. Soy yo el que debo inclinarme ante ti por lo que has hecho. A ti te debo mi libertad; a ti y al pueblo de Inglaterra. Tu padre me ha puesto al tanto de todo lo sucedido durante mi obligada ausencia.

—Espero que ahora tengáis una imagen clara y nítida de lo que sucede en vuestra tierra, majestad.

—Sí. Pero ahora dime, ¿dónde está esa dama normanda a la que habéis sacrificado para rescatarme?

Hereward se volvió buscando a Aelis y la encontró allí, junto a lady Loana. Le tendió la mano para que la tomara y se acercara hasta ellos. Aelis se sintió algo cohibida al encontrarse ante la presencia del rey. Se inclinó ante él con respeto mientras el calor se asentaba en su rostro encendiéndolo.

—Majestad.

—Lady Aelis. Es un honor conoceros en persona. He escuchado cantar alabanzas de vos a mi viejo amigo Eadric —le confesó señalando a este haciendo que el calor aumentara la temperatura del cuerpo de ella—. De haberme encontrado en la piel de Hereward, yo también hubiera dudado entre vos y mi persona. Pero creedme si os digo que yo, os hubiera elegido a vos—. Aquel comentario del rey provocó una sensación extraña en Aelis, quien no supo qué decir ante tal cumplido.

—Gracias, majestad.

—Y ahora, será mejor que descansemos del viaje antes de partir hacia la corte para saludar a mi querido hermano, Juan —Había un toque de ironía en las últimas palabras del rey, quien no parecía ser ajeno a la parte de responsabilidad que había tenido este.

La noche extendía su manto oscuro, salpicado tan solo por la luz de la luna y las estrellas en el firmamento; y el fuego de las antorchas y hogueras en el castillo. Aelis había abandonado el gran salón donde se estaba terminando

de celebrar el retorno del rey a su tierra. Ella ya había disfrutado de esta situación y ahora buscaba la soledad del patio del castillo, en el que los hombres y las mujeres la saludaban. Todo parecía volver a su cauce ahora que Ricardo había regresado. Y ella tenía claro que se quedaría allí en Torquilstone junto al hombre que amaba. Hereward. Sonreía al recordar todo lo sucedido entre ellos y más si pensaba que había llegado a esa tierra para contraer matrimonio con un noble normando y que al final, había terminando aceptando la proposición de un sajón.

La contempló avanzar sola por el patio abrazándose como si tuviera frío. No había podido dejar de observarla durante toda la noche. La había escuchado reír; buscarlo con su chispeante mirada; observarlo con atención, con curiosidad, con anhelo. Él no había podido desembarazarse del rey hasta ese mismo instante. Le hubiera gustado hacerlo mucho antes para quedarse a solas con ella porque sin duda que la había echado de menos. Se acercó cogiendo por el camino, una capa que había allí cerca y se la echó por los hombros cuando estuvo a su altura. La sintió estremecerse bajo sus dedos.

Aelis supo en aquel preciso instante quien estaba detrás, cubriéndola para que no cogiera frío. Cerró los ojos y sonrió agradecida por este gesto. Se aferró a la capa y dejó que Hereward la rodeara con sus brazos atrayéndola hacia él para darle calor. Experimentó un escalofrío cuando él la besó en el pelo y la abrazó como si tuviera miedo de que pudiera desaparecer.

—¿Por qué estás solas en el patio?

Aelis apoyó la cabeza contra el pecho de él sin apartar la mirada del cielo.

—Quería pensar.

—¿Qué es lo que necesitas pensar? ¿No tendrá que ver con lo de marcharte a un convento? —Había un toque de ironía y burla en la pregunta de él que arrancó las carcajadas en Aelis.

—No, esa opción está descartada —le dijo escuchándolo resoplar aliviado por este hecho—. Estaba pensando en las vueltas que da la vida. En lo caprichoso que es el destino a veces. Vine a Inglaterra porque así lo quiso mi padre y no yo. Me había prometido a un noble normando a quien nunca había visto y por el que no sentía nada. Y menos cuando lo conocía, justo aquí, en el patio de este castillo. Y ahora, ha pasado el tiempo y me encuentro entre los brazos de un sajón, al que desde nuestro primer encuentro consideré un bárbaro, pero que ha sabido demostrarme que estaba equivocada.

—Te pedí que te quedaras en Torquilstone para que vieras con tus

propios ojos que los sajones no somos unos bárbaros, como algunos normandos nos ven.

—No, no me quedé por ese motivo —Aelis se volvió para quedar frente a él y comprobar el gesto de sorpresa reflejado en su rostro.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Aelis sonrió.

—Para comprobar si era cierto que me estaba enamorando de ti, *sajón*.

Hereward quiso decir algo pero consideró que sería más oportuno inclinarse sobre ella y adueñarse de sus labios para corresponderle a esas palabras de la mejor manera posible. El beso sorprendió a Aelis pero en el mismo instante en que sintió los labios de él adueñarse de los suyos con aquella mezcla de determinación y ternura, se entregó sin remisión deseando que el beso y esa sensación no terminaran.

Hereward se apartó para contemplarla. Su mirada podría competir en ese momento con el brillo de las estrellas; su rostro encendido, sus labios hinchados por el beso.

—Y dime, ¿ya lo has comprobado o necesitas que lo haga yo una vez más?

Aelis sonrió sintiendo el calor adueñándose de su rostro.

—Lo he recordado y por ese motivo me quedaré en Torquilstone contigo. Sin duda que me has demostrado mucho más afecto que mis propios compatriotas. Viniste a buscarme cuando más te necesitaba.

—Ya escuchaste al rey. El habría sacrificado el rescate por ti.

—No me importa lo que diga el rey. Sino que lo hiciste tú. Acudiste a salvarme poniendo en riesgo tu propia vida. Eso vale más que todo el oro que pudieras pagar por mi rescate.

—No podía dejarte sola Aelis.

—He sido consciente de ello. Pero no estaría de más que me lo recordaras las veces que quisieras —Aelis sonrió con picardía mientras él la abrazaba con cariño y la besaba en el pelo.

El príncipe Juan permanecía sentado en su trono con la mirada perdida en el vacío. Ya conocía que su hermano Ricardo había sido liberado con el rescate de los sajones, y que hacía días que estaba en Inglaterra. Sus espías también le habían informado que había pasado algunos días en Torquilstone. Su consejero Fitzurse le había puesto al día de todos los detalles ocurridos en su castillo, y

en cómo Hereward había conseguido liberar a las dos mujeres.

El heraldo entró en el salón del trono, donde los cortesanos hablaban de manera distendida en voz baja.

—Su majestad el rey Ricardo.

Juan se incorporó en el trono con el rostro lívido y los ojos desencajados. El momento había llegado. Su hermano estaba allí haciendo acto de presencia mientras todos los cortesanos se inclinaban ante él con respeto. Juan vio acercarse a su hermano con paso firme y decidido hasta él, acompañado de sus más cercanos colaboradores y súbditos. De inmediato, Juan se postró ante su hermano mostrándole su respeto.

—Majestad.

Ricardo lo contempló de manera fría y regia mientras cerraba sus manos en puños.

—Levántate Juan.

El príncipe temió cualquier respuesta por parte de Ricardo. Que lo golpeará, que lo acusara o incluso que él mismo lo matara con sus propias manos. Pero nada de eso sucedió.

—Te agradezco el servicio prestado en mi ausencia. Desde hoy volveré a regir el destino de Inglaterra. Tú por tu parte, regresarás a Irlanda para continuar con tu gobierno allí.

Juan inclinó la cabeza y aceptó dicha propuesta. Sin duda que regresar a Irlanda era el mal menor después de todo.

Hereward se mostraba orgulloso por ver de nuevo al rey en el lugar que le correspondía. A su lado se encontraba Aelis, con su vestido de color marfil con ribetes dorados en mangas y cuello. Durante los últimos días habían fijado la fecha de sus esponsales a los que como era de esperar el rey acudiría. Aelis no había recibido respuesta de su padre a la misiva que ella le había enviado, y esperaba que llegara antes de casarse.

—Dejadme paso. Dejadme —gritaba una voz desde el fondo del salón del trono abriéndose paso hasta llegar ante el propio rey. El hombre se inclinó ante él con una reverencia respetuosa ante la propia sorpresa de Ricardo—. Majestad, os pido consejo.

Aelis experimentó un vuelco en el estómago cuando reconoció a su padre. ¿Qué había ido a hacer allí? ¿Y por qué estaba delante del rey? Varios hombres de Ricardo se adelantaron para sujetarlo pero a un gesto del monarca, estos se detuvieron.

—¿Qué os sucede?

—Se trata de mi hija —El hombre se volvió hacia Aelis, a quién señaló —. Recibí noticias de que iba a desposarse con un sajón.

—¿Y cuál es el inconveniente? Como vos sabéis fue el propio Brian de Monfort el que rechazó a vuestra hija cuando conoció vuestra situación en la corte de Felipe —comenzó explicándole el rey, conocedor de la historia real —. Y que Sir Hereward de Torquilstone le dio cobijo en su castillo. De manera que, ¿qué importancia tiene eso ahora? ¿No estáis contento por el hecho de que vuestra hija contraiga matrimonio con alguien a quien ama y que a su vez le corresponde? —Ricardo levantó la mirada hacia Hereward y Aelis —. Acercaros Sir Hereward y vos también lady Aelis.

Padre e hija intercambiaron una mirada de expectación y desconcierto a medida que Aelis se acercaba hasta el rey.

—Sir Hereward, ¿qué sentís en verdad por lady Aelis?

Hereward sonrió y se volvió hacia el padre de ella.

—Amo a vuestra hija, señor. Y confío en que me deis permiso para desposarla.

Aelis sintió su corazón latir acelerado contra el pecho. Era tal la emoción que sentía que creía que se le cortarían la respiración. Su padre se quedó sin habla al mismo tiempo. No sabía qué responder ante aquella determinación de Hereward. Toda la corte aguardaba con expectación su respuesta. Se volvió hacia su hija para comprobar la dicha reflejada en su rostro.

—¿Amas a este hombre? Aunque sea sajón.

—Sí, lo amo.

Su padre suspiró resignado y cogiendo la mano de su hija se la entregó a Hereward.

—En ese caso, no tengo por qué oponerme. ¿Un sajón? —preguntó mirando a Aelis con la ceja arqueada.

—Un inglés, padre. Un hombre que me ha demostrado que la valía no está en el origen. Para el que valgo más que el rescate de un rey —le confesó mientras su padre no lograba entender el significado de aquellas palabras.

Sin embargo, se mostraba agradecido ante aquel matrimonio, puesto que a ellos poco les quedaba en Francia, una vez que habían sido expulsados de la corte.

—No desesperéis, cuidaré de ella —le aseguró Hereward al padre de Aelis.

La boda se celebró por todo lo alto en el castillo de Torquilstone. Los padres de Aelis estaban presentes, al igual que el propio rey Ricardo. Quería honrar con su presencia al hombre que había hecho posible su libertad. Hereward por su parte invitó a los padres de Aelis a quedarse en Torquilstone el tiempo que precisaran. Sabía de su situación en Francia algo que el padre de ella agradeció.

Horas más tarde, cuando todos se habían retirado, Aelis contemplaba la noche desde la ventana abierta de la alcoba. Hereward permanecía tumbado en la cama cubierto tan solo por la sábana. Momentos antes la había amado como lo había hecho hasta ahora. Recorriendo el cuerpo de Aelis hasta memorizarlo; hasta perderse en cada uno de sus recovecos. Ahora la contemplaba y no podía evitar sonreír de felicidad. Sí, ella era su reina.

—Deberías regresar a la cama.

Aelis permaneció absorta en sus pensamientos. Sonreía pensando en lo feliz que era en esos momentos. Y no quería que esa dicha se apartara de su lado nunca. Lanzó una mirada por encima del hombro hacia la cama. Hereward la aguardaba. Caminó hasta él atraída por su imagen rebelde y salvaje después de haber hecho el amor.

—¿Siempre eres tan persuasivo?

—Solo contigo —sintió los labios de Aelis posarse en los suyos con delicadeza. Le apartó el pelo del rostro para enmarcarlo entre sus manos y pasarle los pulgares por las mejillas encendidas por la pasión—. Desde que llegaste a Torquilstone no ha habido un solo día que no me preguntara que tenías para que no pudiera dejar de mirarte, de buscarte y de sentir este deseo por ti. Por ese motivo te pedí que te quedaras.

Aelis abrió los ojos sorprendida al escucharle decir aquello.

—Pensaba que era porque querías que viera cómo erais los sajones.

—Quería que te quedaras porque quería conocerte y conquistarte.

Aelis sonrió ante tal comentario.

—Creo que fui yo la que lo hizo, como buena normanda. Te conquisté —le susurró en sus labios mientras se sentaba sobre él y cogía su rostro entre sus manos—. Eres mío, sajón. Y no hay rescate posible que puedas pagar para que te libere.

—¿Por qué querría hacerlo?

Hereward la rodeó por la cintura y la atrajo hasta él para prolongar el beso dejando que ella se derritiera por dentro ante la marejada de caricias que le estaba regalando.



## **AGRADECIMIENTOS**

A Romantic Ediciones por confiar en esta nueva historia para que forme parte de su catálogo.

A todo su equipo por terminar de darle forma, editora, corrector, diseñador...

A mi chica por sus consejos y su sinceridad a la hora de evaluar la novela.

Y por último, pero no menos importante, a ti, lector/a, gracias por haber confiar en mí. Espero que pronto, vuelvas a sumergirte entre las páginas de una nueva historia mía.

GRACIAS, por tu confianza una vez más.

# Table of Contents

[El rescate de un rey](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)